UNE ✦ SACRA

Celta

# Mabinogion

✦ ✦ ✦

*Anónimo (Gales)*

*Traducción (edición 1.2)*

# Créditos


| | |
|---|---|
| Autor | Anónimo (Gales) |
| Fecha | siglos XI–XIII; manuscritos de c. 1350–1400 |
| Idioma original | wlm |
| Versión | Traducción (edición 1.2) |
| Traducción | Traducción popular, a partir de la versión inglesa de Lady Charlotte Guest (1838–1849) |
| Fuente | Project Gutenberg — The Mabinogion (Lady Charlotte Guest), eBook 5160 |
| Licencia | CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público |


## Acerca de:

*El Mabinogion es la colección de los cuentos en prosa más antiguos de la literatura galesa, conservados en dos manuscritos medievales, el Libro Blanco de Rhydderch (c. 1350) y el Libro Rojo de Hergest (c.*

*1400), pero con raíces en la mitología y la tradición oral celtas muy anteriores. El nombre viene de Lady Charlotte Guest (1812–1895), que lo tradujo al inglés y lo publicó entre 1838 y 1849, la primera traducción completa.*

*El centro de la colección son las "Cuatro Ramas del Mabinogi" —Pwyll, príncipe de Dyfed; Branwen, hija de Llŷr; Manawydan, hijo de Llŷr; y Math, hijo de Mathonwy—, llenas de figuras que parecen antiguos dioses celtas: Rhiannon, Bran el Bendito, cuya cabeza sigue hablando después de cortada, el mago Gwydion y Blodeuwedd, la mujer hecha de flores.*

*Están también los cuentos artúricos: Culhwch y Olwen, con la caza del jabalí Twrch Trwyth, el relato en prosa más antiguo sobre el rey Arturo; el Sueño de Rhonabwy; y los*

*tres romances —La Dama de la Fuente, Peredur y Geraint—, versiones galesas de las historias de Owain, Perceval y Erec.*

*Completan el volumen el Sueño de Maxen Wledig, la Historia de Lludd y Llefelys y la historia de Taliesin, el bardo que nació de tres gotas del caldero de Ceridwen.*

*En esta edición los cuentos siguen el orden de Guest y los nombres van en su grafía (Kilhwch, Dyved, Caridwen). Las pocas notas breves que vienen en el texto están al final del cuento; la introducción y las notas largas de la edición original no se incluyen.*

---

Fuente: https://www.gutenberg.org/ebooks/5160

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

*Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com*

# Índice

La dama de la Fuente

Peredur, el hijo de Evrawc

Geraint, el hijo de Erbin

Kilhwch y Olwen, o el Twrch Trwyth

El sueño de Rhonabwy

Pwyll, príncipe de Dyved

Branwen, la hija de Llyr

Manawyddan, hijo de Llyr

Math, hijo de Mathonwy

El sueño de Maxen Wledig

La historia de Lludd y Llevelys

Taliesin

# LA DAMA DE LA FUENTE

✦

El rey Arturo estaba en Caerlleon sobre Usk; y un día se sentó en su cámara; con él estaban Owain, hijo de Urien, Kynon, hijo de Clydno, y Kai, hijo de Kyner; y Gwenhwyvar y sus doncellas bordaban junto a la ventana. Y si alguien dijera que había un portero en el palacio de Arturo, no lo había.

Glewlwyd Gavaelvawr estaba allí, haciendo de portero, para dar la bienvenida a los huéspedes y forasteros, recibirlos con honor e informarles de los modales y las costumbres de la Corte; y para indicarles el camino a quienes iban al Salón o a la cámara de audiencia, y a quienes venían a alojarse.

En el centro de la cámara, el rey Arturo estaba sentado en un asiento de juncos verdes, cubierto con un paño de satén color llama, y bajo su codo tenía un cojín de satén rojo.

Entonces Arturo dijo: «Si creyera que no me reprocharían nada —dijo—, dormiría mientras espero la comida; y ustedes pueden entretenerse contándose historias, y pedirle a Kai una jarra de hidromiel y algo de comer». Y el rey se durmió. Kynon, hijo de Clydno, le pidió a Kai lo que Arturo les había prometido.

«Yo también quiero el buen relato que me prometió», dijo Kai. «No —respondió Kynon—, lo más justo es que primero cumplas el encargo de Arturo, y luego te contaremos el mejor relato que conozcamos». Así que Kai fue a la cocina y a la bodega del hidromiel, y volvió con una jarra de hidro-

miel, una copa de oro y un puñado de brochetas con trozos de carne asados.

Entonces comieron la carne y comenzaron a beber el hidromiel. «Ahora —dijo Kai—, es hora de que me cuenten mi historia». «Kynon —dijo Owain —, dale a Kai el relato que le corresponde».

«En verdad —dijo Kynon—, tú eres mayor, cuentas mejor las historias y has visto más cosas maravillosas que yo; así que dale tú su relato a Kai». «Empieza tú —dijo Owain—, con lo mejor que conozcas». «Así lo haré», respondió Kynon.

«Yo era el único hijo de mi padre y de mi madre, y tenía muchas ambiciones y un valor inmenso. Creía que no había hazaña en el mundo demasiado difícil para mí y, después de realizar todas las aventuras que había en mi país, me equipé y partí a recorrer desiertos y regiones lejanas. Al fin, sucedió que llegué al valle más hermoso del mundo, donde todos los árboles tenían la misma altura; por el valle corría un río, y junto a él había un sendero.

Seguí el sendero hasta el mediodía y continué mi camino por el resto del valle hasta el anochecer; al final de una llanura llegué a un castillo grande y resplandeciente, al pie del cual corría un torrente. Me acerqué al castillo y vi allí a dos jóvenes de cabellos rubios y rizados, cada uno con una diadema de oro en la cabeza y vestido con una prenda de satén amarillo; llevaban hebillas de oro en los empeines. Cada uno tenía en la mano un arco de marfil, encordado con tendones de ciervo; las flechas tenían astas de hueso de ballena y plumas de pavo real, y puntas de oro. Llevaban dagas con hojas de oro y empuñaduras de hueso de ballena. Estaban arrojando sus dagas.

«A poca distancia de ellos vi a un hombre en la flor de la vida, recién afeitado, vestido con una túnica y un manto de satén amarillo; alrededor del borde superior del manto llevaba una franja de encaje de oro. En los pies tenía zapatos de cuero de varios colores, sujetos con dos broches de oro. Al verlo, fui hacia él y lo saludé; fue tan cortés que apenas recibió mi saludo, me lo devolvió. Me acompañó hacia el castillo. No había habitantes allí, salvo los que estaban en un salón. Vi allí a veinticuatro doncellas bordando satén junto a una ventana.

Y te digo, Kai, que la menos hermosa de ellas era más bella que la más bella doncella que hayas visto en la isla de Bretaña, y la menos encantadora era más encantadora que Gwenhwyvar, la esposa de Arturo, cuando más hermosa se ha mostrado en la Ofrenda, el día de la Natividad o en la fiesta de Pascua. Se levantaron cuando llegué; seis de ellas se llevaron mi caballo y me quitaron la armadura; otras seis tomaron mis armas y las lavaron en una vasija hasta dejarlas relucientes. El tercer grupo de seis extendió manteles sobre las mesas y preparó la comida.

El cuarto grupo de seis me quitó la ropa sucia y me puso otras prendas: una camisa interior, una chaqueta de lino fino, una túnica, una sobrevesta y un manto de satén amarillo con una amplia franja de oro. Pusieron cojines debajo de mí y a mi alrededor, cubiertos con telas de lino rojo; y me senté. Las seis doncellas que se habían llevado mi caballo lo desensillaron tan bien como lo habría hecho el mejor escudero de la isla de Bretaña. Entonces trajeron cuencos de plata con agua para lavarnos y toallas de lino, unas verdes y otras blancas; y me lavé. Poco después, el hombre se sentó a la mesa.

Yo me senté a su lado, y debajo de mí se sentaron todas las doncellas, excepto las que nos atendían. La mesa era de plata y los manteles eran de lino; en la mesa no se servía ningún recipiente que no fuera de oro, de plata o de cuerno de búfalo. Nos trajeron la comida. En verdad, Kai, vi allí toda clase de alimentos y bebidas que había visto en otros lugares, pero allí servían la comida y la bebida mejor que en ningún otro sitio.

«Hasta que la comida estuvo a medio terminar, ni el hombre ni ninguna de las doncellas me dirigió una sola palabra; pero cuando el hombre comprendió que me agradaría más conversar que seguir comiendo, empezó a preguntarme quién era. Dije que me alegraba encontrar a alguien dispuesto a conversar conmigo, y que en aquella Corte no se consideraba un delito tan grave que la gente hablara entre sí. "Jefe —dijo el hombre—, habríamos hablado contigo antes, pero temíamos interrumpir tu comida; ahora, sin embargo, conversaremos".

Entonces le dije quién era y por qué había emprendido el viaje; le expliqué que buscaba saber si alguien era superior a mí o si podía vencer a todos. El hombre me miró, sonrió y dijo: "Si no temiera afligirte demasiado, te mostraría lo que buscas". Al oír esto me inquieté y entristecí, y cuando el hombre lo notó, dijo: "Si prefieres que te muestre tu desventaja en vez de tu ventaja, lo haré. Duerme aquí esta noche; por la mañana, levántate temprano y toma el camino que sube por el valle hasta llegar al bosque por donde viniste. Un poco adentro del bosque encontrarás un camino que se desvía a la derecha.

Síguelo hasta llegar a un gran claro resguardado, con un montículo en el centro. En la cima verás a un hombre negro de gran estatura. No es más

bajo que dos hombres de este mundo juntos. Tiene un solo pie y un ojo en medio de la frente. Lleva un garrote de hierro, y no hay dos hombres en el mundo que no sintieran el peso de ese garrote. No es apuesto; al contrario, es muy desagradable de aspecto, y es el guardabosques de ese bosque. Verás mil animales salvajes pastando a su alrededor. Pregúntale cómo salir del claro; te responderá brevemente y te señalará el camino por el que encontrarás lo que buscas".

«Aquella noche se me hizo muy larga. A la mañana siguiente me levanté, me equipé, monté a caballo y fui derecho por el valle hasta el bosque; seguí el camino secundario que el hombre me había indicado, hasta que por fin llegué al claro. Allí me asombró tres veces más la cantidad de animales salvajes que vi de lo que el hombre me había dicho que vería. El hombre negro estaba allí, sentado en la cima del montículo. Aunque era tan enorme como el hombre me había contado, superaba con mucho la descripción que me había dado.

En cuanto al garrote de hierro que, según me había dicho, pesaba lo mismo que dos hombres, estoy seguro, Kai, de que a cuatro guerreros les habría costado levantarlo; y lo tenía en la mano. Solo me hablaba para responder a mis preguntas. Entonces le pregunté qué poder tenía sobre aquellos animales. "Te lo mostraré, hombrecillo", dijo. Tomó el garrote y golpeó con fuerza a un ciervo, que bramó con estrépito; al oírlo, los animales se reunieron, tan numerosos como las estrellas del cielo, y apenas me quedó sitio en el claro para estar entre ellos. Había serpientes, dragones y toda clase de animales.

Él los miró y les ordenó que fueran a pastar; ellos inclinaron la cabeza y le rindieron homenaje, como vasallos a su señor.

«Entonces el hombre negro me dijo: "¿Ves ahora, hombrecillo, qué poder tengo sobre estos animales?". Luego le pregunté cómo salir de allí, y se mostró muy brusco conmigo; no obstante, me preguntó adónde quería ir. Cuando le dije quién era y qué buscaba, me indicó el camino. "Toma —dijo— el sendero que lleva hacia el fondo del claro y sube por la cuesta boscosa hasta llegar a la cima. Allí encontrarás un espacio abierto, parecido a un gran valle, y en medio un árbol alto, con ramas más verdes que los pinos más verdes.

Debajo del árbol hay una fuente y, junto a ella, una losa de mármol; sobre la losa hay un cuenco de plata sujeto con una cadena de plata para que nadie pueda llevárselo. Toma el cuenco y arroja un cuenco de agua sobre la losa. Oirás un estruendo de trueno tan fuerte que creerás que el cielo y la tierra tiemblan de furia. Con el trueno caerá un aguacero tan violento que apenas podrás soportarlo y seguir con vida. Será una granizada; después de la tormenta, el tiempo se despejará, pero el aguacero habrá arrancado todas las hojas del árbol.

Luego una bandada de pájaros vendrá a posarse en el árbol, y en tu país nunca habrás oído una melodía tan dulce como la que cantarán. Cuando más disfrutes del canto de los pájaros, oirás un murmullo y un lamento que se acercan por el valle. Verás a un caballero sobre un caballo negro como el carbón, vestido de terciopelo negro y con un pendón de lino negro en la lanza; cabalgará hacia ti a toda velocidad para enfrentarte. Si huyes, te alcanzará; y si te quedas allí, tan cierto como que eres un caballero mon-

tado, te dejará a pie. Si esa aventura no te causa problemas, ya no tendrás que buscarlos por el resto de tu vida"».

«Así que seguí adelante, hasta llegar a la cima de la cuesta, y allí encontré todo tal como me lo había descrito el hombre negro. Me acerqué al árbol y, debajo de él, vi la fuente; junto a ella, la losa de mármol, y encima, el cuenco de plata sujeto con la cadena. Entonces tomé el cuenco y arrojé una cuenca de agua sobre la losa. En ese momento, he aquí que retumbó el trueno, mucho más violento de lo que el hombre negro me había hecho esperar; después del trueno vino el granizo. Te digo la verdad, Kai: no hay hombre ni animal que pueda soportar ese granizo y seguir con vida.

Ninguno de aquellos granizos se detenía ni ante la carne ni ante la piel, hasta llegar al hueso. Volví el flanco de mi caballo hacia la tormenta, coloqué la punta de mi escudo sobre su cabeza y su cuello, y sostuve la parte superior sobre mi propia cabeza. Así resistí el granizo. Cuando miré el árbol, no le quedaba ni una sola hoja. Luego el cielo se despejó y, entonces, he aquí que los pájaros se posaron en el árbol y cantaron. En verdad, Kai, nunca antes ni después oí una melodía igual. Y cuando más encantado estaba escuchando a los pájaros, he aquí que se oyó un murmullo por el valle.

Se acercaba a mí y decía: "¡Oh, caballero! ¿Qué te ha traído aquí? ¿Qué mal te he hecho para que hoy hayas tratado así a mis posesiones y a mí? ¿No sabes que el granizo de hoy ha dejado en mis dominios sin vida a todo hombre y animal que quedó expuesto a él?". Entonces, he aquí que apareció un caballero en un caballo negro, vestido de terciopelo negro azabache y con un manto de lino negro. Cargamos el uno contra el otro y, como el ataque fue furioso, no tardé en caer derrotado. El caballero pasó entonces el asta de

su lanza por la rienda de mi caballo y se marchó con los dos caballos, dejándome allí.

Ni siquiera me prestó la atención suficiente para hacerme prisionero, ni me quitó las armas. Así que volví por el camino por el que había venido. Cuando llegué al claro donde estaba el hombre negro, te confieso, Kai, que es un milagro que no me derritiera hasta convertirme en un charco, de la vergüenza que sentía ante las burlas del hombre negro. Esa noche llegué al mismo castillo donde había pasado la noche anterior. Me atendieron con más agrado que la noche anterior; me ofrecieron un banquete mejor y conversé libremente con los habitantes del castillo. Ninguno mencionó mi viaje a la fuente, y yo tampoco se lo mencioné a nadie.

Me quedé allí esa noche. Al levantarme al día siguiente, encontré listo y ensillado un palafrén castaño oscuro, con las fosas nasales rojas como el escarlata. Después de ponerme la armadura y dejar allí mi bendición, regresé a mi propia corte. Todavía conservo ese caballo; está en el establo de allá. Y declaro que no lo cambiaría ni por el mejor palafrén de la isla de Bretaña.»

«En verdad, Kai, nadie había confesado antes una aventura que lo dejara tan mal parado. Y, la verdad, me parece extraño que ni antes ni después haya oído hablar de otra persona, aparte de mí, que conociera esta aventura, y que su protagonista viva en los dominios del rey Arturo sin que nadie más haya dado con él.»

«Ahora —dijo Owain—, ¿no sería bueno ir a intentar encontrar ese lugar?»

«Por la mano de mi amigo —dijo Kai—, a menudo dices con la lengua cosas que no estarías dispuesto a respaldar con tus actos.»

«En verdad —dijo Gwenhwyvar—, sería mejor que te ahorcaran, Kai, antes que hablar con tanta descortesía a un hombre como Owain.»

«Por la mano de mi amigo, buena dama —dijo Kai—, mi aprecio por Owain no es menor que el tuyo.»

⁂

Entonces Arturo despertó y preguntó si no se había quedado dormido un rato.

«Sí, señor —respondió Owain—, has dormido un poco.»

«¿Es hora de comer?»

«Sí, señor», dijo Owain.

⁂

Entonces sonó el cuerno que anunciaba el lavado de manos, y el rey y toda su casa se sentaron a comer. Al terminar la comida, Owain se retiró a su alojamiento y preparó su caballo y sus armas.

Al día siguiente, al amanecer, se puso la armadura, montó su corcel y viajó por tierras lejanas y montañas desiertas. Por fin llegó al valle que Kynon le había descrito, y supo que era el mismo que buscaba. Siguió por el valle junto al río y recorrió su curso hasta llegar a la llanura y divisar el castillo.

Al acercarse, vio a los jóvenes lanzando sus dagas en el mismo lugar donde Kynon los había visto, y al hombre amarillo, dueño del castillo, de pie cerca de allí. Apenas Owain saludó al hombre amarillo, este le devolvió el saludo.

Owain siguió hacia el castillo. Allí vio la cámara y, al entrar, contempló a las doncellas, sentadas en sillas de oro mientras bordaban satén. A Owain le parecieron mucho más hermosas y encantadoras de lo que Kynon le había contado. Se levantaron para atenderlo, como habían hecho con Kynon, y la comida que le sirvieron le gustó más a Owain que a Kynon.

A mitad del banquete, el hombre amarillo preguntó a Owain cuál era el propósito de su viaje. Owain se lo contó y dijo: «Busco al caballero que custodia la fuente». Al oírlo, el hombre amarillo sonrió y dijo que le daba tan poca gana señalarle esa aventura a Owain como le había dado con Kynon. No obstante, le describió todo a Owain y luego se retiraron a descansar.

A la mañana siguiente, Owain encontró que las doncellas le habían preparado el caballo. Partió y llegó al claro donde estaba el hombre negro. A Owain la estatura del hombre negro le pareció aún más extraordinaria de lo que le había parecido a Kynon. Le preguntó qué camino debía tomar, y el hombre se lo indicó.

Owain siguió el camino, como había hecho Kynon, hasta llegar al árbol verde. Allí vio la fuente y, junto a ella, la losa, con el cuenco encima. Owain tomó el cuenco y arrojó una cuenca de agua sobre la losa. Y, he aquí, se oyó el trueno; después vino el granizo, mucho más violento de lo que Kynon había descrito, y cuando terminó, el cielo se iluminó.

Owain miró el árbol: no tenía ni una sola hoja. Enseguida llegaron los pájaros, se posaron en el árbol y cantaron. Cuando su canto más complacía a Owain, vio que un caballero se acercaba por el valle y se preparó para recibirlo. Se enfrentaron con violencia. Después de quebrar ambas lanzas, desenvainaron las espadas y lucharon hoja contra hoja.

Entonces Owain golpeó al caballero en el casco, atravesó el yelmo y la visera, y le penetró la piel, la carne y el hueso, hasta herirle el cerebro. El caballero negro sintió que había recibido una herida mortal, volvió la cabeza de su caballo y huyó. Owain lo persiguió y lo siguió de cerca, aunque no lo bastante para alcanzarlo con la espada.

Entonces Owain divisó un enorme castillo resplandeciente. Llegaron a la puerta del castillo. Dejaron entrar al caballero negro y bajaron el rastrillo sobre Owain. El rastrillo golpeó a su caballo detrás de la silla, lo partió en dos y arrancó las rodajas de las espuelas que Owain llevaba en los talones. El rastrillo bajó hasta el suelo.

Las rodajas de las espuelas y una parte del caballo quedaron afuera; Owain y la otra parte del caballo quedaron entre las dos puertas. La puerta interior estaba cerrada, de modo que Owain no podía salir de allí y se encontraba en una situación desconcertante. Mientras estaba así, pudo ver por una abertura de la puerta una calle frente a él, con una fila de casas a cada lado.

Vio a una doncella de cabello rubio y rizado, con una diadema de oro en la cabeza. Llevaba un vestido de satén amarillo y zapatos de cuero de distintos colores. Se acercó a la puerta y pidió que la abrieran.

«Dios sabe, señora —dijo Owain—, que me es tan imposible abrirte desde aquí como a ti liberarme.» «De verdad —dijo la doncella—, es muy triste que no puedas salir. Toda mujer debería socorrerte, pues nunca he visto a nadie más fiel al servicio de las damas que tú. Como amigo, eres el más sincero; como enamorado, el más entregado. Por eso —dijo—, haré todo lo que esté en mi poder para liberarte. Toma este anillo y póntelo en el dedo, con la piedra hacia la palma de la mano. Cierra la mano sobre la piedra. Mientras la mantengas oculta, ella te ocultará a ti.

Cuando se hayan puesto de acuerdo, vendrán a buscarte para matarte y se afligirán mucho al no encontrarte. Yo te esperaré junto al bloque de montar de allá. Tú podrás verme, aunque yo no podré verte. Ven y pon tu mano sobre mi hombro para que sepa que estás cerca. Sígueme por el camino que tome al salir.»

La doncella se alejó de Owain, y él hizo todo lo que le había dicho. La gente del castillo fue a buscar a Owain para matarlo y, al encontrar solo la mitad de su caballo, se afligió mucho.

Owain desapareció de entre ellos, fue hasta donde estaba la doncella y puso la mano sobre su hombro. Ella echó a andar y Owain la siguió hasta que llegaron a la puerta de una cámara grande y hermosa. La doncella la abrió, entraron y cerraron la puerta. Owain miró alrededor de la cámara y vio que no había en ella ni un solo clavo que no estuviera pintado de colores espléndidos, ni un solo panel que no tuviera varias figuras representadas en oro.

⁂

La doncella encendió un fuego, tomó agua en un cuenco de plata, se puso al hombro una toalla de lino blanco y le dio agua a Owain para que se lavara. Luego puso delante de él una mesa de plata con incrustaciones de oro, cubierta con un mantel de lino amarillo, y le trajo comida.

En verdad, Owain nunca había visto una clase de comida que no estuviera allí en abundancia, y nunca la había probado tan bien preparada como en aquel lugar. Tampoco había visto jamás una variedad tan excelente de comidas y bebidas. Todos los recipientes en que le sirvieron eran de oro o de plata.

Owain comió y bebió hasta bien entrada la tarde, cuando, de pronto, oyeron un gran alboroto en el castillo. Owain preguntó a la doncella qué era aquel griterío. «Están dando la extremaunción —dijo ella— al noble dueño del castillo.» Y Owain se durmió.

El lecho que la doncella había preparado para él era digno del propio Arturo: era de escarlata, pieles, satén, seda y lino fino. A medianoche oyeron un grito de dolor. «¿Qué grito es ese ahora?», dijo Owain. «El noble dueño del castillo acaba de morir», dijo la doncella. Poco después del amanecer, oyeron un clamor y un lamento ensordecedores. Owain preguntó a la doncella qué los causaba. «Llevan a la iglesia el cuerpo del noble dueño del castillo.»

Owain se levantó, se vistió, abrió una ventana de la cámara y miró hacia el castillo. No alcanzaba a ver los límites ni el final de la multitud que llenaba las calles. Todos iban enteramente armados. Había con ellos muchísimas mujeres, a caballo y a pie, y todos los clérigos de la ciudad iban cantando.

A Owain le pareció que el cielo resonaba con la fuerza de sus gritos, el estruendo de las trompetas y los cantos de los clérigos. En medio de la multitud vio el féretro, cubierto por un velo de lino blanco. A su lado y alrededor ardían cirios de cera, y ninguno de quienes lo llevaban tenía un rango inferior al de un poderoso barón.

Owain nunca había visto una comitiva tan lujosa, con satén, seda y sendal. Y detrás de ella vio a una dama de cabellos amarillos que le caían sobre los hombros, manchados de sangre; llevaba un vestido de satén amarillo, que estaba rasgado. En los pies tenía zapatos de cuero de varios colores.

Y era un milagro que no se hubiera lastimado las puntas de los dedos, por la fuerza con que se golpeaba las manos. En verdad, habría sido la dama más hermosa que Owain hubiera visto jamás, si hubiera estado como de costumbre. Y su grito era más fuerte que el clamor de los hombres o el estruendo de las trompetas. Apenas vio a la dama, se encendió de amor por ella, hasta quedar completamente cautivado.

Entonces preguntó a la doncella quién era la dama. «Dios lo sabe —respondió la doncella—. Puede decirse que es la más hermosa, la más casta, la más generosa, la más sabia y la más noble de las mujeres. Y es mi señora; la llaman la Condesa de la Fuente, esposa de aquel a quien mataste ayer». «En verdad —dijo Owain—, es la mujer que más amo». «En verdad —dijo la doncella—, ella también te amará mucho».

Entonces la doncella se levantó, encendió un fuego, llenó una olla de agua y la puso a calentar. Trajo una toalla de lino blanco y se la puso a Owain alrededor del cuello. Tomó una copa de marfil y una palangana de plata, las

llenó de agua tibia y con ella lavó la cabeza de Owain. Luego abrió un cofre de madera y sacó una navaja con mango de marfil y dos remaches de oro.

Le afeitó la barba y le secó la cabeza y el cuello con la toalla. Después se apartó de Owain y le llevó comida. En verdad, Owain nunca había disfrutado de una comida tan buena ni lo habían atendido tan bien.

Cuando terminó de comer, la doncella le preparó la cama. «Ven aquí —dijo—, duerme, y yo iré a buscarte una esposa». Owain se durmió, y la doncella cerró la puerta de la habitación tras ella y se dirigió al Castillo. Al llegar, solo encontró luto y tristeza; la Condesa, en su habitación, no soportaba ver a nadie de tanto dolor.

Luned fue a saludarla, pero la Condesa no le contestó. La doncella se inclinó hacia ella y le dijo: «¿Qué te pasa, que hoy no le contestas a nadie?». «Luned —dijo la Condesa—, ¿qué cambio te ha ocurrido, que no has venido a visitarme en mi dolor? Estuvo mal de tu parte, después de que yo te hice rica; estuvo mal de tu parte no venir a verme en mi aflicción. Eso estuvo mal».

«En verdad —dijo Luned—, creía que tenías más sentido común del que veo. ¿Está bien que llores por ese buen hombre, o por cualquier otra cosa que no puedas tener?».

«Pongo a Dios por testigo —dijo la Condesa— de que en todo el mundo no hay un hombre que se le iguale». «No es así —dijo Luned—, pues un hombre feo sería tan bueno como él, o mejor».

«Pongo a Dios por testigo —dijo la Condesa— de que, si no me repugnara hacer ejecutar a alguien a quien he criado, te mandaría ejecutar por ha-

cerme semejante comparación. Pero te desterraré».

«Me alegra —dijo Luned— que no tengas otro motivo para hacerlo que el hecho de que yo habría querido servirte cuando no sabías qué te convenía. Y de ahora en adelante, que le vaya mal a cualquiera de las dos que dé el primer paso para reconciliarse con la otra, ya sea que yo te pida una invitación o que tú, por tu propia voluntad, me mandes invitar».

Dicho esto, Luned salió. La Condesa se levantó, la siguió hasta la puerta de la habitación y empezó a toser fuerte. Cuando Luned miró atrás, la Condesa le hizo señas; y ella volvió junto a la Condesa. «En verdad —dijo la Condesa—, tienes mal carácter; pero si sabes qué me conviene, dímelo». «Lo haré», respondió ella.

«Sabes que, si no es mediante la guerra y las armas, te será imposible conservar tus posesiones; no tardes, pues, en buscar a alguien que pueda defenderlas». «¿Y cómo puedo hacerlo?», dijo la Condesa.

«Te lo diré —dijo Luned—. Si no puedes defender la Fuente, no podrás conservar tus dominios; y nadie puede defender la Fuente, salvo un caballero de la casa de Arturo. Iré a la corte de Arturo, y que me vaya mal si regreso de allí sin un guerrero que pueda proteger la Fuente tan bien, o incluso mejor, que quien la defendía antes». «Será difícil lograrlo —dijo la Condesa—. No obstante, ve y comprueba lo que has prometido».

⁂

Luned partió con el pretexto de ir a la corte de Arturo, pero regresó a la habitación donde había dejado a Owain y se quedó con él el tiempo que le habría tomado viajar a la corte del rey Arturo. Al cabo de ese tiempo, se vis-

tió y fue a visitar a la Condesa. La Condesa se alegró mucho al verla y le preguntó qué noticias traía de la corte.

«Te traigo las mejores noticias —dijo Luned—, pues he cumplido el objetivo de mi misión. ¿Cuándo quieres que te presente al jefe que ha venido conmigo hasta aquí?».

«Tráelo mañana a visitarme, al mediodía —dijo la Condesa—, y para entonces haré reunir a la gente de la ciudad».

Luned volvió a casa. Al día siguiente, al mediodía, Owain se vistió con una túnica, un sobretodo y un manto de satén amarillo, adornado con una ancha franja de galón de oro. Llevaba zapatos altos de cuero de varios colores, sujetos con hebillas doradas en forma de leones. Luego se dirigieron a la habitación de la Condesa.

La Condesa se alegró mucho de que llegaran; miró fijamente a Owain y dijo: «Luned, este caballero no parece un viajero». «¿Qué tiene eso de malo, señora?», dijo Luned. «Estoy segura —dijo la Condesa— de que ningún otro hombre que este arrancó el alma del cuerpo de mi señor». «Tanto mejor para ti, señora —dijo Luned—, pues, si no hubiera sido más fuerte que tu señor, no habría podido quitarle la vida. No hay remedio para lo pasado, sea como sea». «Vuelve a tu morada —dijo la Condesa—, y yo lo pensaré».

Al día siguiente, la Condesa hizo reunir a todos sus súbditos y les mostró que su condado había quedado indefenso y que solo podía protegerse con caballos, armas y habilidad militar. «Por eso —dijo—, les propongo estas opciones: que uno de ustedes se case conmigo, o que me den su consenti-

miento para casarme con alguien de otro lugar que defienda mis dominios».

Decidieron que era mejor permitirle casarse con alguien de otro lugar. Entonces mandó llamar a los obispos y arzobispos para celebrar sus bodas con Owain. Los hombres del condado rindieron homenaje a Owain.

Owain defendió la Fuente con lanza y espada. Así la defendía: cada vez que llegaba allí un caballero, lo derrotaba y lo vendía por todo lo que valía; lo que ganaba de ese modo lo repartía entre sus barones y caballeros. Nadie en todo el mundo podía ser más querido por sus súbditos que él. Y así fue durante tres años.

Un día, cuando Gwalchmai salió con el rey Arturo, lo vio muy triste y afligido. A Gwalchmai le dolió mucho ver a Arturo en ese estado, y le preguntó: «¡Oh, mi señor! ¿Qué te ha ocurrido?».

«En verdad, Gwalchmai —dijo Arturo—, me aflige haber perdido a Owain durante estos tres años, y sin duda moriré si pasa el cuarto año sin verlo. Ahora estoy seguro de que perdí a Owain por el relato que contó Kynon, hijo de Clydno».

«No hace falta —dijo Gwalchmai— que llames a las armas a todos tus dominios por esto, pues tú mismo y los hombres de tu casa podrán vengar a Owain, si lo mataron; liberarlo, si está preso; o traerlo de vuelta contigo, si está vivo». Y se acordó hacer lo que había dicho Gwalchmai.

Entonces Arturo y los hombres de su casa se prepararon para ir a buscar a Owain. Eran tres mil, sin contar a sus servidores. Kynon, hijo de Clydno, los guio. Arturo llegó al Castillo donde Kynon había estado antes. Al lle-

gar, los jóvenes estaban disparando en el mismo lugar y el hombre amarillo estaba cerca. Cuando lo vio, saludó a Arturo y lo invitó al Castillo.

Arturo aceptó la invitación, y entraron juntos. Aunque su séquito era numeroso, apenas se notó su presencia en el Castillo, tan vasto era. Las doncellas se levantaron para atenderlos, y a todos les pareció que su servicio superaba cualquier atención que hubieran recibido antes; incluso los pajes encargados de los caballos fueron atendidos esa noche tan bien como Arturo lo habría sido en su propio palacio.

A la mañana siguiente, Arturo partió de allí con Kynon como guía y llegó al lugar donde estaba el hombre negro. La estatura del hombre negro sorprendió a Arturo aún más de lo que le habían contado. Llegaron a la cima de la escarpada colina boscosa y recorrieron el valle hasta llegar al árbol verde, donde vieron la fuente, la copa y la losa.

Entonces Kai se acercó a Arturo y le habló. «Mi señor —dijo—, conozco el significado de todo esto, y te pido que me permitas arrojar el agua sobre la losa y afrontar la primera aventura que se presente». Arturo se lo permitió.

Kai arrojó una copa de agua sobre la losa, y enseguida llegó el trueno y, después del trueno, el aguacero. Nunca habían conocido una tormenta como aquella, y muchos de los servidores que acompañaban a Arturo murieron bajo el aguacero. Cuando cesó, el cielo se despejó; al mirar el árbol, lo vieron enteramente sin hojas.

Entonces los pájaros descendieron sobre el árbol, y su canto fue mucho más dulce que cualquier melodía que hubieran oído antes. Luego vieron a un caballero sobre un caballo negro como el carbón, vestido de satén negro,

que se acercaba rápidamente. Kai salió a su encuentro y se enfrentó con él, y no tardó en ser derribado. El caballero se retiró, y Arturo y su hueste acamparon para pasar la noche.

A la mañana siguiente, cuando se levantaron, vieron en la lanza del Caballero la señal de combate. Kai se acercó a Arturo y le dijo: «Mi señor —dijo —, aunque ayer me derribó, si te parece bien, hoy me gustaría enfrentarme otra vez al Caballero».

«Puedes hacerlo», dijo Arturo. Kai fue hacia el Caballero. Este lo derribó allí mismo y lo golpeó en la frente con la punta de su lanza, rompiéndole el yelmo y el casquete, y atravesándole la piel y la carne hasta el hueso, a la profundidad de la punta de la lanza. Kai regresó junto a sus compañeros.

Después, todos los hombres de la casa de Arturo salieron uno tras otro a combatir al Caballero, hasta que no quedó ninguno a quien no hubiera derribado, salvo Arturo y Gwalchmai. Arturo se armó para enfrentarse al Caballero.

«Oh, mi señor —dijo Gwalchmai—, permíteme luchar primero con él». Arturo se lo permitió. Gwalchmai salió a su encuentro, cubriéndose él y su caballo con una capa de satén de honor que le había enviado la hija del conde de Rhangyw; con ese atuendo, ninguno de la hueste lo reconoció.

Se lanzaron uno contra el otro y combatieron todo el día hasta la noche, sin que ninguno lograra desmontar al otro.

⁂

Al día siguiente combatieron con lanzas resistentes, y ninguno pudo vencer al otro.

Y al tercer día combatieron con lanzas muy fuertes. Estaban encendidos de ira y lucharon furiosamente hasta el mediodía. Se dieron golpes tan fuertes que se rompieron las cinchas de sus caballos, y cayeron al suelo por encima de las ancas.

Se levantaron enseguida, desenvainaron sus espadas y reanudaron el combate; y la multitud que presenciaba su encuentro estaba segura de que nunca antes había visto a dos hombres tan valientes ni tan poderosos. Y si hubiera sido medianoche, habría habido luz por el fuego que despedían sus armas.

Y el Caballero asestó a Gwalchmai un golpe que le apartó el yelmo de la cara, y así supo que era Gwalchmai. Entonces Owain dijo: «Mi señor Gwalchmai, no te reconocí como a mi primo por el manto de honor que te cubría; toma mi espada y mis armas». Gwalchmai dijo: «Tú, Owain, eres el vencedor; toma mi espada». Al oír esto, Arturo vio que conversaban y se acercó a ellos.

«Mi señor Arturo —dijo Gwalchmai—, aquí está Owain, que me ha vencido y no quiere tomar mis armas». «Mi señor —dijo Owain—, él es quien me ha vencido, y no quiere tomar mi espada».

«Denme sus espadas —dijo Arturo—, y así ninguno de los dos habrá vencido al otro». Entonces Owain rodeó con los brazos el cuello de Arturo, y se abrazaron. Todo el ejército corrió a ver a Owain y a abrazarlo; y casi hubo una pérdida de vidas, tan grande era el gentío.

Esa noche se retiraron, y al día siguiente Arturo se dispuso a partir. «Mi señor —dijo Owain—, eso no está bien de tu parte, pues llevo tres años separado de ti, y durante todo ese tiempo, hasta hoy mismo, he estado preparando un banquete para ti, sabiendo que vendrías a buscarme. Quédate conmigo, pues, hasta que tú y tus acompañantes se hayan repuesto del cansancio del viaje y hayan sido ungidos».

Todos se dirigieron al Castillo de la Condesa de la Fuente, y el banquete que se había estado preparando durante tres años se consumió en tres meses. Nunca habían disfrutado de un banquete más delicioso ni agradable. Arturo se dispuso a partir.

Entonces envió una embajada a la Condesa para rogarle que permitiera a Owain acompañarlo durante tres meses, a fin de mostrarlo a los nobles y a las hermosas damas de la Isla de Britania. La Condesa dio su consentimiento, aunque le causaba mucho pesar. Así que Owain fue con Arturo a la Isla de Britania.

Y cuando volvió a reunirse con sus parientes y amigos, se quedó con ellos tres años, en vez de tres meses.

Un día, mientras Owain comía en la ciudad de Caerlleon sobre Usk, entró una doncella montada en un caballo alazán, de crin rizada y cubierto de espuma; la brida y cuanto se veía de la silla eran de oro. La doncella vestía un traje de satén amarillo. Se acercó a Owain y le quitó el anillo de la mano. «Así —dijo— se tratará al engañador, al traidor, al desleal, al deshonrado y al imberbe». Volvió la cabeza de su caballo y se marchó.

Entonces Owain recordó su aventura y se entristeció; y, cuando terminó de comer, se fue a su morada e hizo los preparativos esa noche. Al día siguiente se levantó, pero no fue a la Corte: vagó por tierras lejanas y montañas agrestes. Permaneció allí hasta que toda su ropa se gastó, su cuerpo quedó consumido y le creció mucho el cabello.

Anduvo entre las bestias salvajes y comía con ellas, hasta que se acostumbraron a él; pero al fin se debilitó tanto que ya no pudo seguir acompañándolas. Bajó entonces de las montañas al valle y llegó a un parque, el más hermoso del mundo, que pertenecía a una Condesa viuda.

Un día la Condesa y sus doncellas salieron a pasear junto a un lago que había en medio del parque. Vieron la figura de un hombre y se asustaron. Sin embargo, se acercaron a él, lo tocaron y lo miraron. Vieron que aún vivía, aunque el calor del sol lo había dejado agotado.

La Condesa regresó al Castillo, tomó un frasco lleno de un ungüento precioso y se lo dio a una de sus doncellas. «Ve con esto —le dijo—, lleva también aquel caballo y aquellas ropas, y déjalos junto al hombre que acabamos de ver. Úntalo con este bálsamo cerca del corazón; y si aún vive, la eficacia del bálsamo lo hará levantarse. Luego observa qué hace».

La doncella se alejó de ella, derramó todo el bálsamo sobre Owain, dejó el caballo y las ropas cerca de él, se apartó un poco y se escondió para vigilarlo. Al poco rato lo vio empezar a mover los brazos. Se levantó, se miró el cuerpo y sintió vergüenza por lo desaliñado de su aspecto. Entonces vio el caballo y las ropas que tenía cerca.

Se arrastró hasta poder alcanzar las ropas que estaban sobre la silla. Se vistió y, con dificultad, montó el caballo. Entonces la doncella se dejó ver y lo saludó. Owain se alegró al verla y le preguntó qué tierra y qué territorio eran aquellos.

«En verdad —dijo la doncella—, aquel Castillo pertenece a una Condesa viuda. Cuando murió su esposo, le dejó dos condados, pero hoy solo le queda esta morada, que no le ha sido arrebatada por un joven Conde vecino suyo porque ella se negó a casarse con él».

«Es una pena», dijo Owain. Él y la doncella se dirigieron al Castillo; Owain desmontó allí, y la doncella lo llevó a una agradable habitación, encendió un fuego y lo dejó.

La doncella se presentó ante la Condesa y le entregó el frasco. «¡Ay, doncella! —dijo la Condesa—, ¿dónde está todo el bálsamo?» «¿Acaso no lo usé todo?», respondió ella. «Ay, doncella —dijo la Condesa—, no puedo perdonarte fácilmente esto; me duele haber desperdiciado un ungüento precioso, que valía ciento cuarenta libras, en un desconocido a quien no conozco. En fin, doncella, atiéndelo hasta que se haya recuperado por completo».

Y la doncella así lo hizo: le proporcionó comida y bebida, fuego, alojamiento y medicinas, hasta que volvió a estar bien. En tres meses recuperó su aspecto de antes y se volvió aún más apuesto que nunca.

⁂

Un día Owain oyó un gran tumulto y ruido de armas en el Castillo, y preguntó a la doncella cuál era la causa. «El Conde del que te hablé —dijo ella

— ha llegado ante el Castillo con un numeroso ejército para someter a la Condesa». Owain le preguntó si la Condesa tenía un caballo y armas. «Tiene los mejores del mundo», dijo la doncella. «Ve a pedirle prestados un caballo y unas armas —dijo Owain—, para que pueda ir a ver ese ejército». «Así lo haré», dijo ella.

La doncella fue a ver a la Condesa y le contó lo que Owain había dicho. La Condesa se rio. «En verdad —dijo—, le daré un caballo y unas armas para siempre. Nunca ha tenido un caballo ni unas armas como estos, y me alegra que se los lleve hoy, no sea que mañana mis enemigos se apoderen de ellos contra mi voluntad. Aunque no sé qué haría con ellos».

La Condesa mandó sacar un hermoso corcel negro, con una silla de haya, y una armadura para el hombre y el caballo. Owain se armó, montó el caballo y partió acompañado de dos pajes completamente equipados, con caballos y armas. Cuando se acercaron al ejército del Conde, no alcanzaban a ver ni su extensión ni su final. Owain preguntó a los pajes en qué tropa estaba el Conde.

«En aquella tropa —dijeron—, donde hay cuatro estandartes amarillos. Dos están delante de él y dos detrás». «Ahora —dijo Owain—, regresen y espérenme cerca de la puerta del Castillo». Ellos regresaron, y Owain siguió adelante hasta encontrarse con el Conde.

Lo sacó por completo de la silla, volvió la cabeza de su caballo hacia el Castillo y, aunque con dificultad, llevó al Conde hasta la puerta, donde lo esperaban los pajes. Entraron. Owain le presentó el Conde a la Condesa como regalo. «Aquí tienes —le dijo— una recompensa por tu bendito bálsamo».

El ejército acampó alrededor del Castillo. El Conde devolvió a la Condesa los dos condados que le había quitado, como rescate por su vida; y, a cambio de su libertad, le entregó la mitad de sus propios dominios, todo su oro, su plata y sus joyas, además de rehenes.

Owain se marchó. La Condesa y todos sus súbditos le rogaron que se quedara, pero Owain prefirió vagar por tierras lejanas y desiertos.

Mientras viajaba, oyó un fuerte alarido en un bosque. Se repitió una segunda y una tercera vez. Owain se dirigió hacia el lugar y vio un enorme montículo rocoso en medio del bosque; a un lado había una roca gris. La roca tenía una grieta, y dentro de ella había una serpiente.

Cerca de la roca estaba un león negro, y cada vez que el león intentaba alejarse, la serpiente se lanzaba contra él para atacarlo. Owain desenvainó la espada y se acercó a la roca; cuando la serpiente salió de un salto, la golpeó con la espada y la partió en dos. Limpió la espada y siguió su camino, como antes.

Pero el león lo siguió y jugueteó a su alrededor, como si fuera un lebrel que él hubiera criado.

Siguieron así durante todo el día, hasta que llegó la noche. Cuando llegó la hora de que Owain descansara, desmontó y dejó suelto el caballo en una pradera llana y boscosa. Hizo fuego y, cuando prendió, el león le trajo suficiente leña para tres noches. Luego el león desapareció. Al poco rato regresó con un hermoso corzo grande. Lo dejó caer delante de Owain, que lo llevó hacia el fuego.

Owain tomó el corzo, lo desolló y ensartó trozos de su carne alrededor del fuego. Le dio el resto del animal al león para que lo devorara. Mientras hacía esto, oyó cerca un suspiro profundo, y luego un segundo y un tercero. Owain preguntó a gritos si aquel suspiro que había oído provenía de una persona, y le respondieron que sí.

«¿Quién eres?», dijo Owain. «En verdad —dijo la voz—, soy Luned, doncella de la Condesa de la Fuente». «¿Y qué haces aquí?», dijo Owain. «Estoy prisionera —dijo ella— por culpa del caballero que vino de la Corte de Arturo y se casó con la Condesa. Se quedó poco tiempo con ella y luego partió hacia la Corte de Arturo, y desde entonces no ha regresado. Era el amigo a quien más quería en el mundo. Dos pajes de la cámara de la Condesa lo calumniaron y lo llamaron engañador. Yo les dije que los dos juntos no eran rival para él.

Entonces me encerraron en una bóveda de piedra y dijeron que me matarían si él mismo no venía a liberarme antes de cierto día; y ese día es pasado mañana. No tengo a nadie a quien enviar a buscarlo. Se llama Owain, hijo de Urien».

«¿Estás segura de que, si ese caballero supiera todo esto, vendría a rescatarte?» «Estoy enteramente segura», dijo ella.

Cuando estuvieron cocidos los trozos de carne, Owain los dividió en dos partes, una para él y otra para la doncella; después de comer, conversaron hasta el amanecer. A la mañana siguiente Owain preguntó a la doncella si había algún lugar donde pudiera conseguir comida y alojamiento para esa noche. «Sí, señor —dijo ella—; cruza por allí y sigue la orilla del río. Pronto

verás un gran Castillo con muchas torres. El Conde dueño de ese Castillo es el hombre más hospitalario del mundo. Allí puedes pasar la noche».

Nunca un centinela vigiló a su señor con más cuidado que el león a Owain aquella noche.

Y Owain aparejó su caballo y cruzó el vado, y divisó el Castillo. Entró en él y lo recibieron con honores. Cuidaron bien de su caballo y pusieron abundante forraje delante de él. Entonces el león fue y se echó en el pesebre del caballo, de modo que nadie del Castillo se atrevió a acercársele.

El trato que recibió Owain allí fue como nunca había conocido en otra parte, pues todos estaban tan afligidos como si la muerte hubiera caído sobre ellos. Y se sentaron a comer; el conde se sentó a un lado de Owain y, al otro, su única hija. Owain nunca había visto a nadie más hermosa que ella.

Entonces el león fue y se acomodó entre los pies de Owain, y este le dio de comer de toda clase de alimentos que él mismo tomaba. Y nunca había visto nada comparable a la tristeza de aquellas gentes.

En medio del banquete, el conde comenzó a dar la bienvenida a Owain. «Entonces —dijo Owain—, mira, ya es hora de que estés alegre». «Dios sabe —dijo el conde— que no es tu llegada lo que nos entristece, sino que tenemos motivos suficientes para estar afligidos y preocupados».

«¿Cuál es ese motivo?», dijo Owain. «Tengo dos hijos —respondió el conde—, y ayer fueron a las montañas a cazar. Ahora bien, en la montaña hay un monstruo que mata y devora a los hombres, y se apoderó de mis hijos; mañana es el día que ha fijado para presentarse aquí, y amenaza con matar entonces a mis hijos ante mis ojos, a menos que le entregue a mi hija.

Tiene forma de hombre, pero su estatura no es menor que la de un gigante».

«En verdad —dijo Owain—, eso es lamentable. ¿Y qué harás?» «Dios sabe —dijo el conde— que será mejor que maten a mis hijos contra mi voluntad, a que yo entregue voluntariamente a mi hija para que él la maltrate y la destruya». Luego hablaron de otras cosas y Owain se quedó allí esa noche.

⁂

A la mañana siguiente oyeron un clamor muy grande, causado por la llegada del gigante con los dos jóvenes. El conde estaba ansioso tanto por proteger su Castillo como por liberar a sus dos hijos. Entonces Owain se puso la armadura y salió a enfrentarse al gigante, y el león lo siguió. Cuando el gigante vio que Owain iba armado, se abalanzó sobre él y lo atacó.

El león peleó contra el gigante con mucha más ferocidad que Owain. «En verdad —dijo el gigante—, no me costaría nada luchar contigo si no fuera por el animal que te acompaña». Entonces Owain llevó al león de vuelta al Castillo y cerró la puerta, y luego regresó a luchar con el gigante, como antes. El león rugió muy fuerte, pues oyó que Owain lo estaba pasando mal.

Trepó hasta alcanzar la parte superior del salón del conde, y desde allí llegó a lo alto del Castillo; saltó desde las murallas y fue a reunirse con Owain. El león le dio al gigante un zarpazo que lo desgarró desde el hombro hasta la cadera, dejándole el corazón al descubierto, y el gigante cayó muerto. Entonces Owain devolvió los dos jóvenes a su padre.

El conde le rogó a Owain que se quedara con él, pero Owain no quiso y se puso en camino hacia la pradera donde estaba Luned. Al llegar, vio una gran hoguera encendida, y a dos jóvenes de hermoso cabello castaño rojizo y rizado que llevaban a la doncella para arrojarla al fuego. Owain les preguntó qué acusación tenían contra ella.

Ellos le contaron el acuerdo que había entre ellos, tal como la doncella había hecho la noche anterior. «Y —dijeron—, Owain le ha fallado; por eso la llevamos para quemarla».

«En verdad —dijo Owain—, es un buen caballero, y si supiera que la doncella corre semejante peligro, me asombra que no haya venido a rescatarla; pero si me aceptan en su lugar, lucharé con ustedes». «Aceptamos —dijeron los jóvenes—, por quien nos creó».

Y atacaron a Owain, y lo acorralaron. En eso, el león acudió en ayuda de Owain, y entre los dos vencieron a los jóvenes. Ellos le dijeron: «Caudillo, no habíamos acordado luchar sino contigo a solas, y nos cuesta más enfrentarnos a ese animal que a ti».

Owain puso al león en el lugar donde habían tenido prisionera a la doncella, tapió la puerta con piedras y fue a luchar con los jóvenes, como antes. Pero Owain no tenía su fuerza habitual, y los dos jóvenes lo acorralaron. El león rugía sin cesar al ver a Owain en apuros; rompió la pared hasta encontrar una salida y se abalanzó sobre los jóvenes, a quienes mató al instante. Así se salvó Luned de ser quemada.

Entonces Owain regresó con Luned a los dominios de la condesa de la Fuente. Al partir de allí, llevó a la condesa consigo a la corte de Arturo, y

ella fue su esposa mientras vivió.

Luego tomó el camino que conducía a la corte del salvaje hombre negro, y Owain luchó con él, y el león no se apartó de Owain hasta que lo venció. Al llegar a la corte del salvaje hombre negro, entró en el salón y vio a veinticuatro damas, las más hermosas que pudieran verse.

Las prendas que vestían no valían veinticuatro peniques, y estaban afligidas como si la muerte las hubiera alcanzado. Owain les preguntó la causa de su tristeza. Ellas dijeron: «Somos hijas de condes y todas llegamos aquí con nuestros esposos, a quienes amábamos mucho. Nos recibieron con honores y alegría. Nos sumieron en un estupor y, mientras estábamos así, el demonio dueño de este Castillo mató a todos nuestros esposos y nos quitó los caballos, la ropa, el oro y la plata; los cadáveres de nuestros esposos siguen en esta casa, junto con muchos otros.

Y esta, Caudillo, es la causa de nuestro dolor, y lamentamos que hayas venido aquí, por temor a que te ocurra algún daño».

Owain se afligió al oír aquello. Salió del Castillo y vio que se acercaba un caballero, quien lo saludó de manera amistosa y alegre, como si fuera su hermano. Era el salvaje hombre negro.

«En verdad —dijo Owain—, no estoy aquí para buscar tu amistad». «En verdad —dijo él—, entonces no la encontrarás». Dicho esto, cargaron el uno contra el otro y lucharon con furia. Owain lo venció y le ató las manos a la espalda.

Entonces el salvaje negro le rogó a Owain que le perdonara la vida y habló así: «Mi señor Owain —dijo—, estaba profetizado que vendrías aquí y me

vencerías, y así lo has hecho. Aquí era un ladrón, y mi casa era una casa de saqueo; pero perdóname la vida y me convertiré en encargado de un hospicio, y mantendré esta casa como hospicio para débiles y fuertes mientras viva, por el bien de tu alma». Owain aceptó su propuesta y se quedó allí esa noche.

Al día siguiente tomó a las veinticuatro damas, sus caballos, sus prendas y cuanto poseían de bienes y joyas, y se dirigió con ellas a la corte de Arturo. Si Arturo se había alegrado al verlo cuando lo perdió la primera vez, ahora su alegría fue mucho mayor. De aquellas damas, las que quisieron quedarse en la corte de Arturo se quedaron, y las que quisieron marcharse se marcharon.

Desde entonces Owain vivió en la corte de Arturo, muy querido y a la cabeza de su casa, hasta que se marchó con sus seguidores; estos eran el ejército de trescientos cuervos que Kenverchyn le había dejado. Adondequiera que iba Owain con ellos, salía victorioso.

Y este es el relato de LA DAMA DE LA FUENTE.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# PEREDUR, EL HIJO DE EVRAWC

✦

El conde Evrawc poseía el condado del Norte. Y tenía siete hijos. Evrawc se mantenía no tanto con sus propias posesiones como asistiendo a torneos, guerras y combates. Y, como suele ocurrirles a quienes participan en encuentros y guerras, lo mataron, y también a seis de sus hijos. El nombre de su séptimo hijo era Peredur, y era el menor de todos.

Aún no tenía edad para ir a guerras y encuentros; de lo contrario, lo habrían matado también, como a su padre y a sus hermanos. Su madre era una mujer astuta y reflexiva, y se preocupaba mucho por este único hijo suyo y por sus bienes. Así que decidió dejar las tierras habitadas y huir a los desiertos y a los parajes salvajes y solitarios.

No permitió que la acompañaran sino mujeres y muchachos, y hombres sin ánimo, poco acostumbrados e incapaces de guerrear y luchar. Nadie se atrevía a llevar caballos ni armas cerca de su hijo, por temor a que se encaprichara de ellos. El joven iba todos los días a divertirse al bosque, arrojando palos y varas.

Un día vio el rebaño de cabras de su madre, y cerca de las cabras había dos ciervas. Le sorprendió mucho que esas dos no tuvieran cuernos, mientras que las otras sí. Pensó que habían vivido mucho tiempo en estado salvaje y que por eso habían perdido los cuernos.

Con agilidad y rapidez, juntó a las ciervas y a las cabras y las condujo hasta el corral de las cabras, al extremo del bosque. Luego Peredur volvió con su

madre.

—¡Ah, madre —dijo—, he visto algo asombroso en el bosque: dos de tus cabras se han vuelto salvajes y han perdido los cuernos por haber estado tanto tiempo perdidas en el bosque! Nadie habría tenido más dificultades que yo para hacerlas entrar. Entonces todos se levantaron y fueron a verlas. Al contemplar las ciervas, quedaron muy asombrados.

Un día vieron a tres caballeros que avanzaban por el camino de los caballos, en los lindes del bosque. Eran Gwalchmai, hijo de Gwyar; Geneir Gwystyl, y Owain, hijo de Urien. Owain seguía el rastro del caballero que había repartido las manzanas en la corte de Arturo, a quien perseguían.

—Madre —dijo Peredur—, ¿qué son aquellos de allá? —Son ángeles, hijo mío —respondió ella. —Por mi fe —dijo Peredur—, iré a convertirme en ángel con ellos. Peredur se dirigió al camino y se encontró con ellos.

—Dime, buen hombre —dijo Owain—, ¿has visto pasar por aquí a un caballero, hoy o ayer? —No sé —contestó— qué es un caballero. —Uno como yo —dijo Owain—. Si me respondes lo que te pregunte, yo te diré lo que tú quieras saber.

—Con gusto lo haré —respondió Owain. —¿Qué es esto? —preguntó Peredur, señalando la silla de montar. —Es una silla de montar —dijo Owain. Luego preguntó por todos los arreos que veía en los hombres y los caballos, por las armas, para qué servían y cómo se usaban. Owain se lo mostró todo con detalle y le explicó para qué servía. —Sigue adelante —dijo Peredur—, porque vi a uno como el que buscas, y te seguiré.

Entonces Peredur volvió con su madre y los suyos, y le dijo: —Madre, aquellos no eran ángeles, sino nobles caballeros. Entonces su madre se desmayó. Peredur fue al lugar donde guardaban los caballos que transportaban leña y traían comida y bebida desde las tierras habitadas hasta el desierto. Tomó un caballo pío, huesudo, que le pareció el más fuerte de todos.

Acomodó un fardo a modo de silla de montar y, con ramitas retorcidas, imitó los arreos que había visto en los caballos. Cuando Peredur volvió, la condesa ya se había recobrado del desmayo.

—Hijo mío —dijo ella—, ¿quieres salir de viaje? —Sí, si me das permiso —respondió él. —Espera, entonces, que te aconseje antes de que te vayas. —Con gusto —contestó él—; habla pronto.

—Ve, entonces —dijo ella—, a la corte de Arturo, donde están los mejores, los más valientes y los más generosos de los hombres. Dondequiera que veas una iglesia, reza ante ella tu padrenuestro. Y si ves comida y bebida, las necesitas y nadie tiene la amabilidad o la cortesía de ofrecértelas, tómalas tú mismo.

Si oyes un grito, dirígete hacia él, sobre todo si es el grito de una mujer. Si ves una joya hermosa, quédatela y dásela a otra persona, pues así obtendrás elogios. Si ves a una mujer hermosa, galantea con ella, quiera ella o no; así serás un hombre mejor y más estimado que antes.

Después de esta conversación, Peredur montó el caballo y, llevando en la mano un puñado de horquillas puntiagudas, partió. Viajó durante dos días y dos noches por bosques espesos y lugares desiertos, sin comida ni bebida.

Al cabo llegó a un vasto bosque salvaje y, muy adentro, vio un claro hermoso y llano.

En el claro había una tienda que le pareció una iglesia, así que rezó ante ella su padrenuestro. Se acercó y encontró abierta la entrada de la tienda. Junto a la entrada había una silla dorada. En ella estaba sentada una hermosa doncella de cabellos castaños rojizos, con una diadema de oro en la frente, adornada con piedras relucientes, y un gran anillo de oro en la mano.

Peredur desmontó y entró en la tienda. La doncella se alegró de su llegada y le dio la bienvenida. En la entrada vio comida, dos frascos llenos de vino, dos panes de fina harina de trigo y trozos de carne de jabalí.

—Mi madre me dijo —dijo Peredur— que, dondequiera que viera comida y bebida, las tomara. —Toma la comida, jefe, y sé bienvenido —dijo ella. Así que Peredur tomó para sí la mitad de la comida y de la bebida, y dejó el resto a la doncella. Cuando terminó de comer, se arrodilló ante ella.

—Mi madre me dijo —dijo— que, dondequiera que viera una joya hermosa, la tomara. —Hazlo, querido —dijo ella. Así que Peredur tomó el anillo. Montó en su caballo y siguió su camino.

Después de esto, he aquí que llegó el caballero dueño de la tienda; era el señor del Claro. Vio las huellas del caballo y le dijo a la doncella: —Dime quién estuvo aquí desde que me fui.

—Un hombre —respondió ella— de comportamiento extraordinario. Y le describió el aspecto y la conducta de Peredur. —Dime —preguntó él—, ¿te hizo algún daño? —No —contestó la doncella—, por mi fe, no me hizo daño.

—Por mi fe, no te creo. Hasta que lo encuentre, vengue la afrenta que me ha hecho y me desquite de él, no pasarás dos noches en la misma casa. Entonces el caballero se levantó y salió en busca de Peredur.

⁂

Mientras tanto, Peredur siguió su camino hacia la corte de Arturo. Antes de que llegara, había estado allí otro caballero, que había dejado un anillo de oro macizo en la puerta para que le guardaran el caballo, y había entrado en el salón donde estaban reunidos Arturo y los miembros de su corte, Gwenhwyvar y sus doncellas.

El paje de la cámara estaba sirviendo a Gwenhwyvar en una copa de oro. Entonces el caballero le arrojó a la cara y al corpiño la bebida que había en la copa, le dio un fuerte golpe en el rostro y dijo: —Si alguien se atreve a disputarme esta copa y a vengar la afrenta hecha a Gwenhwyvar, que me siga al prado; allí lo esperaré.

El caballero tomó su caballo y cabalgó hasta el prado. Todos los miembros de la corte agacharon la cabeza, por temor a que alguno tuviera que ir a vengar la afrenta hecha a Gwenhwyvar. Les parecía que nadie se habría atrevido a cometer un ultraje tan temerario a menos que poseyera, por magia o encantamientos, poderes que impidieran que alguien pudiera vengarse de él.

Entonces, he aquí que Peredur entró en el salón montado en el caballo pío y huesudo, con sus arreos toscos, y lo recorrió de un extremo al otro. En el centro del salón estaba Kai.

—Dime, hombre alto —dijo Peredur—, ¿aquel es Arturo? —¿Qué quieres de Arturo? —preguntó Kai. —Mi madre me dijo que fuera a ver a Arturo y recibiera la orden de caballería.

—Por mi fe —dijo él—, llevas un caballo y unas armas demasiado miserables. Todos los miembros de la corte se fijaron en él y le arrojaron palos. Entonces, he aquí que se adelantó un enano. Él y una enana llevaban ya un año en la corte de Arturo. Habían pedido hospedaje a Arturo y lo habían obtenido; durante todo ese año, ninguno de los dos había dicho una sola palabra a nadie.

Al ver a Peredur, el enano exclamó: —¡Ja, ja! ¡Bienvenido seas, noble Peredur, hijo de Evrawc, el más destacado de los guerreros y flor de la caballería! —En verdad —dijo Kai—, estás mal educado.

Has pasado un año callado en la corte de Arturo, rodeado de buena compañía; y ahora, ante Arturo y todos los miembros de su corte, gritas y proclamas a un hombre como este el más destacado de los guerreros y la flor de la caballería. Y le dio tal bofetada que cayó al suelo sin sentido.

Entonces exclamó la enana: —¡Ja, ja! ¡Noble Peredur, hijo de Evrawc! ¡Bienvenido seas, flor de los caballeros y luz de la caballería! —En verdad, muchacha —dijo Kai—, tienes malos modales. Has pasado un año callada en la corte de Arturo y luego hablas así de un hombre como este. Y la pateó con el pie, de modo que cayó al suelo sin sentido.

—Hombre alto —dijo Peredur—, muéstrame cuál es Arturo. —Cállate —dijo Kai— y ve tras el caballero que salió hacia el prado. Quítale la copa, de-

rríbalo y quédate con su caballo y sus armas; entonces recibirás la orden de caballería.

—Lo haré, hombre alto —dijo Peredur. Volvió la cabeza del caballo hacia el prado. Al llegar, el caballero cabalgaba de un lado a otro, orgulloso de su fuerza, su valor y su noble porte.

—Dime —preguntó el caballero—, ¿viste a alguien venir tras de mí desde la corte? —El hombre alto que estaba allí —respondió Peredur— me pidió que viniera a derribarte y que me llevara la copa, tu caballo y tu armadura.

—¡Silencio! —dijo el caballero—. Vuelve a la corte y dile a Arturo, de mi parte, que venga él mismo o que envíe a otro a luchar conmigo; si no lo hace pronto, no lo esperaré.

—Por mi fe —dijo Peredur—, elige si será por las buenas o por las malas, pero me llevaré el caballo, las armas y la copa. Entonces el caballero arremetió furioso contra él y le asestó un fuerte golpe con el asta de la lanza, entre el cuello y el hombro.

—¡Ja, muchacho! —dijo Peredur—. Los criados de mi madre no solían jugar conmigo de esta manera; así que yo jugaré contigo de esta manera. Y entonces lo golpeó con una horquilla puntiaguda, que le dio en el ojo y le salió por la nuca, de modo que cayó muerto en el acto.

—En verdad —dijo Owain, hijo de Urien, a Kai—, no estuviste acertado cuando enviaste a ese loco tras el caballero. Una de dos cosas le sucederá: o será derrotado o será muerto. Si el caballero lo derrota, lo tendrá por un hombre honorable de la Corte, y eso será una eterna deshonra para Arturo

y sus guerreros. Y si lo mata, la deshonra será la misma y, además, el pecado recaerá sobre él. Por eso iré a ver qué le ha sucedido.

Owain fue al prado y encontró a Peredur arrastrando al hombre de un lado a otro.

—¿Qué haces? —dijo Owain.

—Esta armadura de hierro —dijo Peredur— nunca se le quitará; al menos, no con mis esfuerzos.

Owain se quitó la armadura y la ropa.

—Aquí tienes, buen amigo —dijo—, un caballo y una armadura mejores que los tuyos. Tómalos con gusto y ven conmigo a ver a Arturo, para recibir la orden de caballería, pues la mereces.

—¡Que nunca vuelva a mostrar mi rostro si voy! —dijo Peredur—. Pero lleva la copa a Gwenhwyvar y dile a Arturo que, dondequiera que esté, seré su vasallo y le prestaré toda la ayuda y el servicio que pueda. Dile también que no iré a su Corte hasta haberme enfrentado con el hombre alto que está allí, para vengar la ofensa que hizo al enano y a la enana.

Owain volvió a la Corte y contó todo esto a Arturo, a Gwenhwyvar y a todos los de la casa.

Peredur siguió cabalgando. Mientras avanzaba, se encontró con un caballero.

—¿De dónde vienes? —dijo el caballero.

—Vengo de la Corte de Arturo —dijo Peredur.

—¿Eres uno de sus hombres? —preguntó.

—Sí, por mi fe —respondió.

—Buen servicio es, sin duda, el de Arturo.

—¿Por qué dices eso? —dijo Peredur.

—Te lo diré —dijo él—. Siempre he sido enemigo de Arturo, y a todos sus hombres con quienes me he encontrado los he matado.

Sin más palabras, lucharon, y no pasó mucho antes de que Peredur lo derribara por encima de la grupa de su caballo. Entonces el caballero le pidió clemencia.

—La tendrás —dijo Peredur— si me juras que irás a la Corte de Arturo y le dirás que fui yo quien te derrotó, en honor de su servicio. Dile también que nunca iré a la Corte hasta haber vengado el insulto al enano y a la enana.

El caballero le dio su palabra y se dirigió a la Corte de Arturo. Allí contó lo que había prometido y transmitió a Kai la amenaza.

⁂

Peredur siguió cabalgando. En el transcurso de esa semana se encontró con dieciséis caballeros y los derrotó a todos vergonzosamente. Todos fueron a la Corte de Arturo y llevaron el mismo mensaje que el primer caballero había transmitido de parte de Peredur, así como la misma amenaza que este había enviado a Kai. Entonces Arturo reprendió a Kai, y Kai se sintió muy afligido.

Peredur siguió cabalgando. Llegó a un bosque vasto y desierto, en cuyo límite había un lago. Al otro lado había un hermoso castillo. En la orilla del lago vio a un anciano venerable, de cabellos blancos, sentado sobre un cojín de terciopelo y vestido con una prenda de terciopelo. Sus servidores pescaban en el lago. Al ver acercarse a Peredur, el anciano se levantó y se dirigió al castillo. Era cojo.

Peredur cabalgó hasta el palacio. La puerta estaba abierta y entró en el salón. Allí estaba sentado el anciano sobre un cojín, frente a un gran fuego ardiente. Los de la casa y los miembros de la compañía se levantaron para recibir a Peredur y lo desarmaron. El hombre invitó al joven a sentarse en el cojín. Se sentaron y conversaron. Cuando llegó la hora, prepararon las mesas y fueron a comer. Al terminar la comida, el hombre preguntó a Peredur si sabía luchar bien con la espada.

—No lo sé —dijo Peredur—, pero si me enseñaran, sin duda aprendería.

—Quien sabe manejar bien el garrote y el escudo también podrá luchar con una espada.

El hombre tenía dos hijos: uno de cabello rubio y el otro de cabello castaño rojizo.

—Levántense, muchachos —dijo—, y jueguen con el garrote y el escudo.

Así lo hicieron.

—Dime, buen amigo —dijo el hombre—, ¿cuál de los muchachos crees que juega mejor?

—Creo —dijo Peredur— que el joven rubio podría hacer sangrar al otro, si quisiera.

—Levántate, muchacho, y toma el garrote y el escudo de manos del joven de cabello castaño rojizo. Si puedes, haz sangrar al joven rubio.

Peredur se levantó y fue a jugar con el joven rubio. Alzó el brazo y le dio un golpe tan fuerte que le cayó la ceja sobre el ojo y comenzó a correrle la sangre.

—Ah, muchacho —dijo el hombre—, ven ahora y siéntate, pues llegarás a ser el mejor espadachín de toda esta isla. Soy tu tío, el hermano de tu madre. Te quedarás conmigo un tiempo para aprender las costumbres de distintos países, la cortesía, la gentileza y el porte noble. Deja, pues, los hábitos y el modo de hablar de tu madre, y yo seré tu maestro.

Desde ahora te elevaré al rango de caballero. Haz lo siguiente: si ves algo que te cause asombro, no preguntes qué significa. Si nadie tiene la cortesía de informarte, el reproche no recaerá sobre ti, sino sobre mí, que soy tu maestro.

Le brindaron abundante atención y servicio. Cuando llegó la hora, se fueron a dormir. Al amanecer, Peredur se levantó, tomó su caballo y, con permiso de su tío, partió. Llegó a un bosque vasto y desierto. Al otro extremo había un prado y, al otro lado del prado, vio un gran castillo. Peredur se dirigió hacia allí, encontró la puerta abierta y entró en el salón.

Vio a un venerable anciano de cabellos blancos sentado a un lado del salón, rodeado de muchos pajes, que se levantaron para recibirlo y honrarlo. Lo

sentaron junto al dueño del palacio. Conversaron y, llegada la hora de comer, hicieron que Peredur se sentara junto al noble durante la comida.

Cuando hubieron comido y bebido cuanto quisieron, el noble le preguntó a Peredur si sabía luchar con una espada.

—Si recibiera instrucción —dijo Peredur—, creo que podría.

En el suelo del salón había una enorme abrazadera de hierro, tan grande que un guerrero podía sujetarla con la mano.

—Toma esa espada —dijo el hombre a Peredur— y golpea la abrazadera.

Peredur se levantó y golpeó la abrazadera, cortándola en dos; la espada también se partió en dos. «Junta las dos partes y vuelve a unirlas». Peredur las juntó y quedaron enteras como antes. Golpeó la abrazadera una segunda vez, y tanto esta como la espada se partieron en dos; igual que antes, volvió a unirlas. La tercera vez dio un golpe semejante y juntó las partes rotas, pero ni la abrazadera ni la espada volvieron a unirse.

—Joven —dijo el noble—, ven ahora y siéntate. Que mi bendición te acompañe. Eres el mejor espadachín del reino. Has alcanzado dos tercios de tu fuerza, pero aún no has obtenido el otro tercio. Cuando alcances todo tu poder, nadie podrá competir contigo. Soy tu tío, el hermano de tu madre, y hermano del hombre en cuya casa pasaste la noche anterior.

Peredur y su tío conversaron. Entonces vio entrar en el salón a dos jóvenes que subieron a la cámara llevando una lanza enorme, de cuya punta caían al suelo tres chorros de sangre. Al verlo, todos los presentes comenzaron a llorar y lamentarse. Pero el hombre no interrumpió su conversación con Pe-

redur. Como no le explicó el significado de lo que había visto, Peredur se abstuvo de preguntárselo.

Cuando el clamor se hubo calmado un poco, entraron dos doncellas con una gran bandeja entre ellas. Sobre ella había una cabeza de hombre, rodeada de abundante sangre. Entonces los miembros de la corte lanzaron un grito tan grande que era penoso estar con ellos en el mismo salón. Pero al fin callaron. Cuando llegó la hora de dormir, llevaron a Peredur a una hermosa cámara.

Al día siguiente, con permiso de su tío, Peredur partió. Llegó a un bosque y, muy adentro, oyó un fuerte grito. Vio a una hermosa mujer de cabello castaño rojizo y, junto a ella, un caballo ensillado. A su lado había un cadáver. Mientras intentaba ponerlo sobre el caballo, el cuerpo cayó al suelo, y ella se lamentó con gran dolor.

—Dime, hermana —dijo Peredur—, ¿por qué te lamentas?

—¡Ay, maldito Peredur! ¡Qué poca compasión he recibido de ti en mi desgracia!

—¿Por qué estoy maldito? —dijo Peredur.

—Porque causaste la muerte de tu madre. Cuando partiste contra su voluntad, la angustia se apoderó de su corazón y murió; por eso estás maldito. El enano y la enana que viste en la Corte de Arturo eran los enanos de tu padre y de tu madre. Yo soy tu hermana de crianza, y este era mi esposo. Lo mató el caballero que está en el claro del bosque. No te acerques a él, para que no te mate también.

—Hermana, me reprochas injustamente. Como he permanecido tanto tiempo entre ustedes, apenas podré vencerlo; si me hubiera quedado más tiempo, sí que me habría resultado difícil conseguirlo. Deja, pues, de lamentarte, porque no sirve de nada. Enterraré el cuerpo y luego iré a buscar al caballero para ver si puedo vengarme de él.

Cuando hubo enterrado el cuerpo, fueron al lugar donde estaba el caballero. Lo encontraron cabalgando con orgullo por el claro, y este le preguntó a Peredur de dónde venía.

—Vengo de la Corte de Arturo.

—¿Y eres uno de los hombres de Arturo?

—Sí, por mi fe.

—Sin duda, es provechosa la alianza con Arturo.

Sin decir nada más, se enfrentaron y Peredur derribó enseguida al caballero. Este le pidió clemencia.

—La tendrás —dijo Peredur— con estas condiciones: que te cases con esta mujer y le des todo el honor y respeto que puedas, pues mataste sin motivo a su esposo. Además, irás a la Corte de Arturo y le mostrarás que fui yo quien te derrotó, para honrarlo y servirlo. Le dirás que nunca volveré a su Corte hasta haberme encontrado con el hombre alto que está allí, para vengarme de su ofensa al enano y a la enana.

Peredur tomó la palabra del caballero de que cumpliría todo esto. Entonces el caballero le proporcionó a la dama un caballo y ropas adecuadas, y la llevó consigo a la Corte de Arturo. Le contó a Arturo todo lo ocurrido y

desafió a Kai. Arturo y todos los de su casa reprendieron a Kai por haber expulsado de su Corte a un joven como Peredur.

⁂

Owain, hijo de Urien, dijo:

—Este joven no entrará en la Corte hasta que Kai haya salido de ella.

—Por mi fe —dijo Arturo—, recorreré todos los lugares desiertos de la isla de Bretaña hasta encontrar a Peredur. Entonces, que él y su adversario hagan cuanto puedan el uno contra el otro.

Entonces Peredur siguió cabalgando. Llegó a un bosque desierto, donde no vio huellas ni de hombres ni de animales, y donde no había más que matorrales y maleza. En el extremo más alto del bosque vio un vasto castillo, con muchas torres fuertes; y cuando se acercó a la puerta, encontró la maleza más alta que en cualquier otro lugar que hubiera visto.

Golpeó la puerta con el asta de su lanza, y entonces, he aquí que un joven delgado y pelirrojo se asomó por una abertura en las almenas. «Elige, jefe —dijo—: ¿te abro la puerta o aviso a los señores de que estás a la entrada?»

«Di que estoy aquí —dijo Peredur—, y si quieren que entre, pasaré». El joven regresó y abrió la puerta para Peredur. Cuando entró en el salón, vio a dieciocho jóvenes delgados y pelirrojos, de la misma estatura, el mismo aspecto, la misma vestimenta y la misma edad que el que le había abierto la puerta. Eran muy hábiles en cortesía y en el servicio. Lo desarmaron.

Luego se sentaron a conversar. Entonces, he aquí que cinco doncellas salieron de la cámara y entraron en el salón. Peredur tuvo la certeza de que

nunca había visto a nadie de aspecto tan hermoso como la principal de las doncellas. Llevaba una vieja prenda de satén que en otro tiempo había sido elegante, pero estaba tan hecha jirones que se le veía la piel a través de ella.

Su piel era más blanca que el brillo del cristal, y su cabello y sus dos cejas eran más negros que el azabache; en sus mejillas tenía dos manchas rojas, más rojas que cualquier otra cosa. La doncella dio la bienvenida a Peredur, le echó los brazos al cuello y lo hizo sentarse junto a ella.

Poco después vio entrar a dos monjas; una llevaba un frasco lleno de vino y la otra, seis panes de pan blanco. «Señora —dijeron—, el cielo es testigo de que esta noche no queda tanta comida ni bebida en aquel convento». Entonces se sentaron a comer, y Peredur notó que la doncella quería darle más comida y bebida a él que a cualquiera de los demás.

«Hermana mía —dijo Peredur—, repartiré la comida y la bebida». «No, alma mía», respondió ella. «Por mi fe, sí lo haré». Peredur tomó el pan y dio a cada uno una porción igual, junto con una copa llena de la bebida. Cuando llegó la hora de dormir, prepararon una cámara para Peredur y él se fue a descansar.

«Mira, hermana —dijeron los jóvenes a la más hermosa y noble de las doncellas—, tenemos un consejo para ti». «¿Cuál puede ser?», preguntó ella. «Ve con el joven que está en la cámara de arriba y ofrécete a ser su esposa o la dama de su amor, si a él le parece bien».

«Eso sería, en verdad, impropio —dijo ella—. Hasta ahora no he sido la dama amada de ningún caballero, y no puedo hacerle esa oferta antes de que él me corteje».

«Por nuestra confesión ante el cielo, si no haces eso, te dejaremos aquí a merced de tus enemigos, para que hagan contigo lo que quieran». Por miedo a esto, la doncella salió y, entre lágrimas, se dirigió a la cámara. Al oír abrirse la puerta, Peredur despertó; la doncella lloraba y se lamentaba.

«Dime, hermana mía —dijo Peredur—, ¿por qué lloras?» «Te lo diré, señor —respondió ella—. Mi padre gobernaba estos dominios como su señor, y este palacio era suyo; además, poseía el mejor condado del reino. Entonces, el hijo de otro conde me pidió a mi padre, pero yo no quería que me entregaran a él, y mi padre no quiso darme en contra de mi voluntad, ni a él ni a ningún conde del mundo. Mi padre no tenía más hijos que yo. Cuando murió, estos dominios pasaron a mis manos, y entonces estaba aún menos dispuesta a aceptarlo que antes. Así que me hizo la guerra y conquistó todas mis posesiones, excepto esta casa.

Gracias al valor de los hombres que has visto, mis hermanos de crianza, y a la fortaleza de la casa, nunca podrá tomarla mientras queden alimentos y bebida. Ahora nuestras provisiones se han agotado; pero, como has visto, las monjas nos han alimentado, pues el camino está abierto para ellas por todo el país. Y al fin ellas también se han quedado sin comida ni bebida. Mañana mismo el conde vendrá contra este lugar con todas sus fuerzas; y si caigo en su poder, mi suerte no será mejor que terminar entregada a los mozos de sus caballos.

Por eso, señor, he venido a ponerme en tus manos, para que me socorras, ya sea llevándome de aquí o defendiéndome aquí, según te parezca mejor». «Ve, hermana mía —dijo él—, y duerme; no me iré de tu lado hasta que

haga lo que pides o averigüe si puedo ayudarte». La doncella volvió a descansar. A la mañana siguiente se acercó a Peredur y lo saludó.

«Que el cielo te favorezca, alma mía. ¿Qué noticias traes?» «Solo que el conde y todas sus fuerzas han llegado a la puerta. Nunca había visto un lugar tan cubierto de tiendas ni tan lleno de caballeros que desafían a otros a combatir».

«En verdad —dijo Peredur—, que preparen mi caballo». Ensillaron su caballo, y él se levantó y salió al prado. Allí un caballero cabalgaba con orgullo por el prado, con la señal de batalla en alto. Se enfrentaron, y Peredur arrojó al caballero por encima de la grupa de su caballo hasta el suelo.

Al final del día, uno de los caballeros principales fue a combatir con él, y también lo derribó, hasta que le pidió clemencia. «¿Quién eres?», preguntó Peredur.

«En verdad —respondió él—, soy el mayordomo del conde». «¿Cuánto de las posesiones de la condesa está bajo tu poder?» «La tercera parte, en verdad», contestó. «Entonces —dijo Peredur—, devuélvele íntegra la tercera parte de sus posesiones y todas las ganancias que hayas obtenido de ellas; y trae esta noche a su corte comida y bebida para cien hombres, junto con sus caballos y armas. Quedarás como su prisionero, a menos que ella quiera quitarte la vida».

Y él lo hizo de inmediato. Esa noche la doncella estuvo muy contenta y todos comieron en abundancia.

⁂

Al día siguiente Peredur salió cabalgando al prado y venció a muchos hombres del ejército. Al final del día llegó un caballero orgulloso y majestuoso; Peredur lo derribó y él le pidió clemencia.

«¿Quién eres?», preguntó Peredur. «Soy el administrador del palacio», dijo. «¿Cuánto de las posesiones de la doncella está bajo tu control?» «Una tercera parte», respondió.

«En verdad —dijo Peredur—, devolverás por completo a la doncella sus posesiones y, además, le darás comida y bebida para doscientos hombres, con sus caballos y armas. Y tú quedarás como su prisionero». Y así se hizo de inmediato.

Al tercer día Peredur salió cabalgando al prado y venció a más hombres que en cualquiera de los días anteriores. Al final del día, un conde fue a enfrentarse con él; Peredur lo derribó y él le pidió clemencia.

«¿Quién eres?», preguntó Peredur. «Soy el conde —dijo él—. No te lo ocultaré». «En verdad —dijo Peredur—, devolverás todo el condado de la doncella, le entregarás también tu propio condado, y le darás comida y bebida para trescientos hombres, con sus caballos y armas. Y tú mismo quedarás bajo su poder». Así se cumplió.

Peredur permaneció tres semanas en el país, haciendo que se pagara tributo y se obedeciera a la doncella, y poniendo el gobierno en sus manos. «Con tu permiso —dijo Peredur—, me iré de aquí».

«En verdad, hermano mío, ¿es eso lo que deseas?» «Sí, por mi fe; y si no fuera por el amor que te tengo, no habría permanecido aquí tanto tiempo». «Alma mía —dijo ella—, ¿quién eres?»

«Soy Peredur, hijo de Evrawc, del Norte; y si alguna vez estás en apuros o en peligro, avísame, y si puedo, te protegeré».

Entonces Peredur siguió cabalgando. A lo lejos se encontró con una dama montada en un caballo flaco y cubierto de sudor; ella saludó al joven. «¿De dónde vienes, hermana mía?» Entonces le contó la causa de su viaje. Era la esposa del señor del Claro.

«Mira —dijo él—, soy el caballero por quien estás en apuros, y se arrepentirá quien te ha tratado así». En ese momento llegó un caballero y le preguntó a Peredur si había visto a un caballero como el que buscaba.

«Cállate —dijo Peredur—, yo soy a quien buscas; y, por mi fe, has hecho mal a tu familia al tratar así a la doncella, pues ella no tiene culpa de lo que pasó conmigo». Se enfrentaron y no llevaban mucho tiempo combatiendo cuando Peredur derribó al caballero, que le pidió clemencia.

«Tendrás clemencia —dijo Peredur—, si regresas por donde viniste y declaras que consideras inocente a la doncella, y si reconoces ante ella la derrota que te he infligido». El caballero le dio su palabra de hacerlo.

Entonces Peredur siguió adelante. Vio un castillo por encima de él y se dirigió hacia allí. Golpeó la puerta con su lanza y, entonces, he aquí que un joven apuesto y pelirrojo abrió la puerta. Tenía la estatura de un guerrero y la edad de un niño.

Cuando Peredur entró en el salón, vio a una dama alta y majestuosa sentada en una silla, rodeada de muchas doncellas; la dama se alegró de su llegada. A la hora de comer, se sentaron a la mesa. Después de terminar la comida, ella dijo: «Sería bueno que fueras a dormir a otro lugar, jefe».

«¿Por qué no puedo dormir aquí?», preguntó Peredur. «Aquí están nueve hechiceras, alma mía, las hechiceras de Gloucester, y con ellas están su padre y su madre. Si no conseguimos escapar antes del amanecer, nos matarán; ya han conquistado y devastado todo el país, salvo esta morada».

«Mira —dijo Peredur—, me quedaré aquí esta noche y, si estás en apuros, te ayudaré en todo lo que pueda; pero no recibirás ningún daño de mí». Entonces se fueron a descansar. Al amanecer, Peredur oyó un grito espantoso.

Se levantó de prisa y salió con su túnica y su jubón, con la espada colgada al cuello; vio que una hechicera alcanzaba a uno de los guardias, que gritaba con todas sus fuerzas. Peredur atacó a la hechicera y la golpeó en la cabeza con su espada, de modo que le aplastó el casco y la cofia como si fueran un plato sobre la cabeza.

«¡Ten piedad de mí, noble Peredur, hijo de Evrawc, y que el cielo tenga piedad de mí!» «¿Cómo sabes, bruja, que soy Peredur?» «Por el destino y porque sabía de antemano que me harías daño. Te daré un caballo y una armadura; y conmigo irás a aprender caballería y el uso de las armas».

Peredur dijo: «Tendrás clemencia si das tu palabra de que nunca volverás a hacer daño a los dominios de la condesa». Peredur obtuvo su promesa y, con el permiso de la condesa, partió con la hechicera al palacio de las hechiceras. Permaneció allí tres semanas; luego eligió un caballo y unas armas, y siguió su camino.

⁂

Al atardecer entró en un valle y, en lo alto, llegó a la celda de un ermitaño. El ermitaño lo recibió con alegría, y allí pasó la noche. Por la mañana se levantó y salió; he aquí que durante la noche había caído una nevada, y un halcón había matado un ave silvestre frente a la celda. El ruido del caballo espantó al halcón, y un cuervo se posó sobre el ave.

Peredur se detuvo y comparó lo negro del cuervo y lo blanco de la nieve, y lo rojo de la sangre, con el cabello de la dama a quien más amaba, más negro que el azabache; con su piel, más blanca que la nieve, y con las dos manchas rojas de sus mejillas, más rojas que la sangre sobre la nieve.

En ese momento, Arturo y los suyos estaban buscando a Peredur. «¿Saben —dijo Arturo— quién es el caballero de la lanza larga que está junto al arroyo, allá arriba?».

«Señor —dijo uno de ellos—, iré a averiguar quién es». El joven fue entonces adonde estaba Peredur y le preguntó qué hacía allí y quién era. Pero, como pensaba intensamente en la dama a quien más amaba, no le respondió. Entonces el joven arremetió contra Peredur con su lanza; Peredur se volvió hacia él y lo derribó de su caballo con un golpe en la grupa.

Después llegaron veinticuatro jóvenes, y no respondió a uno más que a otro, sino que a todos los recibió del mismo modo y los derribó de un solo golpe. Luego llegó Kai y le habló a Peredur con rudeza y enojo.

Peredur lo golpeó con la lanza por debajo de la mandíbula y lo arrojó al suelo de una lanzada, de modo que le rompió el brazo y el omóplato; después pasó sobre él veintiuna veces con su caballo. Mientras Kai yacía allí,

aturdido por la intensidad del dolor que había sufrido, su caballo regresó a galope desenfrenado.

Cuando los de la corte vieron que el caballo volvía sin jinete, cabalgaron deprisa hacia el lugar del encuentro. Al llegar, creyeron que Kai había muerto, pero vieron que aún podía vivir si encontraba un médico hábil. Peredur no interrumpió su meditación al ver a la multitud reunida alrededor de Kai. Llevaron a Kai a la tienda de Arturo, quien mandó llamar a médicos hábiles. Arturo se afligió por la desgracia de Kai, pues lo quería mucho.

«Entonces —dijo Gwalchmai—, no es justo apartar sin consideración a un caballero honorable de sus pensamientos; quizá esté meditando sobre algún daño que ha sufrido, o pensando en la dama a quien más ama. Tal vez este percance le haya ocurrido al último que se encontró con él por haber actuado sin pensar. Si te parece bien, señor, iré a ver si este caballero ha dejado de meditar; y, si es así, le pediré cortésmente que venga a visitarte».

Entonces Kai se enfureció y pronunció palabras ásperas y malintencionadas. «Gwalchmai —dijo—, sé que lo traerás porque está fatigado. No obstante, poco elogio y honor obtendrás al vencer a un caballero cansado de luchar. Aun así, así has sacado ventaja sobre muchos. Mientras te duren el discurso y las palabras suaves, una camisa de lino fino te bastaría como armadura; no necesitarás romper ni lanza ni espada para luchar con el caballero en el estado en que se encuentra».

Gwalchmai le respondió: «Podrías usar palabras más amables, si quisieras; y no debes descargar en mí tu ira y tu disgusto. Creo que traeré al caballero conmigo sin romperme el brazo ni el hombro». Arturo le dijo: «Hablas

como un hombre sabio y prudente. Ve, ponte suficiente armadura y elige tu caballo». Gwalchmai se armó y cabalgó rápidamente hacia el lugar donde estaba Peredur.

Peredur descansaba apoyado en el asta de su lanza, absorto en los mismos pensamientos. Gwalchmai se acercó sin dar señales de hostilidad y le dijo: «Si creyera que te agradaría tanto como a mí, conversaría contigo. También traigo un mensaje de Arturo: te ruega que vayas a visitarlo. Ya vinieron dos hombres a hacerte esta invitación».

«Es cierto —dijo Peredur—, y llegaron con descortesía. Me atacaron y eso me molestó, pues no me agradaba que me apartaran de mis pensamientos. Estaba pensando en la dama a quien más amo, y así llegó ella a mi mente: yo miraba la nieve, el cuervo y las gotas de sangre del ave que el halcón había matado sobre la nieve. Pensé que su blancura era como la nieve, que el negro de su cabello y de sus cejas era como el del cuervo, y que las dos manchas rojas de sus mejillas eran como las dos gotas de sangre».

Gwalchmai dijo: «No era un pensamiento indigno; me sorprendería que te agradara que te apartaran de él». «Dime —dijo Peredur—, ¿está Kai en la corte de Arturo?».

«Sí —respondió—, y es el caballero que luchó contigo al final. Le habría ido mejor si no hubiera venido, pues se rompió el brazo y el omóplato al caer de tu lanza».

«En verdad —dijo Peredur—, no me pesa haber empezado así a vengar el insulto al enano y a la enana». Gwalchmai se asombró al oírlo hablar del

enano y de la enana; se acercó, lo abrazó por el cuello y le preguntó cómo se llamaba.

«Me llaman Peredur, hijo de Evrawc —dijo—. ¿Y tú quién eres?». «Me llamo Gwalchmai», respondió. «Me alegra mucho encontrarte —dijo Peredur—, pues en todos los países por los que he pasado he oído hablar de tu fama por tu valor y rectitud, y te pido que seamos compañeros».

«Lo seremos, te lo juro; y acepta también mi compañía», dijo Gwalchmai. «Con gusto», respondió Peredur.

⁂

Así, cabalgaron juntos y alegres hacia el lugar donde estaba Arturo. Cuando Kai los vio venir, dijo: «Sabía que Gwalchmai no necesitaba luchar con el caballero. Y no es de extrañar que gane fama: con sus palabras amables puede más que yo con la fuerza de mi brazo». Peredur fue con Gwalchmai a su tienda y se quitaron la armadura.

Peredur se puso ropas como las que llevaba Gwalchmai, y juntos fueron ante Arturo y lo saludaron. «Mira, señor —dijo Gwalchmai—, aquí está aquel a quien has buscado tanto tiempo».

«Bienvenido seas, jefe —dijo Arturo—. Te quedarás conmigo; si hubiera sabido que eras tan valiente, no te habrías marchado como lo hiciste. Sin embargo, el enano y la enana, a quienes Kai maltrató y de quienes tú te vengaste, ya lo habían anunciado». En ese momento llegó la reina con sus doncellas, y Peredur las saludó. Ellas se alegraron de verlo y le dieron la bienvenida. Arturo le mostró gran honor y respeto, y regresaron a Caerlleon.

La primera noche que Peredur llegó a Caerlleon, a la corte de Arturo, salió a pasear por la ciudad después de comer y se encontró con Angharad Law Eurawc. «Por mi fe, hermana —dijo Peredur—, eres una doncella hermosa y encantadora; y, si te agradara, podría amarte por encima de todas las mujeres». «Te doy mi palabra —dijo ella— de que no te amo ni te amaré jamás». «También te doy mi palabra —dijo Peredur— de que no volveré a hablar con ningún cristiano hasta que llegues a amarme por encima de todos los hombres».

Al día siguiente, Peredur siguió el camino principal por una cresta de la montaña y vio un valle circular, rodeado de riscos y bosques. La parte llana del valle estaba cubierta de praderas, y entre las praderas y el bosque había campos. En medio del bosque vio grandes casas negras de construcción extraña. Se apeó y llevó su caballo hacia el bosque.

Un poco más adentro vio un saliente rocoso por donde pasaba el camino. Sobre el saliente había un león atado con una cadena, dormido. Debajo del león vio un pozo profundo y enorme, lleno de huesos de hombres y animales. Peredur desenvainó la espada y golpeó al león, que cayó en la boca del pozo y quedó colgando de la cadena.

Con un segundo golpe cortó la cadena, y el león cayó al pozo. Peredur condujo su caballo por el saliente rocoso hasta llegar al valle. En el centro vio un hermoso castillo y se dirigió hacia él. En la pradera junto al castillo vio sentado a un hombre gris enorme, más grande que cualquier hombre que hubiera visto antes.

Dos jóvenes pajes jugaban a disparar los puños de sus dagas, hechos de hueso de hipopótamo. Uno de los pajes tenía el cabello rojo y el otro cas-

taño rojizo. Los pajes lo condujeron adonde estaba el hombre gris, y Peredur lo saludó. El hombre gris dijo: «¡Qué vergüenza para la barba de mi portero!». Entonces Peredur comprendió que el portero era el león.

El hombre gris y los pajes entraron juntos en el castillo, y Peredur los siguió. Le pareció un lugar hermoso y noble. Fueron al salón, donde las mesas ya estaban preparadas y había abundante comida y bebida. Entonces vio salir de una habitación a una mujer anciana y a una joven; eran las mujeres más distinguidas que había visto. Se lavaron y fueron a comer.

El hombre gris se sentó en el lugar de honor, a la cabecera de la mesa, y la mujer anciana se sentó junto a él. Peredur y la joven se sentaron juntos, y los dos pajes los atendieron. La joven miró a Peredur con tristeza, y él le preguntó por qué estaba triste.

«Por ti, alma mía; desde que te vi por primera vez, te he amado por encima de todos los hombres. Me duele saber que un joven tan gentil como tú tenga el destino que te espera mañana. ¿Viste las numerosas casas negras en medio del bosque? Todas pertenecen a los vasallos del hombre gris que está allá, mi padre. Todos son gigantes. Mañana se alzarán contra ti y te matarán. Este valle se llama Valle Redondo».

«Escucha, hermosa doncella: ¿podrías hacer que esta noche mi caballo y mis armas estén en el mismo alojamiento que yo?». «Con gusto haré lo posible, por el cielo».

Y cuando llegó la hora de dormir, en vez de seguir de fiesta, se fueron a descansar. La doncella hizo que el caballo y las armas de Peredur quedaran en el mismo alojamiento que él. A la mañana siguiente, Peredur oyó un gran

tumulto de hombres y caballos alrededor del castillo. Se levantó, se armó él y armó a su caballo, y salió al prado.

Entonces la anciana y la doncella se acercaron al hombre gris. «Señor —dijeron—, acepta la palabra del joven: nunca revelará lo que ha visto en este lugar, y nosotras responderemos por él para que cumpla su promesa».

«No lo haré, por mi fe», dijo el hombre gris. Así que Peredur luchó contra la tropa y, hacia el anochecer, había matado a un tercio de ellos sin recibir daño. Entonces dijo la anciana: «Mira, el joven ha matado a muchos de tus hombres; concédele, pues, misericordia».

«No se la concederé, por mi fe», dijo él. La anciana y la hermosa doncella estaban en las almenas del castillo, mirando hacia afuera. En ese momento, Peredur se enfrentó al joven de cabello amarillo y lo mató.

«Señor —dijo la doncella—, ten misericordia del joven». «No lo haré, por el Cielo», respondió él. Entonces Peredur atacó al joven pelirrojo y también lo mató. «Habría sido mejor que le concedieras misericordia al joven antes de que matara a tus dos hijos; ahora difícilmente escaparás tú mismo de él».

«Ve, doncella, y ruega al joven que tenga misericordia de nosotros, pues nos ponemos en sus manos». La doncella fue adonde estaba Peredur y pidió misericordia para su padre y para todos sus vasallos que habían sobrevivido.

«La tendrás, con la condición de que tu padre y todos sus hombres vayan a rendir homenaje a Arturo y le digan que fue su vasallo Peredur quien le prestó este servicio».

«Lo haremos de buena gana, por el Cielo». «También recibirán el bautismo, y enviaré un mensaje a Arturo para rogarle que te conceda este valle a ti y a tus herederos para siempre». Entonces entraron, y el hombre gris y la mujer alta saludaron a Peredur. El hombre gris le dijo: «Desde que poseo este valle, no he visto a ningún cristiano salir de aquí con vida, salvo tú. Iremos a rendir homenaje a Arturo, abrazaremos la fe y seremos bautizados».

Entonces dijo Peredur: «Doy gracias al Cielo por no haber quebrantado mi promesa a la dama que más amo: no dirigirle una sola palabra a ningún cristiano».

⁂

Pasaron allí la noche. A la mañana siguiente, el hombre gris partió con su gente hacia la corte de Arturo. Rindieron homenaje a Arturo, y él hizo que los bautizaran. El hombre gris le contó a Arturo que Peredur los había vencido. Arturo concedió el valle al hombre gris y a su gente para que lo tuvieran bajo su autoridad, tal como Peredur había pedido. Con permiso de Arturo, el hombre gris regresó al Valle Redondo.

Al día siguiente, Peredur siguió cabalgando y atravesó una extensa región desierta, donde no había viviendas. Al fin llegó a una morada humilde y pequeña. Allí oyó que había una serpiente tendida sobre un anillo de oro, que no permitía vivir a nadie en un radio de siete millas. Peredur fue al lugar donde, según le habían dicho, estaba la serpiente.

Luchó contra ella con ira, furia y desesperación; por fin la mató y se llevó el anillo. Así pasó mucho tiempo sin dirigir una palabra a ningún cristiano. Por eso perdió el color y el buen semblante, de tanto añorar la corte de Ar-

turo, la compañía de la dama que más amaba y la de sus compañeros. Luego siguió hacia la corte de Arturo.

En el camino se encontró con los hombres de la casa de Arturo, que iban a cumplir un encargo, encabezados por Kai. Peredur los reconoció a todos, pero ninguno de ellos lo reconoció.

«¿De dónde vienes, jefe?», dijo Kai. Se lo preguntó dos y hasta tres veces, pero Peredur no respondió. Kai lo atravesó en el muslo con su lanza. Para no verse obligado a hablar y quebrantar su promesa, Peredur siguió adelante sin detenerse.

«Entonces —dijo Gwalchmai—, pongo al Cielo por testigo, Kai: has obrado mal al cometer semejante atropello contra un joven como este, que no puede hablar».

Gwalchmai regresó a la corte de Arturo. «Señora —dijo a Gwenhwyvar—, ¿ves el cruel atropello que Kai ha cometido contra este joven que no puede hablar? Por el Cielo y por mí, haz que lo atiendan antes de que yo vuelva, y te pagaré los gastos».

Antes de que los hombres regresaran de su encargo, llegó un caballero al prado junto al palacio de Arturo y desafió a alguien a enfrentarse con él. Aceptaron el desafío, y Peredur luchó con él y lo derribó. Durante una semana, derribó a un caballero cada día.

Un día, Arturo y los hombres de su casa iban a la iglesia cuando vieron a un caballero que había levantado la señal de combate. «En verdad —dijo Arturo—, por el valor de los hombres, no me iré de aquí hasta tener mi ca-

ballo y mis armas para derribar a ese patán». Entonces los ayudantes fueron a buscar el caballo y las armas de Arturo.

Peredur se encontró con ellos cuando regresaban, les quitó el caballo y las armas y se dirigió al prado. Todos los que lo vieron levantarse e ir a combatir al caballero subieron a los tejados, a los montículos y a los lugares altos para presenciar el combate. Peredur hizo una seña con la mano al caballero para que comenzaran a luchar.

El caballero arremetió contra él, pero no logró moverlo de donde estaba. Peredur espoleó su caballo y cargó contra él con ira, furia, fiereza, desesperación y gran rabia. Le asestó bajo la mandíbula un golpe mortal, grave, furioso, certero y potente; lo levantó de la silla y lo lanzó lejos. Peredur regresó, dejó el caballo y las armas con el ayudante como antes y fue a pie al palacio.

Entonces Peredur fue conocido como el Joven Mudo. Y sucedió que Angharad Law Eurawc se encontró con él. «Pongo al Cielo por testigo, jefe —dijo ella—, qué pena que no puedas hablar; si pudieras, te amaría más que a ningún otro hombre. Y, por mi fe, aunque no puedas hablar, te amo más que a todos».

«Que el Cielo te recompense, hermana mía —dijo Peredur—; por mi fe, yo también te amo». Entonces se supo que era Peredur. Desde entonces compartió la compañía de Gwalchmai, de Owain, hijo de Urien, y de todos los hombres de la casa, y permaneció en la corte de Arturo.

Arturo estaba en Caerlleon, junto al Usk. Salió de caza, y Peredur fue con él. Peredur soltó a su perro tras un ciervo, y el perro lo mató en un lugar de-

sierto. A poca distancia vio señales de una vivienda, así que se dirigió hacia allí y encontró un salón. En la puerta del salón vio a unos jóvenes calvos y morenos que jugaban al ajedrez.

Al entrar, vio a tres doncellas sentadas en un banco, todas vestidas de la misma manera, como correspondía a personas de alto rango. Se acercó y se sentó junto a ellas. Una de las doncellas miró fijamente a Peredur y lloró. Peredur le preguntó por qué lloraba.

«Me apena ver que maten a un joven tan apuesto como tú». «¿Quién me matará?», preguntó Peredur. «Si te atreves a quedarte aquí esta noche, te lo diré». «Por grande que sea el peligro de quedarme, te escucharé».

«Este palacio pertenece a mi padre —dijo la doncella—, y mata a todo el que llega aquí sin su permiso». «¿Qué clase de hombre es tu padre, para poder matar así a cualquiera?».

«Un hombre que maltrata y perjudica a sus vecinos y no hace justicia a nadie». En eso vio que los jóvenes se levantaban y retiraban las piezas del tablero. Oyó un gran tumulto, y después entró un hombre enorme, negro y tuerto. Las doncellas se levantaron para recibirlo. Lo desarmaron y él fue a sentarse.

Después de descansar y meditar un rato, miró a Peredur y preguntó quién era el caballero. «Señor —dijo una de las doncellas—, es el joven más apuesto y amable que hayas visto. Por el Cielo y por tu propia dignidad, ten paciencia con él».

«Por ti tendré paciencia y le perdonaré la vida esta noche». Entonces Peredur se acercó al fuego, comió y bebió, y conversó con las damas. Animado

por la bebida, dijo al hombre negro: «Me maravilla que, siendo tan poderoso como dices, alguien te haya sacado un ojo».

«Tengo por costumbre —dijo el hombre negro— que quien me haga esa pregunta no salga con vida, ni gratis ni pagando». «Señor —dijo la doncella—, aunque te hable en broma y por efecto de la bebida, cumple lo que acabas de decirme y prometerme».

«Lo haré con gusto por ti —dijo él—. De buen grado le perdonaré la vida esta noche». Y así pasaron la noche.

⁂

A la mañana siguiente, el hombre negro se levantó, se puso la armadura y dijo a Peredur: «Levántate, hombre, y acepta la muerte». Peredur le dijo: «Haz una de estas dos cosas, hombre negro: si quieres luchar conmigo, quítate la armadura o dame armas para que pueda enfrentarte».

«¡Eh, hombre! —dijo él—, ¿podrías luchar si tuvieras armas? Toma, pues, las que quieras». Entonces la doncella le llevó a Peredur las armas que él escogió. Peredur luchó con el hombre negro y lo obligó a pedir misericordia.

«Hombre negro, tendrás misericordia si me dices quién eres y quién te sacó el ojo». «Señor, te lo diré. Lo perdí al luchar con la Serpiente Negra del Carn. Hay un montículo llamado el Montículo del Duelo. Sobre el montículo hay un montón de piedras; entre ellas vive una serpiente, y en la cola de la serpiente hay una piedra. La piedra tiene esta virtud: quien la sostenga en una mano tendrá en la otra tanto oro como desee. Perdí el ojo al luchar con esa serpiente. Me llaman el Opresor Negro. Me llaman así por-

que he oprimido a todos los que viven cerca de mí y no he hecho justicia a nadie».

«Dime —dijo Peredur—, ¿qué tan lejos queda de aquí?». «El mismo día que partas, llegarás al palacio de los Hijos del Rey de los Tormentos». «¿Por qué los llaman así?».

«El Addanc del Lago los mata una vez al día. Cuando partas de allí, llegarás a la corte de la Condesa de las Hazañas». «¿Qué hazañas hay allí?», preguntó Peredur.

«Tiene trescientos hombres en su casa, y a todo forastero que llega a la corte le cuentan las hazañas de los hombres de su casa. Así es: los trescientos hombres se sientan junto a la dama, no por falta de respeto a los huéspedes, sino para contar esas hazañas. El día que partas de allí, llegarás al Montículo del Duelo. Alrededor del montículo están los dueños de trescientas tiendas, vigilando a la serpiente».

«Ya que has sido opresor durante tanto tiempo —dijo Peredur—, haré que no sigas siéndolo». Y lo mató.

Entonces la doncella habló y comenzó a conversar con él. «Si eras pobre cuando llegaste aquí, desde ahora serás rico gracias al tesoro del hombre negro que mataste. Ves a las muchas y hermosas doncellas que hay en esta Corte; tendrás por dama de tu amor a la que más te guste».

«Señora, no vine aquí desde mi país para cortejar; elijan ustedes como les plazca a los apuestos jóvenes que veo aquí; no deseo ninguno de sus bienes, pues no los necesito». Entonces Peredur cabalgó hacia delante y llegó al Pa-

lacio de los Hijos del Rey de las Torturas; al entrar en el Palacio, no vio a nadie más que mujeres.

Ellas se levantaron y se alegraron de su llegada; mientras comenzaban a conversar con él, vio llegar un caballo de batalla con una silla de montar, y un cadáver sobre ella. Una de las mujeres se levantó, tomó el cadáver de la silla, lo ungió en un recipiente de agua tibia que había junto a la puerta y le aplicó un bálsamo precioso.

El hombre se levantó con vida, fue adonde estaba Peredur, lo saludó y se alegró de verlo. Otros dos hombres llegaron montados en sus caballos, y la doncella trató a ambos de la misma manera que al primero. Entonces Peredur preguntó al jefe por qué sucedía aquello. Le contaron que había un Addanc en una cueva que los mataba una vez cada día. Así pasaron la noche.

A la mañana siguiente, los jóvenes se levantaron para salir, y Peredur les suplicó, por el amor de las damas a quienes amaban, que le permitieran ir con ellos; pero se negaron y dijeron: «Si te mataran allí, no habría nadie que te devolviera a la vida». Siguieron adelante a caballo, y Peredur fue tras ellos.

Cuando ya habían desaparecido de su vista, llegó a un túmulo, donde estaba sentada la dama más hermosa que había visto jamás. «Sé cuál es tu misión —dijo ella—; vas a enfrentarte al Addanc, y él te matará, no por su valentía, sino con astucia. Tiene una cueva y, en la entrada, hay un pilar de piedra; él ve a todo el que entra, pero nadie lo ve a él, y desde detrás del pilar mata a todos con un dardo envenenado. Si me prometes amarme por encima de todas las mujeres, te daré una piedra con la que podrás verlo cuando entres, mientras que él no podrá verte».

«Te doy mi palabra —dijo Peredur—, pues te amé desde la primera vez que te vi. ¿Y dónde podré encontrarte?». «Cuando me busques, busca hacia la India». La doncella desapareció después de poner la piedra en la mano de Peredur.

Llegó a un valle por el que corría un río. Las laderas del valle estaban cubiertas de bosque y, a ambos lados del río, había praderas llanas. A un lado del río vio un rebaño de ovejas blancas y, al otro, uno de ovejas negras.

Cada vez que balaba una oveja blanca, una oveja negra cruzaba el río y se volvía blanca; y cuando balaba una oveja negra, una oveja blanca cruzaba y se volvía negra. Vio un árbol alto junto al río: una mitad ardía desde la raíz hasta la copa, y la otra mitad estaba verde y cubierta de hojas.

Cerca de allí vio a un joven sentado en un túmulo, con dos galgos de pecho blanco y manchados, sujetos con correas y echados a su lado. Estaba seguro de que nunca había visto a un joven de porte tan regio. En el bosque de enfrente oyó a los perros levantar una manada de ciervos. Peredur saludó al joven, y este le devolvió el saludo.

Del túmulo salían tres caminos: dos eran anchos y el tercero, más estrecho. Peredur preguntó adónde llevaban los tres caminos. «Uno lleva a mi palacio —dijo el joven—, y te aconsejo una de estas dos cosas: que sigas hasta mi palacio, que está delante de ti y donde encontrarás a mi esposa, o que te quedes aquí para ver cómo los perros persiguen a los ciervos que han levantado en el bosque y los llevan a la llanura. Verás a los mejores galgos que hayas visto jamás, los más audaces en la cacería, matarlos junto al agua que tenemos al lado.

Cuando llegue la hora de comer, mi paje vendrá con mi caballo a buscarme, y esta noche podrás descansar en mi palacio». «Que el Cielo te lo pague, pero no puedo quedarme, pues debo seguir adelante».

«El otro camino lleva al pueblo de aquí cerca, donde se pueden comprar comida y bebida; el camino más estrecho que los otros conduce a la cueva del Addanc». «Con tu permiso, joven, iré por ese camino».

⁂

Peredur se dirigió a la cueva. Llevaba la piedra en la mano izquierda y la lanza en la derecha. Al entrar, vio al Addanc y lo atravesó con su lanza; luego le cortó la cabeza. Al salir de la cueva, vio a los tres compañeros en la entrada. Ellos saludaron a Peredur y le dijeron que había una profecía según la cual él mataría a aquel monstruo.

Peredur entregó la cabeza a los jóvenes, y ellos le ofrecieron en matrimonio a cualquiera de sus tres hermanas que eligiera, junto con la mitad de su reino. «No vine aquí para cortejar —dijo Peredur—, pero si llegara a casarme, preferiría a su hermana por encima de todas las demás». Peredur siguió adelante y oyó un ruido detrás de él.

Miró hacia atrás y vio a un hombre sobre un caballo rojo, vestido con una armadura roja. El hombre se puso a su lado, lo saludó y le deseó el favor del Cielo y de los hombres. Peredur saludó cordialmente al joven.

«Señor, vengo a hacerte una petición». «¿Qué deseas?». «Que me aceptes como tu servidor». «Entonces, ¿a quién debería aceptar como servidor, si lo hiciera?». «No te ocultaré de qué linaje soy. Me llamo Etlym Gleddyv Coch y soy un conde del País del Este».

«Me sorprende que quieras servir a un hombre cuyas posesiones no son mayores que las tuyas, pues yo, como tú, solo tengo un condado. Pero, ya que deseas ser mi servidor, te aceptaré con gusto».

Llegaron a la Corte de la Condesa, y todos los de la Corte se alegraron de su llegada. Les explicaron que no los habían colocado por debajo de los miembros de la casa por falta de respeto, sino porque esa era la costumbre de la Corte. Quien derribara a los trescientos hombres de su casa se sentaría al lado de la Condesa, y ella lo amaría por encima de todos los hombres.

Peredur derribó a los trescientos hombres de su casa, se sentó a su lado, y la Condesa dijo: «Doy gracias al Cielo por tener a un joven tan hermoso y valiente como tú, pues no he conseguido al hombre que más amo».

«¿A quién amas más?». «A fe mía, el hombre que más amo es Etlym Gleddyv Coch, aunque nunca lo he visto». «En verdad, Etlym es mi compañero. Aquí está; por él vine a combatir contra los hombres de tu casa. Él podría haberlo hecho mejor que yo, si hubiera querido. Y te lo entrego».

«Que el Cielo te lo pague, hermoso joven; aceptaré al hombre que amo por encima de todos los demás». Y desde ese momento la Condesa se convirtió en la esposa de Etlym.

Al día siguiente, Peredur partió hacia el Túmulo del Duelo. «Por mi mano, señor, iré contigo», dijo Etlym. Entonces avanzaron hasta divisar el túmulo y las tiendas.

«Ve a donde están aquellos hombres —dijo Peredur a Etlym— y pídeles que vengan a rendirme homenaje». Etlym fue hacia ellos y les dijo: «Vengan a rendir homenaje a mi señor».

«¿Quién es tu señor?», dijeron. «Peredur, el de la larga lanza, es mi señor», dijo Etlym. «Si estuviera permitido matar a un mensajero, no regresarías vivo junto a tu señor, por hacer a reyes, condes y barones una exigencia tan arrogante como la de venir a rendirle homenaje». Peredur le pidió que regresara con ellos y les diera a elegir: rendirle homenaje o combatir con él.

Ellos prefirieron combatir. Ese día Peredur derribó a los dueños de cien tiendas; al día siguiente, derribó a los dueños de cien más; y el tercer día, los cien restantes decidieron rendir homenaje a Peredur. Peredur les preguntó por qué estaban allí. Le dijeron que custodiaban a la serpiente hasta que muriera.

«Entonces lucharíamos entre nosotros por la piedra, y quien resultara vencedor se quedaría con ella». «Esperen aquí —dijo Peredur—, y yo iré a enfrentarme a la serpiente».

«No, señor —dijeron—, iremos todos juntos a enfrentarla». «En verdad —dijo Peredur—, no lo permitiré, pues si mato a la serpiente, no obtendré más fama que cualquiera de ustedes». Luego fue adonde estaba la serpiente, la mató, volvió con ellos y dijo: «Hagan las cuentas de lo que han gastado desde que están aquí, y se lo pagaré todo».

Pagó a cada uno lo que dijo que le correspondía. Solo les exigió que se reconocieran como sus vasallos. Y le dijo a Etlym: «Vuelve con la mujer que más amas; yo seguiré adelante y te recompensaré por haber sido mi servidor». Le entregó la piedra a Etlym. «Que el Cielo te lo pague y te conceda prosperidad», dijo Etlym.

Peredur partió de allí a caballo y llegó a un valle más hermoso que cualquiera que hubiera visto. Lo atravesaba un río, y allí vio muchas tiendas de distintos colores. Se asombró aún más por la cantidad de molinos de agua y de viento que vio. Se le acercó un hombre alto, pelirrojo, vestido como un trabajador, y Peredur le preguntó quién era.

«Soy el molinero principal de todos los molinos que ves allá», dijo. «¿Me darás alojamiento?», preguntó Peredur. «Con gusto», respondió él. Peredur llegó a la casa del molinero, que tenía una vivienda hermosa y agradable. Peredur le pidió dinero prestado para comprar comida y bebida para él y para los de la casa, y prometió devolvérselo antes de partir.

Le preguntó al molinero por qué se había reunido allí tanta gente. El molinero le dijo: «Una cosa es segura: o vienes de muy lejos o has perdido el juicio. Aquí está la Emperatriz de Cristinobyl la Grande, y no aceptará a nadie que no sea el hombre más valiente; las riquezas no le interesan. Era imposible traer comida para tantos miles como hay aquí, así que construyeron todos estos molinos». Esa noche descansaron.

⁂

Y al día siguiente Peredur se levantó y preparó sus armas y su caballo para el torneo. Entre las demás tiendas vio una que era la más hermosa que había visto jamás. Vio a una bella doncella asomar la cabeza por una ventana de la tienda, y nunca había visto una doncella más hermosa que ella. Llevaba un vestido de satén.

Se quedó mirando fijamente a la doncella y comenzó a amarla profundamente. Permaneció allí, contemplándola desde la mañana hasta el medio-

día, y desde el mediodía hasta la noche; entonces terminó el torneo, fue a su alojamiento y se quitó la armadura.

Luego pidió dinero prestado al molinero, y la mujer del molinero se enfadó con Peredur; sin embargo, el molinero le prestó el dinero. Al día siguiente hizo lo mismo que el día anterior. Por la noche volvió a su alojamiento y pidió dinero prestado al molinero.

El tercer día, mientras estaba en el mismo lugar contemplando a la doncella, sintió un fuerte golpe entre el cuello y el hombro, dado con el filo de un hacha. Al mirar hacia atrás, vio que era el molinero, quien le dijo: «Haz una de estas dos cosas: o aparta de aquí la mirada, o ve al torneo».

Peredur sonrió al molinero y fue al torneo; derribó a todos los que se enfrentaron con él aquel día. A todos los que venció los envió como regalo a la Emperatriz, y sus caballos y armas se los envió como regalo a la mujer del molinero, en pago del dinero prestado.

Peredur siguió en el torneo hasta que todos fueron derribados, y envió a todos los hombres a la prisión de la Emperatriz, y los caballos y las armas a la mujer del molinero, en pago del dinero prestado. La Emperatriz envió a buscar al Caballero del Molino y le pidió que fuera a visitarla. Peredur no acudió ni a la primera ni a la segunda invitación.

La tercera vez envió a cien caballeros para que lo llevaran contra su voluntad. Ellos fueron a verlo y le comunicaron el encargo de la Emperatriz. Peredur luchó bien contra ellos, hizo que los ataran como ciervos y los arrojaran a la acequia del molino. La Emperatriz pidió consejo a un sabio que

formaba parte de su séquito. Él le dijo: «Con tu permiso, iré yo mismo a verlo».

Entonces fue a ver a Peredur, lo saludó y le rogó, por amor a la dama que él amaba, que fuera a visitar a la Emperatriz. Fueron juntos, acompañados por el molinero. Peredur fue y se sentó en la cámara exterior de la tienda, y ella se acercó y se sentó a su lado. Apenas hablaron. Peredur se despidió y volvió a su alojamiento.

Al día siguiente fue a visitarla. Cuando entró en la tienda, no había ninguna cámara menos adornada que las otras. No sabían dónde se sentaría. Peredur fue y se sentó junto a la Emperatriz, y conversó cortésmente con ella. Mientras estaban así, vieron entrar a un hombre negro con una copa llena de vino en la mano.

Se arrodilló ante la Emperatriz y le rogó que no se la diera a nadie que no quisiera luchar con él por ella. Ella miró a Peredur. «Señora —dijo él—, concédeme la copa». Peredur bebió el vino y le dio la copa a la mujer del molinero.

Mientras estaban así, entró otro hombre negro, de mayor estatura que el anterior, con la garra de una bestia salvaje en la mano, labrada en forma de copa y llena de vino. Se la presentó a la Emperatriz y le rogó que no se la diera a nadie salvo al hombre que quisiera luchar con él.

«Señora —dijo Peredur—, dámela a mí». Ella se la dio. Peredur bebió el vino y envió la copa a la mujer del molinero. Mientras estaban así, entró un hombre de aspecto rudo, de pelo rizado y más alto que los otros dos, con

un cuenco lleno de vino en la mano. Se arrodilló y lo puso en manos de la Emperatriz.

Le rogó que no se lo diera a nadie salvo a quien luchara con él por él; ella se lo dio a Peredur, y él se lo envió a la mujer del molinero. Aquella noche Peredur volvió a su alojamiento. Al día siguiente preparó sus armas y su caballo, fue al prado y mató a los tres hombres.

Luego se dirigió a la tienda, y la Emperatriz le dijo: «Buen Peredur, recuerda la palabra que me diste cuando te entregué la piedra y mataste al Addanc». «Señora —respondió él—, dices la verdad; lo recuerdo». Y Peredur fue huésped de la Emperatriz durante catorce años, según cuenta la historia.

Arturo estaba en Caerlleon sobre Usk, su palacio principal. En el centro del suelo del salón había cuatro hombres sentados sobre una alfombra de terciopelo: Owain, hijo de Urien; Gwalchmai, hijo de Gwyar; Howel, hijo de Emyr Llydaw; y Peredur de la larga lanza.

Entonces vieron entrar a una doncella de cabello negro y rizado, montada en una mula amarilla, con unas correas dentadas en la mano para arrearla. Tenía un aspecto áspero y repulsivo. Su rostro y sus dos manos eran más negros que el hierro más negro cubierto de alquitrán, y su aspecto no era más espantoso que su figura.

Tenía los pómulos prominentes, el rostro alargado hacia abajo y la nariz corta, con las fosas nasales dilatadas. Un ojo era de un gris moteado y penetrante, y el otro era negro como el azabache, hundido en su cabeza. Sus

dientes eran largos y amarillos, más amarillos que la flor de la retama. El vientre le sobresalía por encima del esternón, más alto que la barbilla.

Tenía la espalda encorvada, y las piernas gruesas y huesudas. Su cuerpo era muy delgado y escuálido, salvo los pies y las piernas, que eran enormes. Saludó a Arturo y a todos los de su séquito, excepto a Peredur. A Peredur le dirigió palabras duras y airadas.

«Peredur, no te saludo, pues no lo mereces. El destino fue ciego al concederte fama y favor. Cuando estabas en la corte del Rey Tullido y viste allí al joven que llevaba la lanza chorreante, de cuyas puntas caían gotas de sangre en abundancia hasta la mano del joven, junto con muchas otras maravillas, no preguntaste qué significaban ni cuál era su causa. Si lo hubieras hecho, el Rey habría recuperado la salud y sus dominios habrían vuelto a la paz. En cambio, de ahora en adelante tendrá que soportar batallas y combates; sus caballeros perecerán, sus esposas quedarán viudas y las doncellas se quedarán sin dote. Todo esto sucede por tu culpa».

Luego le dijo a Arturo: «Señor, si te place, mi morada está lejos de aquí, en el majestuoso castillo del que has oído hablar. Allí hay quinientos sesenta y seis caballeros de la orden de caballería, y cada uno está con la dama que más ama. Quien quiera ganar fama en las armas, en los encuentros y en los combates, podrá conseguirla allí si la merece. Y sé dónde puede hallarla quien quiera alcanzar la cumbre de la fama y del honor. Hay un castillo en una montaña elevada, y dentro hay una doncella que está allí cautiva. Quien la libere alcanzará la cumbre de la fama en el mundo». Dicho esto, se alejó cabalgando.

⁂

Gwalchmai dijo: «Por mi fe, no descansaré tranquilo hasta averiguar si puedo liberar a la doncella». Muchos de los hombres de Arturo se unieron a él. Entonces Peredur dijo también: «Por mi fe, no descansaré tranquilo hasta conocer la historia y el significado de la lanza de la que habló la doncella negra». Mientras se preparaban, llegó un caballero a la puerta.

Tenía la estatura y la fuerza de un guerrero, y venía equipado con armas y vestiduras. Avanzó y saludó a Arturo y a todos los de su séquito, excepto a Gwalchmai. El caballero llevaba al hombro un escudo adornado con oro, con una franja azul celeste, y toda su armadura era del mismo color. Le dijo a Gwalchmai: «Mataste a mi señor con traición y engaño, y te lo demostraré».

Gwalchmai se levantó. «Mira —dijo—, aquí tienes mi guante como desafío. Defenderé, aquí o donde quieras, que no soy traidor ni engañador». «Quiero que nuestro encuentro tenga lugar ante el Rey a quien obedezco», dijo el caballero.

«De buena gana —dijo Gwalchmai—; ve delante y te seguiré». El caballero salió, y Gwalchmai se armó. Le ofrecieron abundantes armas, pero no quiso tomar ninguna que no fuera la suya. Cuando Gwalchmai y Peredur estuvieron preparados, salieron tras él, por la camaradería y la gran amistad que los unía. No fueron juntos tras él, sino que cada uno tomó su propio camino.

Al amanecer, Gwalchmai llegó a un valle, donde vio una fortaleza; dentro de ella había un gran palacio, rodeado de altas torres. Vio salir a cazar por el otro lado a un caballero montado en un fogoso palafrén negro que reso-

plaba, avanzaba al trote con paso orgulloso, daba saltos ágiles y pisaba con firmeza. Aquel era el dueño del palacio. Gwalchmai lo saludó.

«Que el cielo te favorezca, jefe —dijo el caballero—. ¿De dónde vienes?» «Vengo —respondió Gwalchmai— de la corte de Arturo». «¿Eres vasallo de Arturo?» «Sí, por mi fe», dijo Gwalchmai.

«Te daré un buen consejo —dijo el caballero—. Veo que estás cansado y agotado. Si te place, ve a mi palacio y quédate allí esta noche». «Con gusto, señor —dijo él—, y que el cielo te recompense».

«Lleva este anillo como señal para el portero, ve a aquella torre y allí encontrarás a mi hermana». Gwalchmai fue a la puerta, mostró el anillo y siguió hasta la torre. Al entrar, vio un gran fuego ardiente, que quemaba sin humo y alzaba una llama brillante y alta. Junto al fuego, sentada en una silla, había una doncella hermosa y distinguida.

Ella se alegró de su llegada, le dio la bienvenida y salió a su encuentro. Él fue a sentarse junto a la doncella y comieron. Al terminar, conversaron alegremente. Mientras estaban así, entró un anciano venerable de cabello blanco.

«¡Ah, muchacha vil! —dijo—. Si pensaras que está bien recibir y sentarte junto a ese hombre, no lo harías». Se retiró y salió. «¡Ah, jefe! —dijo la doncella—, si haces lo que te aconsejo, cierra la puerta, no sea que ese hombre tenga un plan contra ti». Gwalchmai se levantó y, cuando llegó cerca de la puerta, el hombre y otros sesenta, todos armados, subían por la torre.

Gwalchmai defendió la puerta con un tablero de ajedrez, para que nadie entrara hasta que el hombre regresara de la cacería. En ese momento llegó

el conde. «¿Qué sucede aquí?», preguntó.

«Es una desgracia —dijo el anciano—: esa joven ha estado sentada y ha comido con el que mató a vuestro padre. Es Gwalchmai, hijo de Gwyar». «Calla entonces —dijo el conde—; entraré». El conde se alegró de ver a Gwalchmai.

«¡Ah, jefe! —dijo—, estuvo mal que vinieras a mi corte sabiendo que mataste a mi padre. Aunque no podamos vengarlo, el cielo se vengará de ti». «Te doy mi palabra —dijo Gwalchmai—, así es: no vine aquí ni a reconocer ni a negar que maté a tu padre. Estoy en una misión de Arturo, y por eso te pido que me concedas un año, hasta que regrese de mi embajada. Entonces, por mi fe, volveré a este palacio y haré una de estas dos cosas: lo reconoceré o lo negaré».

Se le concedió el plazo de buen grado, y se quedó allí aquella noche. A la mañana siguiente partió a caballo. La historia no cuenta nada más sobre esta aventura de Gwalchmai.

Y Peredur siguió adelante. Recorrió toda la isla buscando noticias de la doncella negra, pero no encontró ninguna. Llegó a una tierra desconocida, en el centro de un valle regado por un río. Mientras atravesaba el valle, vio que se acercaba un jinete vestido con las ropas de un sacerdote, y le pidió su bendición.

«Desdichado —dijo el hombre—, no mereces ninguna bendición, y de nada te serviría recibirla, pues llevas armadura en un día como este». «¿Qué día es hoy?», preguntó Peredur.

«Hoy es Viernes Santo», respondió. «No me reprendas por no saberlo, pues hoy hace un año que partí de mi tierra». Entonces desmontó y llevó el caballo de la mano. No había avanzado mucho por el camino principal cuando llegó a una encrucijada que atravesaba un bosque. Al otro lado del bosque vio un castillo sin fortificaciones que parecía estar habitado.

En la puerta del castillo lo recibió el sacerdote que había visto antes, y Peredur le pidió su bendición. «Que la bendición del Cielo sea contigo —dijo el sacerdote—. Es más apropiado viajar con tu aspecto actual que como ibas antes; y esta noche te quedarás conmigo». Así que Peredur pasó allí la noche.

⁂

Al día siguiente, Peredur quiso partir. «Hoy nadie puede viajar. Te quedarás conmigo hoy, mañana y el día siguiente, y luego te indicaré lo mejor que pueda el camino al lugar que buscas». Al cuarto día, Peredur quiso partir y le rogó al sacerdote que le dijera cómo encontrar el Castillo de las Maravillas.

«Te contaré lo que sé de él —respondió—. Cruza aquella montaña y, al otro lado, llegarás a un río. En el valle por donde corre el río hay un palacio real, donde el Rey pasó la Pascua. Si en algún lugar puedes obtener noticias del Castillo de las Maravillas, será allí».

Entonces Peredur siguió adelante. Llegó al valle donde estaba el río, y se encontró con un grupo de hombres que iban de caza. En medio de ellos había un hombre de alto rango, a quien Peredur saludó.

«Elige, jefe —dijo el hombre—: puedes venir conmigo a cazar o dirigirte a mi palacio. Enviaré a uno de mis sirvientes para que te presente a mi hija, que está allí y te ofrecerá comida y bebida hasta que yo regrese de la cacería. Y cualquiera que sea tu cometido, con gusto te daré cuanto pueda conseguir para ti». El Rey le asignó como acompañante a un paje pequeño y rubio.

Cuando llegaron al palacio, la dama ya se había levantado y se disponía a lavarse antes de comer. Peredur se acercó, y ella lo saludó con alegría y lo sentó a su lado. Comieron. Cada vez que Peredur le decía algo, ella se reía a carcajadas, de modo que todos en el palacio podían oírla.

Entonces el paje rubio le dijo a la dama: «A fe mía, este joven ya es tu esposo; y si todavía no lo es, tienes puestos en él el pensamiento y el corazón». El paje fue a ver al Rey y le contó que, a su parecer, el joven que habían encontrado era el esposo de su hija, o que pronto lo sería si el Rey no tenía cuidado.

«¿Qué consejo me das en este asunto, muchacho?», preguntó el Rey. «Mi consejo es que pongas hombres fuertes sobre él para que lo apresen, hasta que averigües la verdad». El Rey mandó a varios hombres fuertes contra Peredur; estos lo apresaron y lo echaron en prisión. La doncella fue ante su padre y le preguntó por qué había hecho encarcelar al joven de la corte de Arturo.

«En verdad —respondió él—, no quedará libre esta noche, ni mañana, ni el día siguiente; no saldrá de donde está». Ella no respondió a lo que el Rey había dicho, sino que fue a ver al joven.

«¿Te resulta desagradable estar aquí?», le preguntó. «No me importaría no estar aquí», respondió él. «Tu cama y el trato que recibas no serán de ninguna manera inferiores a los del propio Rey, y tendrás el mejor agasajo que ofrece el palacio. Y si te agradara más que mi cama estuviera aquí, para que pudiéramos conversar, así sería, con mucho gusto».

«No puedo negarme a eso», dijo Peredur. Y pasó allí la noche en prisión. La doncella le proporcionó todo lo que le había prometido.

Al día siguiente, Peredur oyó un gran alboroto en la ciudad. «Dime, hermosa doncella, ¿qué es ese alboroto?», preguntó Peredur. «Hoy han llegado a la ciudad todos los ejércitos y las fuerzas del Rey».

«¿Y qué vienen a hacer aquí?», preguntó él. «Cerca de este lugar vive un conde que posee dos condados y es tan poderoso como un Rey; hoy se enfrentarán en batalla».

«Te ruego —dijo Peredur— que hagas traer un caballo y armas para que pueda presenciar el combate; prometo volver después a mi prisión». «Con gusto te conseguiré un caballo y armas», dijo ella. Le dio un caballo y armas, y sobre la armadura una brillante capa escarlata de honor, además de un escudo amarillo para el hombro.

Peredur fue al combate y derribó a cuantos hombres del conde se enfrentaron con él aquel día; luego regresó a su prisión. La doncella le preguntó a Peredur qué noticias había, pero él no le respondió una palabra. Ella fue a preguntarle a su padre quién se había distinguido más entre sus hombres.

Él dijo que no lo sabía, pero que había sido un hombre con una capa escarlata de honor sobre la armadura y un escudo amarillo en el hombro. Enton-

ces ella sonrió, volvió adonde estaba Peredur y lo honró mucho aquella noche. Durante tres días Peredur mató a los hombres del conde y, antes de que alguien pudiera averiguar quién era, regresaba a su prisión.

El cuarto día mató al propio conde. La doncella fue a ver a su padre y le preguntó qué noticias había. «Tengo buenas noticias para ti —dijo el Rey —: el conde ha muerto y ahora soy dueño de sus dos condados».

«Señor, ¿sabes quién lo mató?» «No lo sé —dijo el Rey—. Fue el caballero de la capa escarlata de honor y el escudo amarillo». «Señor —dijo ella—, yo sé quién es».

«¡Por el Cielo! —exclamó él—. ¿Quién es?» «Señor —respondió ella—, es el caballero que tienes preso». Entonces el Rey fue a ver a Peredur, lo saludó y le dijo que lo recompensaría por el servicio que le había prestado de cualquier manera que él deseara. Cuando fueron a comer, sentaron a Peredur junto al Rey y a la doncella al otro lado de Peredur.

«Te daré —dijo el Rey— a mi hija por esposa, la mitad de mi reino con ella y los dos condados como regalo». «Que el Cielo te recompense, señor —dijo Peredur—, pero no vine aquí a cortejar».

«¿Qué buscas entonces, jefe?» «Busco noticias del Castillo de las Maravillas». «Tu empresa es más grande de lo que querrás afrontar, jefe —dijo la doncella—; sin embargo, tendrás noticias del Castillo, un guía por los dominios de mi padre y provisiones suficientes para el viaje, pues tú eres, jefe, el hombre a quien más amo».

Luego le dijo: «Cruza aquella montaña y encontrarás un lago. En medio del lago hay un castillo, y ese es el que llaman el Castillo de las Maravillas.

No sabemos qué maravillas hay dentro, pero así lo llaman».

Peredur se dirigió al Castillo, cuya puerta estaba abierta. Al llegar al salón, encontró abierta la puerta y entró. Vio un tablero de ajedrez en el salón, con las piezas jugando entre sí por sí solas. Perdió el bando al que él favorecía, y entonces las otras piezas lanzaron un grito, como si fueran hombres vivos.

Peredur se enfureció, recogió las piezas en su regazo y arrojó el tablero al lago. Apenas lo hizo, entró la doncella negra y le dijo: «Que el Cielo no te dé la bienvenida. Preferiste hacer el mal antes que el bien».

«¿De qué me acusas, doncella?», preguntó Peredur. «De haber hecho perder a la Emperatriz su tablero de ajedrez, que no habría perdido por todo su imperio. Para recuperarlo, debes ir al Castillo de Ysbidinongyl, donde vive un hombre negro que asola los dominios de la Emperatriz. Si puedes matarlo, recuperarás el tablero. Pero si vas allá, no regresarás con vida».

«¿Me guiarás hasta allí?», preguntó Peredur. «Te mostraré el camino», respondió ella. Peredur fue al Castillo de Ysbidinongyl y luchó con el hombre negro. Este le pidió clemencia.

«Te la concederé —dijo Peredur—, con la condición de que hagas devolver el tablero al lugar donde estaba cuando entré en el salón». Entonces la doncella se acercó a él y le dijo: «Que la maldición del Cielo caiga sobre ti por lo que has hecho, pues has dejado con vida a ese monstruo que asola todas las posesiones de la Emperatriz».

«Le perdoné la vida —dijo Peredur— para que hiciera devolver el tablero». «El tablero no está donde lo encontraste; vuelve, pues, y mátalo»,

respondió ella. Peredur regresó y mató al hombre negro. Cuando volvió al palacio, encontró allí a la doncella negra.

«¡Ah, doncella! —dijo Peredur—, ¿dónde está la Emperatriz?» «Pongo al Cielo por testigo de que no la verás ahora, a menos que mates al monstruo que hay en aquel bosque».

«¿Qué monstruo hay allí?» «Es un ciervo tan veloz como el más veloz de los pájaros. Tiene en la frente un cuerno tan largo como el asta de una lanza y tan afilado como lo más afilado que existe. Destruye las ramas de los mejores árboles del bosque y mata a todo animal que encuentra allí; los que no mata, mueren de hambre. Y peor aún, cada noche viene y bebe toda el agua del estanque de los peces, que quedan expuestos y, en su mayoría, mueren antes de que vuelva el agua».

«Doncella —dijo Peredur—, ¿vendrás a mostrarme ese animal?» «No —dijo ella—, pues lleva más de un año sin permitir que ningún mortal entre en el bosque. Mira, aquí está el perrito de la Emperatriz. Despertará al ciervo y lo perseguirá hacia ti, y el ciervo te atacará». El perrito guio a Peredur, despertó al ciervo y lo llevó hacia donde él estaba.

El ciervo atacó a Peredur, pero él lo dejó pasar y, al hacerlo, le cortó la cabeza con la espada. Mientras contemplaba la cabeza del ciervo, vio acercarse a una dama a caballo. Ella tomó al perrito y lo puso en el borde de su gorro, mientras la cabeza y el cuerpo del ciervo yacían ante ella. El cuello del ciervo llevaba un collar de oro.

«¡Ah, jefe! —dijo ella—, has obrado con descortesía al matar la más hermosa joya de mis dominios». «Me lo pidieron. ¿Hay alguna manera de ga-

narme tu amistad?» «Sí —respondió ella—. Sigue adelante hasta aquella montaña y encontrarás una arboleda. En la arboleda hay un dolmen; allí desafía a un hombre a luchar tres veces, y tendrás mi amistad».

Así que Peredur siguió adelante y llegó al borde del bosque, y desafió a cualquiera a luchar. Un hombre negro se levantó de debajo del dolmen, montado en un caballo huesudo, y tanto él como su caballo estaban cubiertos con una enorme armadura oxidada. Y lucharon. Cada vez que Peredur derribaba al hombre negro, este volvía a saltar a la silla.

Peredur desmontó y desenvainó su espada; entonces el hombre negro desapareció con el caballo de Peredur y el suyo, de modo que Peredur no pudo verlo una segunda vez. Peredur siguió por la montaña y, al otro lado, vio un castillo en el valle, donde había un río. Fue al castillo y, al entrar, vio un salón cuya puerta estaba abierta, y entró.

Allí vio a un hombre canoso y cojo sentado a un lado del salón, con Gwalchmai a su lado. Peredur vio su caballo, que el hombre negro había tomado, en el mismo establo que el de Gwalchmai. Se alegraron de ver a Peredur. Él fue y se sentó al otro lado del hombre canoso. Entonces, he aquí que llegó un joven rubio, se arrodilló ante Peredur y le pidió su amistad.

«Señor —dijo el joven—, fui yo quien llegó a la corte de Arturo con la apariencia de la doncella negra; fui yo cuando derribaste el tablero de ajedrez, cuando mataste al hombre negro de Ysbidinongyl, cuando mataste al ciervo y cuando fuiste a luchar contra el hombre negro del dolmen. Yo llegué con la cabeza ensangrentada en la bandeja y con la lanza que chorreaba sangre desde la punta hasta la mano, a lo largo de todo el asta; la cabeza era la de tu primo, a quien mataron las hechiceras de Gloucester, las mismas

que dejaron cojo a tu tío. Y yo soy tu primo. Hay una profecía que dice que vengarás estas cosas».

Entonces Peredur y Gwalchmai deliberaron y enviaron un mensaje a Arturo y a los suyos para pedirles que fueran a enfrentarse a las hechiceras. Comenzaron a luchar contra ellas, y una de las hechiceras mató a uno de los hombres de Arturo delante de Peredur. Peredur le ordenó que se detuviera.

La hechicera mató a otro hombre delante de Peredur, y por segunda vez él le ordenó que se detuviera. Por tercera vez, la hechicera mató a un hombre delante de Peredur. Entonces Peredur desenvainó la espada y golpeó a la hechicera en el yelmo; toda la protección de su cabeza se partió en dos.

Ella lanzó un grito, pidió a las demás hechiceras que huyeran y les dijo que aquel era Peredur, el hombre que había aprendido caballería con ellas y quien estaba destinado a matarlas. Entonces Arturo y los suyos cayeron sobre las hechiceras y mataron a todas las hechiceras de Gloucester. Así se cuenta lo sucedido en el Castillo de las Maravillas.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# GERAINT, EL HIJO DE ERBIN

✦

Arturo acostumbraba celebrar su corte en Caerlleon, junto al Usk. Allí la celebró siete Pascuas y cinco Navidades. Y una vez la celebró allí por Pentecostés. Pues Caerlleon era el lugar más accesible de sus dominios, tanto por mar como por tierra. Allí se reunieron nueve reyes coronados, que eran sus tributarios, y también condes y barones.

Pues eran sus invitados en todas las grandes fiestas, a menos que algún impedimento grave se lo impidiera. Y cuando estaba en Caerlleon, celebrando su corte, se destinaban trece iglesias para la misa.

Y así estaban distribuidas: una iglesia para Arturo, sus reyes y sus invitados; la segunda para Gwenhwyvar y sus damas; la tercera para el mayordomo de la casa y los pretendientes; la cuarta para los francos y los demás oficiales; y las otras nueve iglesias eran para los nueve Maestros de la Casa, y en especial para Gwalchmai; pues, por la fama que había alcanzado en la guerra y por la nobleza de su nacimiento, era el más ilustre de los nueve. Y no había otra disposición respecto de las iglesias aparte de la que hemos mencionado.

Glewlwyd Gavaelvawr era el portero principal, pero no desempeñaba el cargo personalmente, salvo en una de las tres grandes fiestas, pues tenía siete hombres a su servicio y se repartían el año entre ellos.

Eran Grynn, Pen Pighon, Llaes Cymyn, Gogyfwlch, Gwrdnei, el de ojos de gato, que podía ver tanto de noche como de día, Drem, el hijo de Dremhi-

tid, y Clust, el hijo de Clustveinyd; y estos eran los guardias de Arturo.

Y el martes de Pentecostés, mientras el rey estaba sentado en el banquete, he aquí que entró un joven alto y rubio, vestido con una túnica y un sobreveste de satén adamascado, con una espada de empuñadura dorada al cuello y zapatos bajos de cuero en los pies. Se acercó y se detuvo ante Arturo.

—¡Salud, señor! —dijo. —Que el cielo te favorezca —respondió—, y sé bienvenido. ¿Traes alguna noticia nueva? —Sí, señor —dijo—. —No te conozco —dijo Arturo. —Me sorprende que no me conozcas. Soy uno de tus guardabosques, señor, en el bosque de Dean, y me llamo Madawc, hijo de Twrgadarn.

—Dime a qué vienes —dijo Arturo. —Lo haré, señor —dijo él—. En el bosque vi un ciervo como nunca había visto otro. —¿Qué tiene de particular —preguntó Arturo— que nunca hayas visto otro igual?

—Es enteramente blanco, señor, y no se junta con ningún otro animal, por su porte y orgullo; tan regio es su aspecto. Vengo a pedir tu consejo, señor, y a saber qué quieres que haga con él.

—Me parece mejor —dijo Arturo— ir mañana al amanecer a cazarlo, y hacer que esta noche se anuncie por toda la corte. Arryfuerys era el principal cazador de Arturo, y Arelivri, su paje principal. Todos recibieron el aviso, y así quedó dispuesto. Luego enviaron al joven delante de ellos.

Entonces Gwenhwyvar le dijo a Arturo: —¿Me permites, señor —dijo ella — ir mañana a ver y oír la cacería del ciervo del que habló el joven? —Con gusto —dijo Arturo.

—Entonces iré —dijo ella. Y Gwalchmai le dijo a Arturo: —Señor, si te parece bien, permite que quienquiera que encuentre al ciervo durante la cacería, sea caballero o vaya a pie, pueda cortarle la cabeza y dársela a quien quiera, ya sea a su propia dama o a la dama de un amigo.

—Lo concedo con gusto —dijo Arturo—, y que se castigue al mayordomo de la casa si mañana no está todo listo para la cacería.

Pasaron la noche entre canciones, diversiones, conversaciones y abundante entretenimiento. Cuando llegó la hora de que todos se fueran a dormir, se retiraron. Al llegar el día siguiente, se levantaron, y Arturo llamó a los ayudantes que custodiaban su lecho.

Eran cuatro pajes: Cadyrnerth, hijo de Porthawr Gandwy; Ambreu, hijo de Bedwor; Amhar, hijo de Arturo; y Goreu, hijo de Custennin. Estos hombres se acercaron a Arturo, lo saludaron y lo vistieron. Arturo se extrañó de que Gwenhwyvar no despertara ni se moviera en su lecho; los ayudantes quisieron despertarla. —No la molesten —dijo Arturo—, pues prefiere dormir a ir a ver la cacería.

Entonces Arturo salió y oyó sonar dos cuernos: uno cerca del alojamiento del cazador principal y el otro cerca del del paje principal. Toda la multitud reunida se acercó a Arturo, y tomaron el camino del bosque.

Después de que Arturo salió del palacio, Gwenhwyvar despertó, llamó a sus doncellas y se vistió. —Doncellas —dijo—, anoche me dieron permiso para ir a ver la cacería. Que una de ustedes vaya al establo y traiga un caballo que una mujer pueda montar. Una de ellas fue y encontró solo dos caballos en el establo.

Gwenhwyvar y una de sus doncellas montaron en ellos, cruzaron el Usk y siguieron el rastro de los hombres y los caballos. Mientras cabalgaban, oyeron un estruendo fuerte y tumultuoso. Miraron hacia atrás y vieron a un caballero montado en un potro de caza de gran tamaño.

El jinete era un joven rubio, de piernas desnudas y porte principesco; llevaba al costado una espada de empuñadura dorada, vestía una túnica y un sobreveste de satén, y calzaba dos zapatos bajos de cuero. Lo rodeaba una banda de terciopelo azul púrpura, con una manzana de oro en cada punta. Su caballo avanzaba con porte majestuoso, rápido y orgulloso.

El caballero alcanzó a Gwenhwyvar y la saludó. —Que el cielo te favorezca, Geraint —dijo ella—. Te reconocí en cuanto te vi hace un momento. Que el cielo te dé la bienvenida. ¿Por qué no fuiste a cazar con tu señor?

—Porque no supe cuándo se marchó —dijo él. —También me sorprende —dijo ella— que pudiera irse sin que yo lo supiera. —En efecto, señora —dijo él—, estaba dormido y no supe cuándo se marchó.

Pero tú, joven, eres la compañía más agradable que podría tener en todo el reino; y puede que disfrute más de la cacería que ellos, pues oiremos los cuernos cuando suenen y los perros cuando los suelten y empiecen a ladrar. Así llegaron al borde del bosque y se detuvieron allí.

—Desde aquí —dijo ella— oiremos cuando suelten a los perros. En ese momento oyeron un gran ruido, miraron hacia donde venía y vieron a un enano montado en un caballo majestuoso, espumante, brioso, fuerte y vigoroso. El enano llevaba un látigo en la mano.

Cerca de él vieron a una dama montada en un hermoso caballo blanco, de paso firme y majestuoso; vestía una prenda de brocado de oro. Junto a ella iba un caballero sobre un caballo de guerra enorme, y ambos, él y su caballo, llevaban una armadura pesada y brillante. En verdad, nunca antes habían visto un caballero, un caballo ni una armadura de tamaño tan extraordinario. Los tres estaban muy cerca unos de otros.

—Geraint —dijo Gwenhwyvar—, ¿sabes cómo se llama aquel caballero alto? —No lo sé —dijo él—, y la extraña armadura que lleva me impide ver su rostro o sus facciones.

—Ve, doncella —dijo Gwenhwyvar—, y pregúntale al enano quién es ese caballero. La doncella se acercó al enano, que la esperó al verla venir. Ella le preguntó quién era el caballero.

—No te lo diré —respondió él. —Ya que eres tan descortés que no quieres decírmelo —dijo ella—, se lo preguntaré a él mismo. —No se lo preguntarás, por mi fe —dijo el enano.

—¿Por qué? —dijo ella. —Porque no tienes suficiente honor para hablar con mi señor. Entonces la doncella volvió la cabeza de su caballo hacia el caballero, y el enano la golpeó en la cara y los ojos con el látigo que llevaba en la mano, hasta hacerla sangrar. Por el dolor que le causó el golpe, la doncella regresó junto a Gwenhwyvar quejándose.

—El enano te ha tratado con mucha rudeza —dijo Geraint—. Iré yo mismo a averiguar quién es el caballero. —Ve —dijo Gwenhwyvar. Geraint se acercó al enano. —¿Quién es aquel caballero?

—dijo Geraint. —No te lo diré —dijo el enano. —Entonces se lo preguntaré a él mismo —dijo Geraint. —No lo harás, por mi fe —dijo el enano—; no eres lo bastante honorable para hablar con mi señor.

—He hablado con hombres de rango igual al suyo —dijo Geraint. Volvió la cabeza de su caballo hacia el caballero, pero el enano lo alcanzó y lo golpeó como había golpeado a la doncella, hasta que la sangre tiñó la banda que llevaba Geraint.

Entonces Geraint puso la mano en la empuñadura de su espada, pero reflexionó y consideró que no sería venganza matar al enano y luego ser atacado sin armas por el caballero armado; así que volvió junto a Gwenhwyvar.

—Has obrado con prudencia y discreción —dijo ella. —Señora —dijo él—, con tu permiso, todavía lo seguiré; al final llegará a algún lugar habitado, donde podré conseguir armas prestadas o dejándolas como prenda, y así enfrentarme al caballero. —Ve —dijo ella—, y no lo ataques hasta tener buenas armas. Estaré muy preocupada por ti hasta que reciba noticias tuyas. —Si sigo con vida —dijo él—, mañana por la tarde tendrás noticias de mí. Dicho esto, se marchó.

⁂

Tomaron un camino que pasaba debajo del palacio de Caerlleon y cruzaba el vado del Usk. Avanzaron por una hermosa y llana elevación del terreno, hasta llegar a una ciudad; en uno de sus extremos vieron una fortaleza y un castillo. Llegaron a ese extremo de la ciudad. Cuando el caballero la atravesó, todo el pueblo se puso de pie, lo saludó y le dio la bienvenida.

Al entrar Geraint en la ciudad, miró cada casa para ver si conocía a alguien. Pero no conocía a nadie, y nadie lo conocía lo bastante como para ofrecerle armas prestadas o dejándolas como prenda. Todas las casas que vio estaban llenas de hombres, armas y caballos. Pulían escudos, bruñían espadas, limpiaban armaduras y herraban caballos.

El caballero, la dama y el enano llegaron al castillo que estaba en la ciudad, y todos en el castillo estaban alegres. Desde las almenas y las puertas se arriesgaban a caer por el afán de saludarlos y mostrar su alegría.

Geraint se quedó allí para ver si el caballero permanecía en el castillo; y cuando estuvo seguro de que así sería, miró a su alrededor; y a poca distancia del pueblo vio un antiguo palacio en ruinas, donde había un salón que se estaba derrumbando.

Como no conocía a nadie en el pueblo, se dirigió al antiguo palacio; y cuando se acercó, solo vio una cámara y un puente de piedra de mármol que conducía a ella. Sobre el puente vio sentado a un hombre de cabellos blancos, vestido con ropas andrajosas. Geraint lo observó fijamente durante mucho tiempo. Entonces el hombre de cabellos blancos le habló.

«Joven —dijo—, ¿por qué estás pensativo?». «Estoy pensativo —dijo él—, porque no sé adónde ir esta noche». «¿Quieres venir por aquí, caudillo? —dijo—. Tendrás lo mejor que se pueda conseguir para ti». Así que Geraint avanzó. El hombre de cabellos blancos lo precedió hasta el salón. Allí desmontó y dejó su caballo.

Luego subió a la cámara superior con el hombre de cabellos blancos. En la cámara vio a una mujer anciana y achacosa, sentada sobre un cojín, vestida

con ropas viejas y raídas de satén; y le pareció que nunca había visto a una mujer más hermosa de lo que ella debió de ser en la plenitud de su juventud.

A su lado había una doncella, vestida con un manto y un velo viejos y gastados. Y, en verdad, nunca había visto a una doncella más llena de encanto, gracia y belleza que ella. El hombre de cabellos blancos le dijo a la doncella: «No hay nadie más que tú para atender al caballo de este joven».

«Le prestaré el mejor servicio que pueda —dijo ella—, tanto a él como a su caballo». La doncella ayudó al joven a quitarse la armadura y luego abasteció su caballo de paja y cebada. Volvió al salón como antes y luego regresó a la cámara. El hombre de cabellos blancos le dijo a la doncella: «Ve al pueblo y trae lo mejor que puedas encontrar, tanto de comida como de bebida».

«Iré con gusto, señor», dijo ella. La doncella fue al pueblo. Mientras ella estaba allí, ellos conversaron. Y, ¡he aquí!, la doncella regresó acompañada de un joven que llevaba a la espalda un odre lleno de buen hidromiel comprado, y una cuarta parte de un ternero.

La doncella llevaba en las manos cierta cantidad de pan blanco y, en el velo, algo de pan de flor; luego entró en la cámara. «No pude conseguir nada mejor que esto —dijo—, ni me habrían confiado algo mejor».

«Es bastante bueno», dijo Geraint. Hicieron hervir la carne y, cuando la comida estuvo lista, se sentaron. Fue así: Geraint se sentó entre el hombre de cabellos blancos y su esposa, y la doncella los atendió. Comieron y bebieron.

Cuando terminaron de comer, Geraint conversó con el hombre de cabellos blancos y primero le preguntó a quién pertenecía el palacio en el que estaban. «En verdad —dijo—, yo lo construí, y también me pertenecían la ciudad y el castillo que viste».

«¡Ay! —dijo Geraint—, ¿cómo es que los perdiste?». «Perdí un gran condado además de estos —dijo—, y así fue como los perdí. Tenía un sobrino, hijo de mi hermano, y me apropié de sus posesiones; cuando alcanzó la mayoría de edad, me reclamó sus bienes, pero se los negué. Entonces me hizo la guerra y me arrebató todo lo que poseía».

«Buen señor —dijo Geraint—, ¿quieres decirme por qué entraron hace poco en el pueblo el caballero, la dama y el enano, y qué preparativos son esos que vi, con las armas que estaban poniendo en orden?».

«Lo haré —dijo—. Los preparativos son para la competición que celebrará mañana el joven conde, y será así. En medio de una pradera que hay aquí colocarán dos horquillas, y sobre ellas una vara de plata; sobre la vara de plata habrá un gavilán, y se celebrará un torneo por el gavilán. Al torneo acudirá todo el séquito de hombres, caballos y armas que viste en la ciudad. Cada hombre irá acompañado de la dama que más ama, y nadie podrá competir por el gavilán si no está con él la dama que más ama.

El caballero que viste ha ganado el gavilán estos dos años; y si lo gana por tercer año, desde entonces se lo enviarán todos los años y él mismo ya no volverá aquí. Desde ese momento lo llamarán el Caballero del Gavilán».

«Señor —dijo Geraint—, ¿qué me aconsejas respecto a este caballero, por el insulto que recibí del enano y por el que recibió la doncella de

Gwenhwyvar, esposa de Arturo?». Geraint le contó al hombre de cabellos blancos cuál había sido el insulto que recibió.

«No es fácil aconsejarte, pues no tienes dama ni doncella por quien puedas competir. No obstante, tengo aquí armas que podrías usar; también está mi caballo, si te parece mejor que el tuyo».

«¡Ah, señor! —dijo él—, que el Cielo te recompense. Pero mi propio caballo, al que estoy acostumbrado, junto con tus armas, me bastará. Y si mañana, cuando llegue la hora señalada, me permites competir por esa doncella que es tu hija, señor, me comprometo, si salgo con vida del torneo, a amar a la doncella mientras viva; y si no salgo con vida, ella quedará tan pura como antes».

«Con gusto te lo permitiré —dijo el hombre de cabellos blancos—. Y, puesto que así lo has decidido, es necesario que tu caballo y tus armas estén listos mañana al amanecer. Entonces el Caballero del Gavilán hará su proclamación y pedirá a la dama que más ama que tome el gavilán. "Porque —le dirá— eres la más hermosa de las mujeres, y lo tuviste el año pasado y el anterior; y si alguien te lo niega hoy, lo defenderé para ti por la fuerza". Por eso —dijo el hombre de cabellos blancos—, es necesario que estés allí al amanecer; y nosotros tres te acompañaremos». Y así quedó acordado.

⁂

Al anochecer, se fueron a dormir; y antes del alba se levantaron y se vistieron; y cuando llegó el día, los cuatro estaban en la pradera. Allí estaba el Caballero del Gavilán haciendo su proclamación y pidiéndole a su amada que fuera a buscar el gavilán.

«No lo tomes —dijo Geraint—, pues aquí hay una doncella más hermosa, más noble y más encantadora, y con más derecho a él que tú». «Si sostienes que el gavilán le corresponde a ella, ven y lucha conmigo». Geraint avanzó hasta el extremo de la pradera con una armadura pesada, oxidada, inútil y de forma extraña, tanto él como su caballo.

Se enfrentaron, rompieron una serie de lanzas, luego una segunda y una tercera. Hicieron lo mismo en cada acometida y rompieron tantas lanzas como les llevaron. Cuando el conde y sus acompañantes vieron que el Caballero del Gavilán llevaba la ventaja, hubo gritos, alegría y regocijo entre ellos. El hombre de cabellos blancos, su esposa y su hija estaban tristes.

El hombre de cabellos blancos le daba lanzas a Geraint cada vez que rompía una, y el enano se las daba al Caballero del Gavilán. Entonces el hombre de cabellos blancos se acercó a Geraint.

«¡Oh, caudillo! —dijo—, ya que nadie más te apoya, mira: aquí está la lanza que tenía en la mano el día en que recibí el honor de ser armado caballero; desde entonces nunca la he roto. Tiene una punta excelente». Geraint tomó la lanza y le dio las gracias al hombre de cabellos blancos. Entonces el enano también le llevó una lanza a su señor.

«Mira, aquí tienes una lanza tan buena como la suya —dijo el enano—. Y recuerda que ningún caballero te había resistido tanto tiempo como este». «¡Pongo al Cielo por testigo —dijo Geraint— de que, si la muerte no me lleva pronto, no le servirá de nada tu ayuda!». Geraint espoleó su caballo desde lejos hacia él y, tras advertirle, se lanzó contra él.

Le asestó un golpe tan duro, furioso y violento en el escudo que lo partió en dos, rompió su armadura y reventó las cinchas, de modo que tanto él como su silla cayeron al suelo por encima de la grupa del caballo. Geraint desmontó rápidamente. Enfurecido, desenvainó la espada y se lanzó con furia contra él. El caballero también se levantó y desenvainó la espada contra Geraint.

Lucharon a pie con sus espadas hasta que sus armas hicieron saltar chispas como estrellas al chocar; y siguieron luchando hasta que la sangre y el sudor les nublaron la vista. Cuando Geraint llevaba la ventaja, el hombre de cabellos blancos, su esposa y su hija se alegraban; y cuando la llevaba el caballero, se regocijaban el conde y su grupo.

Entonces el hombre de cabellos blancos vio que Geraint recibía un golpe fuerte, se acercó rápidamente y le dijo: «¡Oh, caudillo, recuerda cómo te trató el enano! ¿No buscarás venganza por el insulto contra ti y por el que sufrió Gwenhwyvar, esposa de Arturo?».

Geraint se enardeció al oírlo; reunió todas sus fuerzas, levantó la espada y golpeó al caballero en la coronilla, de modo que le destrozó toda la protección de la cabeza y le cortó la carne y la piel hasta llegar al cráneo, hiriéndole el hueso.

Entonces el caballero cayó de rodillas, soltó la espada y le suplicó a Geraint que tuviera piedad de él. «En verdad —dijo—, renuncio a mi excesiva osadía y a mi orgullo al implorar tu misericordia; pero, si no tengo tiempo de encomendarme al Cielo por mis pecados y de hablar con un sacerdote, de poco me servirá tu misericordia».

«Te perdonaré con esta condición —dijo Geraint—: que vayas ante Gwenhwyvar, esposa de Arturo, para reparar el insulto que tu enano hizo a su doncella. En cuanto a mí, por el insulto que me hicieron tú y tu enano, me basta con lo que te he hecho. No desmontes desde que salgas de aquí hasta que llegues ante Gwenhwyvar, para ofrecerle la reparación que se decida en la corte de Arturo».

«Lo haré con gusto. ¿Y quién eres tú?», dijo él. «Soy Geraint, hijo de Erbin. Y declara también quién eres tú». «Soy Edeyrn, hijo de Nudd». Entonces montó en su caballo y se dirigió a la corte de Arturo; la dama que más amaba iba delante de él, y también el enano, entre muchos lamentos. Hasta aquí llega esta historia de lo ocurrido entonces.

⁂

Entonces llegaron a Geraint el pequeño conde y sus huestes, lo saludaron y lo invitaron a su castillo. «No puedo ir —dijo Geraint—, sino que esta noche estaré donde estuve anoche».

«Ya que no aceptas mi invitación, tendrás en el lugar donde pasaste la noche todo cuanto pueda ofrecerte. También mandaré preparar un ungüento para que te recuperes de tus fatigas y del cansancio que te pesa».

«Que el cielo te lo recompense —dijo Geraint—, y ahora iré a mi alojamiento». Así se fueron Geraint, el conde Ynywl, su esposa y su hija. Cuando llegaron a la cámara, los sirvientes y asistentes del joven conde ya habían llegado a la corte. Prepararon todas las casas, cubriéndolas de paja y encendiendo fuego.

Al poco rato estuvo listo el ungüento, Geraint llegó y le lavaron la cabeza. Entonces vino el joven conde con cuarenta nobles caballeros de entre sus asistentes y los invitados al torneo. Geraint salió de donde lo habían ungido. El conde le pidió que fuera al salón a comer.

«¿Dónde están el conde Ynywl, su esposa y su hija?», preguntó Geraint. «Están en aquella cámara —dijo el mayordomo del conde—, arreglándose con las prendas que el conde mandó traerles».

«Que la joven no se vista —dijo él—, salvo con su túnica y su velo, hasta que llegue a la corte de Arturo, donde Gwenhwyvar la vestirá con las prendas que ella elija». Así que la doncella no se vistió.

Luego entraron todos en el salón, se lavaron, fueron a sentarse a comer. Se sentaron así: a un lado de Geraint estaba el joven conde, y más allá de él, el conde Ynywl; al otro lado de Geraint estaban la joven y su madre. Después, todos se sentaron según su rango y honor. Comieron, y fueron servidos en abundancia y recibieron una gran variedad de regalos.

Luego conversaron entre sí. El joven conde invitó a Geraint a visitarlo al día siguiente. «No iré, por el cielo —dijo Geraint—. Mañana iré a la corte de Arturo con esta joven. Y mientras el conde Ynywl siga en la pobreza y los apuros, eso me basta; voy, sobre todo, para procurar aumentar sus medios de sustento».

«Ah, jefe —dijo el joven conde—, no es culpa mía que el conde Ynywl esté despojado de sus posesiones». «Por mi fe —dijo Geraint—, no seguirá sin ellas, a menos que la muerte me arrebate pronto de aquí».

«Oh, jefe —dijo él—, en cuanto al desacuerdo entre Ynywl y yo, con gusto seguiré tu consejo y aceptaré lo que juzgues justo entre nosotros». «Solo te pido —dijo Geraint— que le devuelvas lo que es suyo y lo que debió recibir desde que perdió sus posesiones hasta hoy».

«Lo haré con gusto por ti», respondió. «Entonces —dijo Geraint—, que se presente aquí quien deba homenaje a Ynywl y se lo rinda ahora mismo». Todos los hombres así lo hicieron, y cumplieron lo acordado. El castillo, la ciudad y todas las posesiones de Ynywl le fueron restituidos. Recobró todo lo que había perdido, hasta la joya más pequeña.

Entonces el conde Ynywl le dijo a Geraint: «Jefe, te entrego a la joven por quien desafiaste a los demás en el torneo». «Ella vendrá conmigo —dijo Geraint— a la corte de Arturo; Arturo y Gwenhwyvar dispondrán de ella como quieran». Al día siguiente partieron hacia la corte de Arturo. Hasta aquí lo de Geraint.

Ahora, así fue como Arturo cazó al ciervo. Los hombres y los perros se dividieron en grupos de caza, y soltaron a los perros tras el ciervo. El último perro que soltaron era el favorito de Arturo. Se llamaba Cavall. Dejó atrás a todos los demás perros y dio vuelta al ciervo. En la segunda vuelta, el ciervo se dirigió hacia el grupo de caza de Arturo. Arturo se lanzó tras él.

Antes de que cualquier otro pudiera matarlo, Arturo le cortó la cabeza. Entonces hicieron sonar el cuerno de caza para anunciar la muerte y todos se reunieron.

Entonces Kadyrieith se acercó a Arturo y le habló. «Señor —dijo—, mira, allí está Gwenhwyvar, y no la acompaña nadie salvo una doncella». «Or-

dena a Gildas, el hijo de Caw, y a todos los estudiantes de la corte que acompañen a Gwenhwyvar al palacio», dijo Arturo. Así lo hicieron.

Luego todos se pusieron en camino, conversando sobre a quién debía entregarse la cabeza del ciervo. Uno quería que se la dieran a la dama que más amaba; otro, a la dama a quien amaba más que a nadie. Todos los de la casa y los caballeros discutían acaloradamente por la cabeza. Así llegaron al palacio.

Cuando Arturo y Gwenhwyvar los oyeron discutir por la cabeza del ciervo, Gwenhwyvar le dijo a Arturo: «Señor mío, este es mi consejo sobre la cabeza del ciervo: no la entreguemos hasta que Geraint, el hijo de Erbin, regrese de la misión en que anda». Gwenhwyvar le contó a Arturo cuál era esa misión.

«Con mucho gusto será así», dijo Arturo. Y así quedó decidido. Al día siguiente, Gwenhwyvar mandó poner un vigía en las murallas para observar la llegada de Geraint.

Después del mediodía vieron a un hombrecito deforme a caballo; tras él iba, según les pareció, una dama o una doncella, también a caballo; y detrás de ella, un caballero de gran estatura, encorvado y con la cabeza baja, triste, vestido con una armadura destrozada e inservible.

Antes de que llegaran cerca de la puerta, uno de los vigías fue a donde estaba Gwenhwyvar y le contó qué clase de gente habían visto y qué aspecto tenían. «No sé quiénes son», dijo él.

«Pero yo sí lo sé —dijo Gwenhwyvar—: es el caballero a quien persiguió Geraint, y me parece que no viene aquí por voluntad propia. Pero Geraint

lo alcanzó y vengó por completo el agravio hecho a la doncella». En ese momento, un portero llegó adonde estaba Gwenhwyvar.

«Señora —dijo—, hay un caballero en la puerta, y nunca he visto a un hombre de aspecto tan lastimoso. Lleva una armadura miserable y destrozada, y en ella resalta más el color de la sangre que el de la propia armadura».

«¿Sabes cómo se llama?», preguntó ella. «Sí —dijo él—, me dice que es Edeyrn, el hijo de Nudd». Ella respondió: «No lo conozco».

Entonces Gwenhwyvar fue a la puerta a recibirlo, y él entró. A Gwenhwyvar le dio pena verlo en aquel estado, aunque lo acompañaba el grosero enano. Edeyrn saludó a Gwenhwyvar.

«Que el cielo te proteja», dijo ella. «Señora —dijo él—, Geraint, el hijo de Erbin, tu servidor más fiel y valiente, te saluda». «¿Te encontró?», preguntó ella.

«Sí —dijo él—, y no me fue bien; no fue culpa suya, sino mía, señora. Geraint te envía sus saludos y, al hacerlo, me obligó a venir aquí para quedar a tu disposición por el agravio que el enano hizo a tu doncella. Me perdona el agravio contra él, considerando que puso mi vida en peligro. Y me impuso una condición digna de un hombre, honorable y propia de un guerrero: que te hiciera justicia, señora».

«¿Dónde te alcanzó?» «En el lugar donde nos enfrentamos con las lanzas y competimos por el gavilán, en la ciudad que ahora se llama Cardiff. No lo acompañaban más que tres personas, todas pobres y vestidas con harapos: un anciano de cabello blanco, una mujer entrada en años y una her-

mosa joven vestida con prendas gastadas. Geraint compitió por el gavilán en el torneo para defender el amor de esa joven, pues dijo que ella tenía más derecho al gavilán que esta doncella que venía conmigo. Entonces nos enfrentamos, y me dejó, señora, tal como me ves».

«Señor —dijo ella—, ¿cuándo crees que llegará Geraint?» «Creo que mañana estará aquí con la joven, señora».

⁂

Entonces Arturo se acercó a él, y Edeyrn lo saludó. Arturo lo miró largo rato, asombrado de verlo en ese estado. Como le parecía conocerlo, le preguntó: «¿Eres Edeyrn, el hijo de Nudd?»

«Sí, señor —dijo él—. He pasado por muchos sufrimientos y recibido heridas insoportables». Luego le contó a Arturo toda su aventura. «Bien —dijo Arturo—, por lo que oigo, Gwenhwyvar debería tener misericordia de ti».

«Señor —dijo ella—, te concederé la misericordia que pides, pues que me insulten es tan ofensivo para ti como para mí». «Lo mejor será hacer esto —dijo Arturo—: que atiendan médicamente a este hombre hasta saber si puede vivir. Si sobrevive, deberá reparar el daño como juzguen mejor los hombres de la corte; toma garantes que aseguren que así será. Y si muere, demasiado costaría la vida de un joven como Edeyrn por el agravio a una doncella».

«Me parece bien», dijo Gwenhwyvar. Arturo se hizo garante por Edeyrn, junto con Caradawc, el hijo de Llyr; Gwallawg, el hijo de Llenawg; Owain,

el hijo de Nudd; Gwalchmai y muchos otros. Arturo mandó llamar a Morgan Tud, el médico principal.

«Llévate a Edeyrn, el hijo de Nudd, prepara una cámara para él y dale atención médica como harías conmigo si estuviera herido. Que nadie entre en su cámara a molestarlo, salvo tú y tus discípulos, para administrarle remedios».

«Lo haré con gusto, señor», dijo Morgan Tud. Entonces el mayordomo de la casa preguntó: «Señor, ¿adónde debemos llevar a la joven?» «Con Gwenhwyvar y sus doncellas», dijo Arturo. El mayordomo de la casa así lo dispuso. Hasta aquí lo que les concierne.

Al día siguiente, Geraint se acercó a la corte. Gwenhwyvar puso un vigía en las murallas, por si llegaba sin que lo vieran. Uno de los vigías fue adonde estaba Gwenhwyvar.

«Señora —dijo—, creo que veo a Geraint y a la joven con él. Va a caballo, pero lleva su equipo para caminar, y la joven parece ir vestida de blanco, como si llevara una prenda de lino».

«Reúne a todas las mujeres —dijo Gwenhwyvar— y salgan a recibir a Geraint, denle la bienvenida y felicítenlo». Gwenhwyvar fue a recibir a Geraint y a la joven. Cuando Geraint llegó adonde estaba Gwenhwyvar, la saludó.

«Que el cielo te favorezca —dijo ella—. Bienvenido. Tu empresa ha sido exitosa, afortunada, imparable y gloriosa. Que el cielo te recompense por haber procurado con tanto orgullo que se me hiciera justicia».

«Señora —dijo él—, deseaba fervientemente darte satisfacción según tu voluntad. Mira, aquí está la joven por quien obtuviste tu venganza». «En verdad —dijo Gwenhwyvar—, que el cielo le dé la bienvenida. Debemos recibirla con alegría». Luego entraron y desmontaron. Geraint fue adonde estaba Arturo y lo saludó.

«Que el cielo te proteja —dijo Arturo—, y que el cielo te dé la bienvenida. Ya que Edeyrn, el hijo de Nudd, recibió de tus manos la derrota y las heridas, tu empresa ha sido afortunada».

«No tengo la culpa —dijo Geraint—. Por la arrogancia del propio Edeyrn, el hijo de Nudd, no fuimos amigos. No quise apartarme de él hasta saber quién era y hasta que uno de los dos venciera al otro».

«Ahora —dijo Arturo—, ¿dónde está la joven por quien supe que lanzaste el desafío?» «Se fue con Gwenhwyvar a su cámara».

Entonces Arturo fue a ver a la doncella. Arturo, todos sus compañeros y toda su corte se alegraron por ella. Todos estaban seguros de que, si su vestido hubiera estado a la altura de su belleza, nunca habrían visto a una doncella más hermosa. Arturo entregó la doncella a Geraint.

Se celebró entre Geraint y ella el acuerdo habitual entre dos personas, y se le dieron las mejores prendas de Gwenhwyvar. Ataviada así, les pareció hermosa y elegante a cuantos la vieron. Aquel día y aquella noche transcurrieron entre abundante música, muchos obsequios de bebida y una gran variedad de juegos. Cuando llegó la hora de dormir, se retiraron.

En la cámara donde estaban los lechos de Arturo y Gwenhwyvar, prepararon el de Geraint y Enid. Desde entonces, ella fue su esposa. Al día si-

guiente, Arturo recompensó generosamente a todos los que tenían alguna reclamación contra Geraint. La doncella se instaló en el palacio y tuvo muchos compañeros y compañeras. No había en la isla de Britania otra doncella más estimada que ella.

Entonces habló Gwenhwyvar: «Bien juzgué —dijo— al decidir que la cabeza del ciervo no se entregara a nadie hasta el regreso de Geraint. Y ahora se presenta una ocasión apropiada para otorgarla. Que se le dé a Enid, hija de Ynywl, la más ilustre de las doncellas. No creo que nadie se lo reproche, pues entre ella y todos los presentes no hay más que amor y amistad».

Todos lo aplaudieron mucho, y también Arturo. La cabeza del ciervo fue entregada a Enid. Desde entonces creció su fama y tuvo más amigos que antes. A partir de ese momento, Geraint amó los ciervos, los torneos y los duros enfrentamientos, y salió vencedor de todos. Así siguió durante un año, luego un segundo y un tercero, hasta que su fama se extendió por todo el reino.

Una vez, Arturo celebraba su corte en Caerlleon, junto al Usk, durante Pentecostés. Entonces llegaron ante él unos embajadores sabios y prudentes, llenos de conocimientos y elocuentes, y saludaron a Arturo.

«Que el cielo los favorezca —dijo Arturo— y que reciban la bienvenida del cielo. ¿De dónde vienen?» «Venimos de Cornualles, señor —respondieron—. Somos embajadores de Erbin, hijo de Custennin, tu tío, y traemos un mensaje para ti. Él te saluda como un tío debe saludar a su sobrino y como un vasallo debe saludar a su señor. Te hace saber que se siente débil y abatido, y que los años se le vienen encima. Los jefes vecinos, al saberlo, se vuelven insolentes con él y codician sus tierras y posesiones. Te ruega en-

carecidamente, señor, que permitas que su hijo Geraint regrese para proteger sus posesiones y conocer sus fronteras.

Le hace ver que sería mejor pasar la flor de su juventud y el vigor de su edad defendiendo sus propias fronteras que en torneos, que no producen beneficio alguno, aunque en ellos consiga gloria».

«Bien —dijo Arturo—. Vayan, quítense el equipo, coman y descansen de sus fatigas. Antes de que se marchen, recibirán una respuesta». Fueron a comer. Arturo pensó que le costaría mucho dejar que Geraint se marchara de su lado y de su corte. Tampoco le parecía justo impedir que su primo fuera a proteger sus dominios y sus fronteras, ya que su padre no podía hacerlo.

Gwenhwyvar, todas sus mujeres y todas sus doncellas sentían la misma pena y pesar, pues temían que la joven las dejara. Aquel día y aquella noche transcurrieron entre abundantes banquetes. Arturo le explicó a Geraint el motivo del mensaje y la llegada de los embajadores desde Cornualles.

«En verdad —dijo Geraint—, sea para mi provecho o para mi perjuicio, señor, haré lo que dispongas respecto a esta embajada». «Aunque me duele separarme de ti —dijo Arturo—, mi consejo es que vayas a vivir a tus propios dominios, defiendas tus fronteras y lleves contigo a cuantos quieras de entre mis fieles, tus amigos y tus compañeros de armas».

«Que el cielo te lo recompense. Así lo haré», dijo Geraint. «¿Qué conversación estoy oyendo? —dijo Gwenhwyvar—. ¿Hablan de quienes acompañarán a Geraint a su tierra?»

«Sí», respondió Arturo. «Entonces debo pensar en sus compañeros y en lo que necesitará la dama que está conmigo». «Harás bien», dijo Arturo.

⁂

Esa noche se fueron a dormir. Al día siguiente, permitieron partir a los embajadores y les dijeron que Geraint iría tras ellos. El tercer día, Geraint partió acompañado de muchos: Gwalchmai, hijo de Gwyar; Riogonedd, hijo del rey de Irlanda; Ondyaw, hijo del duque de Borgoña; Gwilim, hijo del gobernante de los francos; Howel, hijo de Emyr de Bretaña; Elivry; Nawkyrd; Gwynn, hijo de Tringad; Goreu, hijo de Custennin; Gweir Gwrhyd Vawr; Garannaw, hijo de Golithmer; Peredur, hijo de Evrawc; Gwynnllogell; Gwyr, juez de la corte de Arturo; Dyvyr, hijo de Alun de Dyved; Gwrei Gwalstawd Ieithoedd; Bedwyr, hijo de Bedrawd; Hadwry, hijo de Gwryon; Kai, hijo de Kynyr; Odyar el franco, administrador de la corte de Arturo; y Edeyrn, hijo de Nudd.

«Creo que llevo conmigo suficientes caballeros», dijo Geraint. «Sí —dijo Arturo—, pero no será conveniente que te lleves a Edeyrn, aunque esté bien, mientras no se reconcilie con Gwenhwyvar».

«Gwenhwyvar puede dejar que venga conmigo si presenta garantes». «Si ella quiere, puede dejarlo ir sin garantes, pues ya ha sufrido bastante dolor y aflicción por el insulto que recibió la doncella de parte del enano».

«En verdad —dijo Gwenhwyvar—, si a ti y a Geraint les parece bien, lo haré con gusto, señor». Entonces permitió que Edeyrn se marchara libremente. Muchos acompañaron a Geraint, y todos partieron. Nunca se había visto una hueste más hermosa rumbo al Severn.

En la otra orilla los esperaban los nobles de Erbin, hijo de Custennin, encabezados por su padre adoptivo, para dar la bienvenida a Geraint con alegría. Muchas mujeres de la corte, junto con la madre de Geraint, acudieron a recibir a Enid, hija de Ynywl y esposa de Geraint.

Hubo gran regocijo y alegría en toda la corte y por todo el país, por el amor que sentían por Geraint y la gran fama que había alcanzado desde que se marchó, y porque había regresado para tomar posesión de sus dominios y proteger sus fronteras. Llegaron a la corte.

Allí disfrutaron de un gran banquete, muchos regalos, abundante bebida, un servicio excelente y toda clase de música y juegos. Para honrar a Geraint, invitaron aquella noche a visitarlo a todos los hombres principales del país. Pasaron el día y la noche disfrutando al máximo. Al amanecer, Erbin se levantó y llamó a Geraint y a los nobles que lo habían acompañado.

Le dijo: «Soy un hombre débil y anciano. Mientras pude mantener el dominio por ti y por mí, lo hice. Pero tú eres joven, estás en la flor de tu vigor y de tu juventud. De ahora en adelante, protege tus posesiones».

«En verdad —dijo Geraint—, mientras yo lo consienta, no pondrás ahora en mis manos el poder sobre tus dominios, ni me apartarás de la corte de Arturo». «Te los entregaré —dijo Erbin—, y hoy mismo recibirás también el homenaje de tus súbditos».

Entonces Gwalchmai dijo: «Sería mejor que hoy atendieras a quienes vienen a pedir favores; mañana puedes recibir el homenaje de tus dominios». Así que reunieron en un solo lugar a todos los que tenían peticiones. Kadyrieith fue a preguntarles qué deseaban. Cada uno pidió lo que quería.

Los seguidores de Arturo comenzaron a hacer regalos, y enseguida llegaron los hombres de Cornualles e hicieron lo mismo. No tardaron en repartirlos, pues todos estaban ansiosos por dar regalos. Ninguno de los que acudieron a pedirlos se marchó sin recibir lo que quería. Aquel día y aquella noche transcurrieron entre grandes festejos.

Al amanecer del día siguiente, Erbin le pidió a Geraint que enviara mensajeros a preguntar a sus hombres si les desagradaba que él fuera a recibir su homenaje y si tenían alguna objeción contra él. Geraint envió embajadores a los hombres de Cornualles para preguntarles. Todos dijeron que sería para ellos una alegría y un honor que Geraint fuera a recibir su homenaje.

Así, recibió el homenaje de quienes estaban allí. Se quedaron con él hasta la tercera noche. Al día siguiente, los seguidores de Arturo se disponían a marcharse.

«Aún es demasiado pronto para que se vayan —dijo Geraint—. Quédense conmigo hasta que termine de recibir el homenaje de mis hombres principales, que han aceptado venir». Se quedaron con él hasta que lo hubo recibido. Luego partieron hacia la corte de Arturo. Geraint y Enid los acompañaron hasta Diganhwy; allí se separaron.

Entonces Ondyaw, hijo del duque de Borgoña, le dijo a Geraint: «Ve primero a recorrer las partes más alejadas de tus dominios y revisa bien las fronteras de tus territorios. Si tienes algún problema con ellas, avisa a tus compañeros».

«Que el cielo te lo recompense —dijo Geraint—. Así lo haré». Geraint viajó hasta el confín de sus dominios. Lo acompañaron guías experimenta-

dos y los hombres principales de su país. Se quedó con la posesión del punto más lejano que le mostraron.

⁂

Como acostumbraba a hacer cuando estaba en la corte de Arturo, Geraint participaba en torneos. Conoció a hombres valientes y poderosos hasta alcanzar allí tanta fama como antes había tenido en otros lugares. Enriqueció a su corte, a sus compañeros y a sus nobles con los mejores caballos y las mejores armas, y con las joyas más selectas y valiosas.

No descansó hasta que su fama se extendió por todo el reino. Cuando comprendió que así era, empezó a amar la comodidad y el placer, pues no había nadie digno de enfrentarse a él. Amaba a su esposa y prefería quedarse en el palacio, entre música y diversiones. Permaneció en casa durante mucho tiempo.

Después empezó a encerrarse en la cámara de su esposa y no disfrutaba de nada más. Renunció a la amistad de sus nobles, a la caza y a sus entretenimientos, y se ganó el rechazo de todos los hombres de su corte. Los habitantes del palacio murmuraban y se burlaban de él porque había abandonado por completo la compañía de los demás por amor a su esposa.

Estas noticias llegaron a Erbin. Cuando las oyó, habló con Enid y le preguntó si ella había hecho que Geraint actuara así y abandonara a su pueblo y a sus huestes.

«No, lo juro ante el cielo —dijo ella—. Nada me disgusta más que esto». No sabía qué hacer, pues, aunque le costaba mucho reconocerlo ante Ge-

raint, no le resultaba más fácil escuchar lo que decían sin advertírselo. Estaba muy afligida.

Y una mañana, en el verano, estaban en su lecho, y Geraint yacía en el borde. Enid estaba despierta en la habitación, que tenía ventanas de vidrio. El sol brillaba sobre el lecho. Las ropas se habían deslizado de sus brazos y su pecho, y él dormía.

Entonces ella contempló la maravillosa belleza de su aspecto y dijo: «¡Ay, acaso soy yo la causa de que estos brazos y este pecho hayan perdido su gloria y la fama guerrera de la que antes gozaban tan plenamente!». Al decir esto, las lágrimas cayeron de sus ojos y fueron a dar sobre el pecho de él.

Las lágrimas que derramó y las palabras que había pronunciado lo despertaron; también contribuyó a despertarlo la idea de que ella no hablaba así porque estuviera pensando en él, sino porque amaba a otro hombre más que a él y deseaba la compañía de otros. Entonces Geraint se turbó y llamó a su escudero.

Cuando este acudió, le dijo: «Ve enseguida, prepara mi caballo y mis armas, y déjalos listos. Y tú, levántate —dijo a Enid—, vístete, haz preparar tu caballo y ponte el peor traje de montar que tengas. ¡Y que me sobrevenga la desgracia —dijo— si vuelves aquí antes de saber si he perdido por completo la fuerza, como dijiste! Y si así fuera, entonces te resultará fácil buscar la compañía que deseabas, la de aquel en quien estabas pensando».

Ella se levantó y se vistió con sus ropas más humildes. «Señor, no entiendo lo que quieres decir», dijo. «Tampoco lo entenderás ahora», respondió él.

Entonces Geraint fue a ver a Erbin. «Señor —dijo—, voy a emprender una búsqueda y no sé cuándo podré regresar. Por eso, cuida de tus bienes hasta que vuelva». «Así lo haré —dijo él—, pero me extraña que te marches tan de repente. ¿Y quién irá contigo, si no tienes fuerzas suficientes para atravesar solo la tierra de Lloegyr?».

«Solo irá una persona conmigo». «Que el cielo te guíe, hijo mío —dijo Erbin—, y que muchos se unan a ti en Lloegyr». Entonces Geraint fue adonde estaba su caballo, equipado con una armadura extranjera, pesada y reluciente. Le pidió a Enid que montara su caballo, cabalgara delante y se mantuviera a gran distancia de él.

«Y, veas lo que veas y oigas lo que oigas acerca de mí —dijo—, no vuelvas atrás. Y, a menos que yo te hable, no digas ni una palabra». Partieron. Él no eligió el camino más agradable ni el más transitado, sino el más salvaje y lleno de ladrones, salteadores y animales venenosos. Llegaron a un camino principal y lo siguieron hasta divisar un vasto bosque.

Se dirigieron hacia él y vieron salir del bosque a cuatro jinetes armados. Cuando los jinetes los vieron, uno dijo a los otros: «Miren, se nos presenta una buena ocasión para apoderarnos de dos caballos, de sus armaduras y también de una dama; no tendremos ninguna dificultad en hacerlo frente a ese único caballero de allá, que lleva la cabeza gacha, tan pensativo y abatido».

Enid oyó estas palabras, pero el temor que le inspiraba Geraint, quien le había ordenado guardar silencio, la dejó sin saber qué hacer. «¡Que caiga sobre mí la venganza del cielo —dijo— si no prefiero morir a manos de él que a manos de cualquier otro! Y aunque me mate, le hablaré, para no te-

ner la desgracia de presenciar su muerte». Entonces esperó a que Geraint se acercara.

«Señor —dijo—, ¿oíste lo que esos hombres dijeron de ti?». Él alzó los ojos y la miró con enojo. «Solo tenías que guardar silencio, como te ordené —dijo—. Solo quiero silencio, no advertencias. Y aunque desearas ver mi derrota y mi muerte a manos de esos hombres, no siento ningún temor». Entonces el primero de ellos bajó la lanza y se lanzó contra Geraint.

Este lo recibió, y no con debilidad. Dejó pasar el golpe y luego hirió al jinete en el centro del escudo, con tal fuerza que se lo partió y quebró su armadura; un codo de la lanza de Geraint le atravesó el cuerpo y lo derribó al suelo, con la lanza sobresaliendo por encima de la grupa de su caballo. El segundo jinete lo atacó con furia, enojado por la muerte de su compañero.

Pero Geraint lo derribó también de una sola lanzada y lo mató igual que al otro. Luego el tercero se lanzó contra él, y Geraint lo mató del mismo modo. Así mató también al cuarto. La doncella estaba triste y afligida al ver todo aquello.

Geraint desmontó, tomó las armas de los hombres que había matado y las puso sobre sus sillas; luego ató juntas las riendas de sus caballos y volvió a montar. «Mira lo que debes hacer —dijo—: toma los cuatro caballos, llévalos delante de ti y sigue adelante, como te ordené hace un momento. No me digas ni una palabra, a menos que yo te hable primero. Y declaro ante el cielo —dijo— que, si no lo haces, lo pagarás caro».

«Haré lo que pueda, señor, conforme a tu deseo», respondió ella. Siguieron por el bosque y, al salir de él, llegaron a una vasta llanura. En su centro

había un grupo de espesos matorrales enmarañados, de los cuales vieron venir hacia ellos a tres jinetes, bien equipados con armaduras, tanto ellos como sus caballos.

La doncella los miró atentamente; cuando se acercaron, los oyó decirse unos a otros: «Miren, nos llega una buena oportunidad: vienen hacia nosotros cuatro caballos y cuatro armaduras. Nos apoderaremos fácilmente de todo, a pesar de ese caballero abatido; y la doncella también caerá en nuestro poder».

«Demasiado cierto es —se dijo ella—, pues mi esposo está cansado por el combate anterior. Caerá sobre mí la venganza del cielo si no lo prevengo». Así que esperó a que Geraint se acercara.

«Señor —dijo—, ¿no oyes lo que dicen esos hombres de ti?». «¿Qué dijeron?», preguntó él. «Se dicen que se apoderarán fácilmente de todo este botín». «Declaro ante el cielo —respondió— que sus palabras me afligen menos que tu falta de silencio y de obediencia a mis consejos».

«Señor —dijo ella—, temí que te sorprendieran desprevenido». «Entonces cállate —dijo él—. ¿Acaso no quiero silencio?». En ese momento, uno de los jinetes bajó la lanza y atacó a Geraint. Le lanzó un golpe que creyó muy eficaz, pero Geraint lo recibió sin preocuparse, lo desvió y luego se abalanzó sobre él, apuntando al centro de su cuerpo.

El peso de su armadura no le sirvió de nada ante el choque del hombre y el caballo: la punta de la lanza y parte del asta lo atravesaron, y lo derribaron al suelo, a una distancia de un brazo y una lanza por detrás de la grupa de

su caballo. Los otros dos jinetes se lanzaron contra él por turno, pero su ataque no tuvo más éxito que el de su compañero.

La doncella estaba allí mirando todo aquello. Por un lado, se afligía al pensar que Geraint pudiera resultar herido en el combate; por otro, se alegraba de verlo victorioso. Geraint desmontó y ató las tres armaduras a las tres sillas. Luego juntó las riendas de todos los caballos, de modo que ahora tenía siete caballos.

Montó el suyo y ordenó a la doncella que llevara delante a los demás. «No sirve de nada hablarte, igual que no sirve de nada callarme, pues no atiendes a mis consejos».

«Lo haré en la medida de mis posibilidades, señor —dijo ella—, pero no puedo ocultarte las palabras feroces y amenazantes que oiga de esa gente extraña que merodea por este desierto».

«Declaro ante el cielo —dijo él— que no quiero más que silencio; por tanto, cállate». «Lo haré, señor, mientras pueda». La doncella siguió adelante con los caballos y prosiguió su camino sin desviarse. Desde los matorrales ya mencionados, viajaron por una vasta y desolada llanura abierta.

A lo lejos vieron un bosque, cuyo principio y cuyo fin no alcanzaban a distinguir, salvo por el lado más cercano a ellos, y se dirigieron hacia allí. Entonces salieron del bosque cinco jinetes, impetuosos, audaces, poderosos y fuertes, montados en corceles vigorosos, de huesos grandes, briosos y resoplantes de orgullo. Tanto los hombres como los caballos iban bien armados.

Cuando se acercaron, Enid los oyó decir: «Miren, se nos acerca un magnífico botín, que conseguiremos con facilidad y sin esfuerzo, pues no tendremos dificultad en quitarle todos esos caballos y armas, y también a la dama, a ese único caballero tan abatido y triste».

⁂

La doncella se afligió mucho al oír estas palabras, y no sabía qué hacer en el mundo. Al fin, sin embargo, decidió advertir a Geraint, así que volvió la cabeza de su caballo hacia él.

—Señor —dijo—, si hubieras oído, como yo, lo que esos jinetes dijeron de ti, estarías aún más abatido. Geraint le sonrió con enojo y amargura, y dijo: —Te oigo hacer todo lo que te prohibí; pero quizá todavía te arrepientas de ello. En ese mismo instante, los hombres se encontraron con ellos, y Geraint los venció a los cinco con valor y gallardía.

Puso las cinco armaduras sobre las cinco sillas de montar, ató juntas las riendas de los doce caballos y se los encargó a Enid. —No sé —dijo— de qué sirve darte órdenes, pero esta vez te lo encargo de manera especial. La doncella siguió hacia el bosque, por delante de Geraint, como él se lo había pedido.

A él le dolía, en la medida en que su enojo se lo permitía, ver que una doncella tan ilustre tuviera tantas dificultades con el cuidado de los caballos. Llegaron entonces al bosque, que era profundo y extenso, y allí los sorprendió la noche.

—Ay, doncella —dijo él—, ¡es inútil intentar seguir adelante! —Bueno, señor —dijo ella—, haremos lo que quieras. —Lo mejor será —respondió él

— salir del bosque, descansar y esperar a que amanezca para continuar nuestro viaje.

—Así lo haremos, con gusto —dijo ella. Y así lo hicieron. Él desmontó y la bajó de su caballo. —No puedo evitar dormirme, de puro cansancio —dijo —. Así que vigila los caballos y no duermas.

—Así lo haré, señor —dijo ella. Entonces él se durmió con la armadura puesta, y así pasó la noche, que en esa época del año no era larga. Cuando ella vio despuntar el día, miró a su alrededor para ver si él despertaba, y entonces él se despertó.

—Señor —dijo ella—, hace un rato que quería despertarte. Pero él no le dijo nada sobre el cansancio, pues le había pedido que guardara silencio. Luego se levantó y le dijo: —Toma los caballos y cabalga. Sigue siempre adelante, como hiciste ayer. Temprano ese día salieron del bosque y llegaron a una llanura, con prados a un lado y segadores cortando la hierba.

Delante de ellos había un río; los caballos bajaron la cabeza y bebieron. Salieron del río por una empinada cuesta y allí se encontraron con un joven delgado, con una bolsa colgada al cuello. Vieron que había algo dentro, pero no sabían qué. Él llevaba en la mano una pequeña jarra azul, con un cuenco sobre la boca. El joven saludó a Geraint.

—Que el cielo te proteja —dijo Geraint—. ¿De dónde vienes? —Vengo — dijo él— de la ciudad que está delante de ti. Señor —añadió—, ¿te molestaría que te preguntara también de dónde vienes?

—De ningún modo. Llegué por aquel bosque. —Hoy no has venido por el bosque. —No —respondió él—, anoche estuvimos en el bosque. —

Apuesto —dijo el joven— a que anoche no lo pasaste muy bien allí y que no tuviste ni comida ni bebida.

—No, por mi fe —dijo él. —¿Aceptarás mi consejo —dijo el joven— y tomarás una comida de mi parte? —¿Qué clase de comida? —preguntó él. —El desayuno que llevan a esos segadores: nada menos que pan, carne y vino. Si quieres, señor, ellos se quedarán sin él. —Acepto —dijo él—, y que el cielo te lo recompense.

⁂

Geraint desmontó y el joven ayudó a la doncella a bajar de su caballo. Luego se lavaron y comieron. El joven cortó el pan en rebanadas, les dio de beber y los atendió. Cuando terminaron, se levantó y le dijo a Geraint: —Señor, con tu permiso, iré ahora a llevar algo de comer a los segadores.

—Ve primero a la ciudad —dijo Geraint— y consígueme alojamiento en el mejor lugar que conozcas y que sea más cómodo para los caballos. Escoge el caballo y las armas que quieras como pago por tu servicio y tu regalo.

—Que el cielo te recompense, señor —dijo el joven—. Con eso bastaría para pagar servicios mucho mayores que los que te he prestado. El joven fue a la ciudad y consiguió el mejor y más agradable alojamiento que conocía. Después fue al palacio, con el caballo y la armadura, se presentó ante el conde y le contó toda su aventura.

—Ahora voy, señor —dijo—, a encontrarme con el joven y llevarlo a su alojamiento. —Ve con gusto —dijo el conde—. Será recibido aquí con gran alegría, si viene. El joven fue a encontrarse con Geraint y le dijo que el conde lo recibiría con gusto en su palacio, pero él solo iría a su alojamiento.

Tenía una hermosa habitación, con mucha paja y telas, y un lugar amplio y cómodo para los caballos. El joven preparó para ellos abundante forraje. Después de quitarse las armaduras, Geraint le dijo a Enid: —Ve al otro lado de la habitación y no vengas a este lado de la casa. Si quieres, puedes llamar a la mujer de la casa.

—Así lo haré, señor —dijo ella. En ese momento, el dueño de la casa se acercó a Geraint y le dio la bienvenida. —Oh, jefe —dijo—, ¿ya comiste? —Sí —dijo él. Entonces el joven le preguntó si quería beber algo antes de reunirse con el conde.

—Claro que sí —dijo él. El joven fue a la ciudad y les trajo bebida. Y bebieron. —Necesito dormir —dijo Geraint. —Está bien —dijo el joven—; mientras duermes, iré a ver al conde. —Ve con gusto —dijo él— y vuelve cuando te necesite. Geraint se durmió, y Enid también.

El joven llegó adonde estaba el conde, quien le preguntó dónde se alojaba el caballero. Él se lo dijo. —Esta tarde iré a atenderlo —dijo el joven. —Ve —respondió el conde—, salúdalo cordialmente de mi parte y dile que por la tarde iré a verlo.

—Así lo haré —dijo el joven. Entonces regresó cuando llegó la hora de que despertaran. Se levantaron y salieron. Cuando llegó la hora de comer, comieron. El joven los atendió. Geraint le preguntó al dueño de la casa si tenía compañeros a quienes quisiera invitar, y él dijo que sí. —Tráelos aquí y agasájalos a mi costa con lo mejor que puedas comprar en la ciudad.

El dueño de la casa llevó allí a quienes quiso e hizo un banquete para ellos a costa de Geraint. Entonces, he aquí que el conde vino a visitar a Geraint,

acompañado por sus doce nobles caballeros. Geraint se levantó y le dio la bienvenida.

—Que el cielo te proteja —dijo el conde. Luego todos se sentaron según su rango. El conde conversó con Geraint y le preguntó cuál era el propósito de su viaje.

—No tengo ninguno —respondió él—, salvo buscar aventuras y seguir mi propio deseo. Entonces el conde fijó la mirada en Enid y la observó atentamente. Pensó que nunca había visto una doncella más hermosa ni más agraciada. Puso en ella todos sus pensamientos y afectos. Luego le preguntó a Geraint: —¿Me permites ir a conversar con esa doncella? Veo que está apartada de ti.

—Con gusto —dijo él. El conde fue adonde estaba la doncella y habló con ella. —Ay, doncella —dijo—, no puede ser agradable para ti viajar así con ese hombre. —No me resulta desagradable recorrer el mismo camino que él —dijo ella.

—No tienes jóvenes ni doncellas que te sirvan —dijo él. —La verdad —respondió ella— es más agradable para mí seguir a ese hombre que ser atendida por jóvenes y doncellas.

—Te daré un buen consejo —dijo él—. Pondré todo mi condado en tus manos si vives conmigo. —No lo haré, por el cielo —dijo ella—. Ese hombre fue el primero a quien prometí mi fidelidad. ¿Y voy a serle infiel?

—Te equivocas —dijo el conde—. Si mato a ese hombre, puedo tenerte conmigo todo el tiempo que quiera; y cuando dejes de agradarme, puedo echarte. Pero si vienes conmigo por voluntad propia, te aseguro que nues-

tra unión durará para siempre, indivisible, mientras yo viva. Ella meditó sus palabras y consideró que convenía alentarlo en su petición.

—Entonces, jefe, esto es lo más conveniente para que no puedan reprocharme nada sin motivo: ven mañana y llévame como si yo no supiera nada de esto. —Así lo haré —dijo él. Se levantó, se despidió y se marchó con sus acompañantes.

Ella no le contó entonces a Geraint nada de la conversación que había tenido con el conde, por temor a despertar su enojo y causarle inquietud y preocupación.

Y a la hora acostumbrada se fueron a dormir. Al comienzo de la noche, Enid durmió un poco; a medianoche se levantó y reunió toda la armadura de Geraint para que estuviera lista para ponérsela.

Aunque temía cumplir su cometido, se acercó a la cama de Geraint y le habló en voz baja y con dulzura, diciendo: «Mi señor, levántate y vístete, pues estas fueron las palabras del conde para mí, y esta es su intención respecto de mí». Entonces le contó a Geraint todo lo sucedido. Aunque se enfureció con ella, tomó la advertencia y se vistió.

Ella encendió una vela para que tuviera luz. «Deja ahí la vela —dijo él— y pide al dueño de la casa que venga». Ella fue, y el dueño de la casa se acercó a él.

«¿Sabes cuánto te debo?», preguntó Geraint. «Creo que me debes poco». «Toma los once caballos y las once armaduras». «Que el cielo te recompense, señor —dijo él—, pero no gasté en ti ni el valor de una armadura».

«Por eso —dijo Geraint— serás más rico. Y ahora, ¿vendrás a guiarme para salir de la ciudad?» «Con gusto —dijo él—. ¿En qué dirección piensas ir?» «Quiero salir de la ciudad por un camino distinto de aquel por el que entré». Así, el hospedero lo acompañó hasta donde Geraint quiso. Luego le indicó a la joven que fuera delante de él.

Ella así lo hizo y siguió derecho; el hospedero regresó a casa. Apenas había llegado cuando se acercó el mayor tumulto que jamás se hubiera oído. Al mirar afuera, vio a ochenta caballeros con armadura completa alrededor de la casa, encabezados por el conde Dwnn.

«¿Dónde está el caballero que estuvo aquí?», preguntó el conde. «Por tu mano, se fue de aquí hace algún tiempo», respondió el hombre. «¿Por qué, villano, lo dejaste ir sin avisarme?», dijo el conde.

«Mi señor, no me lo ordenaste; de lo contrario, no habría permitido que se marchara». «¿Por qué camino crees que se fue?» «No lo sé, salvo que tomó el camino principal». Volvieron sus caballos en esa dirección y, al ver las huellas de los caballos en el camino principal, las siguieron.

Cuando la joven vio despuntar el día, miró atrás y vio grandes nubes de polvo que se acercaban cada vez más. Se inquietó, pues pensó que el conde y sus hombres venían tras ellos. Entonces vio aparecer a un caballero entre la niebla.

«Por mi fe —dijo—, aunque me mate, sería mejor morir a sus manos que verlo morir sin advertirle. Mi señor —le dijo—, ¿ves a aquel hombre que se apresura tras de ti, y a muchos más con él?»

«Lo veo —dijo él—; y, a pesar de todas mis órdenes, veo que nunca guardarás silencio». Entonces se volvió contra el caballero y, con el primer golpe, lo derribó bajo las patas de su caballo. Mientras quedó uno solo de los ochenta caballeros, derribó a cada uno de ellos al primer encuentro.

Del más débil al más fuerte, todos lo atacaron uno tras otro, salvo el conde; por último, también el conde se enfrentó a él. Geraint le rompió la lanza y luego le rompió una segunda.

Pero Geraint se volvió contra él y lo golpeó con la lanza en el centro del escudo, de modo que con ese solo golpe el escudo se partió, toda su armadura se quebró y él cayó por encima de la grupa de su caballo al suelo, en peligro de muerte. Geraint se acercó a él; al oír el ruido de los cascos de su caballo, el conde recobró el sentido.

«Piedad, señor», le dijo a Geraint. Y Geraint se la concedió. Pero por la dureza del suelo donde habían caído y la violencia de los golpes recibidos, ni uno solo de aquellos caballeros escapó sin una caída mortalmente grave, dolorosa y que los dejó terriblemente heridos por la mano de Geraint.

⁂

Geraint siguió por el camino principal que tenía delante, con la joven a la cabeza. Cerca de allí vieron un valle, el más hermoso que jamás se hubiera visto, atravesado por un gran río. Sobre el río había un puente y el camino principal conducía hasta él. Al otro lado del río, por encima del puente, vieron una ciudad fortificada, la más hermosa que jamás se hubiera visto.

Cuando se acercaban al puente, Geraint vio salir de un matorral espeso a un hombre montado en un caballo grande y alto, de paso parejo y brioso,

aunque dócil. «Ah, caballero —dijo Geraint—, ¿de dónde vienes?»

«Vengo —dijo él— del valle que está debajo de nosotros». «¿Puedes decirme —preguntó Geraint— quién es el dueño de este hermoso valle y de aquella ciudad amurallada?»

«Con gusto te lo diré —respondió—. Los francos lo llaman Gwiffert Petit, pero los cymry lo llaman el Rey Pequeño». «¿Puedo cruzar aquel puente —preguntó Geraint— y tomar el camino bajo que pasa por debajo de la ciudad?»

El caballero respondió: «No puedes pasar junto a su torre, al otro lado del puente, a menos que quieras combatirlo, pues acostumbra enfrentarse a todo caballero que entra en sus tierras».

«Pongo al cielo por testigo —dijo Geraint— de que, aun así, seguiré mi camino por ahí». «Si lo haces —dijo el caballero—, probablemente recibirás vergüenza y deshonra como recompensa por tu osadía». Geraint siguió entonces por el camino que llevaba a la ciudad, y el camino lo condujo a un terreno duro, áspero, elevado y lleno de crestas.

Mientras avanzaba así, vio que lo seguía un caballero montado en un caballo de guerra fuerte, grande, de paso orgulloso, cascos anchos y pecho amplio. Nunca había visto a un hombre más bajo que el que iba sobre el caballo. Tanto el hombre como el caballo estaban enteramente armados.

Cuando alcanzó a Geraint, le dijo: «Dime, jefe, ¿buscas insultar mi dignidad e infringir mis reglas por ignorancia o por arrogancia?» «No —respondió Geraint—, no sabía que estuviera prohibido transitar por este camino».

«Lo sabías —dijo el otro—. Ven conmigo a mi corte y dame satisfacción». «Por mi fe, no iré —dijo Geraint—; ni siquiera iría a la corte de tu señor, salvo que tu señor fuera Arturo».

«Por la mano del propio Arturo —dijo el caballero—, obtendré satisfacción de ti o caeré derrotado a tus manos». Enseguida se lanzaron uno contra otro. Un escudero suyo se acercaba a darle lanzas cada vez que rompía una. Se dieron golpes tan duros y violentos que los escudos perdieron todo su color.

Pero a Geraint le resultaba muy difícil luchar contra él por su baja estatura, pues apenas lograba apuntar bien, por mucho que se esforzara. Lucharon así hasta que sus caballos cayeron de rodillas; al fin, Geraint arrojó al caballero de cabeza al suelo.

Entonces pelearon a pie y se golpearon con tanta audacia y ferocidad, tan a menudo y con tanta fuerza, que les perforaron los yelmos, les quebraron las cofias de hierro y les destrozaron los brazos; el sudor y la sangre les oscurecieron la luz de los ojos. Al final Geraint se enfureció y reunió todas sus fuerzas.

Con audacia, ira, decisión y furia, levantó la espada y le asestó en la coronilla un golpe tan doloroso, violento, feroz y penetrante que atravesó toda la armadura de la cabeza, la piel y la carne hasta herir el hueso. La espada salió volando de la mano del Rey Pequeño hasta el extremo más lejano de la llanura, y él le rogó a Geraint que tuviera piedad y compasión de él.

«Aunque no has sido cortés ni justo —dijo Geraint—, te perdonaré con la condición de que te conviertas en mi aliado, prometas no volver a luchar

contra mí y vengas a ayudarme cuando sepas que estoy en apuros».

«Lo haré con gusto, señor», dijo él. Y le dio su palabra. «Y ahora, señor, ven conmigo a mi corte, allá, para recuperarte del cansancio y la fatiga», dijo. «Por el cielo, no iré», respondió Geraint.

Entonces Gwiffert Petit vio a Enid donde estaba, y le apenó ver tan afligida a una mujer de porte tan noble. Le dijo a Geraint: «Mi señor, haces mal en no descansar y reponerte un rato; si en tu estado actual encuentras alguna dificultad, no te será fácil superarla». Pero Geraint no quiso hacer otra cosa que seguir su camino. Montó su caballo con dolor, cubierto de sangre. La joven fue delante y se dirigieron hacia el bosque que veían ante ellos.

⁂

El sol calentaba mucho y, por la sangre y el sudor, la armadura de Geraint se le pegaba a la carne. Al llegar al bosque, se detuvo bajo un árbol para protegerse del calor del sol, y sus heridas le dolían más que cuando las recibió. La joven se quedó bajo otro árbol. De pronto oyeron el sonido de unos cuernos y un gran alboroto.

La causa era que Arturo y su compañía habían llegado al bosque. Mientras Geraint pensaba por dónde ir para evitarlos, lo divisó un paje de a pie, ayudante del mayordomo de la casa, que fue a contarle qué clase de hombre había visto en el bosque. Entonces el mayordomo hizo ensillar su caballo, tomó su lanza y su escudo, y fue al lugar donde estaba Geraint.

«Ah, caballero —dijo—, ¿qué haces aquí?» «Estoy bajo un árbol frondoso para evitar el calor y los rayos del sol». «¿Adónde te diriges y quién eres?» «Busco aventuras y voy adonde quiero».

«En ese caso —dijo Kai—, ven conmigo a ver a Arturo, que está aquí cerca». «Por el cielo, no iré», dijo Geraint. «Tienes que venir», dijo Kai. Entonces Geraint supo quién era, pero Kai no reconoció a Geraint. Kai atacó a Geraint lo mejor que pudo. Geraint se enfureció y lo golpeó con el asta de su lanza, haciéndolo rodar de cabeza por el suelo. Pero no le infligió un castigo peor que ese.

Asustado y fuera de sí, Kai se levantó, montó en su caballo y volvió a su alojamiento. De allí se dirigió a la tienda de Gwalchmai. «Señor —dijo a Gwalchmai—, uno de los servidores me contó que vio en el bosque de arriba a un caballero herido, con la armadura maltrecha; si haces lo correcto, irás a ver si es verdad».

«No me importa hacerlo —dijo Gwalchmai—. Toma entonces tu caballo y parte de tu armadura —dijo Kai—, pues oigo que no es muy cortés con quienes se le acercan». Así que Gwalchmai tomó su lanza y su escudo, montó en su caballo y llegó al lugar donde estaba Geraint.

«Caballero —dijo—, ¿adónde te diriges?» «Voy de camino por mi propio placer y en busca de las aventuras del mundo». «¿Me dirás quién eres, o vendrás a visitar a Arturo, que está cerca?»

«No haré alianza contigo ni iré a visitar a Arturo», dijo. Él sabía que era Gwalchmai, pero Gwalchmai no lo reconoció. «No pienso dejarte —dijo Gwalchmai— hasta saber quién eres». Lo acometió con su lanza y lo golpeó en el escudo, de modo que el asta quedó hecha astillas, y sus caballos quedaron frente a frente. Entonces Gwalchmai lo miró fijamente y lo reconoció.

«¡Ah, Geraint! —dijo—, ¿eres tú quien está aquí?» «No soy Geraint», dijo él. «Por el cielo, sí que eres Geraint —replicó—, y esta es una expedición desdichada y descabellada». Entonces miró alrededor, vio a Enid y la saludó con alegría.

«Geraint —dijo Gwalchmai—, ven a ver a Arturo; es tu señor y tu primo». «No iré —dijo él—, pues no estoy en condiciones de ir a ver a nadie». En eso, uno de los pajes llegó tras Gwalchmai para hablar con él. Así que lo envió a avisar a Arturo de que Geraint estaba allí herido, que no iría a visitarlo y que daba lástima verlo en el estado en que se encontraba.

Hizo esto sin que Geraint lo supiera, pues le habló al paje en voz baja. «Ruega a Arturo —dijo— que haga llevar su tienda cerca del camino, pues Geraint no irá a encontrarse con él de buena gana, y no será fácil obligarlo en el ánimo en que está». El paje fue entonces adonde estaba Arturo y le contó esto. Arturo hizo trasladar su tienda al borde del camino.

Y la doncella se alegró en su corazón. Gwalchmai condujo a Geraint por el camino hasta que llegaron al lugar donde Arturo había acampado, y los pajes estaban montando su tienda junto al camino.

«Señor —dijo Geraint—, te saludo». «Que el cielo te favorezca. ¿Y quién eres?», dijo Arturo. «Es Geraint —dijo Gwalchmai—, y por voluntad propia no habría venido a encontrarse contigo».

«En verdad —dijo Arturo—, ha perdido el juicio». Entonces llegó Enid y saludó a Arturo. «Que el cielo te proteja», dijo él. Luego ordenó a uno de los pajes que la ayudara a bajar del caballo.

«¡Ay, Enid! —dijo Arturo—, ¿qué expedición es esta?» «No lo sé, señor —dijo ella—, salvo que debo viajar por el mismo camino que él». «Señor mío —dijo Geraint—, con tu permiso nos iremos».

«¿Adónde irás? —dijo Arturo—. No puedes seguir ahora, a menos que vayas hacia tu muerte». «No permite que yo lo invite —dijo Gwalchmai». «Pero a mí sí me lo permitirá —dijo Arturo—; además, no se irá de aquí hasta que sane».

«Preferiría, señor —dijo Geraint—, que me dejaras partir». «Te aseguro por el cielo que no lo haré», dijo Arturo. Entonces mandó llamar a una doncella para que llevara a Enid a la tienda donde estaba la cámara de Gwenhwyvar. Gwenhwyvar y todas sus mujeres se alegraron de su llegada; le quitaron la ropa de montar y le pusieron otras prendas.

Arturo también llamó a Kadyrieith y le ordenó montar una tienda para Geraint y los médicos; le encargó que le proporcionara en abundancia todo lo que pudiera necesitar. Kadyrieith hizo lo que le había ordenado. Llevaron a Morgan Tud y a sus discípulos ante Geraint.

Y Arturo y sus huestes permanecieron allí casi un mes, mientras Geraint se curaba. Cuando estuvo enteramente recuperado, Geraint se presentó ante Arturo y le pidió permiso para partir.

«No sé si ya estás del todo bien». «En verdad, sí lo estoy, señor», dijo Geraint. «No te creeré a ti en eso, sino a los médicos que estuvieron contigo». Entonces Arturo mandó llamar a los médicos y les preguntó si era cierto.

«Es cierto, señor», dijo Morgan Tud. Así que al día siguiente Arturo le permitió partir, y Geraint reanudó su camino. Ese mismo día Arturo tam-

bién se marchó de allí. Geraint le pidió a Enid que siguiera adelante y que fuera delante de él, como lo había hecho antes. Y ella avanzó por el camino principal. Mientras viajaban así, oyeron muy cerca un lamento estremecedor.

«Quédate aquí», dijo él, «y yo iré a ver qué causa estos lamentos». «Así lo haré», dijo ella. Entonces él se dirigió a un claro cercano al camino. En el claro vio dos caballos: uno con una silla de hombre y el otro con una silla de mujer. Y he aquí que había un caballero muerto, tendido con su armadura, y una joven doncella vestida para montar de pie junto a él, lamentándose.

«¡Ah, señora!», dijo Geraint, «¿qué te ha ocurrido?». «Mira», respondió ella, «venía de viaje con mi amado esposo cuando, de pronto, tres gigantes nos atacaron y, sin motivo alguno, lo mataron».

«¿Por dónde se fueron?», preguntó Geraint. «Por allí, por el camino principal», respondió ella. Entonces él regresó con Enid. «Ve», le dijo, «junto a la señora que está allá abajo y espérame allí hasta que vuelva».

Ella se entristeció cuando él le ordenó hacerlo, pero aun así fue junto a la doncella, cuyos lamentos daban pena oír; estaba segura de que Geraint no regresaría jamás. Mientras tanto, Geraint siguió a los gigantes y los alcanzó. Cada uno de ellos era más alto que otros tres hombres, y llevaba un enorme garrote al hombro.

Entonces se lanzó contra uno y le atravesó el cuerpo con la lanza. Al sacarla de nuevo, atravesó también a otro. Pero el tercero se volvió contra él y lo golpeó con su garrote, le partió el escudo, le aplastó el hombro, le abrió de

nuevo las heridas y toda su sangre empezó a brotar. Pero Geraint desenvainó la espada y atacó al gigante.

Le asestó en la coronilla un golpe tan duro, feroz y violento que le partió la cabeza y el cuello hasta los hombros, y el gigante cayó muerto. Así dejó Geraint al gigante y volvió con Enid. Cuando la vio, cayó del caballo sin vida. El grito de Enid fue agudo, fuerte y desgarrador. Se acercó y se quedó de pie junto a él, donde había caído.

Al oír sus gritos llegó el conde de Limours con la hueste que viajaba con él; los lamentos de Enid los habían apartado de su camino. El conde le dijo: «¡Ay, señora! ¿Qué te ha ocurrido?».

«¡Ah, buen señor!», dijo ella, «el único hombre que he amado, o amaré jamás, ha muerto». Entonces él le preguntó a la otra: «¿Y cuál es la causa de tu dolor?».

«También han matado a mi amado esposo», dijo ella. «¿Y quién los mató?». «Unos gigantes», respondió ella, «mataron a mi amado, y el otro caballero fue tras ellos. Volvió en el estado en que lo ves, perdiendo muchísima sangre; pero me parece que no se fue sin matar a algunos de ellos, si no a todos».

El conde hizo enterrar al caballero muerto, pero creyó que aún quedaba algo de vida en Geraint. Para ver si todavía viviría, mandó llevarlo con él, tendido sobre un féretro y recostado en la cavidad de su escudo. Las dos doncellas se dirigieron a la corte y, cuando llegaron, colocaron a Geraint en una litera frente a la mesa del salón.

Entonces todos se quitaron la ropa de viaje, y el conde le pidió a Enid que hiciera lo mismo y se pusiera otras prendas. «No lo haré, por el Cielo», dijo ella.

«¡Ah, señora!», dijo él, «no te aflijas tanto por esto». «Difícil sería convencerme de lo contrario», dijo ella. «Me portaré contigo de tal manera que no tendrás por qué afligirte, viva o muera ese caballero. Mira, te daré un buen condado y también me tendrás a mí; así que alégrate y sé feliz».

«Declaro ante el Cielo», dijo ella, «que desde ahora nunca estaré alegre mientras viva». «Ven, entonces», dijo él, «y come». «No, por el Cielo, no lo haré», respondió ella.

«Pero, por el Cielo, sí lo harás», dijo él. La llevó a la mesa contra su voluntad y muchas veces le pidió que comiera. «Pongo al Cielo por testigo», dijo ella, «de que no comeré hasta que también coma el hombre que está en ese féretro».

«No puedes cumplir eso», dijo el conde, «ese hombre ya está muerto». «Probaré que sí puedo», dijo ella. Entonces él le ofreció una copa de bebida. «Bebe esta copa», le dijo, «y te hará cambiar de parecer».

«Que me sobrevenga el mal», respondió ella, «si bebo algo antes de que él también beba». «En verdad», dijo el conde, «de nada me sirve tratarte con amabilidad, igual que no me sirve tratarte con dureza». Y le dio una bofetada.

Entonces ella lanzó un grito fuerte y desgarrador, y sus lamentos fueron mucho mayores que antes, pues pensó que, si Geraint hubiera estado vivo,

no se habría atrevido a golpearla así. Pero he aquí que, al oír su grito, Geraint volvió en sí y se incorporó en el féretro.

Al encontrar su espada en la cavidad del escudo, corrió hacia donde estaba el conde y le asestó en la coronilla un golpe feroz, mortal y contundente, que lo partió en dos; la espada se detuvo al llegar a la mesa. Entonces todos se apartaron de la mesa y huyeron. No tanto por miedo a los vivos como por el terror que sintieron al ver que el muerto se levantaba para matarlos.

Geraint miró a Enid y sintió pena por dos motivos: uno, ver que Enid había perdido el color y su aspecto habitual; el otro, saber que ella tenía razón. «Señora», dijo él, «¿sabes dónde están nuestros caballos?».

«Sé dónde está tu caballo, señor», respondió ella, «pero no sé dónde está el otro. Tu caballo está en aquella casa». Fue a la casa, sacó su caballo, montó y levantó a Enid del suelo, poniéndola en el caballo con él. Luego siguió adelante. El camino pasaba entre dos setos, y la noche iba ganándole terreno al día.

De pronto vieron detrás de ellos las astas de unas lanzas recortadas contra el cielo, y oyeron el trote de caballos y el ruido de una hueste que se acercaba. «Oigo que algo nos sigue», dijo él, «y te pondré al otro lado del seto». Así lo hizo. En ese momento, un caballero se lanzó hacia él al galope y bajó su lanza. Al verlo, Enid gritó: «¡Oh, jefe! Seas quien seas, ¿qué gloria ganarás matando a un hombre muerto?».

«¡Oh, Cielo!», dijo él, «¿eres Geraint?». «Sí, en verdad», respondió ella. «¿Y quién eres tú?». «Soy el Rey Pequeño», respondió él, «vengo a ayu-

darte, pues oí que estabas en apuros. Si hubieras seguido mi consejo, no te habría ocurrido ninguna de estas desgracias».

«Nada puede ocurrir», dijo Geraint, «sin la voluntad del Cielo, aunque de los consejos resulte mucho bien». «Sí», dijo el Rey Pequeño, «y ahora tengo un buen consejo para ti. Ven conmigo a la corte de un yerno de mi hermana, que está cerca, y tendrás la mejor atención médica del reino».

«Iré con gusto», dijo Geraint. Enid fue puesta en el caballo de uno de los escuderos del Rey Pequeño y se dirigieron al palacio del barón. Allí los recibieron con alegría y los atendieron con hospitalidad y esmero. A la mañana siguiente fueron a buscar médicos. No tardaron en llegar, y atendieron a Geraint hasta que estuvo completamente restablecido.

Mientras Geraint recibía atención médica, el Rey Pequeño hizo reparar su armadura hasta dejarla tan buena como antes. Permanecieron allí quince días y un mes.

Entonces el Rey Pequeño le dijo a Geraint: «Ahora iremos a mi propia corte, a descansar y divertirnos». «No», dijo Geraint, «primero viajaremos un día más y luego regresaremos».

«Con mucho gusto», dijo el Rey Pequeño, «ve entonces». Salieron temprano. Ese día Enid viajó con ellos más contenta y alegre que nunca. Llegaron al camino principal. Cuando alcanzaron un lugar donde el camino se bifurcaba, vieron a un hombre a pie que venía hacia ellos por uno de los caminos, y Gwiffert le preguntó de dónde venía.

«Vengo», dijo él, «de hacer un recado en el campo». «Dime», dijo Geraint, «¿cuál de estos dos caminos me conviene seguir?». «Te conviene se-

guir este», respondió él, «pues si vas por aquel, nunca regresarás. Más abajo», dijo, «hay un seto de niebla, y dentro de él se celebran juegos encantados; nadie que haya ido allí ha vuelto jamás. Allí está la corte del conde Owain, y él no permite que nadie se aloje en la ciudad, a menos que vaya a su corte».

«Declaro ante el Cielo», dijo Geraint, «que tomaremos el camino de abajo». Lo siguieron hasta llegar a la ciudad. Eligieron para alojarse el lugar más hermoso y agradable de la ciudad. Mientras estaban allí, se les acercó un joven y los saludó.

«Que el Cielo te sea propicio», dijeron ellos. «Buenos señores», dijo él, «¿qué preparativos hacen aquí?». «Nos alojamos aquí», dijeron, «para pasar la noche».

«El señor de la ciudad no acostumbra permitir que nadie de noble cuna se quede aquí, a menos que venga a alojarse en su corte; por eso, vengan a la corte». «Iremos con gusto», dijo Geraint. Fueron con el paje y los recibieron con alegría. El conde llegó al salón para recibirlos y mandó preparar las mesas. Se lavaron y se sentaron.

Este fue el orden en que se sentaron: Geraint a un lado del conde y Enid al otro; junto a Enid, el Rey Pequeño, y junto a Geraint, la condesa; los demás, según correspondía a su rango. Entonces Geraint recordó los juegos y pensó que no debía ir. Por eso no comió. El conde lo miró, lo observó y comprendió que no comía por causa de los juegos.

Le pesó haberlos establecido, aunque solo fuera por perder a un joven como Geraint. Si Geraint le hubiera pedido que los aboliera, lo habría he-

cho con gusto. Entonces el conde le dijo: «¿Qué pensamiento te ocupa, que no comes? Si dudas en ir a los juegos, no irás, y tampoco volverá a ir nadie de tu rango».

«Que el Cielo te recompense», dijo Geraint, «pero no deseo nada más que ir a los juegos y que me muestren el camino». «Si eso es lo que prefieres, te lo concederé de buen grado».

«En verdad, eso prefiero», dijo él. Entonces comieron; les sirvieron en abundancia, recibieron diversos regalos y tuvieron bebida de sobra. Cuando terminaron de comer, se levantaron. Geraint pidió su caballo y su armadura, y se armó él y ensilló su caballo. Toda la hueste salió hasta llegar al borde del seto.

El seto era tan alto que llegaba hasta donde alcanzaba la vista en el aire. En cada poste del seto, salvo en dos, había una cabeza humana, y había muchísimos postes a lo largo del seto. Entonces el Rey Pequeño preguntó: «¿No puede entrar nadie con el jefe?».

«Nadie puede», dijo el conde Owain. «¿Por dónde puedo entrar?», preguntó Geraint. «No lo sé», dijo Owain, «pero entra por donde quieras y te parezca más fácil».

Entonces Geraint se lanzó sin temor ni vacilación hacia la niebla. Al salir de ella, llegó a un gran huerto; y en el huerto vio un espacio despejado, donde había una tienda de satén rojo. La puerta de la tienda estaba abierta, y delante de ella había un manzano; de una de sus ramas colgaba un enorme cuerno de caza.

Entonces desmontó y entró en la tienda; no había nadie allí, salvo una doncella sentada en una silla de oro, y frente a ella había otra silla vacía. Geraint se acercó a la silla vacía y se sentó en ella.

«¡Ah, caudillo! —dijo la doncella—. No te aconsejo que te sientes en esa silla». «¿Por qué?», dijo Geraint. «El hombre a quien pertenece esa silla nunca ha permitido que otro se siente en ella».

«No me importa —dijo Geraint—, aunque le disguste que me siente en la silla». En ese momento oyeron un gran tumulto alrededor de la tienda. Geraint miró para ver qué lo causaba. Afuera vio a un caballero montado en un caballo de guerra, que resoplaba con orgullo, brioso y de huesos grandes.

Él y su caballo llevaban una capa de honor dividida en dos partes, y debajo tenían abundante armadura. «Dime, caudillo —le dijo a Geraint—, ¿quién te ordenó sentarte ahí?».

«Yo mismo», respondió. «Estuvo mal que me hicieras semejante afrenta y deshonra. Levántate y responde por tu insolencia». Entonces Geraint se levantó y enseguida se enfrentaron. Rompieron una serie de lanzas, luego una segunda y una tercera; se asestaron golpes fieros y repetidos. Por fin Geraint se enfureció, espoleó a su caballo y arremetió contra él.

Le dio una estocada en el centro del escudo, que se partió; la punta de su lanza atravesó la armadura, se rompieron las cinchas y el caballero cayó de cabeza al suelo, a la distancia de la lanza y el brazo de Geraint, por encima de la grupa de su caballo.

«¡Oh, señor mío! —dijo—. Ten piedad de mí y tendrás lo que quieras». «Solo deseo —dijo Geraint— que este juego no vuelva a existir aquí, ni el cerco de niebla, ni la magia ni el encantamiento».

«Con gusto tendrás eso, señor», respondió. «Entonces haz que desaparezca la niebla de este lugar», dijo Geraint. «Haz sonar aquel cuerno —dijo él—, y cuando lo hagas, la niebla se desvanecerá; pero no se irá de aquí a menos que lo toque el caballero que me venza». Enid, mientras tanto, se quedó triste y afligida, preocupada por Geraint. Entonces Geraint fue y tocó el cuerno.

Al primer toque, la niebla se desvaneció. Todas las huestes se reunieron y se reconciliaron entre sí. El conde invitó a Geraint y al Rey Pequeño a quedarse con él esa noche. A la mañana siguiente se separaron. Geraint se dirigió a sus propios dominios y, desde entonces, reinó prósperamente.

Su fama y esplendor guerreros perduraron, con gloria y honor para él y para Enid, desde aquel momento.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# KILHWCH Y OLWEN, O EL TWRCH TRWYTH

✦

Kilydd, hijo del príncipe Kelyddon, deseaba una esposa que lo acompañara y lo ayudara, y la que eligió fue Goleuddydd, hija del príncipe Anlawdd. Después de su unión, la gente elevó plegarias para que tuvieran un heredero. Y tuvieron un hijo gracias a las plegarias de la gente.

Desde que quedó embarazada, Goleuddydd se volvió salvaje y vagaba sin tener dónde vivir; pero cuando se acercó el momento del parto, recobró la razón. Entonces fue a una montaña donde había un porquerizo que cuidaba una piara. Y, por temor a los cerdos, la reina dio a luz.

El porquerizo tomó al niño y lo llevó al palacio; lo bautizaron y lo llamaron Kilhwch, porque lo habían encontrado en una pocilga. Sin embargo, el niño era de noble linaje y primo de Arturo; y lo entregaron a una nodriza.

Después de esto, la madre del niño, Goleuddydd, hija del príncipe Anlawdd, cayó enferma. Entonces llamó a su esposo y le dijo: «Moriré de esta enfermedad, y tú tomarás otra esposa. Las esposas son un regalo del Señor, pero estaría mal que perjudicaras a tu hijo. Por eso te encargo que no tomes esposa hasta que veas un espino con dos flores sobre mi tumba». Y él se lo prometió.

Luego le rogó que cuidara su tumba cada año, para que no creciera nada sobre ella. Así murió la reina. El rey enviaba cada mañana a un sirviente

para ver si crecía algo sobre la tumba. Pero al cabo del séptimo año, el señor olvidó lo que le había prometido a la reina.

Un día, el rey salió de caza y cabalgó hasta el lugar del entierro para ver la tumba y saber si había llegado el momento de tomar esposa; y vio el espino. Al verlo, el rey consultó dónde podría encontrar una esposa. Uno de sus consejeros dijo: «Conozco a una mujer que te convendría mucho, y es la esposa del rey Doged». Decidieron ir a buscarla; mataron al rey y se llevaron a su esposa y a una hija que ella tenía consigo. Y conquistaron las tierras del rey.

Cierto día, mientras la dama paseaba, llegó a la casa de una anciana que vivía en el pueblo y no tenía ningún diente. La reina le dijo: «Anciana, por amor al Cielo, dime lo que te preguntaré. ¿Dónde están los hijos del hombre que me ha llevado por la fuerza?». La anciana respondió: «No tiene hijos». La reina dijo: «¡Ay de mí, que he venido a ver a alguien que no tiene hijos!».

Entonces dijo la vieja: «No tienes por qué lamentarte, pues hay una profecía que dice que tendrá un heredero contigo, y con ninguna otra. Además, no estés triste, porque tiene un hijo».

La dama volvió a casa llena de alegría y le preguntó a su esposo: «¿Por qué me has ocultado a tus hijos?». El rey dijo: «Ya no lo haré». Envió mensajeros a buscar a su hijo, y lo llevaron a la corte. Su madrastra le dijo: «Te convendría tener esposa, y tengo una hija a la que pretenden todos los hombres ilustres del mundo».

«Todavía no tengo edad para casarme», respondió el joven. Entonces ella le dijo: «Te declaro que tu destino es no encontrar esposa hasta que consigas a Olwen, hija de Yspaddaden Penkawr». El joven se sonrojó, y el amor por la doncella se extendió por todo su cuerpo, aunque nunca la había visto. Su padre le preguntó: «¿Qué te pasa, hijo mío? ¿Qué te aflige?».

«Mi madrastra me ha dicho que nunca tendré esposa hasta que consiga a Olwen, hija de Yspaddaden Penkawr». «Eso será fácil para ti», respondió su padre. «Arturo es tu primo. Ve, pues, a ver a Arturo para que te corte el pelo, y pídele esto como favor».

El joven salió al galope sobre un corcel de cuatro años, de cabeza gris moteada y miembros firmes, con cascos en forma de concha, una brida de oro entrelazado en la cabeza y una silla de oro precioso.

En la mano llevaba dos lanzas de plata, afiladas, bien templadas y con punta de acero, de tres codos de largo; tenían un filo capaz de herir el viento y hacer correr la sangre, y eran más veloces que la caída del rocío desde la hoja de una espadaña hasta la tierra cuando el rocío de junio cae con más fuerza.

Llevaba en el muslo una espada con empuñadura de oro; la hoja era de oro y tenía una cruz de oro incrustado, del color del relámpago del cielo. Su cuerno de guerra era de marfil. Delante de él iban dos galgos blancos, atigrados y de pecho blanco, con fuertes collares de rubíes alrededor del cuello, desde el hombro hasta la oreja.

El que iba a la izquierda saltó al lado derecho, y el que iba a la derecha, al izquierdo; jugueteaban a su alrededor como dos golondrinas marinas. Su

caballo levantó cuatro terrones con los cuatro cascos, como cuatro golondrinas en el aire, alrededor de su cabeza, ora arriba, ora abajo.

Lo cubría un manto cuadrado de púrpura, con una manzana de oro en cada esquina; cada manzana valía cien vacas. Sus zapatos y estribos, desde la rodilla hasta la punta del pie, llevaban oro precioso por valor de trescientas vacas. Ni siquiera se doblaba la hierba bajo él, tan ligero era el paso de su corcel mientras se dirigía a la puerta del palacio de Arturo.

El joven preguntó: «¿Hay un portero?». «Sí. Y si no te callas, no te recibirán muy bien. Soy el portero de Arturo cada primero de enero. El resto del año, este puesto lo ocupan Huandaw, Gogigwc, Llaeskenym y Pennpingyon, que camina sobre la cabeza para salvar los pies, sin dirigirse ni hacia el cielo ni hacia la tierra, sino como una piedra rodante por el suelo del patio».

«Abre la puerta». «No la abriré». «¿Por qué no?». «El cuchillo está en la carne, la bebida en el cuerno y hay fiesta en el salón de Arturo. Nadie puede entrar allí, salvo el hijo de un rey de un país privilegiado o un artesano que traiga su oficio. Pero habrá comida para tus perros y tus caballos; para ti habrá trozos de carne cocinados con pimienta, vino delicioso y canciones alegres; y te llevarán comida para cincuenta hombres a la cámara de huéspedes, donde comen los forasteros y los hijos de otros países que no entran en los recintos del palacio de Arturo. Allí no te irá peor que con Arturo en la corte.

Una dama te preparará el lecho y te arrullará con canciones; y mañana temprano, cuando se abra la puerta para la multitud que viene hoy, será la primera en abrirse para ti, y podrás sentarte en el lugar que elijas en el salón de

Arturo, desde el extremo superior hasta el inferior». El joven dijo: «No lo haré. Si abres la puerta, bien. Si no la abres, deshonraré a tu señor y haré que hablen mal de ti. Daré tres gritos en esta misma puerta, más mortíferos que cualquiera que se haya oído, desde la cima de Pengwaed, en Cornualles, hasta el fondo de Dinsol, en el norte, y hasta Esgair Oervel, en Irlanda.

Todas las mujeres embarazadas de este palacio perderán a sus hijos; y las que no estén embarazadas enfermarán del corazón y nunca podrán tener hijos desde hoy».

«Por más alboroto que armes —dijo Glewlwyd Gavaelvawr—, no entrarás contra las leyes del palacio de Arturo hasta que yo vaya primero a hablar con Arturo».

⁂

Entonces Glewlwyd entró en el salón. Arturo le dijo: «¿Traes noticias de la puerta?». «La mitad de mi vida ha pasado, y la mitad de la tuya. Antes estuve en Kaer Se y Asse, en Sach y Salach, en Lotor y Fotor; también estuve en la India Mayor y en la India Menor; y participé en la batalla de Dau Ynyr, cuando trajeron los doce rehenes de Llychlyn. También estuve en Europa, en África, en las islas de Córcega, y en Caer Brythwch, Brythach y Verthach. Estuve presente cuando antes mataste a la familia de Clis, hijo de Merin; cuando mataste a Mil Du, hijo de Ducum; y cuando conquistaste Grecia, en el Oriente.

También estuve en Caer Oeth y Annoeth, y en Caer Nevenhyr. Allí vimos a nueve soberanos supremos, hombres apuestos, pero nunca contemplé a un hombre de dignidad igual a la de quien ahora está a la puerta». Enton-

ces dijo Arturo: «Si entraste aquí caminando, vuelve corriendo. Que todos los que ven la luz y todos los que abren y cierran los ojos le muestren respeto y lo atiendan: unos, con cuernos para beber adornados de oro; otros, con trozos de carne cocinados con pimienta, hasta que puedan prepararle comida y bebida. No está bien dejar bajo el viento y la lluvia a un hombre como el que describes».

Kai dijo: «Por la mano de mi amigo, si siguieras mi consejo, no quebrantarías las leyes de la corte por él». «No, bendito Kai. Es un honor que nos visiten, y cuanto mayor sea nuestra cortesía, mayores serán nuestra fama, nuestro renombre y nuestra gloria».

Glewlwyd llegó a la puerta y la abrió ante él. Aunque todos desmontaban junto al bloque para montar, a la entrada, él no desmontó, sino que entró cabalgando en su corcel.

Entonces dijo Kilhwch: «Saludo a ti, soberano de esta isla; que este saludo llegue tanto al más humilde como al más encumbrado, y también a tus huéspedes, a tus guerreros y a tus jefes: que todos lo reciban por igual. Que tu favor, tu fama y tu gloria se extiendan por toda esta isla».

«También te saludo —dijo Arturo—. Siéntate entre dos de mis guerreros; tendrás músicos delante de ti y disfrutarás de los privilegios de un rey nacido para el trono mientras permanezcas aquí. Cuando reparta mis regalos entre los visitantes y forasteros de esta corte, serás el primero en recibirlos».

El joven dijo: «No he venido aquí a comer ni a beber; pero si obtengo el favor que busco, te lo recompensaré y te alabaré. Si no lo consigo, llevaré tu

descrédito a los cuatro confines del mundo, hasta donde ha llegado tu fama».

Entonces dijo Arturo: «Ya que no quieres quedarte aquí, jefe, recibirás el favor que pida tu lengua, hasta donde el viento seca, la lluvia moja, el sol gira, el mar rodea y la tierra se extiende; con excepción de mi barco, mi manto, Caledvwlch, mi espada; Rhongomyant, mi lanza; Wynebgwrthucher, mi escudo; Carnwenhau, mi daga; y Gwenhwyvar, mi esposa. A fe del Cielo, te lo daré de buen grado: pide lo que quieras». «Quiero que bendigas mi cabello». «Así se hará».

Y Arturo tomó un peine de oro y unas tijeras, cuyos anillos eran de plata, y se peinó. Luego le preguntó quién era. «Mi corazón se alegra al verte, y sé que eres de mi sangre. Dime, pues, quién eres».

«Te lo diré», dijo el joven. «Soy Kilhwch, hijo de Kilydd, hijo del príncipe Kelyddon, y de Goleuddydd, mi madre, hija del príncipe Anlawdd». «Es verdad», dijo Arturo; «eres mi primo. Cualquier favor que me pidas, lo recibirás, sea cual sea el que nombres».

«Júrame por la verdad del Cielo y por la fe de tu reino». «Te lo juro con gusto». «Te pido entonces que consigas para mí a Olwen, hija de Yspaddaden Penkawr; y también solicito este favor de tus guerreros.

Se lo pido a Kai, a Bedwyr, a Greidawl Galldonyd, a Gwythyr hijo de Greidawl, a Greid hijo de Eri, a Kynddelig Kyvarwydd, a Tathal Twyll Goleu, a Maelwys hijo de Baeddan, a Crychwr hijo de Nes, a Cubert hijo de Daere, a Percos hijo de Poch, a Lluber Beuthach, a Corvil Bervach, a Gwynn hijo de Nudd, a Edeyrn hijo de Nudd, a Gadwy hijo de Geraint, al príncipe

Fflewddur Fflam, a Ruawn Pebyr hijo de Dorath, a Bradwen hijo de Moren Mynawc, al propio Moren Mynawc, a Dalldav hijo de Kimin Côv, al hijo de Alun Dyved, al hijo de Saidi, al hijo de Gwryon, a Uchtryd Ardywad Kad, a Kynwas Curvagyl, a Gwrhyr Gwarthegvras, a Isperyr Ewingath, a Gallcoyt Govynynat, a Duach, a Grathach y a Nerthach, hijos de Gwawrddur Kyrvach (estos hombres salieron de los confines del infierno), a Kilydd Canhastyr, a Canastyr Kanllaw, a Cors Cant-Ewin, a Esgeir Gulhwch Govynkawn, a Drustwrn Hayarn, a Glewlwyd Gavaelvawr, a Lloch Llawwynnyawc, a Aunwas Adeiniawc, a Sinnoch hijo de Seithved, a Gwennwynwyn hijo de Naw, a Bedyw hijo de Seithved, a Gobrwy hijo de Echel Vorddwyttwll, al propio Echel Vorddwyttwll, a Mael hijo de Roycol, a Dadweir Dallpenn, a Garwyli hijo de Gwythawc Gwyr, al propio Gwythawc Gwyr, a Gormant hijo de Ricca, a Menw hijo de Teirgwaedd, a Digon hijo de Alar, a Selyf hijo de Smoit, a Gusg hijo de Atheu, a Nerth hijo de Kedarn, a Drudwas hijo de Tryffin, a Twrch hijo de Perif, a Twrch hijo de Annwas, a Iona, rey de Francia, a Sel hijo de Selgi, a Teregud hijo de Iaen, a Sulyen hijo de Iaen, a Bradwen hijo de Iaen, a Moren hijo de Iaen, a Siawn hijo de Iaen y a Cradawc hijo de Iaen.

(Eran hombres de Caerdathal, parientes de Arturo por parte de padre.) A Dirmyg hijo de Kaw, a Justic hijo de Kaw, a Etmic hijo de Kaw, a Anghawd hijo de Kaw, a Ovan hijo de Kaw, a Kelin hijo de Kaw, a Connyn hijo de Kaw, a Mabsant hijo de Kaw, a Gwyngad hijo de Kaw, a Llwybyr hijo de Kaw, a Coth hijo de Kaw, a Meilic hijo de Kaw, a Kynwas hijo de Kaw, a Ardwyad hijo de Kaw, a Ergyryad hijo de Kaw, a Neb hijo de Kaw, a Gilda hijo de Kaw, a Calcas hijo de Kaw y a Hueil hijo de Kaw (él nunca había pedido nada a ningún señor).

A Samson Vinsych, a Taliesin, jefe de los bardos, a Manawyddan hijo de Llyr, a Llary hijo del príncipe Kasnar, a Ysperni hijo de Fflergant, rey de Armorica, a Saranhon hijo de Glythwyr, a Llawr Eilerw, a Annyanniawc hijo de Menw hijo de Teirgwaedd, a Gwynn hijo de Nwyvre, a Fflam hijo de Nwyvre, a Geraint hijo de Erbin, a Ermid hijo de Erbin, a Dyvel hijo de Erbin, a Gwynn hijo de Ermid, a Kyndrwyn hijo de Ermid, a Hyveidd Unllenn, a Eiddon Vawr Vrydic, a Reidwn Arwy, a Gormant hijo de Ricca (hermano de Arturo por parte de madre; su padre era el Penhynev de Cornualles), a Llawnrodded Varvawc, a Nodawl Varyf Twrch, a Berth hijo de Kado, a Rheidwn hijo de Beli, a Iscovan Hael, a Iscawin hijo de Panon y a Morvran hijo de Tegid (nadie lo golpeó en la batalla de Camlan por su fealdad; todos creían que era un demonio auxiliar.

Tenía el cuerpo cubierto de pelo como un ciervo). A Sandde Bryd Angel (nadie lo tocó con una lanza en la batalla de Camlan por su belleza; todos creían que era un ángel servidor). A Kynwyl Sant (el tercer hombre que escapó de la batalla de Camlan, y el último que se separó de Arturo, montado en su caballo Hengroen). A Uchtryd hijo de Erim, a Eus hijo de Erim, a Henwas Adeinawg hijo de Erim, a Henbedestyr hijo de Erim y a Sgilti Yscawndroed hijo de Erim.

(A estos tres hombres les correspondían estas tres cualidades: nadie podía seguir el paso de Henbedestyr, ni a caballo ni a pie; ninguna bestia de cuatro patas podía correr con Henwas Adeinawg a lo largo de un acre, y mucho menos superarlo; y en cuanto a Sgilti Yscawndroed, cuando se proponía llevar un recado para su señor, nunca buscaba un camino, sino que, sabiendo adónde debía ir, si tenía que atravesar un bosque, avanzaba por las

copas de los árboles. En toda su vida, ni una brizna de hierba se dobló bajo sus pies, y mucho menos se rompió una, tan ligero era su paso.)

A Teithi Hên hijo de Gwynhan (el mar se tragó sus dominios y él apenas logró escapar; llegó ante Arturo, y su cuchillo tenía esta peculiaridad: desde que llegó allí, ningún mango se mantenía en él. Por eso enfermó, se consumió durante el resto de su vida y murió). A Carneddyr hijo de Govynyon Hên, a Gwenwynwyn hijo de Nav Gyssevin, campeón de Arturo, a Llysgadrudd Emys y a Gwrbothu Hên (eran tíos de Arturo, hermanos de su madre).

A Kulvanawyd hijo de Goryon, a Llenlleawg Wyddel, del promontorio de Ganion, a Dyvynwal Moel, a Dunard, rey del Norte, a Teirnon Twryf Bliant, a Tegvan Gloff, a Tegyr Talgellawg, a Gwrdinal hijo de Ebrei, a Morgant Hael, a Gwystyl hijo de Rhun hijo de Nwython, a Llwyddeu hijo de Nwython y a Gwydre hijo de Llwyddeu (Gwenabwy, hija de [Kaw], era su madre; Hueil, su tío, lo apuñaló, y entre Hueil y Arturo hubo odio por causa de la herida). A Drem hijo de Dremidyd (cuando el mosquito se levantaba por la mañana con el sol, podía verlo desde Gelli Wic, en Cornualles, hasta Pen Blathaon, en el norte de Britania).

A Eidyol hijo de Ner y a Glwyddyn Saer (quien construyó Ehangwen, el salón de Arturo). A Kynyr Keinvarvawc (cuando le dijeron que había tenido un hijo, le dijo a su esposa: «Muchacha, si tu hijo es mío, siempre tendrá el corazón frío y las manos no le entrarán en calor; tendrá otra peculiaridad: si es mi hijo, siempre será testarudo; y otra más: cuando lleve una carga, grande o pequeña, nadie podrá verla, ni delante de él ni a su espalda; y otra más: nadie resistirá el fuego y el agua tan bien como él; y otra más:

nunca habrá sirviente ni funcionario que lo iguale»). A Henwas y a Henwyneb (compañero de Arturo desde hacía mucho).

A Gwallgoyc (otro más: cuando llegaba a una ciudad, aunque tuviera trescientas casas, si quería algo, no dejaba que nadie cerrara los ojos mientras permanecía allí). A Berwyn hijo de Gerenhir, a Paris, rey de Francia, y a Osla Gyllellvawr (quien llevaba una daga corta y ancha. Cuando Arturo y sus huestes llegaban ante un torrente, buscaban un lugar estrecho por donde cruzar el agua, tendían sobre el torrente la daga envainada y esta formaba un puente suficiente para los ejércitos de las tres islas de Britania y de las tres islas adyacentes, con todo su botín).

A Gwyddawg hijo de Menestyr (quien mató a Kai, y a quien Arturo mató junto con sus hermanos para vengar a Kai). A Garanwyn hijo de Kai, a Amren hijo de Bedwyr, a Ely Amyr, a Rheu Rhwyd Dyrys, a Rhun Rhudwern, a Eli y a Trachmyr (los principales cazadores de Arturo). A Llwyddeu hijo de Kelcoed, a Hunabwy hijo de Gwryon, a Gwynn Godyvron, a Gweir Datharwenniddawg, a Gweir hijo de Cadell hijo de Talaryant, a Gweir Gwrhyd Ennwir y a Gweir Paladyr Hir (tíos de Arturo, hermanos de su madre). A los hijos de Llwch Llawwynnyawg (de más allá del mar embravecido). A Llenlleawg Wyddel y a Ardderchawg Prydain.

A Cas hijo de Saidi, a Gwrvan Gwallt Avwyn, a Gwyllennhin, rey de Francia, y a Gwittart hijo de Oedd, rey de Irlanda. A Garselit Wyddel, a Panawr Pen Bagad y a Ffleudor hijo de Nav; a Gwynnhyvar, alcalde de Cornualles y Devon (el noveno hombre que reunió al ejército en la batalla de Camlan). A Keli y Kueli, y a Gilla Coes Hydd (despejaba trescientas acres de un salto: era el mayor saltador de Irlanda). A Sol, a Gwadyn Ossol y a Gwadyn

Odyeith. (Sol podía permanecer todo el día sobre un solo pie. Si Gwadyn Ossol se paraba en la cima de la montaña más alta del mundo, bajo sus pies se convertiría en una llanura.

Las plantas de los pies de Gwadyn Odyeith despedían chispas de fuego al golpear cosas duras, como el hierro candente que se saca de la fragua. Abría camino para Arturo cuando encontraba algún obstáculo.) A Hirerwm y a Hiratrwm. (El día que iban de visita, tres cantrevs preparaban un banquete para agasajarlos; comían hasta el mediodía y bebían hasta la noche, cuando se iban a dormir. Entonces, hambrientos, devoraban las cabezas de los piojos como si nunca hubieran comido nada.

Cuando visitaban a alguien, no dejaban ni lo graso ni lo magro, ni lo caliente ni lo frío, ni lo agrio ni lo dulce, ni lo fresco ni lo salado, ni lo cocido ni lo crudo.) A Huarwar hijo de Aflawn (quien pidió a Arturo un favor que lo dejara satisfecho. Cuando lo recibió, era la tercera gran plaga de Cornualles. Nadie podía sacarle una sonrisa hasta que quedara satisfecho). A Gware Gwallt Euryn. A los dos cachorros de Gast Rhymi, Gwyddrud y Gwyddneu Astrus. A Sugyn hijo de Sugnedydd (quien podía sorber el mar donde había trescientas naves, hasta dejar solo la playa seca. Tenía el pecho ancho).

A Rhacymwri, servidor de Arturo (cualquier granero que le mostraran, aunque contuviera la cosecha de treinta arados, lo golpeaba con un mayal de hierro hasta que las vigas, los travesaños y las tablas quedaban reducidos a avena menuda en el montón del suelo del granero). A Dygyflwng y Anoeth Veidawg. A Hir Eiddyl y a Hir Amreu (dos servidores de Arturo). A Gwevyl hijo de Gwestad (el día que estaba triste, dejaba que un labio le

cayera por debajo de la cintura mientras se levantaba el otro como una gorra sobre la cabeza). A Uchtryd Varyf Draws (quien extendía su barba roja y descuidada sobre las cuarenta y ocho vigas del salón de Arturo).

A Elidyr Gyvarwydd. A Yskyrdav y a Yscudydd (servidores de Gwenhwyvar. Sus pies eran tan veloces como sus pensamientos cuando llevaban un recado). A Brys hijo de Bryssethach (de la colina del helecho negro, en el norte de Britania). Y a Grudlwyn Gorr. A Bwlch, a Kyfwlch y a Sefwlch, hijos de Cleddyf Kyfwlch, nietos de Cleddyf Difwlch. (Sus tres escudos eran tres centelleantes resplandores; sus tres lanzas, tres punzantes perforadoras; sus tres espadas, tres afiladoras tajadoras: Glas, Glessic y Gleisad. Sus tres perros: Call, Cuall y Cavall. Sus tres caballos: Hwyrdyddwd, Drwgdyddwd y Llwyrdyddwg. Sus tres esposas: Och, Garym y Diaspad.

Sus tres nietos: Lluched, Neved y Eissiwed. Sus tres hijas: Drwg, Gwaeth y Gwaethav Oll. Sus tres criadas: Eheubryd, hija de Kyfwlch; Gorascwrn, hija de Nerth; y Ewaedan, hija de Kynvelyn Keudawd Pwyll, el medio hombre.) A Dwnn Diessic Unbenn, a Eiladyr hijo de Pen Llarcau, a Kynedyr Wyllt hijo de Hettwn Talaryant, a Sawyl Ben Uchel, a Gwalchmai hijo de Gwyar, a Gwalhaved hijo de Gwyar, a Gwrhyr Gwastawd Ieithoedd (que conocía todas las lenguas) y al sacerdote Kethcrwm. A Clust hijo de Clustveinad (aunque lo enterraran siete codos bajo tierra, oiría a cincuenta millas de distancia cómo una hormiga salía de su hormiguero por la mañana).

A Medyr hijo de Methredydd (desde Gelli Wic podía, en un instante, atravesar de un disparo las dos patas de un reyezuelo posado en Esgeir Oervel, en Irlanda). A Gwiawn Llygad Cath (que podía cortar un pelo del ojo del

mosquito sin hacerle daño). A Ol hijo de Olwydd (siete años antes de que naciera, se llevaron los cerdos de su padre; cuando se hizo hombre, siguió su rastro y los trajo de vuelta en siete manadas). Al obispo Bedwini (quien bendecía la comida y la bebida de Arturo). Por las hijas de este país, encadenadas con oro.

Por Gwenhwyvar, su dama principal, y por Gwennhwyach, su hermana, y por Rathtyeu, única hija de Clemenhill, y por Rhelemon, hija de Kai, y por Tannwen, hija de Gweir Datharwenîddawg. Gwenn Alarch, hija de Kynwyl Canbwch. Eurneid, hija de Clydno Eiddin. Eneuawc, hija de Bedwyr. Enrydreg, hija de Tudvathar. Gwennwledyr, hija de Gwaledyr Kyrvach. Erddudnid, hija de Tryffin. Eurolwen, hija de Gwdolwyn Gorr. Teleri, hija de Peul. Indeg, hija de Garwy Hir. Morvudd, hija de Urien Rheged. Gwenllian Deg, la majestuosa doncella. Creiddylad, hija de Lludd Llaw Ereint.

(Era la doncella más espléndida de las tres islas de los poderosos y de las tres islas adyacentes, y por ella Gwythyr hijo de Greidawl y Gwynn hijo de Nudd luchan cada primero de mayo hasta el día del juicio.) Ellylw, hija de Neol Kynn-Crog (vivió tres edades). Essyllt Vinwen y Essyllt Vingul». Y Kilhwch, hijo de Kilydd, conjuró a todos ellos para que consiguieran lo que pedía.

⁂

Entonces dijo Arturo: «¡Oh, jefe! Nunca he oído hablar de la doncella de quien hablas ni de sus parientes, pero enviaré con gusto mensajeros en su busca. Dame tiempo para encontrarla». Y el joven dijo: «De buena gana te

concedo desde esta noche hasta la misma noche al final del año para hacerlo».

Entonces Arturo envió mensajeros por todas las tierras de sus dominios para buscar a la doncella; y al cabo del año regresaron sin haber conseguido saber nada de Olwen, más de lo que sabían el primer día. Entonces dijo Kilhwch: «Todos han recibido lo que pidieron, y yo todavía no tengo lo mío. Me iré y me llevaré tu honra conmigo».

Entonces dijo Kai: «¡Jefe temerario! ¿Reprochas a Arturo? Ven con nosotros, y no nos separaremos hasta que confieses que la doncella no existe en el mundo o hasta que la encontremos». Enseguida Kai se puso en pie. Kai tenía esta particularidad: podía contener la respiración bajo el agua durante nueve noches y nueve días, y podía pasar nueve noches y nueve días sin dormir.

Ningún médico podía curar una herida hecha por la espada de Kai. Kai era muy astuto. Cuando quería, podía hacerse tan alto como el árbol más alto del bosque. Y tenía otra particularidad: era tan grande el calor de su cuerpo que, cuando llovía con más fuerza, todo lo que llevaba quedaba seco hasta un palmo por encima y un palmo por debajo de su mano; y cuando sus compañeros tenían más frío, para ellos era como leña con la que encender el fuego.

⁂

Y Arturo llamó a Bedwyr, quien nunca rehuía ninguna empresa en la que Kai se comprometiera. En toda esta isla nadie lo igualaba en rapidez, salvo Arturo y Drych Ail Kibddar. Y aunque era manco, ningún guerrero podía

derramar sangre en el campo de batalla más rápido que él. Tenía otra cualidad: su lanza causaba una herida igual a las de nueve lanzas enemigas.

Y Arturo llamó a Kynddelig el Guía: «Ve con el jefe en esta expedición». Pues era tan buen guía en una tierra que nunca había visto como en la suya.

Llamó a Gwrhyr Gwalstawt Ieithoedd porque conocía todas las lenguas.

Llamó a Gwalchmai, hijo de Gwyar, porque nunca volvía a casa sin cumplir la aventura que había ido a buscar. Era el mejor de los peatones y el mejor de los caballeros. Era sobrino de Arturo, hijo de su hermana, y primo suyo.

Y Arturo llamó a Menw, hijo de Teirgwaedd, para que, si entraban en una tierra salvaje, pudiera lanzar sobre ellos un hechizo y una ilusión, de modo que nadie los viera mientras ellos pudieran ver a todos.

Viajaron hasta llegar a una inmensa llanura abierta, donde vieron un gran castillo, el más hermoso de todos los castillos del mundo. Viajaron durante todo ese día hasta la tarde, y cuando creyeron estar cerca del castillo, no estaban más cerca que por la mañana. Viajaron el segundo y el tercer día, y aun entonces apenas lograron avanzar tanto.

Cuando llegaron ante el castillo, vieron un rebaño inmenso de ovejas, sin límites ni fin. En lo alto de un montículo había un pastor que cuidaba las ovejas. Llevaba una alfombra hecha de pieles, y a su lado había un mastín peludo, más grande que un caballo de nueve años. Nunca había perdido ni un cordero de su rebaño, mucho menos una oveja grande.

Nunca dejaba pasar una ocasión sin causar daño y perjuicio. Con su aliento quemaba hasta el suelo todos los árboles y arbustos muertos de la llanura.

⁂

Entonces dijo Kai: «Gwrhyr Gwalstawt Ieithoedd, ve a saludar a aquel hombre». «Kai —dijo él—, no me comprometí a ir más lejos que tú». «Entonces vayamos juntos», respondió Kai. Menw, hijo de Teirgwaedd, dijo: «No temas ir allá, pues lanzaré un hechizo sobre el perro para que no lastime a nadie». Subieron al montículo donde estaba el pastor y le dijeron: «¿Cómo te va, pastor?».

«Que a ustedes les vaya tan bien como a mí». «Dinos, ¿eres el jefe?». «Lo único que puede hacerme daño soy yo mismo».[5] «¿De quién son las ovejas que cuidas y a quién pertenece aquel castillo?».

«¡De veras que son tontos! En todo el mundo se sabe que este es el castillo de Yspaddaden Penkawr». «¿Y quién eres tú?». «Me llaman Custennin, hijo de Dyfnedig, y mi hermano Yspaddaden Penkawr me oprimió por mis posesiones. Y ustedes, ¿quiénes son?».

«Somos una embajada de Arturo, venimos a buscar a Olwen, hija de Yspaddaden Penkawr». «¡Oh, hombres! Que la misericordia del cielo esté con ustedes; no hagan eso por nada del mundo. Nadie que haya venido aquí en esta misión ha regresado con vida». El pastor se puso en pie. Cuando se levantó, Kilhwch le dio un anillo de oro.

Intentó ponerse el anillo, pero le quedaba demasiado pequeño, así que se lo puso en el dedo del guante. Se fue a casa y le dio el guante a su esposa

para que lo guardara. Cuando ella recibió el guante, sacó el anillo y dijo: «¿De dónde salió este anillo? No sueles tener buena suerte».

«Fui —dijo él— al mar a buscar peces y, mira, vi un cadáver que las olas arrastraban. Nunca he visto un cadáver más hermoso. Le saqué este anillo del dedo». «¡Hombre! ¿Acaso el mar permite que sus muertos lleven joyas? Enséñame ese cuerpo».

«Oh, esposa, esta tarde verás aquí a aquel a quien pertenecía el anillo». «¿Y quién es?», preguntó la mujer. «Kilhwch, hijo de Kilydd, hijo del príncipe Kelyddon y de Goleuddydd, hija del príncipe Anlawdd, su madre, que viene a buscar a Olwen por esposa».

Al oírlo, sus sentimientos se dividieron entre la alegría de que su sobrino, el hijo de su hermana, viniera a verla y la tristeza de que nunca había visto partir con vida a nadie que hubiera emprendido esa misión.

Y siguieron hasta la puerta de la casa de Custennin el pastor. Cuando ella oyó que se acercaban, salió corriendo con alegría a recibirlos. Kai arrancó un leño del montón. Cuando ella se reunió con ellos, quiso echarles los brazos al cuello. Kai puso el leño entre sus manos, y ella lo apretó hasta convertirlo en una espiral retorcida.

«Mujer —dijo Kai—, si me hubieras apretado así, nadie habría vuelto a enamorarse de mí. Ese sería un amor funesto». Entraron en la casa y les sirvieron; poco después salieron todos a divertirse. Entonces la mujer abrió un cofre de piedra que había junto al hogar, y de él salió un joven de cabello amarillo y rizado. Gwrhyr dijo: «Es una lástima tener escondido a este joven. Sé que no es culpa suya que recaiga sobre él semejante desgracia».

«Esto no es más que un resto —dijo la mujer—. Yspaddaden Penkawr ha matado a veintitrés de mis hijos, y no tengo más esperanza en este que en los otros». Entonces dijo Kai: «Que venga y me acompañe, y no lo matarán a menos que también me maten a mí». Y comieron. La mujer les preguntó: «¿Qué misión los trae aquí?».

«Venimos a buscar a Olwen para este joven». Entonces dijo la mujer: «Por el cielo, ya que los del castillo todavía no los han visto, vuelvan por donde vinieron».

«El cielo es testigo de que no volveremos hasta haber visto a la doncella». Kai dijo: «¿Viene alguna vez aquí para que podamos verla?». «Viene aquí todos los sábados a lavarse la cabeza, y deja todos sus anillos en el recipiente donde se lava. Nunca viene ella misma ni envía a nadie a recogerlos».

«¿Vendrá aquí si la mandamos llamar?». «Dios sabe que no condenaré mi alma ni traicionaré a quienes confían en mí; a menos que me prometan que no le harán daño, no la llamaré». «Te lo prometemos», dijeron. Entonces le enviaron un mensaje, y ella vino.

La doncella llevaba una túnica de seda color de fuego y un collar de oro rojizo al cuello, adornado con preciosas esmeraldas y rubíes. Su cabello era más amarillo que la flor de la retama, su piel más blanca que la espuma de las olas, y sus manos y dedos más hermosos que las flores de la anémona del bosque entre la espuma de la fuente del prado.

El ojo del halcón amaestrado y la mirada del halcón de tres mudas no eran más brillantes que los suyos. Su pecho era más blanco que el de un cisne, y sus mejillas más rojas que las rosas más rojas. Quien la veía quedaba pren-

dado de ella. Dondequiera que pisaba, brotaban cuatro tréboles blancos. Por eso la llamaban Olwen.

Entró en la casa y se sentó junto a Kilhwch en el banco de adelante; en cuanto él la vio, la reconoció. Kilhwch le dijo: «¡Ah, doncella! Tú eres a quien he amado; ven conmigo, para que no hablen mal de ti ni de mí. Hace muchos días que te amo».

«No puedo hacerlo, pues le he prometido a mi padre que no me iré sin su consejo, porque su vida durará solo hasta el momento de mi boda. Lo que tenga que pasar, pasará. Pero te daré un consejo, si quieres aceptarlo. Ve y pídeme a mi padre; concede lo que te exija y me obtendrás. Pero si le niegas algo, no me obtendrás, y te irá bien si escapas con vida». «Prometo todo eso, si se presenta la ocasión», dijo él.

Ella volvió a su habitación, y todos se levantaron y la siguieron al castillo. Mataron en silencio a los nueve porteros que estaban en las nueve puertas. Mataron a los nueve perros guardianes sin que ninguno ladrara. Luego siguieron hasta el salón.

«Que el cielo y los hombres te saluden, Yspaddaden Penkawr», dijeron. «Y ustedes, ¿a qué vienen?». «Venimos a pedirte a tu hija Olwen para Kilhwch, hijo de Kilydd, hijo del príncipe Kelyddon». «¿Dónde están mis pajes y mis sirvientes? Levanten los soportes que sostienen mis dos cejas, caídas sobre mis ojos, para que pueda ver cómo es mi yerno». Así lo hicieron. «Vuelvan mañana y tendrán una respuesta».

⁂

Se levantaron para salir, y Yspaddaden Penkawr tomó uno de los tres dardos envenenados que tenía a su lado y se lo arrojó. Bedwyr lo atrapó y lo lanzó de vuelta, hiriendo gravemente a Yspaddaden Penkawr en la rodilla. Entonces él dijo: «¡De veras, qué yerno maldito y grosero! Por su descortesía, andaré peor para siempre y nunca tendré cura. Este hierro envenenado me duele como la picadura de un tábano. ¡Maldito sea el herrero que lo forjó y el yunque donde lo trabajó! ¡Qué afilado está!».

Esa noche también se alojaron en la casa de Custennin el pastor. Al día siguiente, al amanecer, se vistieron deprisa y fueron al castillo. Entraron en el salón y dijeron: «Yspaddaden Penkawr, danos a tu hija en consideración a la dote y al precio de su virginidad, que te pagaremos a ti y también a sus dos parientas. Si no lo haces, morirás por su causa».

Entonces él dijo: «Sus cuatro bisabuelas y sus cuatro bisabuelos aún viven; es necesario que les pida consejo». «Así sea —respondieron—; iremos a comer». Cuando se levantaron, tomó el segundo dardo que tenía a su lado y se lo arrojó. Menw, hijo de Gwaedd, lo atrapó y se lo lanzó de vuelta, hiriéndolo en el centro del pecho, de modo que salió por la parte baja de la espalda.

«¡De veras, qué yerno maldito y grosero! —dijo él—. El hierro duro me duele como la mordedura de una sanguijuela. ¡Maldito sea el hogar donde lo calentaron y el herrero que lo forjó! ¡Qué afilado está! De ahora en adelante, cada vez que suba una colina, me faltará el aliento, me dolerá el pecho y a menudo se me quitarán las ganas de comer». Y fueron a comer.

Y tercer día regresaron al palacio. Y Yspaddaden Penkawr les dijo: «No vuelvan a dispararme, a menos que deseen morir. ¿Dónde están mis sir-

vientes? Levanten las horquillas de mis cejas, que han caído sobre mis ojos, para que pueda ver cómo es mi yerno». Entonces se levantaron y, mientras lo hacían, Yspaddaden Penkawr tomó el tercer dardo envenenado y se lo arrojó.

Kilhwch lo atrapó y lo lanzó con fuerza, y lo hirió atravesándole el ojo, de modo que el dardo salió por la parte posterior de su cabeza. «¡Un yerno maldito e insolente, en verdad! Mientras siga vivo, mi vista será peor. Cuando vaya contra el viento, me lagrimearán los ojos; y quizá me arda la cabeza y tenga vértigo en cada luna nueva. Maldito sea el fuego en que se forjó. El golpe de este hierro envenenado es como la mordedura de un perro rabioso». Y fueron a comer.

Al día siguiente volvieron al palacio y dijeron: «No nos disparen más, a menos que deseen sufrir el daño, el dolor y el tormento que ahora padecen, y aún más». «Dame a tu hija y, si no me la das, morirás por causa de ella». «¿Dónde está el que pretende a mi hija? Ven aquí, para que pueda verte». Le pusieron una silla frente a él.

Yspaddaden Penkawr dijo: «¿Eres tú quien pretende a mi hija?». «Yo soy», respondió Kilhwch. «Debo tener tu palabra de que no me tratarás de otra manera que con justicia; y cuando haya conseguido lo que voy a pedir, tendrás a mi hija». «Te lo prometo de buen grado», dijo Kilhwch. «Pide lo que quieras». «Así lo haré», dijo él.

«¿Ves aquella enorme colina?». «La veo». «Exijo que la arranquen de raíz, que quemen los tocones para abonar la tierra, y que la aren y la siembren en un día, y que el grano madure también en un día. Con ese trigo pienso

preparar comida y bebida para tu boda con mi hija. Exijo que todo esto se haga en un día».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque esto te resulte fácil, hay algo que no lo será. Ningún campesino puede labrar ni preparar esta tierra, tan salvaje es, salvo Amaethon, el hijo de Don; y él no irá contigo por voluntad propia, ni podrás obligarlo».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás: que Govannon, el hijo de Don, venga al promontorio a quitar el hierro. No hará ningún trabajo de buena gana, salvo para un rey legítimo, y no podrás obligarlo».

«Me será fácil lograrlo».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás: los dos bueyes pardos de Gwlwlyd, uncidos juntos, para arar con fuerza aquella tierra salvaje. Él no te los dará por voluntad propia, ni podrás obligarlo».

«Me será fácil lograrlo».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás: exijo que los dos toros, el amarillo y el atigrado, estén uncidos juntos».

«Me será fácil lograrlo».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás: los dos bueyes cornudos, uno al otro lado y el otro de este lado de la montaña puntiaguda, uncidos juntos al mismo arado. Son Nynniaw y Peibaw, a quienes Dios convirtió en bueyes por sus pecados».

«Me será fácil lograrlo».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás. ¿Ves aquella tierra roja y labrada?».

«La veo».

«Cuando conocí por primera vez a la madre de esta muchacha, se sembraron allí nueve fanegas de lino, y todavía no ha brotado nada, ni blanco ni negro; aún conservo la medida. Exijo que me den el lino para sembrarlo en la tierra nueva de allá, de modo que, cuando crezca, pueda hacer un velo blanco para la cabeza de mi hija el día de tu boda».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás: exijo miel nueve veces más dulce que la de un enjambre nuevo, sin espuma ni abejas, para preparar bragget para el banquete».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«El recipiente de Llwyr, el hijo de Llwyryon, que es de un valor inmenso. No hay en el mundo otro recipiente capaz de contener esta bebida. No lo conseguirás por voluntad propia de su dueño, ni podrás obligarlo».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás: la cesta de Gwyddneu Garanhir. Aunque se reuniera el mundo entero, de nueve en nueve hombres, dentro encontrarían la comida que cada uno deseara. Exijo comer de ella la noche en que mi hija sea tu esposa. Él no se la dará a nadie por voluntad propia, ni podrás obligarlo».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás: el cuerno de Gwlgawd Gododin, para que nos sirva bebida esa noche. Él no lo dará por voluntad propia, ni podrás obligarlo».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás: el arpa de Teirtu, para que toque para nosotros esa noche. Cuando alguien desea que suene, suena por sí sola; y cuando desea que se detenga, se detiene. Él no la dará por voluntad propia, ni podrás obligarlo».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás: el caldero de Diwrnach Wyddel, mayordomo de Odgar, el hijo de Aedd, rey de Irlanda, para cocer la carne del banquete de tu boda».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás. Necesito lavarme la cabeza y afeitarme la barba, y exijo el colmillo de Yskithyrwyn Penbaedd para afeitarme; de nada me servirá si no se lo arrancan vivo de la cabeza».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás: nadie en el mundo puede arrancárselo de la cabeza, salvo Odgar, el hijo de Aedd, rey de Irlanda».

«Me será fácil lograrlo».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás. No confiaré el colmillo a nadie salvo a Gado, de Britania del Norte. Ahora los sesenta cantrevs de Britania del Norte están bajo su dominio, y no saldrá de su reino por voluntad propia, ni podrás obligarlo».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás. Debo extender el cabello para que me lo afeiten, y nunca se extenderá si no tengo la sangre de la hechicera negra como el azabache, hija de la hechicera blanca como la nieve, de Pen Nant Govid, en los confines del Infierno».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás. No aceptaré la sangre si no está caliente, y ningún recipiente mantendrá caliente el líquido que se ponga dentro, salvo las botellas de Gwyddolwyd Gorr, que conservan el calor de la bebida que se vierte en ellas en el este hasta que llegan al oeste. Él no las dará por voluntad propia, ni podrás obligarlo».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás. Algunos querrán leche fresca, y no será posible tener suficiente para todos, a menos que consigamos las botellas de Rhinnon Rhin Barnawd, en las que ninguna bebida se agria jamás. Él no las dará por voluntad propia, ni podrás obligarlo».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«En todo el mundo no hay peine ni tijeras con que pueda arreglarme el cabello, por lo enmarañado que está, salvo el peine y las tijeras que están en-

tre las dos orejas de Twrch Trwyth, el hijo del príncipe Tared. Él no los dará por voluntad propia, ni podrás obligarlo».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás: no será posible cazar al Twrch Trwyth sin Drudwyn, el cachorro de Greid, el hijo de Eri».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás: en todo el mundo no hay una correa capaz de sujetarlo, salvo la correa de Cwrs Cant Ewin».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás: en todo el mundo no hay collar capaz de sujetar la correa, salvo el collar de Canhastyr Canllaw».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás: la cadena de Kilydd Canhastyr, para sujetar el collar a la correa».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás: en todo el mundo no hay cazador capaz de cazar con este perro, salvo Mabon, el hijo de Modron. Lo apartaron de su madre cuando tenía tres noches, y no se sabe dónde está ahora, ni si vive o ha muerto».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás: Gwynn Mygdwn, el caballo de Gweddw, tan veloz como la ola, para llevar a Mabon, el hijo de Modron, a cazar al jabalí Trwyth. Su dueño no lo dará por voluntad propia, ni podrás obligarlo».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás: no encontrarás a Mabon, pues no se sabe dónde está, a menos que encuentres a Eidoel, su pariente de sangre, el hijo de Aer. De nada serviría buscarlo. Es su primo».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás: Garselit el Gwyddeliano es el principal cazador de Irlanda; jamás se podrá cazar al Twrch Trwyth sin él».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, hay algo que no conseguirás: una correa hecha con la barba de Dillus Varvawc, pues es la única capaz de sujetar a esos dos cachorros. Y la correa no servirá de nada a menos que se la arranquen de la barba mientras esté vivo, tirando de ella con pinzas de madera. Mientras viva, no permitirá que se lo hagan; y la correa no servirá si está muerto, porque será quebradiza».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, todavía hay algo que no conseguirás. En todo el mundo no hay cazador que pueda sujetar a esos dos cachorros, excepto Kynedyr Wyllt, el hijo de Hettwn Glafyrawc; es nueve veces más salvaje que la

más salvaje de las bestias de las montañas. Nunca lo conseguirás, ni conseguirás jamás a mi hija».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, todavía hay algo que no conseguirás. No es posible cazar al jabalí Trwyth sin Gwynn, el hijo de Nudd, a quien Dios puso sobre la prole de demonios en Annwvyn, para que no destruyeran a la raza actual. Nunca se le permitirá salir de allí».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, todavía hay algo que no conseguirás. No hay caballo en el mundo que pueda llevar a Gwynn a cazar al Twrch Trwyth, excepto Du, el caballo de Mor de Oerveddawg».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, todavía hay algo que no conseguirás. No se podrá cazar al Twrch Trwyth hasta que llegue Gilennhin, el rey de Francia. No sería apropiado que dejara su reino por ti, y nunca vendrá aquí».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, todavía hay algo que no conseguirás. Nunca se podrá cazar al Twrch Trwyth sin el hijo de Alun Dyved; es muy hábil soltando a los perros».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, todavía hay algo que no conseguirás. No se podrá cazar al Twrch Trwyth a menos que consigas a Aned y Aethlem. Son tan

veloces como el vendaval, y nunca los soltaron contra una bestia sin que la mataran».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, todavía hay algo que no conseguirás: que Arturo y sus compañeros cacen al Twrch Trwyth. Es un hombre poderoso y no vendrá por ti, ni podrás obligarlo».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, todavía hay algo que no conseguirás. No se podrá cazar al Twrch Trwyth a menos que consigas a Bwlch, y a Kyfwlch [y a Sefwlch], los nietos de Cleddyf Difwlch. Sus tres escudos son tres relucientes resplandores. Sus tres lanzas son tres agudos perforadores. Sus tres espadas son tres cortantes tajadoras: Glas, Glessic y Clersag. Sus tres perros: Call, Cuall y Cavall. Sus tres caballos: Hwyrdydwg, Drwgdydwg y Llwyrdydwg. Sus tres esposas: Och, Garam y Diaspad. Sus tres nietos: Lluched, Vyned y Eissiwed. Sus tres hijas: Drwg, Gwaeth y Gwaethav Oll.

Sus tres criadas [Eheubryd, la hija de Kyfwlch; Gorasgwrn, la hija de Nerth; y Gwaedan, la hija de Kynvelyn]. Estos tres hombres harán sonar el cuerno, y todos los demás gritarán, de modo que todos pensarán que el cielo cae sobre la tierra».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, todavía hay algo que no conseguirás: la espada de Gwrnach el Gigante. Solo con ella se lo podrá matar. No la entregará por voluntad propia, ni por un precio ni como regalo, y nunca podrás obligarlo».

«Me será fácil lograrlo, aunque te parezca que no lo será».

«Aunque consigas esto, todavía hay algo que no conseguirás. Tendrás que afrontar dificultades y noches sin dormir mientras lo buscas, y si no lo consigues, tampoco conseguirás a mi hija».

«Tendré caballos y caballeros; y mi señor y pariente Arturo me conseguirá todas estas cosas. Y obtendré a tu hija, y tú perderás la vida».

«Adelante. No tendrás que pagar la comida ni la ropa de mi hija mientras buscas estas cosas; y cuando hayas conseguido todas estas maravillas, tendrás a mi hija por esposa».

⁂

Viajaron todo aquel día hasta la tarde, y entonces vieron un enorme castillo, el más grande del mundo. Y he aquí que salió del castillo un hombre negro, más corpulento que tres hombres de este mundo. Le preguntaron: «¿De dónde vienes, hombre?».

«Del castillo que ven allí». «¿De quién es ese castillo?», preguntaron. «De veras son tontos, hombres. No hay nadie en el mundo que no sepa de quién es este castillo. Es el castillo de Gwrnach el Gigante».

«¿Cómo tratan a los huéspedes y forasteros que llegan a ese castillo?». «¡Ah, jefe, que el Cielo te proteja! Ningún huésped ha salido vivo de allí, y nadie puede entrar si no trae consigo su oficio».

⁂

Entonces se dirigieron a la puerta. Gwrhyr Gwalstawt Ieithoedd preguntó: «¿Hay un portero?». «Sí. Y tú, si no tienes muda la lengua, ¿por qué llamas?». «Abre la puerta».

«No la abriré». «¿Por qué no?». «El cuchillo está en la carne, la bebida está en el cuerno y hay fiesta en el salón de Gwrnach el Gigante; esta noche no se abrirá la puerta, salvo a un artesano que traiga su oficio».

«En verdad, portero», dijo entonces Kai, «traigo mi oficio conmigo». «¿Cuál es tu oficio?». «Soy el mejor pulidor de espadas del mundo». «Iré a decírselo a Gwrnach el Gigante y te traeré una respuesta».

Así que el portero entró, y Gwrnach le dijo: «¿Traes noticias de la puerta?». «Sí. Hay un grupo en la entrada que quiere entrar». «¿Les preguntaste si tenían algún oficio?».

«Sí», dijo, «y uno me dijo que era muy hábil puliendo espadas». «Entonces lo necesitamos. Llevo tiempo buscando a alguien que pula mi espada, pero no lo encontraba. Deja entrar a ese hombre, pues trae consigo su oficio». El portero volvió entonces y abrió la puerta. Kai entró solo y saludó a Gwrnach el Gigante. Le pusieron una silla enfrente de Gwrnach.

Y Gwrnach le dijo: «¡Oye, hombre! ¿Es cierto lo que dicen de ti, que sabes pulir espadas?». «Sé hacerlo muy bien», respondió Kai. Entonces le trajeron la espada de Gwrnach. Kai sacó de debajo del brazo una piedra de afilar azul y le preguntó si quería que la puliera de blanco o de azul.

«Haz con ella lo que te parezca bien, como harías si fuera tuya». Kai pulió la mitad de la hoja y se la puso en la mano. «¿Te parece bien?», preguntó. «Preferiría, por encima de todo lo que hay en mis dominios, que toda la es-

pada quedara como esta mitad. Me maravilla que un hombre como tú no tenga compañero».

«¡Noble señor, sí tengo un compañero, aunque no es hábil en este oficio». «¿Quién puede ser?». «Deja que salga el portero y le diré cómo podrá reconocerlo. La punta de su lanza se desprenderá del asta, hará brotar sangre del viento y volverá a caer sobre el asta». Entonces abrieron la puerta y entró Bedwyr. Y Kai dijo: «Bedwyr es muy hábil, aunque no conoce este oficio».

Los que estaban fuera hablaron mucho, porque Kai y Bedwyr habían entrado. También entró con ellos un joven, el único hijo de Custennin el pastor. Hizo que todos sus compañeros se mantuvieran muy cerca de él mientras cruzaba las tres salas de guardia, hasta que llegó al centro del castillo. Sus compañeros le dijeron al hijo de Custennin: «¡Lo has conseguido! Eres el mejor de todos los hombres».

Desde entonces lo llamaron Goreu, el hijo de Custennin. Luego se dispersaron hacia sus alojamientos para matar a quienes estaban hospedados allí, sin que el Gigante lo supiera.

Ya habían pulido la espada, y Kai se la puso en la mano a Gwrnach el Gigante para que viera si le agradaba el trabajo. El Gigante dijo: «El trabajo está bien hecho; estoy satisfecho». Kai dijo: «La vaina ha oxidado tu espada. Dámela para que quite las piezas de madera y ponga otras nuevas». Le quitó la vaina y sostuvo la espada en la otra mano.

Se plantó frente al Gigante como si fuera a guardar la espada en la vaina; entonces lo golpeó en la cabeza y se la cortó de un solo golpe. Luego sa-

quearon el castillo y se llevaron los bienes y las joyas que quisieron. Ese mismo día, al comienzo del año, llegaron de nuevo a la corte de Arturo, llevando consigo la espada de Gwrnach el Gigante.

⁂

Cuando le contaron a Arturo cómo les había ido, Arturo dijo: «¿Cuál de estas maravillas nos conviene buscar primero?». «Lo mejor será buscar a Mabon, el hijo de Modron —dijeron—; y no lo encontraremos si antes no hallamos a Eidoel, el hijo de Aer, su pariente». Entonces Arturo se levantó, acompañado por los guerreros de las islas de Britania, para buscar a Eidoel.

Siguieron adelante hasta llegar ante el castillo de Glivi, donde Eidoel estaba prisionero. Glivi estaba en lo alto de su castillo y dijo: «Arturo, ¿qué quieres de mí? Nada me queda en esta fortaleza, y no encuentro en ella alegría ni placer; tampoco tengo trigo ni avena. Así que no intentes hacerme daño».

Arturo dijo: «No he venido a hacerte daño, sino a buscar al prisionero que tienes contigo». «Te entregaré a mi prisionero, aunque no pensaba entregárselo a nadie; además, tendrás mi apoyo y mi ayuda».

Sus seguidores le dijeron a Arturo: «Señor, vuelve a casa; no puedes avanzar con tu ejército en busca de aventuras tan pequeñas como estas». Entonces Arturo dijo: «Gwrhyr Gwalstawt Ieithoedd, sería bueno que fueras en esta misión, pues conoces todas las lenguas y entiendes las de las aves y las bestias. Tú también, Eidoel, deberías ir con mis hombres a buscar a tu primo. Y en cuanto a ustedes, Kai y Bedwyr, confío en que llevarán a cabo cualquier aventura que emprendan. Lleven a cabo esta aventura por mí».

Siguieron adelante hasta llegar al Mirlo de Cilgwri. Gwrhyr la invocó en nombre del Cielo y dijo: «Dime si sabes algo de Mabon, el hijo de Modron, a quien se llevaron cuando tenía tres noches, de entre su madre y la pared». El Mirlo respondió: «Cuando llegué aquí, había en este lugar un yunque de herrero, y yo era entonces un pajarito. Desde entonces nadie ha trabajado en él, salvo yo, que cada tarde lo picoteo con el pico. Ahora no queda de él ni siquiera un trozo del tamaño de una nuez. Pero que el Cielo me castigue si en todo ese tiempo he oído hablar del hombre por quien preguntan.

No obstante, haré lo correcto y lo que corresponde hacer ante una embajada de Arturo. Hay una raza de animales que existía antes que yo, y los guiaré hasta ellos».

Así llegaron al lugar donde estaba el Ciervo de Redynvre. «Ciervo de Redynvre, venimos ante ti como embajada de Arturo, pues no hemos oído hablar de ningún animal más viejo que tú. Dinos, ¿sabes algo de Mabon, el hijo de Modron, a quien se llevaron de junto a su madre cuando tenía tres noches?».

El Ciervo dijo: «Cuando llegué aquí, me rodeaba una llanura sin árboles, salvo por un retoño de roble, que creció hasta convertirse en un roble con cien ramas. Desde entonces aquel roble desapareció, y ahora no queda de él más que el tocón seco. Desde aquel día hasta hoy he estado aquí, pero nunca he oído hablar del hombre por quien preguntan. Sin embargo, como ustedes vienen en una embajada de Arturo, los guiaré hasta el lugar donde hay un animal que existía antes que yo».

Así llegaron al lugar donde estaba el Búho de Cwm Cawlwyd. «Búho de Cwm Cawlwyd, aquí hay una embajada de Arturo. ¿Sabes algo de Mabón, el hijo de Modron, a quien se llevaron de su madre cuando tenía tres noches?»

«Si lo supiera, te lo diría. Cuando llegué aquí por primera vez, el ancho valle que ves era un bosque. Una raza de hombres vino y lo arrancó de raíz. Después creció allí un segundo bosque; y este es el tercero. Mis alas, ¿no son muñones marchitos? Y, no obstante, en todo este tiempo, hasta hoy, nunca he oído hablar del hombre por quien preguntas. Aun así, guiaré a la embajada de Arturo hasta que lleguen al lugar donde está el animal más viejo de este mundo y el que más ha viajado: el Águila de Gwern Abwy.»

Gwrhyr dijo: «Águila de Gwern Abwy, hemos venido a ti como embajada de Arturo para preguntarte si sabes algo de Mabón, el hijo de Modron, a quien le quitaron de su madre cuando tenía tres noches». El Águila dijo: «He estado aquí muchísimo tiempo, y cuando llegué por primera vez había aquí una roca. Todas las tardes picoteaba las estrellas desde su cima; ahora no tiene ni un palmo de altura. Desde entonces hasta hoy he estado aquí, y nunca he oído hablar del hombre por quien preguntas, salvo una vez, cuando fui en busca de comida hasta Llyn Llyw. Al llegar, clavé mis garras en un salmón, pensando que me serviría de alimento por mucho tiempo.

Pero me arrastró hasta las profundidades, y apenas pude escapar de él. Después fui con todo mi linaje a atacarlo y tratar de destruirlo, pero él envió mensajeros e hizo las paces conmigo; vino y me rogó que le sacara del lomo

cincuenta arpones. Si él no sabe algo de aquel a quien buscan, no sé quién podría saberlo. De todos modos, los guiaré hasta el lugar donde está.»

Así llegaron allá, y el Águila dijo: «Salmón de Llyn Llyw, he venido a ti como embajada de Arturo para preguntarte si sabes algo de Mabón, el hijo de Modron, a quien se llevaron de su madre cuando tenía tres noches».

«Te contaré todo lo que sé. Con cada marea remonto el río hasta acercarme a las murallas de Gloucester, y allí he encontrado una injusticia como nunca encontré en otro lugar. Para que puedan creerlo, que uno de ustedes se suba a cada uno de mis hombros.»

Así, Kai y Gwrhyr Gwalstawt Ieithoedd se subieron a los hombros del salmón, y avanzaron hasta llegar a la muralla de la prisión. Oyeron un gran llanto y lamento desde el calabozo. Gwrhyr dijo: «¿Quién se lamenta en esta casa de piedra?»

«¡Ay!, quienquiera que esté aquí tiene motivos de sobra para lamentarse. Aquí está preso Mabón, el hijo de Modron, y nunca hubo prisión tan cruel como la mía, ni siquiera la de Lludd Llaw Ereint ni la de Greid, el hijo de Eri.»

«¿Esperas que te liberen a cambio de oro o plata, de algún regalo valioso, o mediante batalla y combate?» «Solo mediante la lucha podré obtener lo que consiga.»

⁂

Entonces se marcharon de allí, volvieron con Arturo y le contaron dónde estaba preso Mabón, el hijo de Modron. Arturo convocó a los guerreros de

la Isla y viajó hasta Gloucester, al lugar donde Mabón estaba encarcelado. Kai y Bedwyr se subieron a los hombros del pez, mientras los guerreros de Arturo atacaban el castillo. Kai abrió una brecha en el muro hasta el calabozo y sacó al prisionero a cuestas, mientras los guerreros seguían combatiendo. Arturo regresó a casa con Mabón, ya libre.

Arturo dijo: «¿Cuál de las maravillas nos conviene buscar primero ahora?» «Nos conviene buscar a los dos cachorros de Gast Rhymhi.» «¿Se sabe dónde está?», preguntó Arturo. «Está en Aber Deu Cleddyf», respondió uno. Entonces Arturo fue a la casa de Tringad, en Aber Deu Cleddyf, y le preguntó si había oído hablar de ella por allí. «¿Qué aspecto tiene?» «Tiene forma de loba», respondió él, «y la acompañan dos cachorros.» «Ha matado muchas veces a mis rebaños, y está allí abajo, en una cueva de Aber Deu Cleddyf.»

Así que Arturo fue por mar en su barco Prydwen, mientras los demás fueron por tierra a cazarla. La rodearon a ella y a sus dos cachorros, y Dios los transformó de nuevo para Arturo a su forma propia. Luego las huestes de Arturo se dispersaron en grupos de uno y dos.

Cierto día, mientras Gwythyr, el hijo de Greidawl, caminaba por una montaña, oyó un gemido y un grito desgarrador. Al oírlo, se apresuró hacia allí. Cuando llegó, desenvainó la espada y cortó un hormiguero al ras del suelo, librándolo así de las llamas. Las hormigas le dijeron: «Recibe de nosotros la bendición del Cielo, y te daremos lo que ningún hombre puede dar».

Entonces recogieron los nueve celemines de semilla de lino que Yspaddaden Penkawr le había pedido a Kilhwch, y entregaron la medida completa,

sin que faltara nada, salvo una semilla de lino, que la hormiga coja trajo antes del anochecer.

Kai y Bedwyr estaban sentados en un túmulo de señales, en la cumbre de Plinlimmon, bajo el viento más fuerte que jamás hubo en el mundo. Miraron alrededor y vieron a lo lejos, hacia el sur, una gran humareda que no se inclinaba con el viento. Entonces Kai dijo: «Por la mano de mi amigo, ¡mira! ¡Allá está el fuego de un ladrón!»

Se apresuraron hacia el humo y se acercaron tanto que pudieron ver a Dillus Varvawc asando un jabalí salvaje. «Mira, allá está el mayor ladrón que jamás huyó de Arturo», le dijo Bedwyr a Kai.

«¿Lo conoces?» «Sí», respondió Kai. «Es Dillus Varvawc, y ninguna correa del mundo podrá sujetar a Drudwyn, el cachorro de Greid, hijo de Eri, salvo una hecha con la barba de ese que ves allá. Y ni siquiera servirá si no le arrancan la barba mientras esté vivo, con unas pinzas de madera; si está muerto, será quebradiza.»

«¿Qué crees que deberíamos hacer?», dijo Bedwyr. «Dejemos que coma cuanto quiera», dijo Kai, «y después se quedará dormido.» Mientras tanto, se pusieron a hacer las pinzas de madera. Cuando Kai supo con certeza que estaba dormido, cavó bajo sus pies el foso más grande del mundo, le dio un golpe violento y lo hizo caer dentro. Allí le arrancaron toda la barba con las pinzas de madera; luego lo mataron por completo.

Desde allí, ambos fueron a Gelli Wic, en Cornwall, y llevaron consigo la correa hecha con la barba de Dillus Varvawc, que pusieron en manos de Arturo. Entonces Arturo compuso este englyn—

Kai hizo una correa

Con la barba de Dillus, hijo de Eurei.

Si viviera, sería tu muerte.

Entonces Kai se enfureció tanto que los guerreros de la Isla apenas lograron reconciliarlo con Arturo. Desde aquel momento, nunca más acudió en su ayuda, ni cuando Arturo estaba en apuros ni cuando mataban a sus hombres.

Arturo dijo: «¿Cuál de las maravillas nos conviene buscar ahora?» «Nos conviene buscar a Drudwyn, el cachorro de Greid, hijo de Eri.»

Poco antes de esto, Creiddylad, hija de Lludd Llaw Ereint, y Gwythyr, hijo de Greidawl, se habían comprometido. Pero, antes de que ella se convirtiera en su esposa, Gwyn ap Nudd llegó y se la llevó por la fuerza. Gwythyr, hijo de Greidawl, reunió a sus huestes y fue a luchar contra Gwyn ap Nudd.

Pero Gwyn lo venció y capturó a Greid, hijo de Eri; a Glinneu, hijo de Taran; a Gwrgwst Ledlwm y a Dynvarth, hijo de este. También capturó a Penn, hijo de Nethawg; a Nwython, y a Kyledyr Wyllt, hijo de este. Mataron a Nwython, le arrancaron el corazón y obligaron a Kyledyr a comerse el corazón de su padre. Por eso Kyledyr enloqueció.

Cuando Arturo se enteró, fue al norte, convocó ante sí a Gwyn ap Nudd, liberó a los nobles que había encarcelado e hizo las paces entre Gwyn ap Nudd y Gwythyr, hijo de Griedawl.

Así se acordó la paz: la doncella permanecería en la casa de su padre, sin favorecer a ninguno de los dos; y Gwyn ap Nudd y Gwythyr, hijo de Greidawl, lucharían por ella cada primero de mayo, desde entonces hasta el día del Juicio. Quien venciera ese día se quedaría con la doncella.

Después de reconciliar así a aquellos caudillos, Arturo obtuvo a Mygdwn, el caballo de Gweddw, y la correa de Cwrs Cant Ewin.

Después Arturo fue a Armórica, acompañado por Mabón, hijo de Mellt, y Gware Gwallt Euryn, para buscar los dos perros de Glythmyr Ledewic. Cuando los consiguió, fue al oeste de Irlanda en busca de Gwrgi Seven; lo acompañó Odgar, hijo de Aedd, rey de Irlanda. De allí Arturo fue al norte y capturó a Kyledyr Wyllt. Luego fue tras Yskithyrwyn Penbaedd.

Mabón, hijo de Mellt, llegó con los dos perros de Glythmyr Ledewic en la mano y con Drudwyn, el cachorro de Greid, hijo de Eri. El propio Arturo salió de caza con su perro Cavall. Kaw, de Britania del Norte, montó la yegua de Arturo, Llamrei, y fue el primero en atacar.

Entonces Kaw, de Britania del Norte, empuñó una enorme hacha y, sin vacilar, se acercó valientemente al jabalí y le partió la cabeza en dos. Kaw se llevó el colmillo. El jabalí no murió a manos de los perros mencionados por Yspaddaden, sino por Cavall, el propio perro de Arturo.

Después de matar a Yskithyrwyn Penbaedd, Arturo y su hueste partieron hacia Gelli Wic, en Cornwall. Desde allí envió a Menw, hijo de Teirgwaedd, para averiguar si las cosas preciosas estaban entre las dos orejas del Twrch Trwyth, pues sería inútil enfrentarlo si no las llevaba allí. Aunque se sabía con certeza dónde estaba, pues había devastado un tercio de Irlanda.

Menw fue a buscarlo y lo encontró en Irlanda, en Esgeir Oervel. Menw tomó forma de ave, se posó en lo alto de su guarida e intentó arrancarle una de las cosas preciosas, pero solo consiguió llevarse una de sus cerdas. El jabalí se levantó furioso y se sacudió, de modo que parte de su veneno cayó sobre Menw. Desde aquel día, Menw nunca volvió a estar bien.

⁂

Después de esto, Arturo envió una embajada a Odgar, hijo de Aedd, rey de Irlanda, para pedirle el caldero de Diwrnach Wyddel, su proveedor. Odgar le ordenó que lo entregara. Pero Diwrnach dijo: «El Cielo es mi testigo: ni siquiera si le sirviera de algo con solo mirarlo, debería hacerlo». La embajada de Arturo regresó de Irlanda con esta negativa.

Arturo partió con un pequeño séquito, subió a Prydwen, su barco, y cruzó a Irlanda. Fueron a la casa de Diwrnach Wyddel. La gente de Odgar vio su fuerza. Cuando hubieron comido y bebido cuanto quisieron, Arturo exigió el caldero. Diwrnach respondió: «Si se lo hubiera dado a alguien, se lo habría entregado por orden de Odgar, rey de Irlanda».

Tras recibir esa negativa, Bedwyr se levantó, agarró el caldero y lo puso sobre la espalda de Hygwyd, sirviente de Arturo, hermano por parte de madre de Cachamwri, otro sirviente de Arturo. La tarea de Hygwyd era llevar siempre el caldero de Arturo y poner leña debajo. Llenlleawg Wyddel tomó Caledvwlch y la blandió. Mataron a Diwrnach Wyddel y a sus hombres.

Entonces llegaron los irlandeses y pelearon con ellos. Cuando los hicieron huir, Arturo y sus hombres se dirigieron al barco, llevándose el caldero

lleno de dinero irlandés. Desembarcó en la casa de Llwydden, hijo de Kelcoed, en Porth Kerddin, en Dyved. Allí se mide el caldero.

Entonces Arturo reunió a todos los guerreros que había en las tres islas de Britania y en las tres islas vecinas, y a todos los que estaban en Francia y en Armórica, en Normandía y en el País del Verano, además de los infantes escogidos y los valientes jinetes. Con todos ellos fue a Irlanda. Y en Irlanda hubo gran temor y terror por su causa.

Cuando Arturo desembarcó en el país, acudieron a él los santos de Irlanda y le suplicaron que los protegiera. Él les concedió su protección, y ellos le dieron su bendición. Entonces los hombres de Irlanda fueron a ver a Arturo y le llevaron provisiones. Arturo llegó hasta Esgeir Oervel, en Irlanda, al lugar donde estaba el Jabalí Blanco con sus siete crías.

Soltaron contra él a los perros por todos lados. Desde ese día hasta el anochecer, los irlandeses lucharon contra él; aun así, devastó la quinta parte de Irlanda. Al día siguiente, los hombres de la casa de Arturo lucharon contra él, pero fueron vencidos y no consiguieron ventaja alguna.

El tercer día, el propio Arturo se enfrentó a él y luchó contra él durante nueve noches y nueve días, sin lograr matar ni siquiera a un lechoncito. Los guerreros le preguntaron a Arturo de dónde venía aquel cerdo, y él les contó que una vez había sido rey y que Dios lo había convertido en cerdo por sus pecados.

Entonces Arturo envió a Gwrhyr Gwalstawt Ieithoedd para que intentara hablar con él. Gwrhyr tomó la forma de un pájaro y se posó en lo alto de la guarida, donde el jabalí estaba con sus siete crías. Gwrhyr Gwalstawt Ieit-

hoedd le preguntó: «Por aquel que te transformó en esta forma, si puedes hablar, te ruego que uno de ustedes venga a hablar con Arturo».

Grugyn Gwrych Ereint le respondió. (Sus cerdas eran como alambres de plata, y, fuera por el bosque o por la llanura, se lo podía rastrear por el brillo de sus cerdas.) Esta fue la respuesta de Grugyn: «Por aquel que nos transformó en esta forma, no lo haremos ni hablaremos con Arturo. Ya bastante sufrimos por haber sido transformados así, sin que ustedes vengan aquí a luchar contra nosotros».

«Te lo diré. Arturo viene solo a luchar por el peine, la navaja y las tijeras que están entre las dos orejas de Twrch Trwyth». Grugyn dijo: «A menos que primero le quite la vida, jamás tendrá esos objetos preciosos. Mañana por la mañana nos levantaremos de aquí e iremos al territorio de Arturo, y allí causaremos todo el daño que podamos».

Así que partieron por el mar rumbo a Gales. Arturo, sus huestes, sus caballos y sus perros subieron a Prydwen para enfrentarlos sin demora. Twrch Trwyth desembarcó en Porth Cleis, en Dyved, y Arturo llegó a Mynyw. Al día siguiente le informaron a Arturo que los otros ya habían pasado, y los alcanzó mientras mataban el ganado de Kynnwas Kwrr y Vagyl, después de haber matado a todos los hombres y animales de Aber Gleddyf antes de que llegara Arturo.

Cuando Arturo se acercó, Twrch Trwyth siguió hasta Preseleu. Arturo y sus huestes lo siguieron hasta allí, y Arturo envió hombres a perseguirlo: Eli y Trachmyr, que llevaban a Drudwyn, el cachorro de Greid, hijo de Eri, y a Gwarthegyd, hijo de Kaw, por otro lado, junto con los dos perros de Glythmyr Ledewic; Bedwyr llevaba a Cavall, el perro del propio Arturo.

Todos los guerreros se apostaron alrededor del Nyver. Allí llegaron los tres hijos de Cleddyf Divwlch, hombres que se habían ganado mucha fama al matar a Yskithyrwyn Penbaedd. Salieron de Glyn Nyver y llegaron a Cwm Kerwyn.

Allí Twrch Trwyth se detuvo y mató a cuatro de los campeones de Arturo: Gwarthegyd, hijo de Kaw; Tarawc, de Allt Clwyd; Rheidwn, hijo de Eli Atver; e Iscovan Hael. Después de matar a esos hombres, volvió a detenerse en el mismo lugar. Allí mató a Gwydre, hijo de Arturo; a Garselit Wyddel; a Glew, hijo de Ysgawd; y a Iscawyn, hijo de Panon. Allí también él mismo resultó herido.

A la mañana siguiente, antes del amanecer, algunos hombres lo alcanzaron. Mató a Huandaw, Gogigwr y Penpingon, tres servidores de Glewlwyd Gavaelvawr, de modo que, bien lo sabe el Cielo, no le quedó ningún servidor, salvo Llaesgevyn, un hombre de quien nadie había recibido nunca bien alguno. Además de ellos, mató a muchos hombres de aquella región y a Gwlydyn Saer, el arquitecto principal de Arturo.

Entonces Arturo lo alcanzó en Pelumyawc. Allí Twrch Trwyth mató a Madawc, hijo de Teithyon; a Gwyn, hijo de Tringad, hijo de Neved; y a Eiryawn Penllorau. Desde allí fue a Aberteivi, donde volvió a detenerse y mató a Kyflas, hijo de Kynan, y a Gwilenhin, rey de Francia. Luego llegó hasta Glyn Ystu, y allí los hombres y los perros lo perdieron de vista.

Entonces Arturo llamó a Gwyn ab Nudd y le preguntó si sabía algo de Twrch Trwyth. Gwyn respondió que no.

Todos los cazadores fueron a perseguir al jabalí hasta Dyffryn Llychwr. Grugyn Gwallt Ereint y Llwydawg Govynnyad se enfrentaron a ellos y mataron a todos los cazadores; solo escapó un hombre. Arturo y sus huestes llegaron al lugar donde estaban Grugyn y Llwydawg. Soltó contra ellos a todos los perros y, al oírse los gritos y los ladridos, Twrch Trwyth acudió en su ayuda.

⁂

Desde que cruzó el mar de Irlanda, Arturo no había vuelto a verlo hasta entonces. Así que lanzó contra él a hombres y perros, y el jabalí arrancó a correr y llegó a Mynydd Amanw. Allí mataron a una de sus crías. Entonces lo atacaron jugándose la vida, y mataron a Twrch Llawin; luego mataron a otro de los cerdos, llamado Gwys. Después siguió hasta Dyffryn Amanw, donde mataron a Banw y a Bennwig. De todas sus crías, las únicas que salieron vivas de allí con él fueron Grugyn Gwallt Ereint y Llwydawg Govynnyad.

Desde allí siguió hasta Llwch Ewin. Arturo lo alcanzó allí y el jabalí se detuvo. Mató a Echel Forddwytwll, a Garwyli, hijo de Gwyddawg Gwyr, y también a muchos hombres y perros. De allí fueron a Llwch Tawy. Grugyn Gwrych Ereint se separó de ellos y se dirigió a Din Tywi. Desde allí siguió hacia Ceredigiawn, con Eli y Trachmyr y también con una multitud.

Luego llegó a Garth Gregyn. Allí Llwydawg Govynnyad luchó en medio de ellos y mató a Rhudvyw Rhys y a muchos otros. Después Llwydawg se fue de allí a Ystrad Yw, donde lo enfrentaron los hombres de Armórica. Allí mató a Hirpeissawg, rey de Armórica, y a Llygatrudd Emys y Gwrbothu, tíos de Arturo, hermanos de su madre; allí mismo lo mataron a él.

Twrch Trwyth fue de allí a la zona entre Tawy y Euyas. Arturo reunió a todos los hombres de Cornualles y Devon junto al estuario del Severn, y les dijo a los guerreros de esta isla: «Twrch Trwyth ha matado a muchos de mis hombres, pero, por el valor de los guerreros, mientras yo viva no entrará en Cornualles. Ya no lo perseguiré más: me enfrentaré a él jugándome la vida. Hagan lo que quieran».

Decidió enviar un grupo de caballeros, con los perros de la isla, hasta Euyas, para que desde allí regresaran al Severn; guerreros probados recorrerían la isla y lo obligarían a entrar en el Severn. Mabon, hijo de Modron, lo alcanzó en el Severn, montado en Gwynn Mygdwn, el caballo de Gweddw; también lo alcanzaron Goreu, hijo de Custennin, y Menw, hijo de Teirgwaedd.

Esto ocurrió entre Llyn Lliwan y Aber Gwy. Arturo cayó sobre él junto con los campeones de Britania. Osla Kyllellvawr se acercó, junto con Manawyddan, hijo de Llyr; Kacmwri, servidor de Arturo; y Gwyngelli. Se apoderaron del jabalí, agarrándolo primero por las patas, y lo sumergieron en el Severn, que lo cubrió.

Mabon, hijo de Modron, espoleó su caballo por un lado y le arrebató la navaja; por el otro lado, Kyledyr Wyllt lo alcanzó en el Severn, montado en otro caballo, y le quitó las tijeras. Pero antes de que pudieran quitarle el peine, Twrch Trwyth ya había vuelto a poner las patas en tierra.

Desde el momento en que llegó a la orilla, ningún perro, hombre ni caballo pudo alcanzarlo hasta que llegó a Cornualles. Si les había costado quitarle las joyas, más aún les costó salvar de ahogarse a los dos hombres. Mientras

sacaban a Kacmwri, dos piedras de molino lo arrastraron a las profundidades.

Y mientras Osla Kyllellvawr corría detrás del jabalí, se le cayó el cuchillo de la funda y lo perdió. Después, la funda se llenó de agua y el peso lo arrastró a las profundidades mientras lo sacaban.

Entonces Arturo y sus huestes siguieron adelante hasta alcanzar al jabalí en Cornualles. Las dificultades que habían enfrentado antes no fueron nada comparadas con las que encontraron al tratar de quitarle el peine. Pero, dificultad tras dificultad, al final lograron obtenerlo. Luego persiguieron al jabalí fuera de Cornualles y lo empujaron directamente hacia el mar profundo.

Desde entonces, nunca se supo adónde fue; Aned y Aethlem se fueron con él. Arturo fue a Gelli Wic, en Cornualles, a ungirse y descansar de sus fatigas.

Arturo preguntó: «¿Queda alguna maravilla que todavía no hayamos conseguido?». Uno de sus hombres respondió: «Sí: la sangre de la bruja Orddu, hija de la bruja Orwen, de Pen Nant Govid, en los confines del Infierno». Arturo partió hacia el norte y llegó al lugar donde estaba la cueva de la bruja.

Gwyn ab Nudd y Gwythyr, hijo de Greidawl, le aconsejaron que enviara a Kacmwri y a su hermano Hygwyd a luchar contra la bruja. Al entrar en la cueva, la bruja los agarró. Tomó a Hygwyd por el cabello y lo tiró al suelo, debajo de ella. Kacmwri la agarró por el cabello y la apartó de Hygwyd, ti-

rándola al suelo. Pero ella se volvió contra los dos y los echó a patadas y puñetazos.

A Arturo le dio rabia ver que sus dos servidores casi habían muerto, y quiso entrar en la cueva; pero Gwyn y Gwythyr le dijeron: «No sería apropiado ni decoroso que te viéramos forcejear con una arpía. Que Hiramreu y Hireidil vayan a la cueva». Ellos fueron. Pero si los dos primeros habían tenido grandes dificultades, estos dos las tuvieron mucho mayores.

Bien lo sabe el Cielo: ninguno de los cuatro pudo moverse del sitio hasta que los subieron a todos a Llamrei, la yegua de Arturo. Entonces Arturo corrió hacia la entrada de la cueva y, desde allí, golpeó a la bruja con Carnwennan, su daga, y la partió en dos, de modo que cayó en dos pedazos. Kaw, de Britania del Norte, recogió la sangre de la bruja y la guardó.

Entonces Kilhwch partió junto con Goreu, hijo de Custennin, y con todos los que deseaban la muerte de Yspaddaden Penkawr. Llevaron las maravillas a su corte. Kaw, de Britania del Norte, llegó y le afeitó la barba, la piel y la carne hasta dejar el hueso al descubierto, de oreja a oreja.

«¿Ya estás afeitado, hombre?», preguntó Kilhwch. «Estoy afeitado», respondió él. «¿Es tu hija mía ahora?». «Es tuya», dijo, «pero no tienes que agradecérmelo a mí, sino a Arturo, que ha cumplido esto por ti. Por mi propia voluntad jamás te la habría dado, pues al entregártela pierdo la vida».

Entonces Goreu, hijo de Custennin, lo agarró por el cabello y lo arrastró hasta el torreón. Allí le cortó la cabeza y la clavó en una estaca sobre la ciudadela. Después tomaron posesión de su castillo y sus tesoros.

Esa noche Olwen se convirtió en la esposa de Kilhwch y siguió siendo su mujer mientras vivió. Las huestes de Arturo se dispersaron, cada hombre a su propio país. Así fue como Kilhwch obtuvo a Olwen, hija de Yspaddaden Penkawr.

Notas

5 Este diálogo consiste en una serie de réplicas ingeniosas basadas en juegos de palabras que es imposible reproducir en la traducción.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# EL SUEÑO DE RHONABWY

✦

Madawc, hijo de Maredudd, poseía Powys dentro de sus límites, desde Porfoed hasta Gwauan, en las tierras altas de Arwystli. En aquel tiempo tenía un hermano, Iorwerth, hijo de Maredudd, que no igualaba su rango. Iorwerth sentía gran pesar y tristeza por el honor y el poder que disfrutaba su hermano y que él no compartía.

Buscó a sus compañeros y hermanos de crianza, y les pidió consejo sobre qué debía hacer al respecto. Decidieron enviar a algunos de ellos a buscarle un sustento. Entonces Madawc le ofreció el cargo de Mayordomo, caballos, armas y honores, y que viviera como él. Pero Iorwerth rechazó la oferta.

Iorwerth hizo una incursión en Loegria, mató a sus habitantes, quemó casas y se llevó prisioneros. Madawc consultó con los hombres de Powys, y decidieron poner a cien hombres en cada uno de los tres cantrefs de Powys para buscarlo.

Así lo hicieron en las llanuras de Powys, desde Aber Ceirawc, y en Allictwn Ver y en Rhyd Wilure, junto al Vyrnwy, los tres mejores cantrefs de Powys. Pero ni él ni su gente mejoraron su situación en Powys ni en sus llanuras. Y distribuyeron a esos hombres por las llanuras hasta Nillystwn Trevan.

Uno de los hombres que participaban en esta búsqueda se llamaba Rhonabwy. Rhonabwy, Kynwrig Vrychgoch, un hombre de Mawddwy, y Cadwgan Vras, un hombre de Moelvre en Kynlleith, llegaron juntos a la casa de Heilyn Goch, hijo de Cadwgan, hijo de Iddon. Al acercarse a la

casa, vieron un salón viejo, muy negro y con un hastial recto, del que salía una gran humareda.

Al entrar, encontraron el suelo lleno de charcos y montículos; era difícil mantenerse en pie, pues el barro del ganado lo hacía muy resbaladizo. Donde había charcos, uno podía hundirse hasta los tobillos en agua y suciedad. Había ramas de acebo esparcidas por el suelo, y el ganado había mordisqueado sus brotes.

Al llegar al salón de la casa, vieron habitaciones llenas de polvo y muy sombrías, y a un lado una vieja bruja que hacía fuego. Cada vez que sentía frío, echaba al fuego un regazo de paja trillada y levantaba tanto humo que apenas se podía soportar cuando subía por las narices.

Al otro lado había en el suelo una piel amarilla de ternero; era un gran privilegio para cualquiera poder acostarse sobre ella.

Cuando se sentaron, preguntaron a la vieja dónde estaba la gente de la casa. Ella no respondió, solo murmuró. Entonces entró la gente de la casa: un hombre rubicundo, tosco y de pelo rizado, con una carga de leña a la espalda, y una mujer pálida y delgada, que también llevaba un bulto bajo el brazo. Apenas dieron la bienvenida a los hombres y encendieron el fuego con las ramas. La mujer cocinó algo y les dio de comer pan de cebada, queso, leche y agua.

Se desató una tormenta de viento y lluvia, de modo que apenas era posible salir sin peligro. Cansados del viaje, se acostaron para dormir. Al mirar el lecho, les pareció hecho apenas de un poco de paja basta, llena de polvo y

bichos, con tallos de ramas que sobresalían, pues el ganado se había comido toda la paja que habían puesto en la cabecera y los pies.

Encima había una manta vieja, de color pardo rojizo, gastada y rota; sobre ella, una sábana basta, llena de rasgones, y encima de la sábana, una almohada mal rellena y una colcha gastada. Después de sufrir mucho por los bichos y la incomodidad del lecho, los compañeros de Rhonabwy cayeron en un sueño profundo.

Pero Rhonabwy, incapaz de dormir o descansar, pensó que sufriría menos si se acostaba sobre la piel amarilla de ternero tendida en el suelo. Allí se durmió.

En cuanto el sueño cerró sus ojos, le pareció que viajaba con sus compañeros por la llanura de Argyngroeg y que se dirigía hacia Rhyd y Groes, en el Severn. Mientras viajaba, oyó un estruendo inmenso, como nunca antes había oído.

Al mirar atrás, vio a un joven de pelo rubio y rizado, con la barba recién recortada, montado en un caballo castaño cuyas patas eran grises desde la parte superior de las delanteras y desde la articulación de las traseras hacia abajo.

El jinete vestía una túnica de satén amarillo cosida con seda verde, y llevaba en el muslo una espada con empuñadura de oro, en una vaina de cuero nuevo de Córdoba, ceñida con piel de ciervo y abrochada con oro. Encima llevaba una banda de satén amarillo bordada con seda verde, también verde en los bordes.

El verde de los arreos del caballo y del atuendo del jinete era tan intenso como el de las hojas del abeto, y el amarillo, tan vivo como la flor de la retama. El caballero tenía un aspecto tan feroz que el miedo se apoderó de ellos y empezaron a huir. El caballero los persiguió.

Cuando el caballo exhalaba, los hombres se alejaban de él; cuando inspiraba, los atraía hacia sí, hasta el pecho del caballo. Cuando los alcanzó, le suplicaron que tuviera piedad.

—Con gusto la tendrán —dijo—. No teman. —Ah, jefe, ya que tienes piedad de mí, dime también quién eres —dijo Rhonabwy. —No te ocultaré mi linaje. Soy Iddawc, hijo de Mynyo, pero no se me conoce tanto por mi nombre como por mi apodo.

—¿Nos dirás cuál es tu apodo? —Se los diré: Iddawc Cordd Prydain. —Ah, jefe —dijo Rhonabwy—, ¿por qué te llaman así? —Te lo diré. Fui uno de los mensajeros entre Arturo y Medrawd, su sobrino, en la batalla de Camlan. Entonces era un joven temerario y, por mi afán de combatir, sembré discordia entre ellos e incité su ira.

Arturo el Emperador me había enviado a hablar con Medrawd, explicarle que era su padre de crianza y su tío, y buscar la paz, para que no murieran los hijos de los reyes de la Isla de Britania ni los nobles. Aunque Arturo me encargó las palabras más amables que pudo imaginar, yo le dije a Medrawd las más duras que se me ocurrieron.

Por eso me llaman Iddawc Cordd Prydain, pues de ahí surgió la batalla de Camlan. Tres noches antes del fin de la batalla de Camlan, los dejé y fui a

Llech Las, en el norte de Britania, para hacer penitencia. Allí permanecí haciendo penitencia durante siete años y, después, obtuve el perdón.

⁂

Entonces oyeron un estruendo inmenso, mucho más fuerte que el que habían oído antes. Al mirar hacia donde venía el ruido, vieron a un joven rubicundo, sin barba ni bigote, de porte noble y montado en un magnífico corcel. Desde los hombros hasta abajo, y desde la parte delantera de las rodillas, el caballo era bayo.

El hombre vestía una túnica de satén rojo bordada con seda amarilla, y los bordes de su banda eran amarillos. Las partes amarillas de su ropa y de los arreos del caballo eran tan amarillas como la flor de la retama, y las rojas, tan rojas como la sangre más roja del mundo.

Entonces el jinete los alcanzó y le pidió a Iddawc que le cediera a algunos de los hombres que iban con él. —Te daré lo que me corresponda conceder, y serás su compañero, como yo lo he sido. El jinete se marchó. —Iddawc —preguntó Rhonabwy—, ¿quién era ese jinete? —Rhuvawn Pebyr, hijo del príncipe Deorthach.

Viajaron por la llanura de Argyngroeg hasta el vado de Rhyd y Groes, en el Severn. A una milla del vado, a ambos lados del camino, vieron tiendas y campamentos, y se oía el clamor de un gran ejército. Llegaron al borde del vado y allí vieron a Arturo sentado en una isla llana, aguas abajo del vado, con el obispo Bedwini a un lado y Gwarthegyd, hijo de Kaw, al otro.

Frente a él estaba un joven alto, de cabello castaño rojizo, con la espada envainada en la mano y vestido con una túnica y un gorro de satén negro aza-

bache. Tenía el rostro blanco como el marfil y las cejas negras como el azabache. La parte de la muñeca que se veía entre el guante y la manga era más blanca que el lirio y más gruesa que el tobillo de un guerrero.

Entonces llegaron Iddawc y sus compañeros y se detuvieron ante Arturo para saludarlo. —Que el cielo te conceda bienestar —dijo Arturo—. Iddawc, ¿dónde encontraste a estos hombrecillos?

—Los encontré, señor, allá arriba, en el camino. El Emperador sonrió. —Señor —dijo Iddawc—, ¿por qué te ríes? —Iddawc —respondió Arturo—, no me río; me da pena que hombres de tanta estatura como estos tengan esta isla bajo su custodia, después de los hombres que la protegían antaño.

Entonces Iddawc dijo: —Rhonabwy, ¿ves el anillo con una piedra engastada que lleva el Emperador en la mano? —Lo veo —respondió. —Una de las propiedades de esa piedra es permitirte recordar lo que ves aquí esta noche. Si no hubieras visto la piedra, nunca habrías podido recordar nada de esto.

Después vieron acercarse al vado una tropa. —Iddawc —preguntó Rhonabwy—, ¿a quién pertenece esa tropa? —Son los compañeros de Rhuvawn Pebyr, hijo del príncipe Deorthach. A estos hombres se les sirve hidromiel y bragget con todos los honores, y las hijas de los reyes de la Isla de Britania los quieren de buen grado.

Se lo merecen, pues siempre estuvieron en la vanguardia y en la retaguardia ante cualquier peligro. Rhonabwy vio un solo color en los hombres y los caballos de aquella tropa: todos eran rojos como la sangre. Cuando uno

de los caballeros salió de la tropa, parecía una columna de fuego que cruzaba el cielo. La tropa acampó por encima del vado.

Entonces vieron acercarse al vado otra tropa. Desde el pecho hacia arriba, sus caballos eran más blancos que el lirio; por debajo, más negros que el azabache. Vieron a uno de esos caballeros adelantarse a los demás y espolear su caballo dentro del vado, de manera que el agua salpicó a Arturo, al obispo y a quienes deliberaban con ellos, y los empapó como si los hubieran sumergido en el río.

Cuando el joven que estaba ante Arturo vio que el caballero volvía la cabeza de su caballo, golpeó al animal en los ollares con la espada envainada; si hubiera usado la hoja desnuda, habría sido un milagro que no le hiriera el hueso además de la carne.

El caballero sacó la espada hasta la mitad de la vaina y le preguntó: —¿Por qué golpeaste a mi caballo? ¿Fue para insultarme o para aconsejarme? —De veras te falta consejo. ¿Qué locura te hizo cabalgar con tanta furia y salpicar con el agua del vado a Arturo, al obispo consagrado y a sus consejeros, dejándolos tan empapados como si los hubieran sacado del río? —Entonces tomaré esto como un consejo. Volvió la cabeza de su caballo hacia su ejército.

—Iddawc —dijo Rhonabwy—, ¿quién era aquel caballero? —El joven más elocuente y sabio de esta isla: Adaon, hijo de Taliesin. —¿Quién era el hombre que golpeó a su caballo? —Un joven de carácter obstinado: Elphin, hijo de Gwyddno.

Entonces habló un hombre alto y majestuoso, con un discurso noble y fluido. Dijo que era asombroso que un ejército tan numeroso estuviera reunido en un espacio tan estrecho, y aún más asombroso que quienes estaban allí hubieran prometido presentarse al mediodía en la batalla de Badon para luchar contra Osla Gyllellvawr.

—Vayas tú o no, yo iré. —Bien dicho —respondió Arturo—. Iremos todos juntos. —Iddawc —dijo Rhonabwy—, ¿quién era el hombre que hace un momento habló de manera tan asombrosa a Arturo?

—Un hombre que puede hablar con toda la audacia que quiera: Caradawc Vreichvras, hijo de Llyr Marini, su principal consejero y primo.

Entonces Iddawc llevó a Rhonabwy detrás de él en su caballo, y aquella poderosa hueste avanzó, cada tropa en su orden, hacia Cevndigoll. Y cuando llegaron al medio del vado del Severn, Iddawc volvió la cabeza de su caballo, y Rhonabwy miró a lo largo del valle del Severn. Y vio dos hermosas tropas que se acercaban al vado.

Una tropa venía vestida de blanco brillante, y cada uno de sus hombres llevaba una banda de satén blanco con bordes negros como el azabache. Las rodillas y las partes superiores de los hombros de sus caballos eran negras como el azabache, aunque en todo lo demás eran de un blanco puro. Sus estandartes eran de un blanco puro, todos con puntas negras.

—Iddawc —dijo Rhonabwy—, ¿quiénes son esa tropa vestida de blanco puro? —Son los hombres de Noruega, y March, hijo de Meirchion, es su príncipe. Y es primo de Arturo. Más adelante vio una tropa cuyos hombres vestían ropas negras como el azabache, con bordes de un blanco puro en

cada banda; las partes superiores de los hombros y las rodillas de sus caballos eran de un blanco puro. Sus estandartes eran negros como el azabache, con una punta de un blanco puro en cada uno.

—Iddawc —dijo Rhonabwy—, ¿quiénes son esa tropa negra como el azabache? —Son los hombres de Dinamarca, y Edeyrn, hijo de Nudd, es su príncipe.

⁂

Y cuando alcanzaron a la hueste, Arturo y su ejército de poderosos desmontaron debajo de Caer Badou, y Rhonabwy se dio cuenta de que él e Iddawc habían seguido el mismo camino que Arturo.

Después de desmontar, oyó un gran alboroto y confusión entre la hueste: los que estaban en los flancos se dirigieron al centro, y los que habían estado en el centro se movieron hacia los flancos.

Entonces, he aquí que vio acercarse a un caballero vestido, él y su caballo, con una armadura de malla cuyos anillos eran más blancos que el lirio más blanco, y cuyos remaches eran más rojos que la sangre más roja. Cabalgó entre la hueste.

—Iddawc —dijo Rhonabwy—, ¿huirá esa hueste? —El rey Arturo nunca huyó, y si se oyera este discurso tuyo, estarías perdido. En cuanto al caballero que ves allá, es Kai. Kai es el jinete más apuesto de toda la corte de Arturo; y los hombres que están al frente del ejército se apresuran hacia la retaguardia para verlo cabalgar, mientras que los del centro se apartan hacia los lados por el golpe de su caballo. Esa es la causa de la confusión de la hueste.

Entonces oyeron que llamaban a Kadwr, conde de Cornualles, y he aquí que se levantó con la espada de Arturo en la mano. En la espada, hecha de oro, figuraba la imagen de dos serpientes. Cuando la sacaron de la vaina, pareció que de las fauces de las serpientes brotaban dos llamas de fuego; y la espada era tan maravillosa que a cualquiera le costaba mirarla. La hueste quedó en silencio, cesó el alboroto y el conde regresó a la tienda.

—Iddawc —dijo Rhonabwy—, ¿quién es el hombre que llevaba la espada de Arturo? —Kadwr, el conde de Cornualles, cuya tarea es armar al rey en los días de batalla y guerra.

Y oyeron que llamaban a Eirynwych Amheibyn, servidor de Arturo, un hombre rojo, tosco y de aspecto desagradable, con patillas rojas de pelos ásperos. Y he aquí que llegó montado en un alto caballo rojo, con la crin dividida a ambos lados, y traía consigo un gran y hermoso equipaje de carga.

El enorme joven pelirrojo desmontó ante Arturo, sacó del equipaje una silla de oro y una alfombra de satén labrado. Extendió la alfombra delante de Arturo; en cada esquina había una manzana de oro rojizo, y puso la silla sobre la alfombra. La silla era tan grande que en ella podían sentarse tres guerreros armados.

La alfombra se llamaba Gwenn, y tenía la propiedad de que nadie podía ver a quien estuviera sobre ella, aunque esa persona podía ver a todos. No conservaba ningún color salvo el suyo propio.

Arturo se sentó dentro de la alfombra, y Owain, hijo de Urien, estaba de pie ante él. —Owain —dijo Arturo—, ¿quieres jugar al ajedrez? —Sí, señor

—dijo Owain. El joven pelirrojo trajo el juego de ajedrez para Arturo y Owain: piezas de oro y un tablero de plata. Y empezaron a jugar.

Mientras estaban así, y cuando más disfrutaban de la partida, he aquí que vieron una tienda blanca con un dosel rojo. En lo alto de la tienda había la figura de una serpiente negra como el azabache, con ojos rojos, fulgurantes y venenosos, y una lengua roja y llameante. Llegó un joven paje de cabello rubio y rizado, ojos azules y barba apenas nacida.

Llevaba una túnica y un sobretodo de satén amarillo, calzas de una tela fina de color amarillo verdoso y, sobre ellas, zapatos de cuero de varios colores, sujetos en el empeine con hebillas de oro. Llevaba una pesada espada de tres filos, con empuñadura de oro, en una vaina de cuero negro rematada con oro fino. Y llegó al lugar donde el emperador y Owain jugaban al ajedrez.

El joven saludó a Owain. A Owain le sorprendió que el joven lo saludara a él y no al emperador Arturo. Arturo supo lo que pensaba Owain y le dijo: —No te sorprendas de que el joven te salude ahora, pues ya me saludó antes; su encargo es para ti.

Entonces el joven le dijo a Owain: —Señor, ¿cuentan con tu permiso los jóvenes pajes y servidores del emperador para acosar, atormentar y molestar a tus Cuervos? Si no tienen tu permiso, haz que el emperador se lo prohíba.

—Señor —dijo Owain—, has oído lo que dice el joven; si te parece bien, prohíbeselo a tus hombres por mis Cuervos. —Sigue jugando —dijo Arturo. Entonces el joven volvió a la tienda.

Terminaron esa partida y comenzaron otra. Cuando estaban en medio del juego, he aquí que salió de una tienda de color amarillo brillante un joven rubicundo, de cabello castaño rojizo y rizado, ojos grandes, bien desarrollado y con la barba recién afeitada. En lo alto de la tienda figuraba un león de color rojo brillante.

El joven vestía una túnica de satén amarillo que le llegaba hasta la mitad de la pantorrilla, bordada con hilos de seda roja. Llevaba calzas de fina tela blanca y, sobre ellas, botines de cuero negro con hebillas de oro. En la mano llevaba una enorme y pesada espada de tres filos, en una vaina de piel de ciervo rojo rematada con oro.

Llegó al lugar donde Arturo y Owain jugaban al ajedrez y saludó a Owain. Owain se inquietó por aquel saludo, pero a Arturo no le importó más que la vez anterior. El joven le dijo a Owain: —¿No es contra tu voluntad que los servidores del emperador acosen a tus Cuervos, maten a algunos y molesten a otros? Si es contra tu voluntad, pídele que se lo prohíba.

—Señor —dijo Owain—, prohíbeselo a tus hombres, si te parece bien. —Sigue jugando —dijo el emperador. Y el joven volvió a la tienda.

⁂

Terminó aquella partida y empezó otra. Justo cuando iban a hacer la primera jugada, vieron a poca distancia una tienda amarilla salpicada de manchas, la más grande que jamás se había visto. Sobre ella figuraba un águila de oro, y en la cabeza del águila había una piedra preciosa.

Al salir de la tienda, vieron a un joven de cabello rubio y espeso, hermoso y apuesto, con una banda de satén azul y un broche de oro en la banda, sobre

el hombro derecho, tan grande como el dedo medio de un guerrero. Llevaba calzas de fina tela de Totnes y zapatos de cuero de varios colores, sujetos con broches de oro.

El joven tenía porte noble, rostro hermoso, mejillas sonrosadas y grandes ojos de halcón. En la mano llevaba una poderosa lanza amarilla moteada, con la punta recién afilada, y un estandarte desplegado sobre ella.

Con furia y paso veloz, el joven llegó al lugar donde Arturo jugaba al ajedrez con Owain. Se dieron cuenta de que estaba enojado. Saludó a Owain y le contó que habían matado a la mayoría de sus Cuervos, y que los que no habían muerto estaban tan heridos y maltratados que ninguno podía alzar las alas ni siquiera un codo sobre el suelo.

—Señor —dijo Owain—, prohíbeselo a tus hombres. —Sigue jugando —dijo Arturo—, si te place. Entonces Owain le dijo al joven: —Vuelve, y donde encuentres la lucha más encarnizada, alza allí el estandarte y deja que ocurra lo que el cielo disponga.

Así que el joven volvió al lugar donde la lucha arreciaba contra los Cuervos y alzó el estandarte. En cuanto lo hizo, todos se elevaron por el aire, furiosos, fieros y llenos de ánimo, batiendo las alas contra el viento y sacudiéndose el cansancio.

Recuperadas sus fuerzas y su valor, se lanzaron con furia y júbilo, de un solo vuelo, sobre las cabezas de los hombres que poco antes les habían causado ira, dolor y daño. A unos los agarraron por la cabeza, a otros por los ojos, a unos por las orejas y a otros por los brazos, y se los llevaron por el aire.

En lo alto hubo un gran alboroto por el batir de las alas de los Cuervos triunfantes y sus graznidos. Y hubo otro gran alboroto por los gemidos de los hombres, que eran desgarrados y heridos, algunos de los cuales murieron.

Mientras jugaban al ajedrez, Arturo y Owain se asombraron del alboroto. Al mirar, vieron acercarse a un caballero montado en un caballo de color pardo. El tono del caballo era extraordinario: el hombro derecho era de un rojo brillante, y desde la parte superior de las patas hasta la mitad de los cascos era de un amarillo brillante.

Tanto el caballero como su caballo llevaban una pesada armadura extranjera, completa. La gualdrapa del caballo era de seda roja brillante desde la abertura delantera hacia arriba, y de seda amarilla brillante desde allí hacia abajo. El joven llevaba en el muslo una gran espada de un solo filo, con empuñadura de oro, en una vaina azul claro rematada con latón español.

El cinturón de la espada era de cuero verde oscuro, con pasadores de oro y una hebilla de marfil; sobre la hebilla había una pieza de azabache. El caballero llevaba en la cabeza un yelmo de oro engastado con piedras preciosas de gran poder. En lo alto del yelmo estaba la imagen de un leopardo color fuego, con dos piedras rojo rubí en la cabeza.

Era asombroso que cualquier guerrero, por valiente que fuera, mirara el rostro del leopardo, y mucho más el del caballero. En la mano llevaba una lanza de asta azul, teñida de rojo carmesí, desde el mango hasta la punta, con la sangre y el plumaje de los Cuervos.

El caballero llegó al lugar donde Arturo y Owain estaban sentados jugando al ajedrez. Se dieron cuenta de que venía acosado, enojado y cansado. Saludó a Arturo y le contó que los Cuervos de Owain estaban matando a sus jóvenes y servidores. Arturo miró a Owain y dijo: —Prohíbeselo a tus Cuervos. —Señor —respondió Owain—, sigue jugando. Y siguieron jugando. El caballero volvió hacia la lucha, y a los Cuervos no se les prohibió nada más que antes.

Y cuando llevaban un rato jugando, oyeron un gran estruendo, el lamento de unos hombres y el graznido de los cuervos, mientras los alzaban por los aires con su fuerza y, despedazándolos entre ellos, los dejaban caer al suelo en pedazos.

En medio del estruendo vieron acercarse a un caballero sobre un caballo gris claro, cuya pata delantera izquierda era negra como el azabache hasta el centro del casco. El caballero y el caballo llevaban una armadura azul, enorme y pesada. El caballero vestía una túnica de honor de satén amarillo adamascado, con bordes azules.

Los arreos del caballo eran negros como el azabache, con bordes de un amarillo brillante. El joven llevaba en el muslo una espada larga, de tres filos y pesada. La vaina era de cuero rojo repujado, y el cinturón, de piel nueva de ciervo rojo, tenía muchas correderas de oro y una hebilla de hueso de morsa, cuya lengüeta era negra como el azabache.

El caballero llevaba en la cabeza un yelmo de oro, engastado con zafiros de gran poder. En la cima del yelmo estaba la figura de un león color fuego, con una lengua roja como una llama que sobresalía más de un pie de su boca, y con ojos venenosos, de un rojo carmesí.

El caballero se acercó con una gruesa lanza de fresno en la mano; la punta, recién bañada en sangre, estaba recubierta de plata.

El joven saludó al emperador. —Señor —dijo—, ¿no te importa que maten a tus pajes, a tus jóvenes y a los hijos de los nobles de la isla de Britania? De ahora en adelante será difícil defender esta isla para siempre. —Owain —dijo Arturo—, ordena a tus cuervos que se detengan. —Sigue jugando, señor —dijo Owain.

⁂

Así terminaron la partida y empezaron otra. Cuando estaban acabándola, oyeron un gran estruendo, el clamor de hombres armados, el graznido de los cuervos y el batir de alas en el aire, mientras arrojaban al suelo las armaduras enteras, y a los hombres y los caballos, despedazados. Entonces vieron acercarse a un caballero sobre un caballo pío de alta cabeza.

El hombro izquierdo del caballo era de un rojo brillante, y su pata derecha, desde el pecho hasta el hueco del casco, era enteramente blanca. El caballero y su caballo llevaban armas de amarillo moteado, adornadas con latón español. Él y su caballo llevaban una túnica de honor dividida en dos partes, blanca y negra, con bordes de púrpura dorada.

Sobre la túnica llevaba una espada de tres filos, brillante y con empuñadura de oro. El cinturón de la espada era de oro amarillo trabajado, con un broche hecho del párpado de una morsa negra y una lengüeta de oro amarillo.

El caballero llevaba un yelmo brillante de latón amarillo, engastado con piedras centelleantes de cristal; en la cimera estaba la figura de un grifo,

con una piedra de muchos poderes en la cabeza. En la mano llevaba una lanza de fresno con asta redonda, de color azul celeste. La punta de la lanza, recién teñida de sangre, estaba recubierta de plata fina.

El caballero llegó furioso al lugar donde estaba Arturo y le dijo que los cuervos habían matado a los miembros de su casa y a los hijos de los principales hombres de esta isla. Le rogó que ordenara a Owain detener a sus cuervos. Arturo le pidió a Owain que los detuviera. Entonces Arturo tomó las piezas de ajedrez de oro que estaban sobre el tablero y las aplastó hasta convertirlas en polvo. Luego Owain ordenó a Gwres, hijo de Rheged, que bajara su estandarte. Lo bajaron y todo quedó en paz.

Entonces Rhonabwy le preguntó a Iddawc quiénes eran los tres primeros hombres que se acercaron a Owain para decirle que estaban matando a sus cuervos. Iddawc respondió: —Eran hombres que lamentaban que Owain sufriera una pérdida: sus compañeros jefes y camaradas, Selyv, hijo de Kynan Garwyn de Powys; Gwgawn Gleddyvrudd, y Gwres, hijo de Rheged, el que porta el estandarte en el día de la batalla y la lucha.

—¿Y quiénes —dijo Rhonabwy— fueron los tres últimos hombres que se acercaron a Arturo para decirle que los cuervos estaban masacrando a sus hombres? —Los mejores hombres —dijo Iddawc—, los más valientes, que sentirían una gran pena si Arturo sufriera algún daño: Blathaon, hijo de Mawrheth; Rhuvawn Pebyr, hijo del príncipe Deorthach, e Hyveidd Unllenn.

En ese momento llegaron veinticuatro caballeros de Osla Gyllellvawr para pedirle a Arturo una tregua de una quincena y un mes. Arturo se levantó y fue a deliberar.

Se acercó a un hombre alto, de cabello castaño rojizo y rizado, que estaba a poca distancia, y allí reunió a sus consejeros: Bedwini, el obispo; Gwarthegyd, hijo de Kaw; March, hijo de Meirchawn; Caradawc Vreichvras; Gwalchmai, hijo de Gwyar; Edeyrn, hijo de Nudd; Rhuvawn Pebyr, hijo del príncipe Deorthach; Rhiogan, hijo del rey de Irlanda; Gwenwynwyn, hijo de Nav; Howel, hijo de Emyr Llydaw; Gwilym, hijo de Rhwyf Freinc; Daned, hijo de Ath; Goreu Custennin; Mabon, hijo de Modron; Peredur Paladyr Hir; Hyveidd Unllenn; Twrch, hijo de Perif; Nerth, hijo de Kadarn; Gobrwy, hijo de Echel Vorddwyttwll; Gwair, hijo de Gwestyl; Gadwy, hijo de Geraint; Trystan, hijo de Tallwch; Moryen Manawc; Granwen, hijo de Llyr; Llacheu, hijo de Arturo; Llawvrodedd Varvawc; Kadwr, conde de Cornwall; Morvran, hijo de Tegid; Rhyawd, hijo de Morgant; Dyvyr, hijo de Alun Dyved; Gwrhyr Gwalstawd Ieithoedd; Adaon, hijo de Taliesin; Llary, hijo de Kasnar Wledig; Fflewddur Fflam; Greidawl Galldovydd; Gilbert, hijo de Kadgyffro; Menw, hijo de Teirgwaedd; Gwrthmwl Wledig; Cawrdav, hijo de Caradawc Vreichvras; Gildas, hijo de Kaw; Kadyriaith, hijo de Saidi; muchos hombres de Noruega y Dinamarca; muchos hombres de Grecia, y una multitud de hombres del ejército.

—Iddawc —dijo Rhonabwy—, ¿quién era el hombre de cabello castaño rojizo al que se acercaron hace un momento? —Rhun, hijo de Maelgwn Gwynedd, un hombre que tiene el privilegio de participar en cualquier consejo. —¿Y por qué admitieron en un consejo de hombres tan dignos como los que están allá a un muchacho tan joven como Kadyriaith, hijo de Saidi? —Porque no hay en toda Britania un hombre más hábil en los consejos que él.

Entonces llegaron unos bardos y recitaron versos ante Arturo. Nadie los entendió, salvo Kadyriaith, aunque todos eran elogios a Arturo.

Y llegaron veinticuatro asnos cargados de oro y plata, cada uno acompañado por un hombre cansado y agotado por el viaje, que traían tributo a Arturo desde las islas de Grecia. Entonces Kadyriaith, hijo de Saidi, pidió que se concediera a Osla Gyllellvawr una tregua de una quincena y un mes, y que los asnos y sus cargas se entregaran a los bardos como recompensa por su estancia, y que se les pagara por sus versos durante la tregua. Así quedó acordado.

—Rhonabwy —dijo Iddawc—, ¿no sería injusto impedir que un joven capaz de dar un consejo tan generoso como este asistiera a los consejos de su señor?

Entonces Kai se levantó y dijo: —Quien quiera seguir a Arturo, que esté con él esta noche en Cornwall; y quien no quiera, que se oponga a Arturo incluso durante la tregua. Y en medio del gran tumulto que siguió, Rhonabwy despertó. Al despertar, estaba sobre la piel amarilla de ternero: había dormido tres días y tres noches.

Este relato se llama El sueño de Rhonabwy. Nadie puede conocer el sueño sin un libro, ni bardo ni vidente dotado, por los diversos colores de los caballos, los muchos y maravillosos colores de las armas y la armadura, los preciosos mantos y las piedras dotadas de poderes.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# PWYLL, PRÍNCIPE DE DYVED

✦

Pwyll, príncipe de Dyved, era señor de los siete cantrevs de Dyved. Una vez se encontraba en Narberth, su palacio principal, y quiso salir de caza. La parte de sus dominios donde le agradaba cazar era Glyn Cuch. Así que salió de Narberth esa noche y llegó hasta Llwyn Diarwyd. Allí pasó la noche; temprano a la mañana siguiente se levantó y llegó a Glyn Cuch.

Soltó los perros en el bosque, hizo sonar el cuerno y comenzó la cacería. Mientras seguía a los perros, perdió de vista a sus compañeros. Y, mientras escuchaba a los sabuesos, oyó el ladrido de otros perros, distinto del de los suyos y proveniente de la dirección opuesta.

Vio un claro en el bosque que formaba una llanura, y cuando sus perros llegaron al borde, vio un ciervo delante de los otros perros. Y he aquí que, cuando llegó al centro del claro, los perros que perseguían al ciervo lo alcanzaron y lo derribaron. Entonces miró el color de los perros, sin detenerse a mirar al ciervo.

De todos los sabuesos que había visto en el mundo, nunca había visto otros como aquellos. Su pelaje era de un blanco brillante y resplandeciente, y sus orejas eran rojas. Así como resplandecía la blancura de sus cuerpos, también relucía el rojo de sus orejas. Se acercó a los perros, apartó a los que habían derribado al ciervo y soltó sobre él a sus propios perros.

Mientras azuzaba a sus perros, vio acercarse a un jinete sobre un gran caballo gris claro. Llevaba un cuerno de caza alrededor del cuello y vestía ropas

de lana gris, propias de un cazador. El jinete se acercó y le habló así: «Jefe —dijo—, sé quién eres y no te saludo».

«Tal vez —dijo Pwyll— seas de tan alta dignidad que no debas hacerlo». «En verdad —respondió—, no es mi dignidad lo que me lo impide». «Entonces, ¿qué es, jefe?», preguntó.

«Por el cielo, es tu propia ignorancia y falta de cortesía». «¿Qué descortesía has visto en mí, jefe?». «Nunca vi mayor descortesía en un hombre —dijo— que apartar a los perros que estaban matando al ciervo y soltar sobre él a los tuyos. Fue una falta de cortesía y, aunque quizá no pueda vengarme de ti, declaro ante el cielo que te deshonraré más de lo que valen cien ciervos».

«Jefe, si he obrado mal, repararé nuestra amistad», respondió. «¿Cómo la repararás?». «De acuerdo con tu dignidad, aunque no sé quién eres». «Soy un rey coronado en la tierra de donde vengo».

«Señor —dijo—, que el día te sea propicio. ¿De qué tierra vienes?». «De Annwvyn —respondió—. Soy Arawn, rey de Annwvyn». «Señor —dijo—, ¿cómo puedo ganar tu amistad?».

«De esta manera —dijo—: hay un hombre cuyos dominios limitan con los míos y que siempre está en guerra contra mí. Es Havgan, rey de Annwvyn. Si me libras de esta opresión, cosa que puedes hacer fácilmente, ganarás mi amistad».

«Lo haré con gusto —dijo—. Muéstrame cómo». «Te lo mostraré. Así es como puedes hacerlo. Haré contigo una firme amistad, y esto es lo que haré: te enviaré a Annwvyn en mi lugar y te daré como compañera a la

dama más hermosa que hayas visto jamás. También te daré mi forma y apariencia, para que ningún paje de la cámara, ni funcionario ni ningún otro hombre de los que siempre me acompañan sepa que no soy yo. Esto durará un año, a partir de mañana, y entonces nos encontraremos en este mismo lugar».

«Sí —dijo—, pero cuando lleve allí un año, ¿cómo reconoceré al hombre de quien hablas?». «Dentro de un año, contado desde esta noche —respondió—, es el día fijado para que nos encontremos en el Vado. Ve allí con mi apariencia y, con un solo golpe, acabarás con su vida. Y si te pide que le des otro, no lo hagas, por mucho que te lo ruegue. Cuando yo lo hice, al día siguiente luchó conmigo tan bien como siempre».

«En verdad —dijo Pwyll—, ¿qué haré con respecto a mi reino?». Arawn dijo: «Haré que nadie en todos tus dominios, ni hombre ni mujer, sepa que no soy tú, y yo iré allí en tu lugar».

«Entonces —dijo Pwyll—, partiré con gusto». «Tu camino estará despejado y nada te detendrá hasta que llegues a mis dominios. Yo mismo te guiaré».

Lo condujo hasta que pudo ver el palacio y sus edificios. «Mira —dijo—, la corte y el reino están a tu disposición. Entra en la corte. No hay nadie allí que te reconozca y, cuando veas cómo se sirve allí, conocerás las costumbres de la corte».

Se dirigió a la corte y, al llegar, vio dormitorios, salones, cámaras y los edificios más hermosos que jamás había visto. Entró en el salón para desvestirse, y llegaron jóvenes y pajes que lo ayudaron a quitarse la ropa. Todos los que

entraban lo saludaban. Dos caballeros se acercaron, le quitaron la ropa de caza y lo vistieron con una túnica de seda y oro.

Prepararon el salón y, entonces, vio entrar a la servidumbre y a la multitud. Era la gente más apuesto y mejor equipada que jamás había visto. Con ellos entró también la reina, la mujer más hermosa que había contemplado hasta entonces. Llevaba un vestido amarillo de satén brillante. Se lavaron y fueron a la mesa. Se sentaron, la reina a un lado de él y, al otro, uno que parecía ser un conde.

Comenzó a hablar con la reina y, por su manera de hablar, pensó que era la dama más agradable y noble en la conversación y el trato que jamás había existido. Comieron y bebieron entre canciones y festejos. De todas las cortes de la tierra, esta era la mejor provista de comida y bebida, copas de oro y joyas reales.

Pasó el año cazando, escuchando música, festejando, divirtiéndose y conversando con sus compañeros, hasta la noche fijada para el combate. Cuando llegó esa noche, incluso quienes vivían en la parte más lejana de sus dominios la recordaban. Pwyll fue al encuentro acompañado por los nobles del reino.

Al llegar al Vado, se levantó un caballero y habló así: «Señores —dijo—, escuchen con atención. Este encuentro es entre dos reyes, y solo entre ellos. Cada uno reclama al otro sus tierras y su territorio. Apártense todos y dejen que el combate sea entre ellos».

Entonces los dos reyes se acercaron en medio del Vado y se enfrentaron. Al primer golpe, el hombre que ocupaba el lugar de Arawn golpeó a Havgan

en el centro del umbo de su escudo, lo partió en dos y rompió su armadura. Havgan cayó al suelo por encima de la grupa de su caballo, a una distancia de un brazo y una lanza, y recibió una herida mortal.

«Jefe —dijo Havgan—, ¿qué derecho tienes a causarme la muerte? No te hacía ningún daño y no sé por qué quieres matarme. Pero, por amor al cielo, ya que has empezado a matarme, termina tu trabajo».

«Ah, jefe —respondió—, quizá me arrepienta de hacerte eso. Quienquiera que te mate, yo no lo haré». «Mis fieles señores —dijo Havgan—, llévenme de aquí. Me ha llegado la hora de morir. Ya no podré defenderlos».

«Nobles míos —dijo también el que tenía la apariencia de Arawn—, deliberen y decidan quién debe ser mi súbdito». «Señor —dijeron los nobles —, todos deben serlo, pues no hay otro rey sobre toda Annwvyn que tú».

«Sí —respondió—, es justo recibir con agrado a quien se presenta humildemente, pero al que no venga con obediencia se lo obligará por la fuerza de las espadas». Entonces recibió el homenaje de los hombres y comenzó a conquistar el país. Al mediodía del día siguiente, los dos reinos estaban bajo su poder. Después fue a cumplir su cita y llegó a Glyn Cuch.

⁂

Cuando llegó, el rey de Annwvyn estaba allí para recibirlo, y ambos se alegraron de verse. «En verdad —dijo Arawn—, que el cielo te recompense por tu amistad conmigo. He oído hablar de lo que hiciste. Cuando vuelvas a tus dominios —dijo—, verás lo que he hecho por ti». «Que el cielo te recompense por todo lo que hayas hecho por mí».

Entonces Arawn devolvió a Pwyll, príncipe de Dyved, su propia forma y apariencia, y él recuperó las suyas. Arawn partió hacia la corte de Annwvyn. Se alegró al ver a sus huestes y a su servidumbre, a quienes no había visto desde hacía tanto tiempo. Ellos no habían sabido de su ausencia y su llegada no les causó más asombro que de costumbre.

Aquel día transcurrió entre alegría y regocijo. Se sentó y conversó con su esposa y sus nobles. Cuando llegó la hora de dormir en vez de seguir festejando, se fueron a descansar.

Pwyll, príncipe de Dyved, también volvió a su país y a sus dominios, y empezó a preguntar a los nobles de la tierra cómo había sido su gobierno durante el año anterior, comparado con lo que había sido antes.

«Señor —dijeron—, nunca tuviste tanta sabiduría, ni fuiste tan bondadoso ni tan generoso al repartir tus dones. Nunca se vio tu justicia de manera más digna que este año».

«Por el cielo —dijo—, por todo el bien que han disfrutado, deberían dar las gracias a quien estuvo con ustedes. Pues esto es lo que ocurrió». Entonces Pwyll les contó todo.

«En verdad, señor —dijeron—, da gracias al cielo por tener un compañero así y no nos prives del gobierno que hemos disfrutado durante el último año». «Pongo al cielo por testigo de que no los privaré de él», respondió Pwyll.

Desde entonces afianzaron la amistad que los unía, y cada uno envió al otro caballos, galgos, halcones y toda clase de joyas que creyera que agradarían al otro. Como Pwyll había vivido aquel año en Annwvyn, había gobernado

allí con tanta prosperidad y había unido los dos reinos en un solo día gracias a su valor y destreza, dejó de llamarse Pwyll, príncipe de Dyved, y desde entonces lo llamaron Pwyll, jefe de Annwvyn.

Una vez, Pwyll estaba en Narberth, su palacio principal, donde habían preparado un banquete para él, y tenía consigo a una gran multitud de hombres. Después de la primera comida, se levantó para pasear y subió a lo alto de un montículo que estaba sobre el palacio y se llamaba Gorsedd Arberth.

«Señor —dijo uno de los cortesanos—, es propio de este montículo que quien se siente en él no pueda marcharse sin recibir heridas o golpes, o sin ver algo maravilloso».

«No temo recibir heridas ni golpes en medio de una multitud como esta, pero me gustaría ver algo maravilloso. Por eso iré a sentarme en el montículo».

Y se sentó en el montículo. Mientras estaba allí, vieron a una dama que avanzaba por el camino que pasaba junto al montículo, montada en un gran caballo de un blanco puro y vestida con una túnica de oro brillante. El caballo parecía avanzar a un paso lento y uniforme y acercarse al montículo.

«Hombres míos —dijo Pwyll—, ¿hay entre ustedes alguien que conozca a esa dama?». «Nadie, señor», respondieron. «Vaya uno de ustedes a su encuentro, para que sepamos quién es». Uno de ellos se levantó y salió al camino para encontrarse con ella, pero ella pasó de largo. Él la siguió tan rápido como pudo, aunque iba a pie; y cuanto más se apresuraba, más lejos quedaba ella.

Al ver que no conseguía nada siguiéndola, volvió junto a Pwyll y le dijo: «Señor, es inútil que alguien en el mundo intente seguirla a pie». «En verdad —dijo Pwyll—, ve al palacio, toma el caballo más veloz que encuentres y ve tras ella».

Y tomó un caballo y siguió adelante. Llegó a una llanura abierta y espoleó a su caballo; y cuanto más lo apremiaba, más lejos quedaba ella. Sin embargo, ella mantenía el mismo paso que al principio. El caballo empezó a desfallecer; y cuando sus patas ya no pudieron más, regresó al lugar donde estaba Pwyll.

«Señor —dijo—, de nada sirve que nadie siga a esa dama. No conozco caballo más veloz que este en todos estos reinos, y no me sirvió de nada perseguirla». «En verdad —dijo Pwyll—, aquí debe de haber algún encantamiento. Volvamos al palacio». Y al palacio fueron, y allí pasaron el día. Al día siguiente se levantaron y también lo pasaron allí, hasta que llegó la hora de comer.

Después de la primera comida, Pwyll dijo: «En verdad, iremos con el mismo grupo que ayer a la cima del túmulo. Y tú —le dijo a uno de sus jóvenes—, toma el caballo más veloz que conozcas en el campo». Así lo hizo el joven. Fueron hacia el túmulo llevando consigo el caballo.

Mientras estaban sentados, vieron a la dama venir por el mismo camino, en el mismo caballo y con la misma ropa. «Mira —dijo Pwyll—, ahí está la dama de ayer. Prepárate, joven, para averiguar quién es».

«Señor —dijo él—, lo haré con gusto». En ese momento la dama pasó frente a ellos. El joven montó su caballo, pero antes de acomodarse en la si-

lla, ella pasó de largo y quedó un buen trecho entre los dos. Sin embargo, no iba más deprisa que el día anterior. Entonces puso su caballo al trote suave, pensando que, aunque avanzara con calma, pronto la alcanzaría.

Pero no le sirvió de nada; así que soltó las riendas y dejó correr al caballo. Aun así, no se acercó más a ella que cuando iba al paso. Cuanto más apremiaba a su caballo, más lejos quedaba ella. Y, no obstante, no cabalgaba más deprisa que antes. Al ver que no servía de nada seguirla, regresó al lugar donde estaba Pwyll.

«Señor —dijo—, el caballo no puede hacer más de lo que has visto». «Ya veo que de nada sirve que nadie la siga. Y, por el Cielo —dijo—, debe de tener un recado para alguien en esta llanura, si tanta prisa le da para no poder decirlo. Volvamos al palacio». Regresaron al palacio y pasaron aquella noche cantando y festejando, como les placía.

⁂

Al día siguiente se entretuvieron hasta que llegó la hora de comer. Al terminar, Pwyll dijo: «¿Dónde están los compañeros que ayer y anteayer fueron a la cima del túmulo?».

«Aquí estamos, señor», respondieron. «Vamos —dijo él— al túmulo, a sentarnos allí. Y tú —le dijo al mozo que cuidaba de su caballo—, ensilla bien mi caballo, llévalo pronto al camino y trae también mis espuelas». El joven así lo hizo.

Fueron y se sentaron sobre el túmulo; y llevaban allí poco tiempo cuando vieron venir a la dama por el mismo camino, de la misma manera y al mismo paso. «Joven —dijo Pwyll—, veo que viene la dama; tráeme mi ca-

ballo». Apenas hubo montado, ella pasó de largo. Él se volvió y fue tras ella.

Dejó que su caballo avanzara dando saltos juguetones, pensando que con el segundo o el tercer brinco la alcanzaría. Pero no se acercó más que al principio. Entonces apremió al caballo para que corriera a toda velocidad, pero vio que de nada servía seguirla. Pwyll dijo: «¡Oh, doncella! Por aquel a quien más amas, espérame».

«Con gusto esperaré —dijo ella—, y más le habría valido a tu caballo que me lo pidieras hace rato». La doncella se detuvo y echó hacia atrás la parte del tocado que le cubría el rostro. Clavó en él los ojos y empezó a hablarle.

«Señora —preguntó él—, ¿de dónde vienes y adónde vas?». «Voy por mis propios asuntos —dijo ella—, y me alegra mucho verte». «Te saludo», dijo él. Entonces pensó que la belleza de todas las doncellas y damas que había visto no era nada comparada con la de ella.

«Señora —dijo—, ¿quieres contarme algo de tu propósito?». «Te lo contaré —dijo ella—. Mi principal empeño era buscarte». «Mira —dijo Pwyll —, no podrías haber venido con un propósito que me agradara más. ¿Me dirás quién eres?».

«Te lo diré, señor —dijo ella—. Soy Rhiannon, hija de Heveydd Hên. Quisieron darme por esposo a alguien contra mi voluntad. Yo no quería marido, por amor a ti, y tampoco lo aceptaré ahora, a menos que tú me rechaces. He venido hasta aquí para escuchar tu respuesta».

«Por el Cielo —dijo Pwyll—, esta es mi respuesta: si pudiera elegir entre todas las damas y doncellas del mundo, te elegiría a ti». «En verdad —dijo

ella—, si así lo deseas, prométeme que volverás a verme antes de que me entreguen a otro».

«Cuanto antes pueda hacerlo, más me complacerá —dijo Pwyll—; donde tú quieras, allí me reuniré contigo». «Quiero que te reúnas conmigo dentro de un año, hoy, en el palacio de Heveydd. Haré preparar un banquete para que esté listo cuando llegues».

«Con gusto acudiré a la cita», dijo él. «Señor —dijo ella—, que estés bien y recuerda cumplir tu promesa. Ahora me voy». Así se separaron, y él regresó con sus compañeros y los de su casa. Cualquier pregunta que le hicieran sobre la doncella, él siempre desviaba la conversación hacia otros asuntos.

Cuando pasó un año, hizo que cien caballeros se prepararan para acompañarlo al palacio de Heveydd Hên. Llegó al palacio, donde hubo gran alegría por su llegada, mucha gente reunida, grandes festejos y enormes preparativos para recibirlo. Toda la corte quedó a sus órdenes.

Adornaron el salón y fueron a comer. Se sentaron así: Heveydd Hên a un lado de Pwyll y Rhiannon al otro. Todos los demás ocuparon su lugar según su rango. Comieron, festejaron y conversaron entre ellos. Al comienzo de la celebración que siguió a la comida, entró un joven alto, de cabello castaño rojizo y porte regio, vestido con una prenda de satén.

Al entrar en el salón, saludó a Pwyll y a sus compañeros. «Que el Cielo te salude, alma mía —dijo Pwyll—. Ven y siéntate». «No —dijo el joven—, soy un pretendiente y he venido a cumplir mi encargo».

«Hazlo con gusto», dijo Pwyll. «Señor —dijo el joven—, vengo con un encargo para ti: pedirte un favor». «Cualquier favor que me pidas, en la medida de mis posibilidades, te lo concederé».

«¡Ay! —dijo Rhiannon—, ¿por qué diste esa respuesta?». «¿Acaso no la dio delante de estos nobles?», preguntó el joven. «Alma mía —dijo Pwyll —, ¿qué favor me pides?».

«La dama a quien más amo será tu esposa esta noche. Vengo a pedírtela, junto con el banquete y el festín que hay aquí». Pwyll guardó silencio por la respuesta que había dado.

«Guarda silencio cuanto quieras —dijo Rhiannon—. Nadie ha hecho peor uso de su ingenio que tú». «Señora —dijo él—, no sabía quién era». «Mira, este es el hombre con quien querían casarme contra mi voluntad —dijo ella—. Es Gwawl, hijo de Clud, un hombre de gran poder y riqueza. Por la palabra que has dado, entrégame a él para que no caigas en vergüenza».

«Señora —dijo él—, no entiendo tu respuesta. Nunca podré hacer lo que dices». «Entrégame a él —dijo ella— y haré que nunca llegue a ser suyo». «¿Cómo lo harás?», preguntó Pwyll.

«Te pondré en la mano una pequeña bolsa —dijo ella—. Cuídala bien. Él te pedirá el banquete, el festín y los preparativos, que no están en tu poder. Yo daré el banquete a los compañeros y a la gente de la casa. Esa será tu respuesta al respecto. En cuanto a mí, me comprometeré a ser su esposa dentro de un año, esta misma noche. Al cabo del año, ven aquí —dijo ella— y trae contigo esta bolsa. Que tus cien caballeros estén en el huerto de allá

arriba. Cuando él esté en medio de la alegría y el festín, entra tú solo, vestido con harapos y con la bolsa en la mano.

Pide únicamente una bolsa llena de comida, y haré que, aunque metan en ella toda la comida y la bebida que hay en estos siete Cantrevs, no quede más llena que antes. Después de que hayan metido muchas cosas, él te preguntará si la bolsa llegará a llenarse alguna vez. Dile entonces que nunca se llenará hasta que un hombre de noble linaje y gran riqueza se levante y aplaste con ambos pies la comida dentro de la bolsa, diciendo: "Ya hay suficiente ahí". Haré que vaya y aplaste la comida dentro de la bolsa. Cuando lo haga, da vuelta la bolsa para que le quede por encima de la cabeza, y luego ata las correas con un nudo.

Lleva también un buen cuerno de caza colgado al cuello. En cuanto lo hayas atrapado en la bolsa, toca el cuerno; esa será la señal entre tú y tus caballeros. Cuando oigan el sonido, que bajen al palacio».

«Señor —dijo Gwawl—, es justo que me respondas a la petición». «Tendrás cuanto me has pedido que esté en mi poder concederte», respondió Pwyll. «Alma mía —le dijo Rhiannon—, el banquete y el festín que hay aquí se los he ofrecido a los hombres de Dyved, a la gente de la casa y a los guerreros que están con nosotros. No puedo permitir que se los entreguen a nadie más. Dentro de un año, esta noche, se preparará un banquete para ti en este palacio, y así podré convertirme en tu esposa».

⁂

Así que Gwawl se fue a sus dominios, y Pwyll también regresó a Dyved. Ambos pasaron aquel año hasta que llegó el momento de la fiesta en el pa-

lacio de Heveydd Hên. Entonces Gwawl, hijo de Clud, partió hacia la fiesta que se había preparado para él, llegó al palacio y allí fue recibido con alegría.

Pwyll, por su parte, el Señor de Annwvyn, llegó al huerto con sus cien caballeros, como Rhiannon le había ordenado, llevando consigo la bolsa. Pwyll vestía ropas burdas y harapientas, y calzaba unos zapatos grandes, toscos y viejos. Cuando supo que había comenzado el banquete después de la comida, se dirigió al salón.

Al entrar, saludó a Gwawl, hijo de Clud, y a todos los presentes, hombres y mujeres. «Que el Cielo te prospere», dijo Gwawl, «y que la bendición del Cielo sea contigo».

«Señor», dijo él, «que el Cielo te recompense; tengo un encargo para ti». «Bienvenido sea tu encargo, y si me pides algo justo, te lo concederé de buen grado».

«Es lo que corresponde», respondió él. «Solo te pido por necesidad que me concedas esta pequeña bolsa que ves, llena de comida». «Es una petición razonable», dijo Gwawl, «y con gusto te la concederé. Tráiganle comida». Se levantaron muchos sirvientes y comenzaron a llenar la bolsa, pero, por más que echaban en ella, no se llenaba más que al principio.

«Por mi alma», dijo Gwawl, «¿se llenará alguna vez tu bolsa?». «Te juro por el Cielo que no», dijo él, «por más que le echen, a menos que se levante alguien que posea tierras, dominios y riquezas, pise con ambos pies la comida que hay dentro de la bolsa y diga: “Ya se ha puesto suficiente”».

Entonces Rhiannon le dijo a Gwawl, hijo de Clud: «Levántate enseguida».

«Me levantaré con gusto», dijo él. Se puso de pie y metió ambos pies en la bolsa. Pwyll dobló los bordes de la bolsa, de modo que Gwawl quedó dentro, cubierto hasta la cabeza. La cerró rápidamente, hizo un nudo en las correas y tocó su cuerno. Enseguida, he aquí que su gente cayó sobre el palacio.

Capturaron a toda la comitiva que había llegado con Gwawl y la encerraron en la prisión de este. Pwyll se quitó los harapos, los zapatos viejos y las ropas andrajosas; y, a medida que entraban, cada uno de los caballeros de Pwyll daba un golpe a la bolsa y preguntaba: «¿Qué hay aquí?».

«Un tejón», respondían. Y así jugaban, golpeando cada uno la bolsa con el pie o con un bastón. Así jugaban con la bolsa. Cada uno, al entrar, preguntaba: «¿A qué juego están jugando?».

«Al juego del tejón en la bolsa», respondían. Y así se jugó por primera vez al juego del tejón en la bolsa.

«Señor», dijo el hombre que estaba en la bolsa, «si tan solo me escucharas, no merezco que me maten dentro de una bolsa». Heveydd Hên dijo: «Señor, dice la verdad. Deberías escucharlo, pues no merece esto».

«En verdad», dijo Pwyll, «seguiré tu consejo sobre él». «Este es, entonces, mi consejo», dijo Rhiannon. «Ahora te corresponde atender a los pretendientes y a los bardos; que él les dé los regalos en tu lugar, y pídele una garantía de que nunca intentará vengarse de lo que se le ha hecho. Ese castigo será suficiente».

«Lo haré con gusto», dijo el hombre de la bolsa. «Y yo lo aceptaré de buen grado», dijo Pwyll, «pues es el consejo de Heveydd y Rhiannon». «Ese es, pues, nuestro consejo», respondieron ellos.

«Lo acepto», dijo Pwyll. «Busca quienes respondan por ti». «Nosotros responderemos por él», dijo Heveydd, «hasta que sus hombres puedan hacerlo». Entonces lo sacaron de la bolsa y liberaron a sus vasallos.

«Pídele ahora a Gwawl que presente a quienes respondan por él», dijo Heveydd. «Sabemos quiénes deben ser». Y Heveydd nombró a los garantes. Gwawl dijo: «Redacta tú mismo el pacto».

«Me basta con que sea tal como dijo Rhiannon», respondió Pwyll. Así, los garantes se comprometieron a cumplir el pacto. «En verdad, señor», dijo Gwawl, «estoy muy lastimado y tengo muchos golpes. Necesito que me unjan; con tu permiso, me marcharé. Dejaré nobles en mi lugar para que respondan por mí en todo lo que exijas». «Con gusto», dijo Pwyll; «puedes hacerlo». Entonces Gwawl se dirigió a sus propios dominios.

Prepararon el salón para Pwyll, los hombres de su comitiva y también los de la corte. Se dirigieron a las mesas y se sentaron. Tal como se habían sentado un año atrás, así se sentaron aquella noche. Comieron, celebraron un banquete y pasaron la noche entre alegría y tranquilidad. Llegó la hora de dormir, y Pwyll y Rhiannon se fueron a su cámara.

A la mañana siguiente, al despuntar el día, Rhiannon dijo: «Señor, levántate y comienza a entregar tus regalos a los bardos. Hoy no le niegues nada a nadie que pueda pedirte tu generosidad».

«Así lo haré con gusto», dijo Pwyll, «hoy y todos los días que dure la fiesta». Pwyll se levantó, mandó proclamar silencio y pidió a todos los pretendientes y bardos que mostraran y señalaran qué regalos deseaban. Hecho esto, continuó la fiesta y, mientras duró, no le negó nada a nadie.

Cuando terminó la fiesta, Pwyll le dijo a Heveydd: «Señor, con tu permiso, mañana partiré hacia Dyved». «Desde luego», dijo Heveydd, «que el Cielo te prospere. Fija también una fecha para que Rhiannon pueda seguirte».

«Por el Cielo», dijo Pwyll, «nos iremos juntos de aquí». «¿Eso deseas, señor?», dijo Heveydd. «Sí, por el Cielo», respondió Pwyll.

Al día siguiente partieron hacia Dyved y viajaron hasta el palacio de Narberth, donde les habían preparado un banquete. Allí acudieron muchos de los principales hombres y las damas más nobles del país. No hubo ninguno a quien Rhiannon no le diera algún regalo valioso, ya fuera un brazalete, un anillo o una piedra preciosa. Gobernaron el país con prosperidad aquel año y el siguiente.

Al tercer año, los nobles del país comenzaron a entristecerse al ver que un hombre a quien tanto querían, y que además era su señor y hermano de crianza, no tenía heredero. Fueron a verlo. Se reunieron en Preseleu, en Dyved.

«Señor», dijeron, «sabemos que ya no eres tan joven como algunos hombres de este país, y tememos que no tengas un heredero con la esposa que has tomado. Toma, pues, otra esposa con quien puedas tener herederos. No

siempre podrás quedarte con nosotros y, aunque quieras seguir como estás, no lo permitiremos».

«La verdad es que hace poco que estamos unidos», dijo Pwyll, «y todavía pueden pasar muchas cosas. Concédanme un año a partir de ahora; viviremos juntos durante ese año y, después, haré lo que ustedes deseen». Ellos se lo concedieron. Antes de que terminara el año, le nació un hijo.

Nació en Narberth; y la noche de su nacimiento llevaron a unas mujeres para que cuidaran de la madre y del niño. Las mujeres se durmieron, y también Rhiannon, la madre del niño. Eran seis las mujeres que habían llevado a la cámara. Velaron durante buena parte de la noche, pero antes de medianoche todas se quedaron dormidas.

Al acercarse el amanecer, despertaron y miraron dónde habían dejado al niño. Y he aquí que ya no estaba. «¡Ay!», dijo una de las mujeres, «¿se ha perdido el niño?».

«Sí», dijo otra, «y será poca venganza que nos quemen o nos maten por causa del niño». Una de las mujeres dijo: «¿Hay algún consejo que podamos seguir en este asunto?».

«Sí», respondió otra, «les daré un buen consejo». «¿Cuál?», preguntaron. «Aquí hay una perra de caza que acaba de tener cachorros. Matemos algunos, untemos con su sangre el rostro y las manos de Rhiannon, pongamos los huesos delante de ella y afirmemos que ella misma devoró a su hijo. Las seis juntas podremos sostenerlo y ella no podrá contradecirnos».

Así lo acordaron, siguiendo ese consejo. Al amanecer, Rhiannon despertó y dijo: «Mujeres, ¿dónde está mi hijo?». «Señora», dijeron ellas, «no nos

preguntes por tu hijo. Solo recibimos golpes y moretones al forcejear contigo, y la verdad es que nunca vimos a una mujer tan violenta como tú, pues no había manera de enfrentarte. ¿Acaso no devoraste tú misma a tu hijo? No nos lo reclames».

«Por piedad», dijo Rhiannon, «el Señor Dios lo sabe todo. No me acusen falsamente. Si me dicen esto por miedo, les juro ante el Cielo que las defenderé». «De veras», dijeron ellas, «no haríamos daño a nuestras personas por nadie en el mundo».

«Por piedad», dijo Rhiannon, «no recibirán ningún castigo por decir la verdad». Pero, dijera lo que dijera, con buenas o malas palabras, de las mujeres recibió siempre la misma respuesta.

⁂

Pwyll, el Señor de Annwvyn, se levantó junto con su gente y sus huestes. El suceso no pudo mantenerse en secreto; la noticia se extendió por todo el país y llegó a oídos de todos los nobles. Entonces fueron a ver a Pwyll y le rogaron que repudiara a su esposa por el grave crimen que había cometido. Pero Pwyll les respondió que no tenían motivo para pedirle que la repudiara, salvo que no tenía hijos. «Pero ahora ha tenido hijos, así que no la repudiaré. Si ha obrado mal, que haga penitencia».

Rhiannon mandó llamar a los maestros y a los sabios. Como prefería hacer penitencia antes que enfrentarse a las mujeres, aceptó cumplirla. La penitencia que le impusieron fue permanecer en el palacio de Narberth hasta que terminaran siete años y sentarse cada día junto a una piedra para montar a caballo que había afuera de la puerta.

También debía contar la historia a todos los que llegaran y que, a su juicio, aún no la conocieran; y debía ofrecerse a llevar a los visitantes y forasteros a cuestas hasta el palacio, si ellos se lo permitían. Pero rara vez alguien aceptaba. Así pasó parte del año.

En aquel tiempo, Teirnyon Twryv Vliant era señor de Gwent Is Coed y el mejor hombre del mundo. En su casa tenían una yegua más hermosa que cualquier otra yegua o caballo del reino. La noche de cada primero de mayo paría un potrillo, pero nadie llegaba a saber qué ocurría con él.

Una noche, Teirnyon habló con su esposa: «Es muy extraño, esposa, que nuestra yegua para cada año y que no nos quede ninguno de sus potrillos». «¿Qué podemos hacer?», dijo ella.

«Esta noche es la víspera del primero de mayo», dijo él. «Que la venganza del Cielo caiga sobre mí si no averiguo quién se lleva los potrillos». Hizo que llevaran la yegua a una casa, se armó y comenzó a velar aquella noche. Al comienzo de la noche, la yegua parió un potrillo grande y hermoso, que se puso en pie allí mismo.

Teirnyon se levantó y se fijó en el tamaño del potrillo. En ese momento oyó un gran estruendo y, después, he aquí que una garra entró por la ventana y lo agarró por la crin. Teirnyon desenvainó la espada y le cortó el brazo a la altura del codo, de modo que el brazo y el potrillo quedaron dentro de la casa. Entonces oyó un estruendo y lamentos a la vez.

Abrió la puerta y salió corriendo en dirección al ruido. Por la oscuridad de la noche no pudo ver qué causaba el estruendo, pero corrió tras él y lo siguió. Entonces recordó que había dejado la puerta abierta y regresó. En la

puerta encontró a un niño envuelto en pañales y cubierto con un manto de satén. Lo alzó y vio que era muy robusto para su edad.

Entonces cerró la puerta y entró en la habitación donde estaba su esposa. «Señora», dijo, «¿estás dormida?» «No, señor», dijo ella, «estaba dormida, pero desperté cuando entraste».

«Mira, aquí tienes un niño, si lo quieres», dijo él, «ya que nunca has tenido uno». «Señor mío», dijo ella, «¿qué aventura es esta?» «Fue así», dijo Teirnyon; y le contó cómo había sucedido todo.

«En verdad, señor», dijo ella, «¿qué clase de ropas lleva el niño?» «Una capa de satén», dijo él. «Entonces es un niño de linaje noble», respondió ella. «Señor mío», dijo, «si quieres, tendré gran diversión y alegría. Llamaré a mis mujeres y les diré que he estado embarazada».

«Con gusto te permitiré hacerlo», respondió él. Así lo hicieron, y mandaron bautizar al niño; la ceremonia se celebró allí, y el nombre que le dieron fue Gwri Wallt Euryn, porque el cabello que tenía en la cabeza era amarillo como el oro. Mantuvieron al niño en la corte hasta que cumplió un año. Antes de que terminara el año ya caminaba con firmeza.

Era más grande que un niño de tres años, incluso uno de gran crecimiento y tamaño. Lo criaron durante el segundo año, y entonces era tan grande como un niño de seis años. Antes de que terminara el cuarto año, sobornaba a los mozos de cuadra para que le permitieran llevar los caballos a beber.

«Señor mío», dijo la esposa de Teirnyon, «¿dónde está el potrillo que salvaste la noche en que encontraste al niño?» «He ordenado a los mozos de

cuadra», dijo él, «que lo cuiden».

«¿No sería bueno, señor», dijo ella, «que mandaras domarlo y se lo dieras al niño, puesto que el potrillo nació la misma noche en que encontraste al niño y tú lo salvaste?»

«No me opondré a ti en esto», dijo Teirnyon. «Te permitiré darle el potrillo». «Señor», dijo ella, «que el Cielo te recompense; se lo daré». Así que le dieron el caballo al niño. Entonces ella fue con los mozos de cuadra y quienes cuidaban los caballos, y les ordenó que cuidaran bien del caballo, para que estuviera domado cuando el niño pudiera montarlo.

⁂

Mientras sucedía todo esto, oyeron noticias de Rhiannon y de su castigo. Teirnyon Twryv Vliant, por la compasión que sintió al oír la historia de Rhiannon y su castigo, preguntó cuidadosamente por el asunto, hasta que escuchó el relato de muchos de los que llegaban a su corte.

Entonces Teirnyon, lamentando a menudo aquella triste historia, reflexionó para sí, miró fijamente al niño y, al contemplarlo, le pareció que nunca había visto semejanza tan grande entre padre e hijo como la que había entre el niño y Pwyll, jefe de Annwvyn. Conocía bien el aspecto de Pwyll, pues tiempo atrás había sido uno de sus seguidores.

Entonces se afligió por el agravio que cometía al tener consigo a un niño que sabía que era hijo de otro hombre. La primera vez que estuvo a solas con su esposa, le dijo que no estaba bien que conservaran al niño con ellos y permitieran que una dama tan excelente como Rhiannon fuera castigada

tan duramente por su causa, cuando el niño era hijo de Pwyll, jefe de Annwvyn.

La esposa de Teirnyon estuvo de acuerdo en que debían enviar al niño a Pwyll. «Y así, señor», dijo ella, «obtendremos tres cosas. Agradecimiento y regalos por liberar a Rhiannon de su castigo; agradecimiento de Pwyll por criar a su hijo y devolvérselo; y, en tercer lugar, si el niño tiene buen carácter, será nuestro hijo adoptivo y nos hará todo el bien que pueda». Así se decidió, de acuerdo con este consejo.

Al día siguiente, Teirnyon ya estaba preparado, acompañado por otros dos caballeros. El niño, como cuarto de la compañía, fue con ellos en el caballo que Teirnyon le había dado. Viajaron hacia Narberth y no tardaron en llegar. Al acercarse al palacio, vieron a Rhiannon sentada junto al bloque para montar.

Cuando estuvieron frente a ella, «Caudillo», dijo ella, «no sigas adelante así; los llevaré a todos sobre mi espalda hasta el palacio, y esta es mi penitencia por matar a mi propio hijo y devorarlo».

«Oh, hermosa señora», dijo Teirnyon, «no pienses que yo aceptaré que me lleves sobre tu espalda». «Yo tampoco», dijo el niño. «De verdad, alma mía», dijo Teirnyon, «no iremos». Así que siguieron adelante hasta el palacio, y su llegada causó gran alegría. Se había preparado un banquete en el palacio porque Pywll había regresado de los confines de Dyved.

Entraron en el salón y se lavaron, y Pwyll se alegró de ver a Teirnyon. Se sentaron en este orden: Teirnyon entre Pwyll y Rhiannon, sus dos compañeros al otro lado de Pwyll, y el niño entre ellos. Después de comer, comen-

zaron a beber y a conversar. Teirnyon habló de la aventura de la yegua y el niño, y de cómo él y su esposa habían criado al niño como si fuera suyo.

«Y mira, señora, aquí está tu hijo», dijo Teirnyon. «Quienquiera que haya contado esa mentira sobre ti ha obrado mal. Cuando supe de tu dolor, me sentí preocupado y afligido. Y creo que no hay nadie en esta reunión que no vea que el niño es hijo de Pwyll», dijo Teirnyon.

«No hay nadie», dijeron todos, «que no esté seguro de ello». «Pongo al Cielo por testigo», dijo Rhiannon, «de que, si esto es verdad, mi sufrimiento se ha acabado».

«Señora», dijo Pendaran Dyved, «acertaste al llamar Pryderi[3] a tu hijo, y bien le queda el nombre de Pryderi, hijo de Pwyll, jefe de Annwvyn». «Dime», dijo Rhiannon, «¿no le quedaría mejor su propio nombre?»

«¿Qué nombre tiene?», preguntó Pendaran Dyved. «Gwri Wallt Euryn es el nombre que le dimos». «Pryderi», dijo Pendaran, «será su nombre». «Sería más apropiado», dijo Pwyll, «que el niño recibiera su nombre de las palabras que dijo su madre cuando recibió la alegre noticia de él». Y así quedó acordado.

«Teirnyon», dijo Pwyll, «que el Cielo te recompense por haber criado al niño hasta este momento; y, siendo de linaje noble, sería justo que te lo recompensara».

«Señor mío», dijo Teirnyon, «fue mi esposa quien lo crió, y no hay nadie en el mundo tan afligida como ella por separarse de él. Sería bueno que él recordara lo que mi esposa y yo hemos hecho por él».

«Pongo al Cielo por testigo», dijo Pwyll, «de que mientras viva te sostendré a ti y a tus bienes, siempre que pueda conservar los míos. Y cuando él tenga poder, podrá mantenerlos mejor que yo. Si este consejo te complace a ti y a mis nobles, puesto que tú lo has criado hasta ahora, desde este momento se lo entregaré a Pendaran Dyved para que lo críe. Ustedes serán compañeros y ambos serán sus padres adoptivos».

«Es un buen consejo», dijeron todos. Así que entregaron al niño a Pendaran Dyved y enviaron con él a los nobles del país. Teirnyon Twryv Vliant y sus compañeros partieron hacia su tierra y sus posesiones, llenos de afecto y alegría. No se fue sin que le ofrecieran las joyas más hermosas, los caballos más hermosos y los perros más selectos, pero no aceptó ninguno.

Entonces todos permanecieron en sus propios dominios. Pryderi, hijo de Pwyll, jefe de Annwvyn, fue criado con esmero, como correspondía, y llegó a ser el joven más apuesto, más agraciado y más diestro en todos los buenos juegos de todo el reino. Así pasaron los años, hasta que llegó el fin de la vida de Pwyll, jefe de Annwvyn, y murió.

Pryderi gobernó prósperamente los siete cantrevs de Dyved, y fue amado por su pueblo y por todos los que lo rodeaban. Finalmente, añadió a sus dominios los tres cantrevs de Ystrad Tywi y los cuatro cantrevs de Cardigan; y estos fueron llamados los Siete Cantrevs de Seissyllwch. Después de esta anexión, Pryderi, hijo de Pwyll, jefe de Annwvyn, quiso tomar esposa. La mujer que eligió fue Kicva, hija de Gwynn Gohoyw, hijo de Gloyw Wallt Lydan, hijo del príncipe Casnar, uno de los nobles de esta isla.

Y así termina esta parte del Mabinogion.

Notas

2 Hades.

3 La palabra «Pryder» o «Pryderi» significa ansiedad.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# BRANWEN, LA HIJA DE LLYR

✦

Bendigeid Vran, hijo de Llyr, era el rey coronado de esta isla, y fue coronado en Londres. Una tarde estaba en Harlech, en Ardudwy, en su corte, y se sentaba sobre la roca de Harlech, mirando al mar. Con él estaban su hermano Manawyddan, hijo de Llyr, y sus hermanos por parte de madre, Nissyen y Evnissyen, y también muchos nobles, como correspondía ver alrededor de un rey.

Sus dos hermanos por parte de madre eran hijos de Eurosswydd y de su madre, Penardun, hija de Beli, hijo de Manogan. Uno de estos jóvenes era bueno y de carácter apacible; hacía las paces entre sus parientes y reconciliaba a su familia cuando la ira llegaba a su punto más alto. Este era Nissyen.

El otro, en cambio, provocaba discordia entre sus dos hermanos cuando estaban en la mayor paz. Mientras estaban sentados así, vieron trece barcos que venían del sur de Irlanda y se dirigían hacia ellos. Avanzaban rápidamente, con el viento a favor, y se acercaron pronto.

«Veo barcos a lo lejos», dijo el rey, «que vienen rápidamente hacia la costa. Ordenen a los hombres de la corte que se preparen y vayan a averiguar qué quieren». Los hombres se prepararon y bajaron hacia ellos. Cuando vieron los barcos de cerca, todos estuvieron de acuerdo en que nunca habían visto barcos mejor equipados. Llevaban hermosas banderas de satén.

Entonces uno de los barcos se adelantó a los demás, y vieron un escudo levantado por encima de su costado, con la punta hacia arriba, en señal de paz. Los hombres se acercaron para conversar. Luego botaron botes y llegaron a tierra. Saludaron al rey. Él podía oírlos desde donde estaba, sobre la roca, por encima de sus cabezas.

«Que el cielo los favorezca», dijo, «y sean bienvenidos. ¿A quién pertenecen estos barcos, y quién es el jefe entre ustedes?». «Señor», dijeron, «aquí está Matholwch, rey de Irlanda, y estos barcos le pertenecen».

«¿Por qué viene?», preguntó el rey, «¿y desembarcará?». «Viene a pedirte algo, señor», dijeron, «y no desembarcará si no obtiene lo que solicita». «¿Y qué puede ser?», preguntó el rey.

«Desea aliarse contigo, señor», dijeron, «y viene a pedirte a Branwen, hija de Llyr, para que, si te parece bien, la Isla de los Poderosos se alíe con Irlanda y ambas sean más poderosas».

«En verdad», dijo él, «que desembarque, y lo consultaremos». Llevaron esta respuesta a Matholwch. «Iré de buen grado», dijo. Así que desembarcó, y lo recibieron con alegría. Aquella noche hubo una gran multitud en el palacio, entre sus anfitriones y los hombres de la corte. Al día siguiente deliberaron y decidieron entregar a Branwen a Matholwch. Ella era una de las tres damas principales de esta isla, y la doncella más hermosa del mundo.

Eligieron Aberffraw como el lugar donde ella se convertiría en su esposa. Partieron de allí, y las huestes se dirigieron a Aberffraw: Matholwch y sus

hombres, en sus barcos; Bendigeid Vran y los suyos, por tierra, hasta que llegaron a Aberffraw. Allí empezaron el banquete y se sentaron.

Se sentaron así: el rey de la Isla de los Poderosos y Manawyddan, hijo de Llyr, a un lado; Matholwch, al otro, y junto a él Branwen, hija de Llyr. No estaban dentro de una casa, sino bajo tiendas. Ninguna casa podría albergar jamás a Bendigeid Vran. Comenzaron el banquete, bebieron y conversaron.

Cuando les agradó más dormir que seguir bebiendo, fueron a descansar, y aquella noche Branwen se convirtió en esposa de Matholwch.

Al día siguiente se levantaron, y todos los hombres de la corte, junto con los oficiales, comenzaron a preparar y ordenar los caballos y a los sirvientes, y los formaron en filas hasta el mar.

Un día, Evnissyen, el hombre pendenciero mencionado antes, llegó por casualidad al lugar donde estaban los caballos de Matholwch y preguntó de quién eran. «Son los caballos de Matholwch, rey de Irlanda, que se ha casado con Branwen, tu hermana; son sus caballos».

«¿Así es como han tratado a una doncella como ella, y además hermana mía, entregándola sin mi consentimiento? No podrían haberme hecho mayor afrenta», dijo. Entonces se metió entre los caballos y les cortó los labios hasta los dientes, las orejas al ras de la cabeza y las colas al ras del lomo. Y donde pudo agarrarles los párpados, se los cortó hasta el hueso. Así los desfiguró y los dejó inútiles.

Llevaron estas noticias a Matholwch y le dijeron que los caballos habían sido desfigurados y heridos de tal manera que ninguno podría volver a ser-

vir. «En verdad, señor», dijo uno, «fue una afrenta contra ti, y con esa intención se hizo». «De veras, me maravilla que, si desean afrentarme, me hayan dado como esposa a una doncella de tan alto rango y tan querida por sus parientes». «Señor», dijo otro, «ves cómo son las cosas, y no te queda más que ir a tus barcos». Entonces se dirigió a sus barcos.

Llegó a oídos de Bendigeid Vran que Matholwch abandonaba la corte sin pedir permiso, y enviaron mensajeros para preguntarle por qué lo hacía. Fueron Iddic, hijo de Anarawd, y Heveydd Hir. Lo alcanzaron y le preguntaron qué pensaba hacer y por qué se marchaba.

«En verdad», dijo, «si lo hubiera sabido, no habría venido aquí. Me han insultado por completo; nadie ha recibido aquí un trato peor que el mío. Pero hay algo que me sorprende por encima de todo».

«¿Qué es?», preguntaron. «Que me hayan dado por esposa a Branwen, hija de Llyr, una de las tres damas principales de esta isla e hija del rey de la Isla de los Poderosos, y que después me hayan insultado. Me maravilla que no me hicieran la afrenta antes de entregarme a una doncella tan distinguida».

«En verdad, señor, nadie de la corte ni del consejo quiso que recibieras este insulto», dijeron, «y como te han ofendido, el deshonor es mayor para Bendigeid Vran que para ti».

«En verdad», dijo él, «así lo creo. Sin embargo, no puede deshacer la afrenta». Los mensajeros regresaron con esa respuesta al lugar donde estaba Bendigeid Vran y le contaron lo que Matholwch les había contestado.

«En verdad», dijo, «no escatimaremos ningún medio para evitar que se marche enemistado con nosotros». «Entonces, señor», dijeron, «envía otra embajada tras él».

«Lo haré», dijo. «Levántense, Manawyddan, hijo de Llyr, Heveydd Hir y Unic Glew Ysgwyd, vayan tras él y díganle que recibirá un caballo sano por cada uno de los que resultaron heridos. Además, como reparación por la afrenta, recibirá una vara de plata tan grande y alta como él, y un plato de oro tan ancho como su rostro. Díganle también quién lo hizo y que actuó contra mi voluntad; pero es mi hermano por parte de madre, y por eso me sería difícil darle muerte. Que venga a reunirse conmigo», dijo, «y haremos las paces de la manera que él quiera».

La embajada siguió a Matholwch y le comunicó todas estas palabras de manera amistosa, y él las escuchó. «Señores», dijo, «lo consultaré». Fue entonces a consultar con sus consejeros. Allí consideraron que, si rechazaban la oferta, probablemente sufrirían más vergüenza en vez de obtener una reparación tan grande. Así que decidieron aceptarla y regresaron en paz a la corte.

Luego dispusieron los pabellones y las tiendas como si fueran una sala. Fueron a comer y se sentaron igual que al comienzo del banquete. Matholwch y Bendigeid Vran comenzaron a conversar. Mientras hablaban, a Bendigeid Vran le pareció que Matholwch no estaba tan alegre como antes.

Pensó que el jefe quizá estaba triste por lo pequeña que le parecía la reparación por la injusticia que había sufrido. «Amigo», dijo Bendigeid Vran, «esta noche no conversas con tanta alegría como de costumbre. Si es por-

que te parece pequeña la reparación, puedes añadir lo que quieras, y mañana te pagaré los caballos».

«Señor», dijo él, «que el cielo te lo recompense». «Y aumentaré la reparación», dijo Bendigeid Vran, «pues te daré un caldero con esta propiedad: si hoy matan a uno de tus hombres y lo arrojan dentro, mañana estará tan bien como antes, salvo que no recuperará el habla». Entonces le dio muchas gracias, y se alegró mucho por ello.

⁂

A la mañana siguiente le entregaron a Matholwch tantos caballos como tenían disponibles entre los caballos adiestrados. Luego viajaron a otro commot, donde le pagaron con potros hasta completar el total. Desde entonces aquel commot se llamó Talebolion.

Y pasaron juntos una segunda noche. «Mi señor», dijo Matholwch, «¿de dónde sacaste el caldero que me diste?». «Lo recibí de un hombre que había estado en tu tierra», dijo él, «y no se lo habría dado a nadie que no fuera de allí».

«¿Quién era?», preguntó. «Llassar Llaesgyvnewid; llegó aquí desde Irlanda con Kymideu Kymeinvoll, su esposa, quien escapó de la Casa de Hierro en Irlanda cuando la pusieron al rojo vivo a su alrededor, y huyó hasta aquí. Y me maravilla que no sepas nada del asunto».

«Algo sé», dijo él, «y te contaré todo lo que sé. Un día estaba cazando en Irlanda y llegué al montículo que hay en la cabecera del lago llamado Lago del Caldero. Vi a un hombre enorme, de cabellos amarillos, que salía del lago con un caldero a la espalda. Era de gran estatura y aspecto espantoso, y

una mujer lo seguía. Y si el hombre era alto, la mujer era el doble de grande que él. Se acercaron y me saludaron. “En verdad”, les pregunté, “¿adónde se dirigen?”. “Esta”, me dijo él, “es la razón de nuestro viaje.

Al cabo de un mes y una quincena, esta mujer tendrá un hijo; y el niño que nazca al cabo de ese mes y esa quincena será un guerrero completamente armado”. Así que los llevé conmigo y los mantuve. Estuvieron conmigo durante un año. Y durante ese año no me pesó tenerlos conmigo. Pero después comenzaron las quejas porque estaban conmigo. Desde el comienzo del cuarto mes empezaron a hacerse odiosos y a causar desorden en el país; cometían atropellos y molestaban y hostigaban a los nobles y a las damas. Entonces mi gente se levantó y me rogó que me deshiciera de ellos, y me pidió que eligiera entre ellos y mis dominios.

Consulté al consejo de mi país para saber qué debía hacerse con ellos, pues no se irían por voluntad propia, ni se los podía obligar por la fuerza a irse contra su voluntad. En aquel apuro, la gente del país mandó construir una cámara enteramente de hierro. Cuando estuvo lista, acudieron todos los herreros de Irlanda y todos los que tenían tenazas y martillos. Amontonaron carbón hasta la altura de la cámara.

Hicieron que sirvieran abundante comida y bebida al hombre, la mujer y los niños; y cuando supieron que estaban borrachos, comenzaron a encender el carbón alrededor de la cámara y avivaron el fuego con fuelles hasta que la casa se puso al rojo vivo por todas partes. Entonces se reunió un consejo en el centro del suelo de la cámara. El hombre esperó hasta que las planchas de hierro estuvieron al rojo blanco; luego, a causa del gran calor,

embistió las planchas con el hombro y las derribó, y su esposa lo siguió. Pero, aparte de él y su esposa, nadie escapó de allí.

Así que supongo, señor», dijo Matholwch a Bendigeid Vran, «que él vino a tu tierra». «Sin duda vino aquí», dijo él, «y me dio el caldero». «¿Cómo los recibiste?».

«Los distribuí por todas partes de mis dominios, y se han multiplicado y prosperan en todas partes; fortifican los lugares donde viven con hombres y armas de la mejor calidad que jamás se haya visto».

Aquella noche siguieron conversando cuanto quisieron, con música de bardos y banquete. Cuando les resultó más agradable dormir que permanecer despiertos, se fueron a descansar. Así continuó el banquete con alegría; y cuando terminó, Matholwch partió hacia Irlanda con Branwen. Salieron de Aber Menei con trece barcos y llegaron a Irlanda.

En Irlanda hubo gran alegría por su llegada. No hubo hombre principal ni dama noble que visitara a Branwen y a quien ella no diera, para que lo conservara, un broche, un anillo o una joya real, algo que era honroso llevarse. Así pasó aquel año con gran renombre, y vivió con agrado, disfrutando de honores y amistad.

Mientras tanto, quedó embarazada y, a su debido tiempo, tuvo un hijo, al que llamaron Gwern, hijo de Matholwch. Pusieron al niño al cuidado de una nodriza en un lugar donde estaban los mejores hombres de Irlanda.

Y he aquí que, en el segundo año, estalló un tumulto en Irlanda por el agravio que Matholwch había recibido en Cambria y por la compensación que le habían dado por sus caballos. Sus hermanos de crianza y quienes es-

taban más cerca de él lo culparon abiertamente por aquello. No pudo tener paz a causa del tumulto hasta que se vengara de él aquella deshonra.

Y la venganza que tomaron fue apartar a Branwen de la habitación que compartía con él y hacerla cocinar para la corte. Además, cada día, después de cortar la carne, el carnicero iba hasta ella y le daba una bofetada en la oreja; ese fue el castigo que le impusieron.

«En verdad, señor», dijeron los hombres de Matholwch, «prohíbe ahora que los barcos, los transbordadores y las barcas coracle vayan a Cambria; y a quienes vengan de Cambria, enciérralos para que no regresen y se sepa allí lo ocurrido». Y así lo hizo; y esto duró no menos de tres años.

Branwen crió un estornino en la tapa de la artesa de amasar, le enseñó a hablar y le enseñó al ave qué clase de hombre era su hermano. Escribió una carta contando sus penas y el desprecio con que la trataban, la ató a la raíz del ala del ave y la envió hacia Britania. El ave llegó a esta isla y, un día, encontró a Bendigeid Vran en Caer Seiont, en Arvon, reunido allí. Se posó sobre su hombro y alborotó sus plumas, de modo que vieron la carta y comprendieron que el ave había sido criada en casa.

Entonces Bendigeid Vran tomó la carta y la leyó. Al leerla, se afligió profundamente por las noticias de las penas de Branwen. Enseguida comenzó a enviar mensajeros para convocar a toda la isla. Hizo venir a ciento cuarenta países y les contó personalmente el sufrimiento que padecía su hermana. Entonces deliberaron.

En el consejo resolvieron ir a Irlanda y dejar aquí a siete hombres como príncipes, con Caradawc, hijo de Bran, a la cabeza, y sus siete caballeros. Es-

tos hombres quedaron en Edeyrnion. Y por esta razón se dejó a los siete caballeros en la ciudad.

Los nombres de esos siete hombres eran: Caradawc, hijo de Bran; Heveydd Hir; Unic Glew Ysgwyd; Iddic, hijo de Anarawc Gwalltgrwn; Fodor, hijo de Ervyll; Gwlch Minascwrn; y Llassar, hijo de Llaesar Llaesgygwyd. Pendaran Dyved estaba con ellos como joven paje. Estos quedaron como siete ministros para hacerse cargo de la isla, y Caradawc, hijo de Bran, era el jefe entre ellos.

⁂

Bendigeid Vran navegó hacia Irlanda con el ejército del que hablamos. No había mucha distancia por mar y llegó a aguas poco profundas. Eso se debía a dos ríos, llamados Lli y Archan; las huestes cubrieron el mar. Entonces siguió adelante con las provisiones que llevaba a la espalda y se acercó a la costa de Irlanda.

Los porquerizos de Matholwch estaban en la orilla del mar y fueron a verlo. «Señor», dijeron, «salud». «Que el cielo los proteja», dijo él. «¿Tienen noticias?».

«Señor», dijeron, «tenemos noticias maravillosas: hemos visto un bosque en el mar, en un lugar donde nunca habíamos visto un solo árbol». «Esto sí que es asombroso», dijo él.

«¿Vieron algo más?». «Vimos, señor», dijeron, «una enorme montaña junto al bosque, que se movía. En la cima de la montaña había una alta cresta, y un lago a cada lado de la cresta. El bosque, la montaña y todas esas

cosas se movían». «En verdad», dijo él, «nadie puede saber qué es esto, a menos que lo sepa Branwen».

Entonces fueron unos mensajeros a Branwen. «Señora», dijeron, «¿qué crees que es esto?». «Los hombres de la Isla de los Poderosos, que han venido aquí al enterarse del maltrato y las penas que he sufrido».

«¿Qué es el bosque que se ve en el mar?», preguntaron. «Los mástiles y las vergas de los barcos», respondió ella. «¡Ay!», dijeron, «¿qué es la montaña que se ve junto a los barcos?».

«Bendigeid Vran, mi hermano», respondió, «que llega a aguas poco profundas; no hay barco que pueda contenerlo». «¿Qué es la alta cresta con un lago a cada lado?».

«Al mirar hacia esta isla se enfurece, y sus dos ojos, uno a cada lado de la nariz, son los dos lagos junto a la cresta».

Los guerreros y los principales hombres de Irlanda fueron reunidos a toda prisa, y deliberaron. «Señor», dijeron los nobles a Matholwch, «no hay más consejo que retirarte al otro lado del Linon —un río de Irlanda—, dejar el río entre tú y él y derribar el puente que lo cruza, pues hay una piedra imán en el fondo del río por la que no pueden pasar barcos ni embarcaciones». Así que se retiraron al otro lado del río y derribaron el puente.

Bendigeid Vran llegó a tierra con la flota, junto a la orilla del río. «Señor», dijeron sus jefes, «¿conoces la naturaleza de este río? Nada puede cruzarlo y no hay puente». «¿Qué propones para cruzarlo?», dijeron. «No hay otra manera», respondió, «sino que quien quiera ser jefe se convierta en puente. Yo lo seré». Entonces se pronunció por primera vez aquel dicho,

que todavía se usa como proverbio. Cuando se tendió a través del río, pusieron sobre él unas vallas de mimbre y el ejército cruzó por allí.

Cuando se levantó, he aquí que llegaron los mensajeros de Matholwch, lo saludaron y le dieron saludos en nombre de Matholwch, su pariente. Le dijeron que Matholwch, por su propia voluntad, no había hecho nada que mereciera otra cosa que su buena voluntad.

«Pues Matholwch ha dado el reino de Irlanda a Gwern, hijo de Matholwch, tu sobrino, hijo de tu hermana. Te ofrece esto como compensación por el agravio y el desprecio que se le hicieron a Branwen. Y Matholwch vivirá donde tú quieras, aquí o en la Isla de los Poderosos». Bendigeid Vran dijo: «¿Acaso no tendré yo mismo el reino? Entonces quizá pueda deliberar sobre su mensaje. Hasta entonces, no recibirán otra respuesta de mí».

«En verdad», dijeron ellos, «te llevaremos el mejor mensaje que recibamos, y espera nuestra respuesta para él». «Esperaré», respondió, «y regresen pronto».

Los mensajeros partieron y llegaron ante Matholwch. «Señor», dijeron, «prepara un mensaje mejor para Bendigeid Vran. No quiso escuchar en absoluto el que le llevamos».

«Amigos míos», dijo Matholwch, «¿qué consejo pueden darme?». «Señor», dijeron, «no hay otro consejo. Nunca se ha sabido que él haya estado dentro de una casa; construye, pues, una casa que pueda contenerlo a él y a los hombres de la Isla de los Poderosos en un lado, y a ti y a tu ejército en el otro. Entrega el reino a su voluntad y ríndele homenaje. Así, por el honor que le haces al construirle una casa, puesto que nunca antes tuvo una que

pudiera contenerlo, hará las paces contigo». Entonces los mensajeros regresaron junto a Bendigeid Vran con este mensaje.

Y deliberó, y en el consejo se resolvió que aceptara aquello. Todo se hizo por consejo de Branwen, y para que el país no fuera destruido. Se hizo la paz y se construyó una casa grande y resistente.

Pero los irlandeses idearon una estratagema: colocar soportes a ambos lados de las cien columnas que había en la casa, poner un saco de cuero en cada soporte y meter en cada uno a un hombre armado. Entonces Evnissyen entró antes que el ejército de la Isla de los Poderosos, recorrió la casa con mirada feroz y salvaje, y vio los sacos de cuero que rodeaban las columnas.

«¿Qué hay en este saco?», le preguntó a un irlandés. «Harina, buen hombre», respondió. Evnissyen palpó el saco hasta que llegó a la cabeza del hombre, y la apretó hasta sentir que sus dedos se juntaban en el cerebro, a través del hueso. Dejó a ese hombre y puso la mano sobre otro, preguntando qué había dentro.

«Harina», respondió el irlandés. Hizo lo mismo con todos, y de los doscientos hombres no dejó vivo a ninguno, salvo a uno. Cuando llegó a él, le preguntó qué había allí.

«Harina, buen hombre», respondió el irlandés. Evnissyen palpó hasta encontrar la cabeza y la apretó, como había hecho con las otras. Aunque descubrió que este hombre llevaba un casco, no lo soltó hasta matarlo. Entonces cantó un englyn:

«En este saco hay una harina diferente,

El combatiente dispuesto, cuando llega el ataque

De sus compañeros de armas, preparado para la batalla».

Entonces llegaron los ejércitos a la casa. Los hombres de la Isla de Irlanda entraron por un lado, y los de la Isla de los Poderosos por el otro. Apenas se sentaron, hubo concordia entre ellos, y se entregó la soberanía al niño. Cuando se concluyó la paz, Bendigeid Vran llamó al niño. El niño fue de Bendigeid Vran a Manawyddan, y todos los que lo veían lo querían.

De Manawyddan lo llamó Nissyen, hijo de Eurosswydd, y el niño fue a él con cariño. «¿Por qué —dijo Evnissyen— mi sobrino, el hijo de mi hermana, no viene a mí? Aunque no fuera rey de Irlanda, me gustaría mucho acariciar al niño».

«Deja que vaya contigo con gusto», dijo Bendigeid Vran, y el niño fue a él alegremente. «Lo confieso ante el Cielo —dijo Evnissyen en su corazón—: nadie en la casa sospecha la matanza que voy a cometer ahora mismo».

Entonces se levantó y tomó al niño por los pies. Antes de que nadie en la casa pudiera sujetarlo, arrojó al niño de cabeza al fuego ardiente. Cuando Branwen vio a su hijo quemándose en el fuego, intentó lanzarse también a las llamas desde el lugar donde estaba sentada entre sus dos hermanos. Pero Bendigeid Vran la sujetó con una mano y con la otra sostuvo su escudo.

Entonces todos corrieron por la casa. Nunca había provocado un ejército tanto alboroto en una sola casa como el que ellos hicieron, mientras cada hombre tomaba sus armas. Entonces dijo Morddwydtyllyon: «¡Las moscas de la vaca de Morddwydtyllyon!». Mientras todos buscaban sus armas, Bendigeid Vran sostuvo a Branwen entre su escudo y su hombro.

⁂

Entonces los irlandeses encendieron un fuego bajo el caldero de la renovación y arrojaron en él los cadáveres hasta llenarlo. Al día siguiente salieron de allí hombres dispuestos a luchar, tan buenos como antes, salvo que ya no podían hablar.

Cuando Evnissyen vio que los cadáveres de los hombres de la Isla de los Poderosos no resucitaban en ninguna parte, dijo en su corazón: «¡Ay de mí, por haber causado que los hombres de la Isla de los Poderosos cayeran en semejante apuro! ¡Que me sobrevenga el mal si no encuentro cómo librarlos!». Se arrojó entre los cadáveres de los irlandeses.

Dos irlandeses descalzos se acercaron y, creyendo que era uno de los suyos, lo lanzaron al caldero. Evnissyen se estiró dentro del caldero, lo partió en cuatro pedazos y también hizo estallar su propio corazón.

Como consecuencia de aquello, los hombres de la Isla de los Poderosos consiguieron el éxito que alcanzaron, pero no vencieron: de todos ellos, solo escaparon siete hombres, y el propio Bendigeid Vran fue herido en el pie con un dardo envenenado. Los siete que escaparon fueron Pryderi, Manawyddan, Gluneu Eil Taran, Taliesin, Ynawc, Grudyen, hijo de Muryel, y Heilyn, hijo de Gwynn Hen.

Bendigeid Vran les ordenó que le cortaran la cabeza. «Tomen mi cabeza —dijo—, llévenla hasta la Colina Blanca, en Londres, y entiérrenla allí, con el rostro hacia Francia. Pasarán mucho tiempo en el camino. En Harlech estarán de fiesta siete años, mientras los pájaros de Rhiannon les cantan. Durante todo ese tiempo, la cabeza les hará tan grata compañía como cuando estaba sobre mi cuerpo. En Gwales, en Penvro, pasarán ochenta años. Po-

drán quedarse allí, con la cabeza incorrupta junto a ustedes, hasta que abran la puerta que da hacia Aber Henvelen y Cornualles.

Después de abrir esa puerta, ya no podrán quedarse allí: partan entonces hacia Londres para enterrar la cabeza y sigan adelante».

Así que le cortaron la cabeza y los siete siguieron su camino llevándola consigo. Branwen fue la octava que los acompañó. Llegaron a tierra en Aber Alaw, en Talebolyon, y se sentaron a descansar. Branwen miró hacia Irlanda y hacia la Isla de los Poderosos para ver si lograba divisarlas. «¡Ay de mí! —dijo—. ¡Desdichada de mí, por haber nacido! ¡Dos islas han sido destruidas por mi causa!». Luego lanzó un fuerte gemido y se le rompió el corazón. Le hicieron una tumba cuadrada y la enterraron a orillas del Alaw.

Entonces los siete hombres siguieron su camino hacia Harlech, llevando consigo la cabeza. Mientras avanzaban, se encontraron con una multitud de hombres y mujeres.

«¿Tienen noticias?», preguntó Manawyddan. «Ninguna —respondieron —, salvo que Caswallawn, hijo de Beli, conquistó la Isla de los Poderosos y fue coronado rey en Londres».

«¿Qué pasó —preguntaron— con Caradawc, hijo de Bran, y los siete hombres que quedaron con él en esta isla?». «Caswallawn los encontró y mató a seis de ellos. El corazón de Caradawc se rompió de pena, porque podía ver la espada que mataba a los hombres, pero no sabía quién la empuñaba. Caswallawn había lanzado sobre él el Velo de la Ilusión, de modo que nadie podía verlo matar a los hombres; solo podían ver la espada. No quiso

matar a Caradawc, porque era su sobrino, hijo de su primo. Y ahora él era el tercero cuyo corazón se había roto de pena.

Pendaran Dyved, que se había quedado con estos hombres como un joven paje, escapó al bosque», dijeron.

Luego llegaron a Harlech, se detuvieron a descansar, prepararon comida y bebida, y se sentaron a comer y beber. Entonces llegaron tres pájaros y comenzaron a cantarles una canción. Todas las canciones que habían oído antes les parecieron desagradables en comparación. Los pájaros les parecían estar muy lejos, sobre el mar, y sin embargo se veían con tanta claridad como si estuvieran cerca. Permanecieron en aquel banquete siete años.

Al terminar el séptimo año, se fueron a Gwales, en Penvro. Allí encontraron un lugar hermoso y señorial, con vista al océano, y un espacioso salón. Entraron en el salón. Dos de sus puertas estaban abiertas, pero la tercera, la que daba hacia Cornualles, estaba cerrada.

«Miren allá —dijo Manawyddan—: esa es la puerta que no debemos abrir». Aquella noche se dieron un banquete y estuvieron alegres. De toda la comida que habían visto servida y de todo lo que habían oído, no recordaban nada; tampoco recordaban aquello ni pena alguna. Allí permanecieron ochenta años, sin darse cuenta de haber vivido jamás un tiempo más alegre y feliz.

No se sentían más cansados que cuando llegaron, ni ninguno sabía cuánto tiempo llevaba allí. Tener la cabeza con ellos no les resultaba más molesto que si el propio Bendigeid Vran hubiera estado allí. Por aquellos ochenta

años, aquello recibió el nombre de «El banquete de la noble Cabeza». El banquete de Branwen y Matholwch tuvo lugar cuando fueron a Irlanda.

Un día, Heilyn, hijo de Gwynn, dijo: «¡Que me sobrevenga el mal si no abro la puerta para saber si es verdad lo que se dice de ella!». Abrió la puerta y miró hacia Cornualles y Aber Henvelen.

Al mirar, recordaron todos los males que habían sufrido, todos los amigos y compañeros que habían perdido y todas las desgracias que les habían sucedido, como si todo hubiera ocurrido allí mismo; y, sobre todo, recordaron el destino de su señor. Tan perturbados estaban que no pudieron descansar y se pusieron en camino hacia Londres con la cabeza.

La enterraron en la Colina Blanca. Al quedar enterrada, fue la tercera ocultación venturosa; y desenterrarla fue la tercera revelación funesta, pues mientras la cabeza permaneció oculta, ninguna invasión cruzó el mar para llegar a esta isla.

Así se cuenta la historia de quienes viajaron desde Irlanda.

En Irlanda no quedó nadie con vida, salvo cinco mujeres embarazadas que estaban en una cueva en el desierto irlandés. Esa misma noche, las cinco dieron a luz cinco hijos y los criaron hasta que se hicieron jóvenes adultos. Pensaron en buscar esposas y desearon tenerlas; cada uno tomó por esposa a la madre de uno de sus compañeros. Gobernaron el país y lo poblaron.

Los cinco se repartieron el país, y por esa división todavía se da ese nombre a las cinco provincias de Irlanda. Examinaron la tierra donde habían tenido lugar las batallas y encontraron oro y plata hasta hacerse ricos.

Así termina esta parte del Mabinogi, acerca del golpe que recibió Branwen, el tercer golpe desdichado de esta isla; acerca del banquete de Bran, cuando los ejércitos de ciento cuarenta países fueron a Irlanda para vengar el golpe dado a Branwen; y acerca del banquete de siete años en Harlech, del canto de los pájaros de Rhiannon y de la estancia de la cabeza durante ochenta años.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# MANAWYDDAN, HIJO DE LLYR

✦

Cuando los siete hombres de quienes hablamos antes enterraron la cabeza de Bendigeid Vran en el Monte Blanco de Londres, con el rostro vuelto hacia Francia, Manawyddan contempló la ciudad de Londres y a sus compañeros, y lanzó un profundo suspiro; entonces se apoderaron de él una gran pena y aflicción.

«¡Ay, Cielo Todopoderoso, desgraciado de mí! —exclamó—. Soy el único que no tiene dónde descansar esta noche». «Señor —dijo Pryderi—, no estés tan afligido. Tu primo es rey de la Isla de los Poderosos y, aunque te hiciera daño, nunca has reclamado tierras ni posesiones. Eres el tercer príncipe desheredado».

«Sí —respondió él—, pero aunque este hombre es mi primo, me duele ver a alguien en el lugar de mi hermano Bendigeid Vran, y tampoco puedo ser feliz viviendo bajo el mismo techo que él».

«¿Seguirás el consejo de otro? —preguntó Pryderi—». «Necesito un consejo —respondió—. ¿Y cuál puede ser?». «Aún tengo siete cantrevs —dijo Pryderi—, donde vive mi madre Rhiannon. Te la ofreceré a ti, junto con los siete cantrevs; y aunque no tuvieras más posesiones que esos cantrevs, no podrías encontrar siete más hermosos. Kicva, hija de Gwynn Gloyw, es mi esposa y, puesto que la herencia de los cantrevs me pertenece, tú y Rhiannon disfrutad de ellos; si alguna vez deseas otras posesiones, tomarás estas».

«No sé qué decir, señor —dijo él—. Que el Cielo te recompense por tu amistad». «Te mostraría la mejor amistad del mundo si me lo permitieras». «Lo haré, amigo mío —dijo él—, y que el Cielo te recompense. Iré contigo a buscar a Rhiannon y a ver tus posesiones».

«Harás bien —respondió—. Y creo que nunca oíste hablar a una dama mejor que ella; cuando estaba en su plenitud, ninguna fue más hermosa. Incluso ahora su aspecto no es desagradable».

Partieron y, por largo que fuera el camino, finalmente llegaron a Dyved. Para recibirlos en Narberth, Rhiannon y Kicva habían preparado un banquete. Entonces Manawyddan y Rhiannon empezaron a sentarse juntos y a conversar; sus palabras fueron encendiendo en él el ánimo y los pensamientos hacia ella, y pensó para sus adentros que nunca había visto a una dama más llena de gracia y belleza.

«Pryderi —dijo—, quiero que se haga como dijiste». «¿Qué fue lo que dije?», preguntó Rhiannon. «Señora —dijo Pryderi—, te ofrecí como esposa a Manawyddan, el hijo de Llyr».

«Por mi parte, acepto de buen grado», dijo Rhiannon. «Yo también me alegro mucho —dijo Manawyddan—. Que el Cielo recompense a quien me ha mostrado una amistad tan perfecta».

Y antes de que terminara el banquete, ella se convirtió en su esposa. Pryderi dijo: «Quédense aquí el resto del banquete, y yo iré a Lloegyr a rendir homenaje a Caswallawn, hijo de Beli».

«Señor —dijo Rhiannon—, Caswallawn está en Kent; puedes quedarte, pues, en el banquete y esperar hasta que esté más cerca». «Esperaremos»,

respondió él. Así terminaron el banquete. Empezaron a recorrer Dyved, a cazar y a divertirse. Al viajar por la región, nunca habían visto tierras más agradables para vivir, mejores terrenos de caza ni tanta abundancia de miel y pescado. Y la amistad entre los cuatro era tal que no querían separarse ni de noche ni de día.

En medio de todo esto, fue a ver a Caswallawn en Oxford y le rindió homenaje. Allí lo recibieron con honores y lo elogiaron mucho por haberle rendido homenaje.

A su regreso, Pryderi y Manawyddan celebraron un banquete y descansaron y se divirtieron. Dieron un banquete en Narberth, pues era el palacio principal y allí se dispensaban todos los honores.

Cuando terminaron la primera comida de aquella noche, mientras comían quienes los atendían, se levantaron y salieron; los cuatro se dirigieron al Gorsedd de Narberth, acompañados por su séquito. Mientras estaban allí sentados, de pronto se oyó un trueno y, con la violencia de la tormenta, cayó una niebla tan espesa que ninguno podía ver a los demás.

Cuando la niebla se disipó, todo se iluminó a su alrededor. Miraron hacia el lugar donde solían ver ganado, rebaños y viviendas, pero ya no vieron nada: ni casas, ni animales, ni humo, ni fuego, ni gente, ni moradas; solo las casas de la corte, vacías, desiertas y sin habitantes, sin hombres ni animales dentro.

Y, en verdad, habían perdido a todos sus compañeros, sin saber qué les había ocurrido; solo quedaban ellos cuatro.

«¡Por el Cielo! —exclamó Manawyddan—. ¿Dónde están los de la corte y todo mi séquito, salvo ustedes? Vayamos a ver». Entraron en el salón, pero no había nadie. Luego fueron al castillo y a los dormitorios, y tampoco encontraron a nadie; en la bodega y en la cocina no había más que desolación. Los cuatro celebraron banquetes, cazaron y se divirtieron.

Después empezaron a recorrer la tierra y todas sus posesiones, y visitaron las casas y las moradas, pero solo encontraron animales salvajes. Cuando se acabaron el banquete y todas sus provisiones, se alimentaron de las presas que cazaban y de la miel de los enjambres silvestres. Así pasaron agradablemente el primer año y también el segundo; pero al final comenzaron a cansarse.

«En verdad —dijo Manawyddan—, no podemos seguir así. Vayamos a Lloegyr y busquemos algún oficio con el que podamos ganarnos la vida». Así que fueron a Lloegyr y llegaron hasta Hereford. Se pusieron a fabricar sillas de montar. Manawyddan empezó a hacer arreos, que doraba y esmaltaba de azul, como había visto hacer a Llasar Llaesgywydd. Preparó el esmalte azul del mismo modo que aquel hombre. Por eso todavía se llama Calch Lasar [esmalte azul], pues lo había elaborado Llasar Llaesgywydd.

Mientras Manawyddan ofreció esos trabajos, en todo Hereford nadie compró a un talabartero una silla ni unos arreos, hasta que al fin todos los talabarteros se dieron cuenta de que estaban perdiendo muchas ganancias y de que nadie les compraba, salvo quien no podía conseguir de Manawyddan lo que buscaba. Entonces se reunieron y acordaron matarlo a él y a sus compañeros.

Al enterarse de esto, deliberaron sobre si debían abandonar la ciudad. «Por el Cielo —dijo Pryderi—, no aconsejo que dejemos la ciudad; mejor matemos a esos patanes». «No —dijo Manawyddan—, pues si peleamos con ellos, tendremos mala fama y nos meterán en prisión. Será mejor ir a otra ciudad para ganarnos la vida». Así que los cuatro fueron a otra ciudad.

«¿Qué oficio elegiremos?», preguntó Pryderi. «Fabricaremos escudos», dijo Manawyddan. «¿Sabemos algo de ese oficio?», preguntó Pryderi. «Lo intentaremos», respondió él. Allí comenzaron a fabricar escudos, con la forma de los buenos escudos que habían visto; y los esmaltaron como habían hecho con las sillas.

Prosperaron en aquel lugar, de modo que en toda la ciudad no se pedía ningún escudo que no fuera de los suyos. Trabajaban deprisa y fabricaron innumerables escudos. Pero al final los artesanos se fijaron en ellos, se reunieron a toda prisa con sus conciudadanos y acordaron intentar matarlos.

Sin embargo, los dos se enteraron y supieron que aquellos hombres habían decidido acabar con ellos. «Pryderi —dijo Manawyddan—, esos hombres quieren matarnos».

«No soportemos esto de esos patanes. Lancémonos contra ellos y matémoslos». «No —respondió él—; Caswallawn y sus hombres se enterarán y estaremos perdidos. Vayamos a otra ciudad». Así que fueron a otra ciudad.

«¿Qué oficio elegiremos?», preguntó Manawyddan. «El que tú quieras, siempre que lo conozcamos», dijo Pryderi. «No —respondió él—, pongámonos a hacer zapatos, pues los zapateros no tienen suficiente valor para

pelear con nosotros ni para molestarnos». «No sé nada de eso», dijo Pryderi. «Pero yo sí —respondió Manawyddan—, y te enseñaré a coser. No intentaremos curtir el cuero; lo compraremos ya curtido y con él haremos los zapatos».

⁂

Empezó por comprar el mejor cordobán que se podía conseguir en la ciudad; no compraba ningún otro cuero, salvo el de las suelas. Se asoció con el mejor orfebre de la ciudad y le encargó hebillas para los zapatos y que las dorara; observó cómo lo hacía hasta que aprendió el método. Por eso lo llamaron uno de los tres fabricantes de zapatos de oro.

Mientras se podían conseguir sus productos, nadie compró zapatos ni medias a ninguno de los zapateros de la ciudad. Pero cuando los zapateros vieron que sus ganancias disminuían —pues Manawyddan daba forma al trabajo y Pryderi lo cosía—, se reunieron, deliberaron y acordaron matarlos.

«Pryderi —dijo Manawyddan—, esos hombres tienen la intención de matarnos». «¿Por qué habríamos de soportar esto de esos ladrones rústicos? —dijo Pryderi—. Mejor matémoslos a todos». «No —dijo Manawyddan —, no los mataremos, pero tampoco nos quedaremos más tiempo en Lloegyr. Partamos hacia Dyved y vayamos a verla».

Viajaron hasta llegar a Dyved y siguieron hacia Narberth. Allí encendieron un fuego y se mantuvieron cazando. Así pasaron un mes. Reunieron a sus perros y se quedaron allí un año.

Una mañana, Pryderi y Manawyddan se levantaron para ir de caza, reunieron a sus perros y salieron del palacio. Algunos perros se adelantaron y lle-

garon a un pequeño matorral cercano; pero apenas llegaron, retrocedieron de golpe y volvieron con los hombres, erizados de miedo.

«Acerquémonos al matorral —dijo Pryderi— y veamos qué hay dentro». Cuando se acercaron, de entre los arbustos salió un jabalí salvaje de un blanco puro. Los hombres azuzaron a los perros, que se lanzaron contra él; pero el jabalí salió del matorral, se apartó un poco de los hombres y se plantó frente a los perros sin retroceder, hasta que los hombres se acercaron.

Cuando llegaron, el jabalí volvió a apartarse y huyó. Lo persiguieron hasta que vieron un castillo enorme y elevado, recién construido, en un lugar donde nunca antes habían visto piedras ni edificios. El jabalí entró corriendo en el castillo, seguido por los perros.

Cuando el jabalí y los perros entraron, se asombraron de encontrar un castillo en un lugar donde nunca habían visto construcción alguna. Desde lo alto del Gorsedd miraron y escucharon, esperando oír a los perros. Pero mientras permanecieron allí, no oyeron a ninguno ni supieron nada de ellos.

«Señor —dijo Pryderi—, entraré en el castillo para averiguar qué pasó con los perros». «En verdad —respondió él—, sería imprudente que entraras en este castillo, que nunca habías visto hasta ahora. Si siguieras mi consejo, no entrarías. Quienquiera que haya hechizado esta tierra hizo aparecer aquí ese castillo». «De verdad —respondió Pryderi—, no puedo abandonar así a mis perros». A pesar de todos los consejos que Manawyddan le dio, Pryderi fue al castillo.

Al entrar en el castillo, no vio dentro a ningún hombre ni animal, ni al jabalí ni a los perros, ni casas ni moradas. Pero en el centro del suelo del castillo vio una fuente rodeada de mármol; en el borde de la fuente había una copa de oro sobre una losa de mármol, y colgaban cadenas del aire cuyo final no alcanzaba a ver.

Le agradaron mucho el oro hermoso y la fina labor de la copa; se acercó y la agarró. Al tocarla, sus manos se quedaron pegadas a la copa y sus pies a la losa sobre la que estaba puesta; perdió toda su alegría y no pudo pronunciar palabra. Y así se quedó.

Y Manawyddan lo esperó hasta casi el final del día. Ya entrada la noche, seguro de que no tendría noticias de Pryderi ni de los perros, regresó al palacio. Cuando entró, Rhiannon lo miró.

—¿Dónde —dijo ella— están tu compañero y tus perros? —Mira —respondió él— la aventura que me ha sucedido. Y se lo contó todo. —Has sido un mal compañero —dijo Rhiannon— y has perdido a un buen compañero. Dicho esto, salió y se dirigió al castillo siguiendo las indicaciones que él le había dado. Encontró abierta la puerta del castillo. No se amedrentó y entró.

Al entrar, vio a Pryderi sujetando el cuenco y se acercó a él. —¡Señor mío! —dijo—. ¿Qué haces aquí? Y tomó el cuenco con él; al hacerlo, sus manos quedaron pegadas al cuenco y sus pies a la losa, y no pudo pronunciar palabra. Entonces, al caer la noche, retumbaron truenos sobre ellos y cayó una niebla; enseguida el castillo desapareció, y ellos con él.

Cuando Kicva, la hija de Gwynn Gloyw, vio que en el palacio no había nadie más que ella y Manawyddan, se afligió tanto que ya no le importaba vivir o morir. Manawyddan lo vio.

—Te equivocas —dijo— si sufres así por miedo a mí. Pongo al Cielo por testigo de que nunca has conocido una amistad más pura que la que te ofreceré, mientras el Cielo quiera que sigas en esta situación. Te aseguro que, aunque estuviera en la flor de la juventud, mantendría mi lealtad a Pryderi, y también te seré leal a ti.

Así que no temas —dijo—, pues el Cielo es testigo de que recibirás toda la amistad que puedas desear y que yo pueda ofrecerte, mientras el Cielo quiera mantenernos en esta aflicción y desgracia.

—Que el Cielo te recompense —dijo ella—; eso era lo que pensaba de ti. Y entonces la joven recobró el ánimo y se alegró.

—En verdad, señora —dijo Manawyddan—, no nos conviene quedarnos aquí. Hemos perdido los perros y no podemos conseguir comida. Vayamos a Lloegyr; allí nos será más fácil encontrar sustento. —Con gusto, señor —dijo ella—. Así lo haremos. Y partieron juntos hacia Lloegyr.

—Señor —dijo ella—, ¿a qué oficio te dedicarás? Escoge uno digno. —No escogeré otro —respondió él— que el de hacer zapatos, como antes. —Señor —dijo ella—, ese oficio no corresponde a un hombre de tan noble nacimiento como tú. —No obstante, me mantendré en él —dijo.

⁂

Así comenzó su oficio, y hacía todo su trabajo con el cuero más fino que podía conseguir en la ciudad; como había hecho en el otro lugar, mandó hacer hebillas doradas para los zapatos. Todos los zapateros de la ciudad, salvo él, se quedaron sin trabajo y ociosos. Mientras podían conseguirle zapatos y medias a él, no compraban nada en otra parte.

Y así permanecieron allí un año, hasta que los zapateros se pusieron celosos y deliberaron sobre él. Él se enteró, y le dijeron que los zapateros se habían puesto de acuerdo para matarlo.

—Señor —dijo Kicva—, ¿por qué hemos de soportar esto de esos villanos? —No —dijo él—, volveremos a Dyved. Y partieron hacia Dyved.

Cuando Manawyddan emprendió el regreso a Dyved, llevó consigo una carga de trigo. Se dirigió a Narberth y allí se estableció. Nunca se alegró tanto como al volver a ver Narberth y las tierras donde solía cazar con Pryderi y Rhiannon. Se acostumbró a pescar y a cazar ciervos en sus guaridas.

Luego comenzó a preparar algunas tierras, y sembró una parcela, después una segunda y una tercera. Nunca había brotado en el mundo un trigo mejor. Las tres parcelas prosperaron con un crecimiento perfecto, y nadie había visto jamás un trigo más hermoso.

Así pasaron las estaciones del año hasta que llegó la cosecha. Fue a mirar una de sus parcelas y vio que estaba madura. —Mañana la cosecharé — dijo. Esa noche regresó a Narberth, y al amanecer del día siguiente fue a cosecharla. Al llegar, no encontró más que la paja desnuda. Todas las espigas habían sido cortadas de los tallos y se las habían llevado por completo; solo quedaba la paja. Esto lo dejó muy asombrado.

Luego fue a mirar otra parcela y vio que también estaba madura. —En verdad —dijo—, mañana la cosecharé. Al día siguiente fue con la intención de cosecharla, pero al llegar no encontró más que la paja desnuda. —¡Oh, Cielo misericordioso! —exclamó—. Sé que quien comenzó mi ruina la está consumando y que también ha destruido el país junto conmigo.

Luego fue a mirar la tercera parcela y, al llegar, vio que nunca se había visto un trigo más hermoso, y que también estaba maduro. —¡Maldito sea yo —dijo— si no vigilo aquí esta noche! Quien se llevó el otro trigo vendrá del mismo modo a llevarse este. Y descubriré quién es. Así que tomó sus armas y comenzó a vigilar la parcela. Le contó a Kicva todo lo que había sucedido. —En verdad —dijo ella—, ¿qué piensas hacer? —Vigilaré la parcela esta noche —dijo él.

Fue a vigilar la parcela. A medianoche, he aquí que se alzó el mayor tumulto del mundo. Miró y vio la hueste de ratones más numerosa del mundo, imposible de contar o medir. No supo qué era hasta que los ratones entraron en la parcela. Cada uno subió por un tallo, lo dobló con su peso, cortó una espiga y se la llevó, dejando allí el tallo. No vio un solo tallo que no tuviera un ratón encima. Todos se marcharon llevándose las espigas.

Lleno de ira y furia, se abalanzó sobre los ratones, pero no pudo alcanzarlos, como tampoco habría podido alcanzar mosquitos o aves en el aire; solo uno, aunque era bastante lento, iba tan rápido que un hombre a pie apenas podía darle alcance. Lo persiguió, lo atrapó y lo metió en su guante. Ató la abertura del guante con una cuerda, se lo llevó consigo y regresó al palacio.

Luego fue a la sala donde estaba Kicva, encendió un fuego y colgó el guante de una clavija por la cuerda. —¿Qué tienes ahí, señor? —dijo Kicva. —Un ladrón —dijo él—, al que encontré robándome.

—¿Qué clase de ladrón es, señor, que pudiste meterlo en tu guante? —dijo ella. —Mira, te lo contaré —respondió él. Entonces le mostró cómo habían arrasado y destruido sus campos, y cómo los ratones habían llegado al último campo ante sus ojos.

—Uno de ellos era menos ágil que los demás y ahora está en mi guante. Mañana lo colgaré y, por el Cielo, si los tuviera, los colgaría a todos. —Señor mío —dijo ella—, esto es asombroso, pero sería impropio que un hombre digno como tú colgara a un animal así. Si haces lo correcto, no te metas con la criatura: déjala ir.

—¡Maldito sea yo —dijo él— si no los cuelgo a todos si logro atraparlos! Y colgaré a los que tengo. —En verdad, señor —dijo ella—, no tendría por qué ayudar a esta criatura, salvo para evitar que te deshonres. Haz, pues, lo que quieras.

—Si supiera de alguna razón por la que debieras ayudarla, seguiría tu consejo —dijo Manawyddan—, pero como no conozco ninguna, señora, tengo la intención de destruirla. —Hazlo entonces, si así lo deseas —dijo ella.

Entonces fue al Gorsedd de Narberth, llevando consigo al ratón. Plantó dos horquillas en la parte más alta del Gorsedd. Mientras lo hacía, vio que se acercaba un estudiante con ropas viejas, pobres y harapientas. Hacía ya siete años que no veía en aquel lugar a ningún hombre ni animal, salvo a

las cuatro personas que habían permanecido juntas hasta que dos de ellas desaparecieron.

—Señor mío —dijo el estudiante—, buenos días. —Que el Cielo te favorezca, y recibe mi saludo. ¿De dónde vienes, estudiante? —preguntó él. —Vengo, señor, de cantar en Lloegyr. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque en los últimos siete años —respondió él— no he visto aquí a nadie, salvo a cuatro personas apartadas del mundo, y ahora a ti. —En verdad, señor —dijo él—, atravieso esta tierra para ir a mi hogar. ¿Y qué haces, señor?

—Estoy colgando a un ladrón que encontré robándome —dijo él. —¿Qué clase de ladrón es? —preguntó el estudiante. —Veo en tu mano una criatura parecida a un ratón —dijo—, y no corresponde a un hombre de tu rango tocar un animal así. Déjalo libre.

—Por el Cielo, no lo dejaré libre —dijo él—; lo atrapé robándome, le impondré el castigo de un ladrón y lo colgaré. —Señor —dijo él—, antes que ver a un hombre de tu rango ocupado en algo así, te daría una libra que recibí de limosna para que dejaras libre a la criatura.

—No la dejaré libre —dijo él—, por el Cielo, ni la venderé. —Como quieras, señor —respondió—; solo que no quisiera ver a un hombre de tu rango tocando un animal así. Y el estudiante siguió su camino.

⁂

Mientras colocaba el travesaño sobre las dos horquillas, vio que se acercaba un sacerdote montado en un caballo cubierto de arreos. —Buenos días, se-

ñor —dijo. —Que el Cielo te favorezca —dijo Manawyddan—. Dame tu bendición.

—Que la bendición del Cielo sea contigo. Y ¿qué haces, señor? —Estoy colgando a un ladrón que encontré robándome —dijo él. —¿Qué clase de ladrón, señor? —preguntó.

—Una criatura con forma de ratón —respondió—. Me ha estado robando y le estoy imponiendo el castigo de un ladrón. —Señor —dijo él—, antes que verte tocar a este animal, compraría su libertad.

—Por mi confesión ante el Cielo, ni la venderé ni la dejaré libre. —Es cierto, señor, que no vale nada para comprarla; pero antes que verte mancillarte tocando a un animal así, te daré tres libras para que lo dejes ir.

—Por el Cielo, no aceptaré ningún precio por él —dijo—. Lo colgaré como corresponde. —Haz lo que te plazca, señor. Con gusto. Y el sacerdote siguió su camino.

Entonces ató el cordel alrededor del cuello del ratón y, cuando estaba a punto de alzarlo, vio que se acercaba un obispo con su séquito, sus caballos de carga y sus servidores. El propio obispo se dirigió hacia él, y él interrumpió su trabajo.

—Señor obispo —dijo—, que Dios te bendiga.

—Que la bendición del cielo sea contigo —respondió—. ¿Qué estás haciendo?

—Voy a ahorcar a una ladrona que sorprendí robándome —dijo.

—¿No es ese un ratón lo que veo en tu mano?

—Sí —respondió—. Y me ha robado.

—Bien —dijo—, como he venido a dictar sentencia sobre este animal, te lo compraré. Te daré siete libras por él, antes que ver a un hombre de tu rango destruir a un animal tan despreciable como este. Suéltalo y tendrás el dinero.

—Declaro ante el cielo que no lo soltaré.

—Si no quieres soltarlo por eso, te daré veinticuatro libras en efectivo para que lo liberes.

—Por el cielo, no lo liberaría ni por el doble —dijo.

—Si no quieres liberarlo por eso, te daré todos los caballos que ves en esta llanura, los siete cargamentos y los siete caballos que los llevan.

—Por el cielo, no lo haré —respondió.

—Ya que no quieres hacerlo por eso, pide lo que quieras a cambio.

—Lo haré —dijo—. Quiero que Rhiannon y Pryderi queden libres.

—Eso tendrás —respondió.

—Todavía no soltaré al ratón, por el cielo.

—¿Qué quieres entonces?

—Que desaparezcan el encantamiento y la ilusión de los siete cantrevs de Dyved.

—También tendrás eso; así que suelta al ratón.

—Por el cielo, no lo soltaré —dijo—. Quiero saber quién es el ratón.

—Es mi esposa.

—Aunque lo sea, no la soltaré. ¿Por qué vino a mí?

—Para despojarte —respondió—. Soy Llwyd, hijo de Kilcoed, y lancé el encantamiento sobre los siete cantrevs de Dyved. Lo hice para vengar a Gwawl, hijo de Clud, por la amistad que nos unía. Me vengué de Pryderi por Gwawl, hijo de Clud, debido al juego del Tejón en la Bolsa que Pwyll Pen Annwvyn le hizo, imprudentemente, en la corte de Heveydd Hên.

Cuando supimos que habías venido a vivir a esta tierra, los de mi casa vinieron a pedirme que los transformara en ratones para que destruyeran tu trigo. Los de mi casa fueron los primeros en ir, la primera noche. También fueron la segunda noche y destruyeron tus dos campos. La tercera noche vinieron mi esposa y las damas de la corte y me rogaron que las transformara.

Y las transformé. Ahora ella está embarazada. Si no lo estuviera, no habrías podido alcanzarla; pero, ya que esto ha ocurrido y la has atrapado, te devolveré a Pryderi y Rhiannon, y quitaré el encantamiento y la ilusión de Dyved. Ya te he dicho quién es. Así que suéltala.

—Por el cielo, no la soltaré —dijo.

—¿Qué más quieres? —preguntó.

—Quiero que ya no haya encantamiento alguno sobre los siete cantrevs de Dyved y que nunca más se lance uno sobre ellos.

—Eso tendrás —dijo—. Ahora suéltala.

—Por mi fe, no lo haré —respondió.

—¿Qué más quieres? —preguntó.

—Mira —dijo—, esto quiero: que nadie se vengue por esto, ni de Pryderi ni de Rhiannon ni de mí.

—Todo eso tendrás. Y has hecho bien en pedirlo. Todo este problema habría recaído sobre ti.

—Sí —dijo—, por temor a eso lo pedí.

—Ahora deja libre a mi esposa.

—Por el cielo, no —dijo—, hasta que vea a Pryderi y a Rhiannon libres y junto a mí.

—Mira, aquí vienen —respondió.

Y entonces aparecieron Pryderi y Rhiannon. Él se levantó para recibirlos, los saludó y se sentó a su lado.

—Ah, señor, deja libre ahora a mi esposa —dijo el obispo.

—¿No has recibido todo lo que pediste?

—La soltaré con gusto —dijo.

Y entonces la dejó libre.

Entonces Llwyd la golpeó con una varita mágica y ella volvió a convertirse en una joven, la más hermosa que jamás se hubiera visto.

—Mira a tu alrededor, por tu tierra —dijo—, y verás que está toda cultivada y poblada, como en sus mejores tiempos.

Se levantó y miró. Y al hacerlo vio todos los campos cultivados y llenos de rebaños y viviendas.

—¿Qué cautiverio han sufrido Pryderi y Rhiannon? —preguntó.

—Pryderi ha llevado al cuello los aldabones de la puerta de mi palacio, y Rhiannon, los collares de los asnos que han estado cargando heno.

Y ese había sido su cautiverio.

Y por causa de este cautiverio, este relato se llama el Mabinogi de Mynnweir y Mynord.

Y así termina esta parte del Mabinogi.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# MATH, HIJO DE MATHONWY

✦

Math, hijo de Mathonwy, era señor de Gwynedd, y Pryderi, hijo de Pwyll, era señor de los veintiún Cantrevs del Sur; y estos eran los siete Cantrevs de Dyved, los siete Cantrevs de Morganwc, los cuatro Cantrevs de Ceredigiawn y los tres de Ystrad Tywi.

En aquel tiempo, Math, hijo de Mathonwy, no podía vivir si no tenía los pies en el regazo de una doncella, salvo cuando se lo impedía el tumulto de la guerra. La doncella que estaba con él era Goewin, hija de Pebin de Dôl Pebin, en Arvon, y era la doncella más hermosa de su tiempo de cuantas allí se conocían.

Y Math vivía siempre en Caer Dathyl, en Arvon, y no podía recorrer el país; pero Gilvaethwy, hijo de Don, y Eneyd, hijo de Don, sus sobrinos, hijos de sus hermanas, recorrían el país en su lugar con su séquito.

La doncella estaba continuamente con Math, y Gilvaethwy, hijo de Don, puso en ella su afecto y la amó de tal modo que no sabía qué hacer por su causa; y por ello su color, su semblante y su ánimo cambiaron por amor a ella, hasta el punto de que no era fácil reconocerlo.

Un día, su hermano Gwydion lo miró fijamente. «Joven —dijo—, ¿qué te sucede?». «¿Por qué? —respondió él—. ¿Qué ves en mí?». «Veo —dijo— que has perdido tu semblante y tu color; ¿qué te sucede, pues?».

«Señor hermano —respondió—, lo que me sucede no me aprovecharía confesarlo a nadie». «¿Qué puede ser, alma mía?», dijo él. «Ya sabes —dijo

— que Math, hijo de Mathonwy, tiene esta propiedad: que si los hombres cuchichean entre sí, por bajo que sea el tono, si el viento lo alcanza, él llega a saberlo». «Sí —dijo Gwydion—, calla ahora; conozco tu intención: amas a Goewin».

Cuando vio que su hermano conocía su intención, lanzó el suspiro más hondo del mundo. «Calla, alma mía, y no suspires —dijo—. No es así como lo conseguirás. Haré —dijo—, si no puede ser de otro modo, que se levanten Gwynedd, Powys y Deheubarth para buscar a la doncella. Ten, pues, buen ánimo, que yo lo lograré».

Así que fueron a ver a Math, hijo de Mathonwy. «Señor —dijo Gwydion —, he oído que han llegado al Sur unas bestias como nunca se conocieron antes en esta isla».

«¿Cómo se llaman?», preguntó él. «Cerdos, señor». «¿Y qué clase de animales son?». «Son animales pequeños, y su carne es mejor que la carne de los bueyes». «¿Son pequeños, entonces?».

«Y cambian de nombre. Ahora se les llama puercos». «¿Quién es su dueño?». «Pryderi, hijo de Pwyll; se los envió desde Annwvyn Arawn, rey de Annwvyn, y todavía conservan ese nombre: medio cochino, medio cerdo».

«En verdad —preguntó él—, ¿y de qué modo podrían obtenerse de él?». «Iré, señor, con otros once, disfrazados de bardos, a buscar los puercos». «Pero puede que os los niegue», dijo él.

«No será mal viaje el mío, señor —dijo él—; no volveré sin los puercos». «Con gusto —dijo él—, adelante».

Así que fueron él y Gilvaethwy, y otros diez hombres con ellos. Y llegaron a Ceredigiawn, al lugar que ahora se llama Rhuddlan Teivi, donde estaba el palacio de Pryderi. Entraron disfrazados de bardos y fueron recibidos con alegría, y aquella noche sentaron a Gwydion junto a Pryderi.

«En verdad —dijo Pryderi—, con gusto oiría un relato de alguno de vuestros hombres de allí». «Señor —dijo Gwydion—, tenemos la costumbre de que la primera noche que llegamos a la Corte de un gran hombre recite el jefe del canto. Con gusto contaré un relato». Gwydion era el mejor narrador de relatos del mundo, y aquella noche entretuvo a toda la Corte con amena conversación y con relatos, de modo que encantó a todos los de la Corte, y a Pryderi le agradó conversar con él.

Y después de esto: «Señor —dijo a Pryderi—, ¿te agradaría más que otro te expusiera mi encargo, o que yo mismo te dijera cuál es?». «No —respondió él—, tú hablas con soltura».

«He aquí, pues, señor —dijo—, mi encargo. Es pedirte los animales que te enviaron de Annwvyn». «En verdad —respondió él—, sería lo más fácil del mundo concederlo si no hubiera un pacto entre mi tierra y yo respecto a ellos. Y el pacto es que no salgan de mi poder hasta que hayan producido en la tierra el doble de su número».

«Señor —dijo él—, puedo librarte de esas palabras, y he aquí cómo puedo hacerlo: no me des los puercos esta noche, ni tampoco me los niegues, y mañana te mostraré algo a cambio de ellos».

Y aquella noche él y sus compañeros fueron a su alojamiento y se pusieron a deliberar. «Ah, hombres míos —dijo él—, no tendremos los puercos con

solo pedirlos». «Pues bien —dijeron ellos—, ¿cómo podrán obtenerse?». «Yo haré que se obtengan», dijo Gwydion.

Entonces recurrió a sus artes y empezó a obrar un encantamiento. E hizo aparecer doce corceles y doce lebreles negros, todos con el pecho blanco, que llevaban doce collares y doce traíllas que nadie que los viera habría podido tomar por otra cosa que oro. Y sobre los caballos, doce sillas, y toda parte que debía ser de hierro era completamente de oro, y las bridas eran de la misma hechura. Y con los caballos y los perros se presentó ante Pryderi.

«Buenos días, señor», dijo él. «El cielo te prospere —dijo el otro—, y salud a ti». «Señor —dijo él—, he aquí con qué librarte de la palabra que dijiste anoche sobre los puercos: que no los darías ni los venderías. Puedes cambiarlos por algo mejor. Y te daré estos doce caballos, enjaezados como están, con sus sillas y sus bridas, y estos doce lebreles, con sus collares y sus traíllas como ves, y los doce escudos dorados que contemplas allí».

Estos los había formado de hongos. «Bien —dijo él—, deliberaremos». Y deliberaron juntos, y decidieron dar los puercos a Gwydion y tomar sus caballos, sus perros y sus escudos.

Entonces Gwydion y sus hombres se despidieron y emprendieron el viaje con los cerdos. «Ah, compañeros míos —dijo Gwydion—, es preciso que viajemos deprisa. El encantamiento no durará más que desde esta hora hasta la misma hora de mañana».

Y aquella noche viajaron hasta la parte alta de Ceredigiawn, al lugar que por esa causa se llama todavía Mochdrev. Y al día siguiente siguieron su ca-

mino por Melenydd, y llegaron aquella noche a la población que por la misma razón se llama también Mochdrev, entre Keri y Arwystli.

Y de allí siguieron adelante; y aquella noche llegaron hasta el Commot de Powys que, también por ese motivo, se llama Mochnant, y allí pasaron la noche. Y de allí viajaron al Cantrev de Rhos, y el lugar donde estuvieron aquella noche se llama todavía Mochdrev.

«Hombres míos —dijo Gwydion—, debemos avanzar con estos animales hasta las fortalezas de Gwynedd, porque se están reuniendo huestes para perseguirnos». Así que siguieron viaje hasta la población más alta de Arllechwedd, y allí hicieron una pocilga para los puercos, y por eso se dio a esa población el nombre de Creuwyryon.

Y después de hacer la pocilga para los puercos, fueron a ver a Math, hijo de Mathonwy, a Caer Dathyl. Y cuando llegaron allí, el país se estaba alzando. «¿Qué noticias hay aquí?», preguntó Gwydion.

«Pryderi está reuniendo veintiún Cantrevs para perseguiros —respondieron ellos—. Es asombroso que hayáis viajado tan despacio». «¿Dónde están los animales que fuisteis a buscar?», dijo Math. «Les han hecho una pocilga en el otro Cantrev, más abajo», dijo Gwydion.

⁂

En ese momento oyeron las trompetas y la hueste en la tierra, y se armaron, se pusieron en marcha y llegaron a Penardd, en Arvon.

Y por la noche Gwydion, hijo de Don, y Gilvaethwy, su hermano, volvieron a Caer Dathyl; y Gilvaethwy ocupó el lecho de Math, hijo de Mat-

honwy. Y mientras echaba sin cortesía de la estancia a las otras doncellas, obligó a Goewin a quedarse contra su voluntad.

Y cuando vieron el día a la mañana siguiente, volvieron al lugar donde estaba Math, hijo de Mathonwy, con su hueste; y cuando llegaron allí, los guerreros estaban deliberando en qué comarca esperarían la llegada de Pryderi y de los hombres del Sur. Así que entraron en el consejo. Y se resolvió esperar en las fortalezas de Gwynedd, en Arvon.

Así que tomaron posición entre los dos Maenors, Maenor Penardd y Maenor Coed Alun. Y allí los atacó Pryderi, y allí tuvo lugar el combate. Y grande fue la matanza por ambas partes; pero los hombres del Sur se vieron obligados a huir. Y huyeron hasta el lugar que todavía se llama Nantcall.

Y allá los siguieron, e hicieron entre ellos una inmensa matanza, de modo que huyeron de nuevo hasta el lugar llamado Dol Pen Maen, y allí se detuvieron y procuraron hacer la paz.

Y para tener paz, Pryderi dio rehenes: dio a Gwrgi Gwastra y a otros veintitrés, hijos de nobles. Y después de esto viajaron en paz hasta Traeth Mawr; pero mientras avanzaban juntos hacia Melenryd, no se pudo impedir que los hombres de a pie se lanzaran flechas.

Pryderi envió a Math una embajada para rogarle que lo prohibiera a su gente y que lo dejara entre él y Gwydion, hijo de Don, puesto que él había causado todo aquello. Y los mensajeros llegaron ante Math.

«En verdad —dijo Math—, pongo al Cielo por testigo de que, si a Gwydion, hijo de Don, le place, lo dejaré así con gusto. Nunca obligaré a nadie a ir a combatir, sino que nosotros mismos haremos cuanto podamos».

«En verdad —dijeron los mensajeros—, Pryderi dice que sería más justo que el hombre que le hizo este agravio opusiera su propio cuerpo al suyo y dejara indemne a su gente». «Declaro ante el Cielo que no pediré a los hombres de Gwynedd que combatan por mi causa. Si se me permite luchar yo mismo contra Pryderi, con gusto opondré mi cuerpo al suyo». Y llevaron esta respuesta a Pryderi. «En verdad —dijo Pryderi—, no pediré a nadie que reclame mis derechos sino a mí mismo».

Entonces los dos salieron y se armaron, y combatieron. Y por la fuerza, por la fiereza y por la magia y los encantamientos de Gwydion, Pryderi fue muerto. Y en Maen Tyriawc, más arriba de Melenryd, fue enterrado, y allí está su tumba.

Y los hombres del Sur partieron con pesar hacia su tierra; y no es de extrañar que se afligieran, pues habían perdido a su señor y a muchos de sus mejores guerreros, y en su mayor parte sus caballos y sus armas.

Los hombres de Gwynedd volvieron alegres y triunfantes. «Señor —dijo Gwydion a Math—, ¿no sería justo que soltáramos a los rehenes de los hombres del Sur, que nos entregaron en prenda de paz? Porque no debemos tenerlos presos». «Que sean liberados, pues», dice Math. Y así aquel joven y los otros rehenes que estaban con él fueron liberados para seguir a los hombres del Sur.

Math en persona siguió hasta Caer Dathyl. Gilvaethwy, hijo de Don, y los del séquito que estaban con él fueron a recorrer Gwynedd como solían, sin acudir a la Corte. Math entró en su aposento y mandó que le prepararan un lugar donde recostarse para poner los pies en el regazo de la doncella.

«Señor —dijo Goewin—, busca ahora a otra que sostenga tus pies, porque ya soy mujer». «¿Qué significa esto?», dijo él. «Me atacaron por sorpresa, señor; pero no callé, y no hubo nadie en la Corte que no lo supiera. El ataque lo hicieron tus sobrinos, señor, los hijos de tu hermana, Gwydion, hijo de Don, y Gilvaethwy, hijo de Don; a mí me hicieron daño, y a ti deshonra».

«En verdad —exclamó él—, haré cuanto esté en mi poder en este asunto. Pero primero haré que tú tengas reparación, y luego haré que se me den satisfacciones a mí. En cuanto a ti, te tomaré por esposa y pondré en tus manos la posesión de mis dominios».

Y Gwydion y Gilvaethwy no se acercaron a la Corte, sino que se quedaron en los confines del país hasta que se prohibió darles comida y bebida. Al principio no se acercaron a Math, pero al final acudieron.

«Señor —dijeron—, buenos días». «Pues bien —dijo él—, ¿venís a darme reparación?». «Señor —dijeron ellos—, estamos a tu voluntad». «Por mi voluntad no habría perdido a mis guerreros ni tantas armas como he perdido. No podéis reparar mi vergüenza, dejando aparte la muerte de Pryderi. Pero, ya que venís aquí a estar a mi voluntad, empezaré vuestro castigo enseguida».

Entonces tomó su varita mágica y golpeó a Gilvaethwy, de modo que se convirtió en ciervo, y agarró deprisa al otro para que no se le escapara. Y lo golpeó con la misma varita mágica, y se convirtió también en ciervo. «Ya que ahora estáis atados, quiero que vayáis juntos y seáis compañeros, y que tengáis la naturaleza de los animales cuya forma lleváis. Y dentro de un año, en este día, volved aquí a mí».

Al cabo de un año desde aquel día, he aquí que hubo un gran ruido bajo el muro del aposento, y con el ruido los ladridos de los perros del palacio. «Mirad —dijo él— qué hay fuera».

«Señor —dijo uno—, he mirado; hay allí dos ciervos, y un cervatillo con ellos». Entonces se levantó y salió. Y cuando llegó, vio a los tres animales. Y alzó su varita.

«Ya que fuisteis ciervos el año pasado, sed jabalíes, uno y otro, durante el año que viene». Y en ese momento los golpeó con la varita mágica. «Al pequeño lo tomaré y haré que lo bauticen». El nombre que le dio fue Hydwn.

«Id y sed jabalíes, uno y otro, y tened la naturaleza de los jabalíes. Y dentro de un año, en este día, estad aquí bajo el muro».

⁂

Al cabo del año se oyeron ladridos de perros bajo el muro del aposento. Y la Corte se reunió, y entonces él se levantó y salió, y al salir vio tres bestias. Estas eran las bestias que vio: dos jabalíes del bosque, y con ellos uno joven bien crecido. Y era muy grande para su edad.

«En verdad —dijo Math—, a este lo tomaré y haré que lo bauticen». Y lo golpeó con su varita mágica, y se convirtió en un joven apuesto y hermoso de cabellos castaño rojizo, y el nombre que le dio fue Hychdwn.

«Ahora, en cuanto a vosotros, ya que fuisteis jabalíes el año pasado, sed lobos, uno y otro, durante el año que viene». En ese momento los golpeó con su varita mágica, y se convirtieron en lobos.

«Y tened la misma naturaleza que los animales cuya apariencia lleváis, y volved aquí dentro de un año, en este día, bajo este muro».

Y el mismo día, al cabo del año, oyó un clamor y ladridos de perros bajo el muro del aposento. Y se levantó y salió. Y cuando llegó, he aquí que vio dos lobos, y un cachorro fuerte con ellos. «A este lo tomaré —dijo Math— y haré que lo bauticen; tiene un nombre preparado, y es Bleiddwn. Ahora bien, estos tres son así:

Los tres hijos de Gilvaethwy el falso,

Los tres combatientes fieles,

Bleiddwn, Hydwn y Hychdwn el Alto».

Entonces golpeó a los dos con su varita mágica, y recobraron su propia naturaleza. «Oh, hombres —dijo—, por el agravio que me hicisteis, bastante ha sido vuestro castigo y vuestra deshonra. Preparad ahora ungüento precioso para estos hombres, lavadles la cabeza y equipadlos». Y así se hizo.

Y después de equiparlos, se presentaron ante él. «Oh, hombres —dijo—, habéis obtenido la paz, y tendréis también amistad. Dadme vuestro consejo: ¿qué doncella buscaré?». «Señor —dijo Gwydion, hijo de Don—, es fácil darte consejo: busca a Arianrod, hija de Don, tu sobrina, la hija de tu hermana».

Y se la trajeron, y la doncella entró. «Ah, doncella —dijo él—, ¿eres tú doncella?». «No sé otra cosa, señor, sino que lo soy». Entonces él tomó su varita mágica y la dobló.

«Pasa por encima de esto —dijo— y sabré si eres doncella». Entonces ella pasó por encima de la varita mágica, y al instante apareció un niño hermoso, rollizo y de cabellos rubios. Y al llorar el niño, ella se dirigió hacia la puerta.

Y en ese momento se vio una pequeña forma; pero antes de que nadie pudiera verla por segunda vez, Gwydion la había tomado, la había envuelto en un pañuelo de terciopelo y la había escondido. El lugar donde la escondió fue el fondo de un arcón a los pies de su cama.

«En verdad —dijo Math, hijo de Mathonwy, acerca del hermoso niño rubio—, haré que bauticen a este, y Dylan es el nombre que le daré».

Así que hicieron bautizar al niño, y en cuanto lo bautizaron se lanzó al mar. Y en cuanto estuvo en el mar, tomó su naturaleza y nadaba tan bien como el mejor pez que había en él. Y por esa razón se le llamó Dylan, hijo de la Ola. Bajo él no rompió nunca ninguna ola. Y el golpe que le causó la muerte se lo dio su tío Govannon. Se le llamó el tercer golpe funesto.

Estando Gwydion una mañana despierto en su cama, oyó un llanto en el arcón que tenía a los pies; y aunque no era fuerte, era tal que podía oírlo. Entonces se levantó deprisa y abrió el arcón; y al abrirlo vio a un niño de pecho que sacaba los brazos de entre los pliegues del pañuelo y lo apartaba. Y tomó al niño en brazos y lo llevó a un lugar donde sabía que había una mujer que podía criarlo. Y convino con la mujer en que se encargara del niño. Y aquel año fue criado.

Y al cabo del año, por su tamaño, parecía que tuviera dos años. Y el segundo año era un niño grande y podía ir solo a la Corte. Y cuando llegó a la

Corte, Gwydion se fijó en él, y el niño se familiarizó con él y lo quiso más que a nadie. Luego el niño fue criado en la Corte hasta los cuatro años, cuando era tan grande como si tuviera ocho.

Y un día Gwydion salió a pasear, y el niño lo siguió, y fue al castillo de Arianrod con el niño; y cuando entró en la Corte, Arianrod se levantó para recibirlo, lo saludó y le dio la bienvenida.

«El Cielo te prospere», dijo él. «¿Quién es el niño que te sigue?», preguntó ella. «Este joven es tu hijo», respondió él. «¡Ay! —dijo ella—, ¿qué te ha pasado para que me avergüences así? ¿Por qué buscas mi deshonra y la mantienes tanto tiempo como este?».

«Si no sufres deshonra mayor que la de que yo críe a un niño como este, pequeña será tu vergüenza». «¿Cuál es el nombre del niño?», dijo ella. «En verdad —respondió él—, todavía no tiene nombre».

«Pues bien —dijo ella—, le impongo este destino: que nunca tenga nombre hasta que lo reciba de mí». «El Cielo me es testigo —respondió él— de que eres una mujer malvada. Pero el niño tendrá nombre, por mucho que te desagrade. En cuanto a ti, lo que te aflige es que ya no te llamen doncella». Y en ese momento salió lleno de ira, volvió a Caer Dathyl y allí pasó la noche.

Y al día siguiente se levantó, tomó consigo al niño y fue a pasear por la orilla del mar, entre aquel lugar y Aber Menei. Y allí vio juncos y algas, y los convirtió en una barca. Y de palos secos y juncos hizo cuero cordobés, y en gran cantidad, y lo tiñó de tal manera que nadie vio nunca cuero más hermoso que aquel.

Luego hizo una vela para la barca, y él y el niño fueron en ella hasta el puerto del castillo de Arianrod. Y se puso a dar forma a zapatos y a coserlos, hasta que lo vieron desde el castillo. Y cuando supo que los del castillo lo observaban, cambió su aspecto y se puso otra apariencia a sí mismo y al niño, para que no los reconocieran.

«¿Qué hombres son esos de aquella barca?», dijo Arianrod. «Son zapateros», respondieron ellos. «Id a ver qué clase de cuero tienen y qué clase de trabajo saben hacer».

Así que fueron hasta ellos. Y cuando llegaron, él estaba tiñendo cuero cordobés y dorándolo. Y los mensajeros volvieron y se lo contaron. «Bien —dijo ella—, tomad la medida de mi pie y pedid al zapatero que me haga zapatos». Así que él le hizo los zapatos, pero no según la medida, sino más grandes. Le llevaron entonces los zapatos, y he aquí que eran demasiado grandes.

«Estos son demasiado grandes —dijo ella—, pero recibirá su precio. Que haga también otros más pequeños que estos». Entonces él le hizo otros mucho más pequeños que su pie y se los envió.

«Decidle que estos no me entran en los pies», dijo ella. Y se lo dijeron. «En verdad —dijo él—, no le haré zapatos si no le veo el pie». Y se lo dijeron a ella. «En verdad —respondió ella—, iré a verlo».

⁂

Así que bajó a la barca, y cuando llegó allí, él estaba dando forma a los zapatos y el niño cosiéndolos. «Ah, señora —dijo él—, buenos días». «El

Cielo te prospere —dijo ella—. Me asombra que no sepas hacer zapatos según una medida». «No sabía —respondió él—, pero ahora sabré».

En ese momento, he aquí que un reyezuelo se posó en la cubierta de la barca, y el niño le disparó y le dio en la pata, entre el tendón y el hueso. Entonces ella sonrió. «En verdad —dijo ella—, con mano firme apuntó el león». «Que el Cielo no te lo pague, pero ahora ya tiene nombre. Y es un nombre bastante bueno. Llámese en adelante Llew Llaw Gyffes».

Entonces el trabajo se deshizo en algas y juncos, y él no siguió con él. Y por esa razón se le llamó el tercer Zapatero de Oro. «En verdad —dijo ella—, no te irá mejor por hacerme mal». «Todavía no te he hecho ningún mal», dijo él. Entonces devolvió al niño su propia forma. «Bien —dijo ella—, impondré a este niño un destino: que nunca tenga armas ni armadura hasta que yo se las ponga». «Por el Cielo —dijo él—, sea cual sea tu malicia, tendrá armas».

Luego fueron hacia Dinas Dinllev, y allí crio a Llew Llaw Gyffes hasta que supo manejar cualquier caballo y fue perfecto en facciones, en fuerza y en estatura. Y entonces Gwydion vio que languidecía por falta de caballos y de armas. Y lo llamó. «Ah, joven —dijo—, mañana iremos juntos a un recado. Ten, pues, más ánimo del que tienes». «Así lo haré», dijo el joven.

A la mañana siguiente, al despuntar el día, se levantaron. Y tomaron el camino de la costa, subiendo hacia Bryn Aryen. Y en lo alto de Cevn Clydno se proveyeron de caballos y fueron hacia el castillo de Arianrod. Y cambiaron de forma y espolearon hacia la puerta con la apariencia de dos jóvenes, aunque el aspecto de Gwydion era más grave que el del otro. «Portero —

dijo él—, entra y di que hay aquí bardos de Glamorgan». Y el portero entró. «La bienvenida del Cielo sea con ellos, dejadlos entrar», dijo Arianrod.

Con gran alegría fueron recibidos. Y se dispuso la sala, y fueron a comer. Cuando terminó la comida, Arianrod conversó con Gwydion de relatos e historias. Gwydion era un excelente narrador de relatos. Y cuando llegó la hora de dejar el festín, les prepararon un aposento y fueron a descansar.

Con el primer crepúsculo Gwydion se levantó y llamó a sí su magia y su poder. Y para cuando despuntó el día, resonaba por la tierra un gran estrépito, con trompetas y gritos. Cuando ya era de día, oyeron llamar a la puerta del aposento, y con ello a Arianrod que pedía que le abrieran. El joven se levantó y le abrió, y ella entró, y una doncella con ella.

«Ah, buenos hombres —dijo ella—, en mal trance estamos». «Sí, en verdad —dijo Gwydion—, hemos oído trompetas y gritos; ¿qué crees que pueden significar?». «En verdad —dijo ella—, no se puede ver el color del océano por la cantidad de barcos, unos junto a otros. Y se dirigen a tierra a toda la velocidad que pueden. ¿Y qué podemos hacer?», dijo ella.

«Señora —dijo Gwydion—, no hay otro consejo que cerrar el castillo con nosotros dentro y defenderlo como mejor podamos». «En verdad —dijo ella—, que el Cielo os lo pague. Defendedlo vosotros. Y aquí podréis tener armas en abundancia».

Y en ese momento ella salió en busca de las armas, y he aquí que volvió, y dos doncellas con ella, y armaduras para dos hombres. «Señora —dijo él—, arma tú a este muchacho, y yo me armaré con la ayuda de tus doncellas. Oigo ya el tumulto de los hombres que se acercan».

«Lo haré con gusto». Así que ella lo armó por completo, y de muy buena gana. «¿Has terminado de armar al joven?», dijo él. «He terminado», respondió ella. «Yo también he terminado —dijo Gwydion—. Quitémonos ahora las armas, no las necesitamos».

«¿Por qué? —dijo ella—. Ahí está el ejército alrededor de la casa». «Oh, señora, aquí no hay ningún ejército». «Oh —exclamó ella—, ¿de dónde venía entonces este tumulto?».

«El tumulto no era más que para romper tu profecía y conseguir armas para tu hijo. Y ahora ya tiene armas, sin agradecértelo a ti». «Por el Cielo —dijo Arianrod—, eres un hombre malvado. Muchos jóvenes podrían haber perdido la vida por el alboroto que has causado hoy en este Cantrev. Ahora impondré a este joven un destino —dijo ella—: que nunca tenga esposa de la raza que ahora habita esta tierra».

«En verdad —dijo él—, siempre fuiste una mujer maliciosa, y nadie debería apoyarte. Esposa tendrá, a pesar de todo».

En ese momento fueron a ver a Math, hijo de Mathonwy, y se quejaron ante él amargamente de Arianrod. Gwydion le mostró también cómo había conseguido armas para el joven.

«Bien —dijo Math—, buscaremos tú y yo, con encantamientos e ilusión, formarle una esposa de flores. Ya ha llegado a estatura de hombre, y es el joven más apuesto que jamás se vio». Así que tomaron las flores del roble, las flores de la retama y las flores de la ulmaria, y produjeron de ellas una doncella, la más hermosa y graciosa que hombre alguno vio jamás. Y la bautizaron y le dieron el nombre de Blodeuwedd.

Después de que ella fuera su esposa, y de que celebraran el festín, dijo Gwydion: «No es fácil para un hombre sostenerse sin posesiones». «En verdad —dijo Math—, daré al joven el mejor Cantrev para que lo tenga». «Señor —dijo él—, ¿qué Cantrev es ese?». «El Cantrev de Dinodig», respondió él. Hoy se llama Eivionydd y Ardudwy. Y el lugar del Cantrev donde vivía era un palacio suyo en un paraje llamado Mur y Castell, en los confines de Ardudwy. Allí vivió y reinó, y tanto él como su gobierno eran amados por todos.

Un día salió hacia Caer Dathyl para visitar a Math, hijo de Mathonwy. Y el día en que partió para Caer Dathyl, Blodeuwedd paseaba por la Corte. Y oyó el sonido de un cuerno. Y tras el sonido del cuerno, he aquí que pasó un ciervo cansado, seguido de perros y cazadores. Y tras los perros y los cazadores llegó una multitud de hombres a pie.

«Enviad a un joven —dijo ella— a preguntar quién puede ser aquella hueste». Así que fue un joven y preguntó quiénes eran. «Este es Gronw Pebyr, señor de Penllyn», dijeron ellos. Y así se lo contó el joven.

⁂

Gronw Pebyr persiguió al ciervo, y junto al río Cynvael lo alcanzó y lo mató. Y entre desollar al ciervo y cebar a sus perros, estuvo allí hasta que la noche empezó a caer sobre él. Y al irse el día y acercarse la noche, llegó a la puerta de la Corte. «En verdad —dijo Blodeuwedd—, el Jefe hablará mal de nosotros si a esta hora lo dejamos partir hacia otra tierra sin invitarlo a entrar». «Sí, en verdad, señora —dijeron ellos—, será lo más conveniente invitarlo».

Entonces fueron mensajeros a su encuentro a invitarlo a entrar. Y él aceptó su invitación con gusto y llegó a la Corte, y Blodeuwedd salió a recibirlo, lo saludó y le dio la bienvenida. «Señora —dijo él—, el Cielo te pague tu bondad».

Cuando se quitaron los arreos, fueron a sentarse. Y Blodeuwedd lo miró, y desde el momento en que lo miró se llenó de amor por él. Y él la contempló, y le vino el mismo pensamiento que a ella, de modo que no pudo ocultarle que la amaba, sino que le declaró que así era. Con ello ella se alegró mucho. Y toda su conversación de aquella noche fue sobre el afecto y el amor que sentían el uno por el otro, y que en no más tiempo que una velada había nacido. Y aquella velada la pasaron juntos.

Al día siguiente él quiso partir. Pero ella dijo: «Te ruego que no te vayas de mi lado hoy». Y aquella noche se quedó también. Y aquella noche delibe-raron de qué modo podrían estar siempre juntos. «No hay otro consejo —dijo él— sino que te esfuerces en averiguar de Llew Llaw Gyffes de qué manera le llegará la muerte. Y esto debes hacerlo con apariencia de solicitud por él».

Al día siguiente Gronw quiso partir. «En verdad —dijo ella—, te aconsejo que no te vayas de mi lado hoy». «Por tu ruego no me iré —dijo él—, aunque, debo decirlo, hay peligro de que el jefe dueño del palacio vuelva a casa». «Mañana —respondió ella— te dejaré marchar, de verdad».

Al día siguiente él quiso irse, y ella no se lo impidió. «Acuérdate —dijo Gronw— de lo que te he dicho, y habla con él a fondo, y eso con apariencia de juego amoroso, y averigua de qué modo puede llegarle la muerte».

Aquella noche Llew Llaw Gyffes volvió a su casa. Y pasaron el día en conversación, música y festín. Y por la noche fueron a descansar, y él habló a Blodeuwedd una vez, y le habló una segunda vez. Pero, con todo, no pudo sacarle ni una palabra.

«¿Qué te sucede? —dijo él—. ¿Estás bien?». «Estaba pensando —dijo ella — en algo que tú nunca pensaste respecto a mí; porque me apenaba tu muerte, por si te ibas antes que yo».

«El Cielo te pague tu cuidado por mí —dijo él—, pero hasta que el Cielo me lleve no será fácil matarme». «Por amor del Cielo, y por el mío, muéstrame cómo podrías ser muerto. Mi memoria para guardar es mejor que la tuya».

«Te lo diré con gusto —dijo él—. No es fácil que me maten, salvo con una herida. Y la lanza con que me hieran debe tardar un año en hacerse. Y no debe trabajarse en ella sino durante el sacrificio de los domingos».

«¿Es esto cierto?», preguntó ella. «Lo es en verdad —respondió él—. Y no se me puede matar dentro de una casa, ni fuera de ella. No se me puede matar a caballo ni a pie».

«En verdad —dijo ella—, ¿de qué manera se te puede matar, entonces?». «Te lo diré —dijo él—. Preparándome un baño a la orilla de un río, poniendo un techo sobre la caldera, cubriéndolo bien y apretadamente, y trayendo un macho cabrío y poniéndolo junto a la caldera. Entonces, si pongo un pie sobre el lomo del macho cabrío y el otro en el borde de la caldera, quien me hiera así causará mi muerte». «Bien —dijo ella—, doy gracias al Cielo de que será fácil evitarlo».

En cuanto hubo tenido esta conversación, mandó aviso a Gronw Pebyr. Gronw trabajó en hacer la lanza, y al cabo de un año, en aquel mismo día, estuvo lista. Y ese mismo día hizo que se lo comunicaran a ella.

«Señor —dijo Blodeuwedd a Llew—, he estado pensando cómo es posible que sea verdad lo que me dijiste antes; ¿me mostrarás de qué manera podrías estar a la vez sobre el borde de una caldera y sobre un macho cabrío, si te preparo el baño?». «Te lo mostraré», dijo él.

Entonces ella mandó aviso a Gronw y le pidió que estuviera emboscado en la colina que ahora se llama Bryn Kyvergyr, a orillas del río Cynvael. Hizo también reunir todas las cabras que había en el Cantrev y las mandó llevar a la otra orilla del río, frente a Bryn Kyvergyr.

Y al día siguiente habló así: «Señor —dijo ella—, he mandado preparar el techo y el baño, y he aquí que están listos». «Bien —dijo Llew—, iremos con gusto a verlos».

Al otro día fueron y miraron el baño. «¿Entrarás en el baño, señor?», dijo ella. «Entraré de buena gana», respondió él. Así que entró en el baño y se ungió. «Señor —dijo ella—, he aquí los animales de los que hablaste, que se llaman machos cabríos». «Bien —dijo él—, haz que atrapen a uno y lo traigan aquí». Y trajeron el macho cabrío. Entonces Llew salió del baño, se puso los calzones y colocó un pie en el borde del baño y el otro sobre el lomo del macho cabrío.

En ese momento Gronw se alzó en la colina que se llama Bryn Kyvergyr, apoyó una rodilla en tierra, lanzó el dardo envenenado y lo hirió en el costado, de modo que el asta saltó fuera, pero la punta del dardo quedó den-

tro. Entonces él echó a volar en forma de águila y dio un grito espantoso. Y desde entonces no se le vio más.

En cuanto él se fue, Gronw y Blodeuwedd fueron juntos al palacio aquella noche. Y al día siguiente Gronw se levantó y tomó posesión de Ardudwy. Y después de dominar la tierra, gobernó sobre ella, de modo que Ardudwy y Penllyn quedaron ambos bajo su dominio.

Entonces estas noticias llegaron a Math, hijo de Mathonwy. Y la pesadumbre y la pena cayeron sobre Math, y mucho más sobre Gwydion que sobre él. «Señor —dijo Gwydion—, nunca descansaré hasta tener noticias de mi sobrino».

«En verdad —dijo Math—, que el Cielo sea tu fuerza». Entonces Gwydion partió y se puso en camino. Y recorrió Gwynedd y Powys hasta los confines. Y cuando lo hubo hecho, fue a Arvon y llegó a la casa de un vasallo, en Maenawr Penardd. Y se apeó en la casa y se quedó allí aquella noche. El dueño de la casa y los de su casa entraron, y el último de todos llegó el porquerizo.

Dijo el dueño de la casa al porquerizo: «Bien, joven, ¿ha vuelto esta noche tu cerda?». «Ha vuelto —dijo él—, y en este instante ha regresado con los cerdos». «¿Adónde va esa cerda?», dijo Gwydion.

«Todos los días, cuando se abre la pocilga, sale y nadie puede verla, ni se sabe adónde va, más que si se hundiera en la tierra». «¿Me concederás —dijo Gwydion— no abrir la pocilga hasta que yo esté junto a ella contigo?». «Lo haré, y con mucho gusto», respondió él.

⁂

Aquella noche fueron a descansar; y en cuanto el porquerizo vio la luz del día, despertó a Gwydion. Y Gwydion se levantó, se vistió, fue con el porquerizo y se quedó junto a la pocilga. Entonces el porquerizo abrió la pocilga. Y en cuanto la abrió, he aquí que ella saltó fuera y partió a gran velocidad.

Y Gwydion la siguió, y ella fue contra la corriente de un río y se dirigió a un arroyo que ahora se llama Nant y Llew. Y allí se detuvo y comenzó a comer. Y Gwydion llegó bajo el árbol y miró qué podía ser lo que comía la cerda. Y vio que comía carne podrida y gusanos.

Entonces miró hacia lo alto del árbol, y al mirar vio en la copa del árbol un águila, y cuando el águila se sacudía, caían de ella gusanos y carne podrida, y la cerda los devoraba. Y le pareció que el águila era Llew. Y cantó un Englyn:

«Roble que crece entre las dos orillas;

¡oscuros están el cielo y la colina!

¿No he de conocerlo por sus heridas,

que este es Llew?».

Con esto el águila bajó hasta llegar al centro del árbol. Y Gwydion cantó otro Englyn:

«Roble que crece en tierra alta,

¿no lo moja la lluvia? ¿No lo han empapado

nueve veintenas de tempestades?

¡Lleva en sus ramas a Llew Llaw Gyffes!».

Entonces el águila bajó hasta estar en la rama más baja del árbol, y en ese momento Gwydion cantó este Englyn:

«Roble que crece bajo la pendiente;

¡imponente y majestuoso es su aspecto!

¿No he de decirlo?

¿Que Llew vendrá a mi regazo?».

Y el águila bajó sobre la rodilla de Gwydion. Y Gwydion lo golpeó con su varita mágica, de modo que volvió a su propia forma. Nadie vio jamás espectáculo más lastimoso, porque no era más que piel y huesos.

Entonces fue a Caer Dathyl, y allí le trajeron a los buenos médicos que había en Gwynedd, y antes de terminar el año estaba completamente curado.

«Señor —dijo a Math, hijo de Mathonwy—, ya es hora de que obtenga castigo de aquel por quien he sufrido toda esta desgracia». «En verdad —dijo Math—, nunca podrá mantenerse en posesión de lo que es tu derecho». «Bien —dijo Llew—, cuanto antes tenga mi derecho, más contento estaré».

Entonces convocaron a todo Gwynedd y partieron hacia Ardudwy. Y Gwydion fue por delante y avanzó hasta Mur y Castell. Y cuando Blodeuwedd oyó que venía, tomó consigo a sus doncellas y huyó a la montaña.

Y cruzaron el río Cynvael y fueron hacia una corte que había en la montaña, y por el miedo no podían avanzar sino con la cara vuelta hacia atrás,

de modo que sin darse cuenta cayeron en el lago. Y se ahogaron todas menos la propia Blodeuwedd, y a ella la alcanzó Gwydion. Y le dijo: «No te mataré, pero te haré algo peor que eso. Porque te convertiré en pájaro; y por la vergüenza que has causado a Llew Llaw Gyffes, nunca mostrarás tu rostro a la luz del día en adelante, y eso por miedo a todos los demás pájaros. Porque será su naturaleza atacarte y echarte de dondequiera que te encuentren.

Y no perderás tu nombre, sino que siempre te llamarán Blodeuwedd». Blodeuwedd es lechuza en la lengua de este tiempo, y por esa razón la lechuza es odiosa a todos los pájaros. Y todavía hoy a la lechuza se la llama Blodeuwedd.

Entonces Gronw Pebyr se retiró a Penllyn, y desde allí despachó una embajada. Y los mensajeros que envió preguntaron a Llew Llaw Gyffes si aceptaría tierra, o dominio, u oro, o plata, por el agravio que había recibido. «No lo aceptaré, por mi confesión al Cielo —dijo él—. He aquí lo mínimo que aceptaré de él: que venga al lugar donde yo estaba cuando me hirió con el dardo, y que yo me ponga donde estaba él, y que con un dardo apunte contra él. Y esto es lo mínimo que aceptaré».

Y esto se le dijo a Gronw Pebyr. «En verdad —dijo él—, ¿es necesario que haga esto? Mis fieles guerreros, mi séquito y mis hermanos de leche, ¿no hay entre vosotros ni uno que reciba el golpe en mi lugar?». «No lo hay, en verdad», respondieron ellos. Y por haberse negado a sufrir un golpe por su señor, se les llama la tercera tribu desleal hasta el día de hoy. «Bien —dijo él—, lo afrontaré».

Entonces los dos fueron a las orillas del río Cynvael, y Gronw se puso en el lugar donde estaba Llew Llaw Gyffes cuando lo hirió, y Llew en el lugar donde estaba Gronw.

Entonces dijo Gronw Pebyr a Llew: «Ya que fue por los ardides de una mujer por lo que te hice lo que te he hecho, te conjuro por el Cielo a que me dejes poner entre el golpe y yo la losa que ves allí, en la orilla del río».

«En verdad —dijo Llew—, no te lo negaré». «Ah —dijo él—, que el Cielo te lo pague». Así que Gronw tomó la losa y la puso entre él y el golpe.

Entonces Llew le lanzó el dardo, y atravesó la losa y atravesó también a Gronw, de modo que le salió por la espalda. Y así fue muerto Gronw Pebyr. Y todavía está la losa a la orilla del río Cynvael, en Ardudwy, con el agujero que la atraviesa. Y por eso todavía hoy se llama Llech Gronw.

Por segunda vez Llew Llaw Gyffes tomó posesión de la tierra, y la gobernó con prosperidad. Y, según cuenta la historia, después de esto fue señor de Gwynedd. Y así termina esta parte del Mabinogi.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# EL SUEÑO DE MAXEN WLEDIG

✦

Maxen Wledig era emperador de Roma, y era un hombre más apuesto, mejor y más sabio que cualquier emperador que hubiera habido antes que él. Un día reunió a un consejo de reyes y dijo a sus amigos: «Mañana quiero ir de caza». Y a la mañana siguiente partió con su séquito y llegó al valle del río que corría hacia Roma. Cazó por el valle hasta el mediodía.

También estaban con él treinta y dos reyes coronados, que eran sus vasallos; el emperador no iba con ellos por el placer de la caza, sino para ponerse en pie de igualdad con esos reyes.

El sol estaba alto en el cielo sobre sus cabezas y hacía mucho calor. El sueño venció a Maxen Wledig. Sus acompañantes se pusieron de pie y levantaron sus escudos sobre las astas de sus lanzas a su alrededor para protegerlo del sol, y colocaron bajo su cabeza un escudo esmaltado en oro. Así se durmió Maxen.

Y tuvo un sueño. Este es el sueño que tuvo. Viajaba por el valle del río hacia su nacimiento y llegó a la montaña más alta del mundo. Le pareció que la montaña alcanzaba el cielo; y, al cruzarla, creyó recorrer, al otro lado, las regiones más hermosas y llanas que jamás hubiera visto un hombre.

Vio grandes y caudalosos ríos que bajaban de la montaña hasta el mar, y se encaminó hacia sus desembocaduras. Mientras viajaba así, llegó a la desembocadura del río más grande que jamás se hubiera visto. Vio una gran ciu-

dad en la entrada del río y un vasto castillo en la ciudad, y en el castillo muchas torres altas de distintos colores.

Vio una flota en la desembocadura del río, la más grande que jamás se hubiera visto. Entre los barcos vio uno mucho más grande y hermoso que todos los demás. De la parte del barco que sobresalía del agua, una tabla estaba dorada y otra plateada. Vio un puente hecho con el hueso de una ballena que iba del barco a tierra, y le pareció que cruzaba el puente y subía al barco.

Izaron una vela en el barco, que avanzó por el mar y el océano. Entonces le pareció llegar a la isla más hermosa del mundo entero, y la recorrió de un mar a otro, hasta la costa más lejana. Vio valles, laderas, rocas de altura maravillosa y escarpados precipicios. Jamás había visto algo semejante. Desde allí divisó en el mar una isla frente a aquella tierra escarpada.

Entre él y esa isla había una región cuya llanura era tan vasta como el mar y cuya montaña era tan grande como el bosque. Vio un río que bajaba de la montaña, atravesaba la región y desembocaba en el mar. En la desembocadura vio un castillo, el más hermoso que jamás hubiera visto un hombre. La puerta del castillo estaba abierta y entró.

En el castillo vio un hermoso salón: el techo parecía ser todo de oro, las paredes parecían estar hechas por completo de relucientes piedras preciosas y las puertas parecían todas de oro. Vio asientos de oro y mesas de plata en el salón. En un asiento frente a él vio a dos jóvenes pelirrojos jugando al ajedrez. Vio un tablero de plata y piezas de oro.

Los jóvenes vestían satén negro azabache y llevaban en el cabello coronas de oro rojizo, adornadas con joyas centelleantes de gran valor: rubíes y gemas, alternados con piedras imperiales. Calzaban botas de cuero cordobés nuevo, sujetas con hebillas de oro rojo.

Junto a una columna del salón vio a un hombre de cabellos blancos, sentado en una silla de marfil adornada con las figuras de dos águilas de oro rojizo. Llevaba brazaletes de oro en los brazos, muchos anillos en las manos y un torque de oro alrededor del cuello; sujetaba su cabello con una diadema de oro. Tenía un aspecto imponente. Ante él había un tablero de ajedrez de oro y una vara de oro, y en la mano tenía una lima de acero. Estaba tallando piezas de ajedrez.

Vio a una doncella sentada frente a él en una silla de oro rojizo. Mirarla por su belleza no era más fácil que contemplar el sol cuando brilla con más intensidad. La doncella vestía una túnica de seda blanca, con broches de oro rojo en el pecho, y un manto de tejido dorado. Llevaba en la cabeza una diadema de oro rojo, en la que había rubíes y gemas alternados con perlas y piedras imperiales. La rodeaba un cinturón de oro rojizo. Era la visión más hermosa que jamás hubiera contemplado un hombre.

La doncella se levantó de su silla y él le echó los brazos al cuello. Los dos se sentaron juntos en la silla de oro, que tenía tanto espacio para ambos como para la doncella sola. Mientras él la abrazaba por el cuello, con su mejilla junto a la de ella, el roce de los perros al tirar de sus correas, el entrechocar de los escudos, el golpeteo de las astas de las lanzas y los relinchos y cabriolas de los caballos despertaron al emperador.

Al despertar, no le quedaban ánimo ni vida, a causa de la doncella que había visto en sueños, pues el amor por ella lo embargaba por completo. Entonces sus sirvientes le hablaron. «Señor», dijeron, «¿no es ya hora de que comas?». El emperador montó en su palafrén, más triste que cualquier mortal que jamás se hubiera visto, y partió hacia Roma.

Y así estuvo durante una semana. Cuando los de su séquito iban a beber vino e hidromiel en vasos de oro, él no los acompañaba. Cuando iban a escuchar canciones y relatos, tampoco iba con ellos; y no podían convencerlo de hacer otra cosa que dormir. Cada vez que dormía, veía en sueños a la doncella que más amaba; pero, salvo cuando dormía, no veía nada de ella, pues no sabía dónde estaba en el mundo.

⁂

Un día le habló el paje de cámara; aunque era paje de cámara, también era rey de los romanos. «Señor», dijo, «todo el pueblo te insulta». «¿Por qué me insultan?», preguntó el emperador. «Porque no reciben de ti ni mensajes ni respuestas, como deberían recibir de su señor. Por eso hablan mal de ti». «Joven», dijo el emperador, «tráeme a los sabios de Roma y les diré por qué estoy triste».

Entonces llevaron ante el emperador a los sabios de Roma, y él les habló. «Sabios de Roma», dijo, «he tenido un sueño. En él vi a una doncella, y por causa de ella no me quedan ni vida, ni ánimo ni existencia».

«Señor», respondieron, «ya que nos consideras dignos de aconsejarte, te daremos consejo. Te aconsejamos que envíes mensajeros durante tres años a las tres partes del mundo para que busquen a la mujer de tu sueño. Como

no sabes qué día ni qué noche podrían llegarte buenas noticias, la esperanza de recibirlas te sostendrá».

Así, los mensajeros viajaron durante un año, recorriendo el mundo y buscando noticias sobre su sueño. Pero, al regresar al cabo del año, no sabían ni una palabra más que el día en que habían partido. El emperador se entristeció mucho, pues pensó que nunca recibiría noticias de la mujer que más amaba.

Entonces el rey de los romanos le habló al emperador. «Señor», dijo, «sal a cazar por el camino que te pareció recorrer, ya fuera hacia el este o hacia el oeste». El emperador salió de caza y llegó a la orilla del río. «Miren», dijo, «aquí estaba cuando tuve el sueño, y fui hacia el nacimiento del río, hacia el oeste».

Entonces partieron trece mensajeros del emperador. Ante ellos se alzaba una montaña alta que les parecía tocar el cielo. Así viajaban los mensajeros: cada uno llevaba delante, sobre la gorra, una manga como señal de que eran enviados, para que no les hicieran daño al pasar por tierras hostiles. Cuando cruzaron la montaña, vieron vastas llanuras y grandes ríos que fluían por ellas.

«Miren», dijeron, «la región que vio nuestro señor».

Siguieron las desembocaduras de los ríos hasta llegar al poderoso río que vieron correr hacia el mar, a la vasta ciudad y a las altas torres multicolores del castillo. En el puerto del río vieron la flota más grande del mundo y un barco mayor que todos los demás.

«Miren de nuevo», dijeron, «el sueño que tuvo nuestro señor». Cruzaron el mar en el gran barco y llegaron a la isla de Britania. Recorrieron la isla hasta llegar a Snowdon.

«Miren», dijeron, «la tierra escarpada que vio nuestro señor». Siguieron adelante hasta ver Anglesey ante ellos y también Arvon. «Miren», dijeron, «la región que nuestro señor vio en sueños». Vieron Aber Sain y un castillo en la desembocadura del río. Vieron abierta la entrada del castillo, entraron y encontraron un salón. Entonces dijeron: «Miren, el salón que vio en sueños».

Entraron y vieron a dos jóvenes jugando al ajedrez en el banco de oro. Vieron al hombre de cabellos blancos junto a la columna, sentado en la silla de marfil y tallando piezas de ajedrez. Y vieron a la doncella sentada en una silla de oro rojizo.

Los mensajeros se arrodillaron. «¡Emperatriz de Roma, te saludamos!». «Ah, señores», dijo la doncella, «parecen hombres honrados y llevan la insignia de los enviados. ¿Qué burla es esta que me hacen?».

«No nos burlamos de ti, señora. El emperador de Roma te vio en sueños y, por causa tuya, no le quedan ni vida ni ánimo. Por eso, señora, podrás elegir: venir con nosotros y ser emperatriz de Roma, o que el emperador venga aquí y te tome por esposa».

«Ah, señores», dijo la doncella, «no negaré lo que dicen, pero tampoco lo creeré del todo. Si el emperador me ama, que venga aquí a buscarme».

Los mensajeros emprendieron el regreso de día y de noche. Cuando sus caballos ya no pudieron seguir, compraron otros frescos. Al llegar a Roma, sa-

ludaron al emperador y le pidieron su recompensa, que les fue concedida tal como la habían solicitado. «Señor», dijeron, «seremos tus guías por mar y por tierra hasta el lugar donde está la mujer que más amas, pues sabemos su nombre, su linaje y su pueblo».

Enseguida el emperador partió con su ejército, guiado por esos hombres. Cruzaron el mar y sus profundidades rumbo a la isla de Britania. El emperador conquistó la isla a Beli, hijo de Manogan, y a sus hijos, y los expulsó al mar; luego siguió adelante hasta Arvon. Reconoció la región al verla.

Cuando divisó el castillo de Aber Sain, dijo: «Miren allá, está el castillo donde vi a la doncella que más amo». Avanzó hasta el castillo y entró en el salón. Allí vio a Kynan, hijo de Eudav, y a Adeon, hijo de Eudav, jugando al ajedrez. Vio a Eudav, hijo de Caradawc, sentado en una silla de marfil y tallando piezas de ajedrez.

Y vio a la doncella que había contemplado en sueños, sentada en una silla de oro. «Emperatriz de Roma», dijo, «¡te saludo!». El emperador la abrazó por el cuello y esa noche ella se convirtió en su esposa.

⁂

A la mañana siguiente, la doncella pidió su dote. Él le dijo que pidiera lo que quisiera. Ella pidió que su padre recibiera la isla de Britania, desde el Canal hasta el mar de Irlanda, junto con las tres islas cercanas, para gobernarlas bajo la autoridad de la emperatriz de Roma; y que construyeran para ella tres castillos principales en los lugares que eligiera de la isla de Britania.

Eligió que el castillo más alto se construyera en Arvon. Llevaron allí tierra desde Roma para que al emperador le resultara más saludable dormir, sentarse y caminar sobre ella. Después construyeron para ella los otros dos castillos: Caerlleon y Caermarthen.

Un día el emperador fue a cazar a Caermarthen y llegó hasta la cima de Brevi Vawr, donde instaló su tienda. Hasta el día de hoy, ese campamento se llama Cadeir Maxen. Como construyó el castillo con diez mil hombres, lo llamó Caervyrddin. Entonces Helen decidió construir caminos que unieran los castillos por toda la isla de Britania. Los caminos se construyeron.

Por eso se llaman los caminos de Helen Luyddawc: ella descendía de una mujer nativa de esta isla, y los hombres de la isla de Britania no habrían construido esos grandes caminos por nadie más que por ella.

El emperador permaneció siete años en esta isla. En aquel tiempo, los romanos tenían por costumbre que cualquier emperador que permaneciera más de siete años en tierras extranjeras siguiera allí hasta su ruina y nunca regresara a Roma.

Así que nombraron a un nuevo emperador. Este le escribió una carta amenazante a Maxen. La carta no decía más que esto: «Si vienes, y si alguna vez vienes a Roma». La carta y esas noticias llegaron hasta Caerlleon, donde estaba Maxen. Entonces él le escribió al hombre que se proclamaba emperador en Roma. Esa carta tampoco decía más que esto: «Si voy a Roma, y si voy».

Entonces Maxen partió hacia Roma con su ejército, venció a Francia y Bugundy y a todas las tierras que encontró en el camino, y acampó frente a la ciudad de Roma.

El emperador pasó un año ante la ciudad, sin estar más cerca de tomarla que el primer día. Después llegaron desde la isla de Britania los hermanos de Helen Luyddawc, con un pequeño ejército. En ese pequeño ejército había mejores guerreros que en uno romano dos veces más numeroso. Le dijeron al emperador que habían visto un ejército acampando cerca del suyo: nadie había visto jamás un ejército más hermoso ni mejor equipado para su tamaño, ni estandartes más elegantes.

Helen fue a ver a los ejércitos y reconoció los estandartes de sus hermanos. Entonces Kynan, hijo de Eudav, y Adeon, hijo de Eudav, fueron a encontrarse con el emperador. El emperador se alegró de verlos y los abrazó.

Entonces observaron a los romanos mientras atacaban la ciudad. Kynan le dijo a su hermano: «Intentaremos atacar la ciudad con más habilidad que ellos». De noche midieron la altura de la muralla y enviaron a sus carpinteros al bosque. Hicieron una escalera por cada cuatro hombres de su ejército.

Cuando estuvieron listas, los emperadores iban a comer todos los días al mediodía, y ambos bandos dejaban de luchar hasta que todos terminaban de comer. Por la mañana, los hombres de Britania comían y bebían hasta recobrar las fuerzas. Mientras los dos emperadores comían, los britanos llegaron a la ciudad, apoyaron sus escaleras contra la muralla y enseguida entraron.

El nuevo emperador no tuvo tiempo de armarse cuando cayeron sobre él y lo mataron, junto con muchos otros. Durante tres días y tres noches sometieron a los hombres que estaban en la ciudad y tomaron el castillo. Algunos de ellos se quedaron custodiando la ciudad para impedir que entrara cualquier hombre del ejército de Maxen, hasta que hubieron sometido todo a su voluntad.

Entonces Maxen le habló a Helen Luyddawc. «Me sorprende, señora», dijo, «que tus hermanos no hayan conquistado esta ciudad para mí». «Señor emperador», respondió ella, «mis hermanos son los jóvenes más sabios del mundo. Ve y pídeles la ciudad; si está en su poder, te la entregarán con gusto». El emperador y Helen fueron a reclamar la ciudad.

Le dijeron al emperador que nadie había tomado la ciudad y que nadie podía entregársela, excepto los hombres de la isla de Britania. Entonces se abrieron las puertas de Roma, el emperador se sentó en el trono y todos los romanos se sometieron a él.

Entonces el emperador les dijo a Kynan y Adeon: «Señores, ahora tengo en mi poder todo mi imperio. Les doy este ejército para que conquisten la región del mundo que quieran».

Así que partieron y conquistaron tierras, castillos y ciudades. Mataron a todos los hombres, pero dejaron vivas a las mujeres. Continuaron así hasta que los jóvenes que habían venido con ellos encanecieron, de tanto tiempo que duró la conquista.

Entonces Kynan le habló a su hermano Adeon: «¿Qué prefieres? ¿Quedarte en esta tierra o regresar a la tierra de donde viniste?». Adeon eligió

regresar a su tierra, y muchos fueron con él. Kynan se quedó allí con los demás.

Se reunieron para deliberar y les cortaron la lengua a las mujeres, para que no corrompieran su habla. Como las mujeres dejaron de hablar en su propia lengua, a los hombres de Armórica se los llama britanos. Desde entonces esa lengua ha llegado con frecuencia, y aún llega, desde la isla de Britania.

Este sueño se llama El sueño de Maxen Wledig, emperador de Roma. Y aquí termina.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# LA HISTORIA DE LLUDD Y LLEVELYS

✦

Beli el Grande, hijo de Manogan, tuvo tres hijos: Lludd, Caswallawn y Nynyaw; y, según cuenta la historia, tuvo un cuarto hijo llamado Llevelys. Después de la muerte de Beli, el reino de la isla de Britania pasó a manos de Lludd, su hijo mayor. Lludd gobernó prósperamente, reconstruyó las murallas de Londres y la rodeó de innumerables torres.

Después ordenó a los ciudadanos que construyeran allí casas como no había iguales en ningún reino. Además, era un guerrero poderoso, generoso y dadivoso al ofrecer comida y bebida a todos los que las buscaban. Aunque tenía muchos castillos y ciudades, amaba esta más que ninguna. Allí vivía la mayor parte del año, y por eso se llamó Caer Lludd y, con el tiempo, Caer London. Cuando llegó allí la raza extranjera, la llamaron London o Lwndrys.

Lludd amaba a Llevelys más que a todos sus hermanos, porque era un hombre sabio y prudente. Al enterarse de que el rey de Francia había muerto sin dejar heredero, salvo una hija, y de que había dejado todas sus posesiones en manos de ella, fue a ver a su hermano Lludd para pedirle consejo y ayuda. No buscaba tanto su propio bienestar como aumentar la gloria, el honor y la dignidad de su linaje, si podía ir a Francia a pedir la mano de la joven. Enseguida su hermano habló con él, y el consejo le agradó.

Así que preparó barcos, los llenó de caballeros armados y partió hacia Francia. Apenas desembarcaron, enviaron mensajeros para explicar a los nobles de Francia el motivo de la embajada. Por acuerdo de los nobles y los príncipes de Francia, la joven fue entregada a Llevelys, junto con la corona del reino. Desde entonces gobernó el país con prudencia, sabiduría y felicidad, mientras vivió.

Pasado un tiempo, cayeron sobre la isla de Britania tres plagas como nunca se había visto otra igual en las islas. La primera fue una raza que llegó y fue llamada los coranianos. Su conocimiento era tan grande que no había conversación en toda la isla, por bajo que se hablara, que ellos no pudieran oír si el viento la alcanzaba. Por eso no se les podía hacer daño.[4]

La segunda plaga era un grito que resonaba cada víspera de mayo sobre todos los hogares de la isla de Britania. Atravesaba el corazón de la gente y la aterrorizaba tanto que los hombres perdían el color y las fuerzas, las mujeres perdían a sus hijos, los jóvenes y las doncellas perdían el juicio, y todos los animales, los árboles, la tierra y las aguas quedaban estériles.

La tercera plaga consistía en que, por muchas provisiones y alimentos que se prepararan en las cortes del rey, aunque hubiera comida y bebida suficientes para un año, no se encontraba nada salvo lo que se consumía durante la primera noche. Nadie supo jamás la causa de dos de estas plagas; por eso había más esperanza de librarse de la primera que de la segunda y la tercera.

Entonces el rey Lludd sintió gran tristeza y preocupación, porque no sabía cómo librarse de estas plagas. Convocó a todos los nobles de su reino y les pidió consejo sobre lo que debían hacer ante aquellas calamidades. Por con-

sejo de todos los nobles, Lludd, hijo de Beli, fue a ver a su hermano Llevelys, rey de Francia, hombre de gran sabiduría y buen consejo, para pedirle consejo.

Prepararon una flota en secreto y en silencio, para que aquella raza no supiera el motivo de su viaje, ni nadie más que el rey y sus consejeros. Cuando todo estuvo listo, Lludd y quienes había elegido embarcaron. Y se hicieron a la mar rumbo a Francia.

Cuando estas noticias llegaron a Llevelys, como no sabía por qué venían los barcos de su hermano, fue a su encuentro por el otro lado, acompañado de una flota enorme. Al ver esto, Lludd dejó todos los barcos en el mar, salvo uno. En ese único barco fue al encuentro de su hermano, que también se acercó en un solo barco. Cuando se reunieron, cada uno rodeó con los brazos el cuello del otro, y se saludaron con amor fraternal.

Después de que Lludd le explicara a su hermano el motivo de su viaje, Llevelys dijo que él mismo conocía la causa de la llegada a aquellas tierras. Se pusieron de acuerdo para hablar del asunto de otra manera, de modo que el viento no oyera sus palabras ni los coranianos supieran lo que decían. Entonces Llevelys mandó hacer un largo cuerno de latón, y hablaron a través de él.

Pero las palabras que cada uno decía por el cuerno, el otro solo podía oírlas como palabras ásperas y hostiles. Al ver Llevelys que un demonio se interponía entre ellos y los perturbaba por medio del cuerno, mandó echar vino dentro para lavarlo. El poder del vino expulsó al demonio del cuerno.

Cuando ya pudieron hablar sin impedimentos, Llevelys le dijo a su hermano que le daría algunos insectos, de los cuales debía guardar unos cuantos para criarlos, por si acaso volvía a presentarse una desgracia semejante. Los demás debía tomarlos y machacarlos en agua. Le aseguró que esto tendría poder para destruir a los coranianos.

Es decir, al regresar a su reino, debía convocar a toda la gente, tanto a los de su propia raza como a los coranianos, para una reunión, como si quisiera hacer las paces entre ellos. Cuando estuvieran todos juntos, debía tomar aquella agua encantada y rociarlos a todos por igual.

Le aseguró que el agua envenenaría a los coranianos, pero no mataría ni dañaría a los de su propia raza.

—La segunda plaga —dijo— que hay en tus dominios es un dragón. Otro dragón de una raza extranjera está luchando contra él e intenta vencerlo. Por eso tu dragón lanza un grito aterrador.

Así podrás descubrirlo: cuando hayas regresado a casa, haz que midan la isla a lo largo y a lo ancho; en el lugar donde encuentren el punto exacto del centro, manda cavar un hoyo y poner en él un caldero lleno del mejor hidromiel que se pueda preparar, con una cubierta de satén sobre la boca del caldero.

Quédate allí en persona, vigilando, y verás a los dragones luchar con la forma de animales espantosos. Al final tomarán la forma de dragones en el aire. Por último, después de cansarse de luchar con fiereza y furia, caerán convertidos en dos cerdos sobre la cubierta, y se hundirán con ella hasta el fondo del caldero. Beberán todo el hidromiel y luego se dormirán.

Entonces envuelve enseguida la cubierta alrededor de ellos y entiérralos en un kistvaen, en el lugar más seguro que tengas en tus dominios; escóndelos bajo tierra. Mientras permanezcan en ese lugar seguro, ninguna plaga llegará a la isla de Britania desde otra parte.

—La causa de la tercera plaga —dijo— es un poderoso mago que se apodera de tu comida, tu bebida y tus provisiones. Mediante ilusiones y encantamientos hace que todos se duerman. Por eso debes vigilar en persona tus alimentos y tus provisiones. Y para que no te venza el sueño, ten a tu lado un caldero de agua fría y, cuando el sueño te abrume, métete en él.

⁂

Entonces Lludd regresó a su tierra. Enseguida convocó a toda su gente y a los coranianos. Tal como Llevelys le había enseñado, machacó los insectos en agua y la roció sobre todos juntos; al instante destruyó a toda la tribu de los coranianos, sin hacer daño a ninguno de los britanos.

Algún tiempo después, Lludd hizo medir la isla a lo largo y a lo ancho. En Oxford encontró el punto central. Allí mandó cavar la tierra y colocar en el hoyo un caldero lleno del mejor hidromiel que se pudiera preparar, cubierto con una tela de satén. Él mismo vigiló aquella noche. Mientras estaba allí, vio a los dragones luchar.

Cuando se cansaron, cayeron y descendieron sobre la tela de satén, arrastrándola consigo hasta el fondo del caldero. Después de beberse el hidromiel, se durmieron. Mientras dormían, Lludd envolvió la tela alrededor de ellos y los escondió en un kistvaen, en el lugar más seguro que tenía en Snowdon.

Desde entonces este sitio se llamó Dinas Emreis, aunque antes se llamaba Dinas Ffaraon. Así cesó el grito feroz en sus dominios.

Cuando esto terminó, el rey Lludd mandó preparar un banquete inmenso. Cuando estuvo listo, puso a su lado un recipiente con agua fría y lo vigiló en persona. Mientras permanecía allí, armado, hacia la tercera vigilia de la noche, oyó de pronto muchos cantos de encanto extraordinario y melodías diversas. El sueño empezó a vencerlo.

Para no apartarse de su propósito ni dejarse vencer por el sueño, se metió repetidas veces en el agua. Por fin, apareció un hombre de tamaño gigantesco, vestido con una armadura fuerte y pesada y cargando una cesta. Como de costumbre, metió en la cesta todos los alimentos y provisiones de comida y bebida, y se dispuso a salir con ella. A Lludd nada le pareció más asombroso que el hecho de que la cesta pudiera contener tanto.

Entonces el rey Lludd fue tras él y le habló así: —Alto, alto. Aunque antes has causado muchas ofensas y grandes daños, no volverás a hacerlo, a menos que tu destreza en las armas y tu valor superen los míos.

Enseguida dejó la cesta en el suelo y lo esperó. Lucharon con fiereza, y de sus armas brotaban destellos de fuego. Al final Lludd se trabó con él y el destino le concedió la victoria. Derribó la plaga. Después de vencerlo con su fuerza y su poder, el hombre le suplicó clemencia.

—¿Cómo puedo tenerte clemencia —dijo el rey— después de tantos daños e injusticias que me has causado? —Te compensaré por todas las pérdidas que te he causado, con una cantidad igual a lo que me llevé —dijo él—.

Desde ahora no volveré a hacer algo semejante. Seré tu vasallo fiel. El rey aceptó su oferta.

Así libró Lludd a la isla de Britania de las tres plagas. Desde entonces y hasta el final de su vida, Lludd, hijo de Beli, gobernó la isla de Britania en paz y prosperidad. Este relato se llama La historia de Lludd y Llevelys. Y así termina.

Notas

4 La versión del Greal añade: «Y su moneda era dinero de hadas»; literalmente, dinero de enanos: es decir, monedas que al recibirlas parecían buenas, pero que, si se guardaban, se convertían en trozos de hongos, etc.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# TALIESIN

✦

En tiempos pasados vivía en Penllyn un hombre de linaje noble llamado Tegid Voel, y su morada estaba en medio del lago Tegid, y su mujer se llamaba Caridwen. Y le nació de su mujer un hijo llamado Morvran ab Tegid, y también una hija llamada Creirwy, que era la doncella más hermosa del mundo; y tenían un hermano, el hombre más feo del mundo, Avagddu.

Caridwen, su madre, pensaba que no era probable que lo admitieran entre los hombres de noble cuna, por causa de su fealdad, a menos que tuviera algún mérito o saber elevado. Porque era al comienzo del tiempo de Arturo y de la Tabla Redonda.

Así que resolvió, según las artes de los libros de los Fferyllt, hervir para su hijo una caldera de Inspiración y Ciencia, para que su acogida fuera honrosa por su conocimiento de los misterios del estado futuro del mundo.

Entonces comenzó a hervir la caldera, que desde el comienzo de su hervor no podía dejar de hervir durante un año y un día, hasta obtener tres gotas benditas de la gracia de la Inspiración.

Y puso a Gwion Bach, hijo de Gwreang de Llanfair en Caereinion, en Powys, a remover la caldera, y a un ciego llamado Morda a encender el fuego debajo de ella, y les encargó que no la dejaran de hervir durante el espacio de un año y un día.

Y ella misma, según los libros de los astrónomos y en horas planetarias, recogía cada día toda clase de hierbas portadoras de encantamiento. Y un día,

hacia el final del año, mientras Caridwen recogía plantas y hacía encantamientos, sucedió que tres gotas del licor encantado saltaron de la caldera y cayeron sobre el dedo de Gwion Bach.

Y por su gran calor se llevó el dedo a la boca, y en el instante en que se puso en la boca aquellas gotas prodigiosas, previó todo lo que había de venir y comprendió que su principal cuidado debía ser guardarse de los ardides de Caridwen, porque era inmensa su habilidad. Y con muy gran temor huyó hacia su propia tierra.

Y la caldera se partió en dos, porque todo el licor que había dentro, salvo las tres gotas portadoras de encantamiento, era venenoso, de modo que los caballos de Gwyddno Garanhir quedaron envenenados por el agua del arroyo al que fue a parar el licor de la caldera, y la confluencia de aquel arroyo se llamó desde entonces el Veneno de los Caballos de Gwyddno.

En ese momento entró Caridwen y vio perdido todo el trabajo del año entero. Y agarró un leño y golpeó al ciego Morda en la cabeza hasta que uno de sus ojos le cayó sobre la mejilla. Y él dijo: «Injustamente me has desfigurado, porque soy inocente. Tu pérdida no ha sido por mi causa». «Dices verdad —dijo Caridwen—, fue Gwion Bach quien me robó».

Y salió tras él, corriendo. Y él la vio, se convirtió en liebre y huyó. Pero ella se convirtió en galga y le cortó el paso. Y él corrió hacia un río y se volvió pez. Y ella, en forma de nutria hembra, lo persiguió bajo el agua, hasta que él tuvo que convertirse en pájaro del aire. Ella, como halcón, lo siguió y no le dio descanso en el cielo.

Y justo cuando ella estaba a punto de lanzarse sobre él, y él temía la muerte, divisó un montón de trigo aventado en el suelo de un granero, y se dejó caer entre el trigo y se convirtió en uno de los granos. Entonces ella se transformó en una gallina negra de alta cresta, fue al trigo, lo escarbó con las patas, lo encontró y se lo tragó.

Y, como dice la historia, lo llevó en su seno nueve meses, y cuando lo dio a luz no tuvo valor para matarlo, por causa de su belleza. Así que lo envolvió en una bolsa de cuero y lo arrojó al mar, a la merced de Dios, el día veintinueve de abril.

Y en aquel tiempo la presa de pesca de Gwyddno estaba en la playa entre Dyvi y Aberystwyth, cerca de su propio castillo, y cada víspera de mayo se sacaba de aquella presa el valor de cien libras. Y en aquellos días Gwyddno tenía un único hijo llamado Elphin, el más desdichado de los jóvenes y el más necesitado.

Y a su padre le dolía mucho, porque pensaba que había nacido en mala hora. Y por consejo de su consejo, su padre le había concedido aquel año la pesca de la presa, para ver si alguna vez le sonreía la suerte, y para darle algo con que empezar en el mundo.

Y al día siguiente, cuando Elphin fue a mirar, no había nada en la presa. Pero al volverse vio la bolsa de cuero sobre un poste de la presa. Entonces le dijo a Elphin uno de los guardas de la presa: «Nunca habías tenido mala suerte hasta esta noche, y ahora has destruido las virtudes de la presa, que siempre daba el valor de cien libras cada víspera de mayo, y esta noche no hay en ella más que este pellejo de cuero».

«¿Cómo es eso? —dijo Elphin—. Puede que haya ahí dentro el valor de cien libras». Pues bien, recogieron la bolsa de cuero, y el que la abrió vio la frente del niño y dijo a Elphin: «¡He aquí una frente radiante!»[6].

«Taliesin se llame», dijo Elphin. Y alzó al niño en brazos y, lamentando su desventura, lo colocó con pesar detrás de sí. E hizo que su caballo, que antes iba al trote, marchara suavemente al paso, y lo llevó tan blandamente como si fuera sentado en la silla más cómoda del mundo.

Y al poco el niño compuso para Elphin un Consuelo y una alabanza, y le predijo honra; y el Consuelo fue como podéis ver:

«¡Hermoso Elphin, deja de lamentarte!

Que nadie esté descontento con lo suyo,

desesperar no traerá ningún provecho.

Ningún hombre ve lo que lo sostiene;

la plegaria de Cynllo no será en vano;

Dios no faltará a su promesa.

Nunca en la presa de Gwyddno

hubo tan buena suerte como esta noche.

¡Hermoso Elphin, sécate las mejillas!

Estar demasiado triste no servirá.

Aunque pienses que no has ganado nada,

la pena excesiva no te hará ningún bien;

ni dudes de los milagros del Todopoderoso:

aunque soy pequeño, estoy muy dotado.

De los mares, y de los montes,

y de las profundidades de los ríos,

Dios trae riqueza al hombre afortunado.

Elphin de vivas cualidades,

tu ánimo no es digno de un hombre;

no debes estar demasiado afligido:

mejor es confiar en Dios que presagiar el mal.

Débil y pequeño como soy,

en la playa espumosa del océano,

en el día de la aflicción seré

de más provecho para ti que trescientos salmones.

Elphin de notables cualidades,

no te disgustes por tu desventura;

aunque yazgo así, débil, en mi bolsa,

hay una virtud en mi lengua.

Mientras siga siendo tu protector

no tienes mucho que temer;

recordando los nombres de la Trinidad,

nadie podrá hacerte daño».

⁂

Y este fue el primer poema que cantó jamás Taliesin, y fue para consolar a Elphin en su pena porque se había perdido el producto de la presa y, lo que era peor, porque todo el mundo pensaría que había sido por su culpa y su mala suerte. Y luego Gwyddno Garanhir[7] le preguntó qué era, si hombre o espíritu. A lo cual él cantó este relato, y dijo:

«Primero fui formado en persona agraciada,

en la corte de Caridwen hice penitencia;

aunque pequeño se me veía, plácidamente acogido,

fui grande en el suelo del lugar adonde me llevaron;

fui defensa preciada, causa la dulce musa,

y por ley, sin palabra, fui liberado

por una vieja bruja negra y risueña, que, irritada,

terrible era su reclamo cuando perseguía:

huí con vigor, huí como rana,

huí con apariencia de cuervo, sin apenas hallar descanso;

huí con vehemencia, huí como cadena,

huí como corzo en un matorral enmarañado;

huí como lobezno, huí como lobo en un desierto,

huí como tordo de lenguaje agorero;

huí como zorro, hecho a saltos y quiebros a la par;

huí como marta, que de nada sirvió;

huí como ardilla, que en vano se esconde,

huí como asta de ciervo, de rojizo curso,

huí como hierro en un fuego encendido,

huí como punta de lanza, desgracia para quien la desee;

huí como toro fiero que lucha con encono,

huí como jabalí cerdoso visto en un barranco,

huí como un grano blanco de trigo puro,

en el borde de una sábana de cáñamo enredado,

que parecía del tamaño del potro de una yegua,

que se llena como un barco sobre las aguas;

en una oscura bolsa de cuero fui arrojado,

y en un mar sin límites fui echado a la deriva;

lo cual fue para mí presagio de ser criado con ternura,

y el Señor Dios me puso entonces en libertad».

Entonces llegó Elphin a la casa o corte de Gwyddno, su padre, y Taliesin con él. Y Gwyddno le preguntó si había hecho buena pesca en la presa, y él le dijo que había conseguido algo mejor que peces.

«¿Qué era?», dijo Gwyddno. «Un Bardo», respondió Elphin. Entonces dijo Gwyddno: «¡Ay! ¿De qué le servirá?». Y el propio Taliesin respondió y dijo: «Le servirá más de lo que la presa te sirvió nunca a ti». Preguntó Gwyddno: «¿Sabes hablar, siendo tan pequeño?». Y Taliesin le respondió: «Sé hablar mejor de lo que tú sabes preguntarme». «Déjame oír lo que sabes decir», dijo Gwyddno. Entonces Taliesin cantó:

«En el agua hay una cualidad dotada de bendición;

en Dios es más justo meditar rectamente;

a Dios conviene suplicar con seriedad,

pues no puede haber obstáculo para obtener de él recompensa.

Tres veces he nacido, lo sé por la meditación;

sería miserable que alguien no viniera a obtener

todas las ciencias del mundo, reunidas en mi pecho,

porque sé lo que ha sido y lo que en el futuro sucederá.

Suplicaré a mi Señor que me dé refugio en él,

que obtenga una mirada en su gracia;

el Hijo de María es mi confianza, grande en él es mi deleite,

porque en él se sostiene continuamente el mundo.

Dios ha venido a instruirme y a alzar mi esperanza,

el verdadero Creador del cielo, que me da protección;

con razón se dispone que los santos oren cada día,

porque Dios, el renovador, los llevará a sí».

Y al punto Elphin dio su pesca a su mujer, y ella lo crio con ternura y con amor. Desde entonces Elphin creció en riquezas más y más día tras día, y en amor y favor con el rey, y allí permaneció Taliesin hasta los trece años, cuando Elphin, hijo de Gwyddno, fue por una invitación de Navidad a casa de su tío, Maelgwn Gwynedd, que algún tiempo después de esto celebró corte abierta en Navidad en el castillo de Dyganwy, para todo el número de sus señores de ambos órdenes, tanto espirituales como temporales, con una inmensa y concurrida hueste de caballeros y escuderos. Y entre ellos surgió una conversación y una discusión. Y así se decía:

«¿Hay en todo el mundo un rey tan grande como Maelgwn, o alguno a quien el Cielo haya concedido tantos dones espirituales como a él? ¡Primero, figura, y belleza, y mansedumbre, y fuerza, además de todas las potencias del alma!».

Y junto con esto decían que el Cielo le había dado un don que superaba a todos los demás, que era la belleza, la gentileza, la gracia, la sabiduría y la modestia de su reina, cuyas virtudes sobrepasaban las de todas las damas y nobles doncellas de todo el reino.

Y con esto se hacían preguntas unos a otros entre sí: ¿Quién tenía hombres más valientes? ¿Quién tenía caballos o lebreles más hermosos o más veloces? ¿Quién tenía bardos más hábiles o más sabios que Maelgwn?

En aquel tiempo los bardos gozaban de gran favor entre los grandes del reino; y entonces nadie desempeñaba el oficio de los que ahora se llaman heraldos si no eran hombres doctos, no solo expertos en el servicio de reyes y príncipes, sino estudiosos y bien versados en el linaje, las armas y las hazañas de príncipes y reyes, y en las discusiones sobre reinos extranjeros y las cosas antiguas de este reino, y sobre todo en los anales de los primeros nobles; y además estaban siempre preparados con sus respuestas en varias lenguas, latín, francés, galés e inglés.

Y junto con esto eran grandes cronistas y archiveros, y hábiles en componer versos, y prontos en hacer englyns en cada una de esas lenguas. De estos había en aquel festín, dentro del palacio de Maelgwn, hasta veinticuatro, y el principal de todos era uno llamado Heinin Vardd.

Cuando todos hubieron terminado de alabar así al rey y sus dones, sucedió que Elphin habló de este modo: «En verdad, nadie sino un rey puede rivalizar con un rey; pero si no fuera rey, diría que mi mujer es tan virtuosa como cualquier dama del reino, y también que tengo un bardo más hábil que todos los bardos del rey». En poco tiempo algunos de sus compañeros mostraron al rey todas las jactancias de Elphin; y el rey mandó que lo arrojaran a una prisión fuerte hasta que supiera la verdad sobre las virtudes de su mujer y la sabiduría de su bardo.

Cuando hubieron puesto a Elphin en una torre del castillo, con una gruesa cadena en los pies (se dice que era una cadena de plata, porque era de san-

gre real), el rey, según cuenta la historia, envió a su hijo Rhun a indagar sobre la conducta de la mujer de Elphin.

Rhun era el hombre más desvergonzado del mundo, y no había mujer ni doncella con la que hubiera tratado que no quedara con mala fama. Mientras Rhun iba deprisa hacia la morada de Elphin, plenamente dispuesto a deshonrar a su mujer, Taliesin contó a su señora que el rey había puesto a su señor preso en la cárcel, y que Rhun venía deprisa a procurar deshonrarla.

Por eso hizo que su señora vistiera con sus ropas a una de las criadas de su cocina; lo cual la noble dama hizo con gusto; y le cargó las manos con los mejores anillos que ella y su marido poseían.

⁂

De este modo Taliesin hizo que su señora sentara a la doncella a la mesa en su aposento para la cena, e hizo que pareciera su señora, y que la señora pareciera la criada.

Y cuando a su debido tiempo estuvieron sentadas a la cena del modo que se ha dicho, Rhun llegó súbitamente a la morada de Elphin y fue recibido con alegría, porque todos los criados lo conocían bien; y lo llevaron deprisa al aposento de su señora, con cuya apariencia la criada se levantó de la cena y le dio la bienvenida con gusto.

Y después se sentó de nuevo a cenar por segunda vez, y Rhun con ella. Entonces Rhun empezó a bromear con la criada, que seguía teniendo la apariencia de su señora.

Y en verdad esta historia muestra que la doncella se embriagó tanto que se quedó dormida; y la historia cuenta que fue un polvo que Rhun puso en la bebida lo que la hizo dormir tan profundamente que no sintió nada cuando él le cortó de la mano el dedo meñique, en el que estaba el anillo de sello de Elphin, que este había enviado a su mujer como prenda poco tiempo antes.

Y Rhun volvió al rey con el dedo y el anillo como prueba, para mostrar que se lo había cortado de la mano sin que ella despertara de su sueño de intemperancia.

El rey se alegró mucho con estas noticias, y mandó llamar a sus consejeros, a quienes contó toda la historia desde el principio. E hizo sacar a Elphin de su prisión, y lo reprendió por su jactancia.

Y habló a Elphin de este modo: «Elphin, sábete sin ninguna duda que no es más que locura que un hombre confíe en las virtudes de su mujer más allá de donde puede verla; y para que estés seguro de la vileza de tu mujer, he aquí su dedo, con tu anillo de sello, que le cortaron de la mano anoche mientras dormía el sueño de la embriaguez».

Entonces habló así Elphin: «Con tu permiso, poderoso rey, no puedo negar mi anillo, porque muchos lo conocen; pero en verdad afirmo con firmeza que el dedo que lo lleva nunca estuvo unido a la mano de mi mujer, porque, con verdad y certeza, hay tres cosas notables en él, ninguna de las cuales perteneció nunca a ningún dedo de mi mujer.

La primera de las tres es que es cierto, con permiso de vuestra gracia, que dondequiera que esté mi mujer en esta hora, sentada, de pie o acostada,

este anillo nunca se le sostendría en el pulgar, mientras que podéis ver claramente que costó pasarlo por la articulación del dedo meñique de la mano de donde se cortó este; la segunda cosa es que mi mujer no ha dejado pasar ni un sábado desde que la conozco sin cortarse las uñas antes de acostarse, y podéis ver bien que la uña de este meñique no se ha cortado en un mes.

La tercera es, en verdad, que la mano de donde vino este dedo amasaba masa de centeno tres días antes de que se le cortara el dedo, y puedo asegurar a vuestra bondad que mi mujer no ha amasado nunca masa de centeno desde que es mi mujer».

Entonces el rey se enojó sobremanera con Elphin por oponérsele con tanta firmeza respecto a la bondad de su mujer, y por eso lo mandó a la prisión por segunda vez, diciendo que no saldría de allí hasta que hubiera probado la verdad de su jactancia, tanto sobre la sabiduría de su bardo como sobre las virtudes de su mujer.

Entretanto, su mujer y Taliesin seguían alegres en la morada de Elphin. Y Taliesin mostró a su señora que Elphin estaba preso por causa de ellos, pero le pidió que se alegrara, porque él iría a la corte de Maelgwn a liberar a su señor. Entonces ella le preguntó de qué manera lo liberaría. Y él le respondió:

«Un viaje haré,

y a la puerta llegaré;

en la sala entraré,

y mi canto cantaré;

mi discurso pronunciaré

para acallar a los bardos reales;

en presencia de su jefe

saludaré para burlarme,

sobre ellos caeré

y a Elphin liberaré.

Si surgiera contienda

en presencia del príncipe,

con llamada a los bardos

para el canto de dulce fluir,

y el saber intrigante de los magos

y la sabiduría de los druidas,

en la corte de los hijos del Repartidor

hay algunos que aparecieron

empeñados en planes astutos,

con artimañas y engaños,

en angustias de aflicción,

para agraviar al inocente:

que callen los necios,

como antaño en la batalla de Badon,

con Arturo, de los generosos

la cabeza, con largas hojas rojas;

por las hazañas de hombres irritables,

y un jefe con sus enemigos.

¡Ay de ellos, los necios,

cuando la venganza caiga sobre ellos!

Yo, Taliesin, jefe de los bardos,

con palabras de sabio druida,

liberaré al bondadoso Elphin

de las cadenas del tirano altivo.

A su grito feroz y escalofriante,

por obra de un corcel asombroso,

desde el lejano Norte,

pronto habrá un fin.

Que no haya gracia ni salud

para Maelgwn Gwynedd,

por esta violencia y este agravio;

y que haya males extremos

y un fin vengado

para Rhun y toda su raza:

que sea breve el curso de su vida,

que todas sus tierras sean asoladas;

¡y que se imponga largo destierro

a Maelgwn Gwynedd!».

Después de esto se despidió de su señora, y llegó por fin a la Corte de Maelgwn, que iba a sentarse en su sala y a comer con su pompa real, como era costumbre en aquellos días que hicieran los reyes y príncipes en cada fiesta principal.

Y en cuanto Taliesin entró en la sala, se colocó en un rincón tranquilo, cerca del lugar por donde solían entrar los bardos y los juglares al prestar su servicio y su deber al rey, como es costumbre en las grandes fiestas cuando se proclama la largueza.

Y así, cuando los bardos y los heraldos vinieron a pregonar la largueza y a proclamar el poder del rey y su fuerza, en el momento en que pasaron por el rincón donde él estaba agazapado, Taliesin les hizo morros al pasar y tocó «Blerwm, blerwm» con el dedo sobre los labios.

Ellos no le prestaron mucha atención al pasar, sino que siguieron adelante hasta llegar ante el rey, ante quien hicieron la reverencia con el cuerpo,

como solían, sin decir una sola palabra, sino haciendo morros y muecas al rey y tocando «Blerwm, blerwm» con los dedos sobre los labios, como habían visto hacer al niño en otro lugar.

Este espectáculo hizo que el rey se asombrara y pensara para sí que estaban borrachos de muchos licores. Por eso mandó a uno de sus señores, que servía a la mesa, que fuera a ellos y les pidiera que recobraran el juicio y consideraran dónde estaban y qué les convenía hacer. Y este señor lo hizo con gusto. Pero ellos no cesaron en su locura más que antes.

Entonces les envió recado una segunda vez, y una tercera, pidiéndoles que salieran de la sala. Al fin el rey mandó a uno de sus escuderos que diera un golpe al principal de ellos, llamado Heinin Vardd; y el escudero tomó una escoba y le golpeó en la cabeza, de modo que cayó de espaldas en su asiento.

Entonces se levantó, se puso de rodillas y suplicó permiso a la gracia del rey para mostrar que aquella falta suya no era por falta de saber ni por embriaguez, sino por la influencia de algún espíritu que había en la sala.

Y después de esto habló Heinin de este modo: «Oh, honorable rey, sepa vuestra gracia que no es por la fuerza de la bebida, ni por exceso de licor, por lo que estamos mudos, sin poder de palabra como hombres borrachos, sino por la influencia de un espíritu que está sentado en aquel rincón en forma de niño».

Al punto el rey mandó al escudero que lo trajera; y fue al rincón donde estaba sentado Taliesin y lo llevó ante el rey, que le preguntó qué era y de dónde venía. Y él respondió al rey en verso.

«Primer bardo principal soy de Elphin,

y mi país de origen es la región de las estrellas del verano;

Idno y Heinin me llamaron Merddin,

al fin todo rey me llamará Taliesin.

⁂

Estuve con mi Señor en la esfera más alta,

en la caída de Lucifer a lo profundo del infierno;

he llevado un estandarte delante de Alejandro;

conozco los nombres de las estrellas de norte a sur;

he estado en la galaxia, ante el trono del Repartidor;

estuve en Canaán cuando mataron a Absalón;

llevé el Espíritu Divino hasta el llano del valle de Hebrón;

estuve en la corte de Don antes del nacimiento de Gwydion.

Fui maestro de Elí y de Enoc;

me ha dado alas el genio del báculo espléndido;

fui locuaz antes de recibir el don de la palabra;

estuve en el lugar de la crucifixión del misericordioso Hijo de Dios;

he estado tres períodos en la prisión de Arianrod;

he sido el director principal de la obra de la torre de Nemrod;

soy una maravilla cuyo origen no se conoce.

He estado en Asia con Noé en el arca,

he visto la destrucción de Sodoma y Gomorra;

he estado en la India cuando se construyó Roma,

ahora he venido aquí, al resto de Troya.

He estado con mi Señor en el pesebre del asno;

fortalecí a Moisés a través del agua del Jordán;

he estado en el firmamento con María Magdalena;

he obtenido la musa de la caldera de Caridwen;

he sido bardo del arpa de Lleon de Lochlin.

He estado en la Colina Blanca, en la corte de Cynvelyn,

un día y un año en cepo y grilletes;

he sufrido hambre por el Hijo de la Virgen,

he sido criado en la tierra de la Deidad,

he sido maestro de todas las inteligencias,

puedo instruir al universo entero.

Estaré hasta el día del juicio sobre la faz de la tierra;

y no se sabe si mi cuerpo es carne o pescado.

Luego estuve nueve meses

en el vientre de la bruja Caridwen;

al principio fui el pequeño Gwion,

y al fin soy Taliesin».

Y cuando el rey y sus nobles oyeron el canto, se asombraron mucho, porque nunca habían oído nada semejante de un niño tan joven como él. Y cuando el rey supo que era el bardo de Elphin, mandó a Heinin, su primer bardo y el más sabio, que respondiera a Taliesin y compitiera con él.

Pero cuando llegó, no pudo hacer otra cosa que tocar «blerwm» en los labios; y cuando mandó llamar a los demás de los veinticuatro bardos, todos hicieron lo mismo y no pudieron hacer otra cosa. Y Maelgwn preguntó al niño Taliesin cuál era su encargo, y él le respondió con un canto.

«Bardos mezquinos, procuro

asegurarme el premio, si puedo;

con un suave canto profético

me esfuerzo por recobrar

la pérdida que haya sufrido;

espero completar el intento,

pues Elphin sufre penas

en la fortaleza de Teganwy;

que no le pongan

demasiadas cadenas y grilletes;

la Silla de la fortaleza de Teganwy

buscaré de nuevo;

fortalecido por mi musa soy poderoso;

poderoso, por mi parte, es lo que busco,

porque trescientos cantos y más

se combinan en el hechizo que canto.

No debería estar donde yo estoy

ni piedra, ni anillo;

y no debería haber a mi alrededor

ningún bardo que no sepa

que Elphin, hijo de Gwyddno,

está en la tierra de Artro,

asegurado con trece cerrojos

por alabar a su maestro;

y entonces yo, Taliesin,

jefe de los bardos del oeste,

soltaré a Elphin

de un grillete de oro».

«Si sois bardos principales

del maestro de las ciencias,

declarad los misterios

que atañen a los habitantes del mundo;

hay una criatura dañina,

del baluarte de Satanás,

que ha vencido a todos

entre lo hondo y lo somero;

tan anchas son sus fauces

como las montañas de los Alpes;

a él no lo vencerá la muerte,

ni mano ni espadas;

hay la carga de novecientos carros

en el pelo de sus dos patas;

hay en su cabeza un ojo

verde como la lámina límpida del carámbano;

tres manantiales brotan

en la nuca de su cuello;

monstruos marinos sobre ellos

nadan a través;

allí fue la perdición de los bueyes

de Deivrdonwy, el dotado de agua.

Los nombres de los tres manantiales

del medio del océano:

uno engendró la salmuera

que viene de la Corina,

para reponer la inundación

sobre mares que desaparecen;

el segundo, sin daño,

caerá sobre nosotros

cuando haya lluvia fuera,

por el cielo que todo lo cubre;

el tercero aparecerá

por las venas del monte,

como un banquete de pedernal,

obra del Rey de reyes.

Sois bardos torpes,

con demasiada solicitud;

no podéis celebrar

el reino de los britanos;

y yo soy Taliesin,

jefe de los bardos del oeste,

que soltaré a Elphin

del grillete de oro».

«Callad, pues, desdichados bardos rimadores,

porque no sabéis juzgar entre la verdad y la falsedad.

Si sois bardos principales formados por el cielo,

decid a vuestro rey cuál será su destino.

Soy yo quien es adivino y bardo principal,

y conozco todo paso en el país de vuestro rey;

liberaré a Elphin del vientre de la torre de piedra;

y diré a vuestro rey lo que le sucederá.

Una criatura muy extraña vendrá de la marisma de Rhianedd

como castigo de la iniquidad de Maelgwn Gwynedd;

sus cabellos, sus dientes y sus ojos serán como el oro,

y esto traerá la destrucción sobre Maelgwn Gwynedd».

«Descubre tú qué es

la criatura fuerte de antes del diluvio,

sin carne, sin hueso,

sin vena, sin sangre,

sin cabeza, sin pies;

no será más vieja ni más joven

que al principio;

por temor a una negativa,

no hay rudas carencias

en las criaturas.

¡Gran Dios, cómo blanquea el mar

cuando llega por primera vez!

Grandes son sus ráfagas

cuando viene del sur;

grandes son sus evaporaciones

cuando golpea las costas.

Está en el campo, está en el bosque,

sin mano y sin pie,

sin señales de vejez,

aunque sea coetánea

de las cinco edades o períodos,

y más antigua aún,

aunque sean años sin número.

Es también tan ancha

como la superficie de la tierra;

y no nació,

ni fue vista.

Causará consternación

dondequiera que Dios quiera.

En el mar y en la tierra,

ni ve ni es vista.

Su curso es tortuoso,

y no vendrá cuando se la desee;

en la tierra y en el mar

es indispensable.

No tiene igual,

tiene cuatro lados;

no está confinada,

es incomparable;

viene de los cuatro puntos;

no se dejará aconsejar,

no estará sin consejo.

Empieza su viaje

sobre la roca de mármol;

es sonora, es muda,

es apacible,

es fuerte, es audaz,

cuando pasa rozando la tierra;

es silenciosa, tiene voz,

es clamorosa,

es la más ruidosa

sobre la faz de la tierra.

Es buena, es mala,

es sumamente dañina.

Está oculta,

porque la vista no puede percibirla.

Es nociva, es benéfica;

está allá, está aquí;

desordenará,

pero no reparará el daño;

no sufrirá por lo que hace,

pues no tiene culpa.

Es húmeda, es seca,

viene con frecuencia,

nacida del calor del sol

y del frío de la luna.

La luna es menos benéfica,

por cuanto su calor es menor.

Un Ser la ha preparado,

de entre todas las criaturas,

con una ráfaga tremenda,

para tomar venganza

de Maelgwn Gwynedd».

⁂

Y mientras cantaba así su verso cerca de la puerta, se levantó una fuerte tempestad de viento, de modo que el rey y todos sus nobles pensaron que el castillo se les caería sobre la cabeza. Y el rey mandó que trajeran deprisa a Elphin de su mazmorra, y lo puso delante de Taliesin. Y se dice que al punto este cantó un verso, de modo que las cadenas se abrieron en torno a sus pies.

«Adoro al Supremo, Señor de toda vida,

al que sostiene los cielos, Gobernante de todo extremo,

al que hizo el agua buena para todos,

al que ha concedido cada don y lo bendice;

que se dé abundancia de hidromiel a Maelgwn de Anglesey, que nos provee,

de sus cuernos espumosos, del licor puro más selecto.

Ya que las abejas recogen y no disfrutan,

tenemos hidromiel destilado y chispeante, alabado por todos.

La multitud de criaturas que la tierra nutre

la hizo Dios para el hombre, con miras a enriquecerlo;

unas son violentas, otras mudas, él las disfruta;

unas son salvajes, otras mansas; el Señor las hace;

parte de lo que producen se vuelve vestido;

para comida y bebida seguirán hasta el juicio.

Suplico al Supremo, Soberano de la región de la paz,

que libere a Elphin del destierro,

el hombre que me dio vino, cerveza e hidromiel,

con grandes corceles principescos, de hermosa estampa;

que aún me dé; y al final,

que Dios, por su buena voluntad, me conceda con honra

una sucesión de edades sin número, en el retiro de la tranquilidad.

¡Elphin, caballero del hidromiel, tarde sea tu fin!».

Y después cantó la oda que se llama «La excelencia de los bardos».

«¿Qué fue el primer hombre

hecho por el Dios del cielo;

cuál la más bella palabra lisonjera

que preparó Ieuav;

qué comida, qué bebida,

qué techo su abrigo;

cuál la primera impresión

de su pensar primero;

qué llegó a ser su vestido;

quién llevó un disfraz,

por lo agreste del país,

en el principio?

¿Por qué ha de ser dura la piedra;

por qué ha de ser puntiaguda la espina?

¿Quién es duro como el pedernal;

quién es salado como la salmuera;

quién dulce como la miel;

quién cabalga en el vendaval;

por qué ha de tener caballete la nariz;

por qué ha de ser redonda la rueda;

por qué ha de tener la lengua el don de la palabra

más que otro miembro?

Si tus bardos, Heinin, son competentes,

que me respondan a mí, Taliesin».

Y después cantó la alocución que se llama «La reprensión de los bardos».

«Si eres un bardo completamente imbuido

de un genio que no se deja gobernar,

no seas indócil

dentro de la corte de tu rey;

hasta que se conozca tu palabrería,

calla tú, Heinin,

en cuanto al nombre de tu verso,

y al nombre de tu jactancia;

y en cuanto al nombre de tu abuelo

antes de ser bautizado.

Y el nombre de la esfera,

y el nombre del elemento,

y el nombre de tu lengua,

y el nombre de tu región.

¡Atrás, bardos de arriba,

atrás, bardos de abajo!

Mi amado está abajo,

en el grillete de Arianrod.

Es cierto que no sabéis

cómo entender el canto que pronuncio,

ni distinguir con claridad

entre la verdad y lo que es falso;

bardos mezquinos, cuervos de la comarca,

¿por qué no emprendéis el vuelo?

Un bardo que no me haga callar,

que no obtenga silencio

hasta que vaya a ser cubierto

bajo grava y guijarros;

al que me escuche,

que Dios lo escuche».

Entonces cantó la pieza llamada «El despecho de los bardos».

«Los juglares perseveran en su falsa costumbre,

las coplas inmorales son su deleite;

recitan alabanzas vanas y sin gusto;

la falsedad dicen en todo tiempo;

de las personas inocentes se burlan;

a las mujeres casadas las arruinan,

a las vírgenes inocentes de María las corrompen;

mientras pasan su vida en vanidad,

de las pobres personas inocentes se burlan;

de noche se emborrachan, duermen el día;

en la ociosidad, sin trabajo, se alimentan;

la Iglesia odian, y la taberna frecuentan;

con ladrones y perjuros se juntan;

en las cortes preguntan por los festines;

toda palabra sin sentido sacan a relucir;

todo pecado mortal alaban;

toda vida vil llevan;

por toda aldea, villa y comarca vagan;

en el zarpazo de la muerte no piensan;

ni albergue ni caridad dan;

se dan a la comida con exceso.

Salmos ni oraciones no usan,

diezmos ni ofrendas a Dios no pagan,

en las fiestas ni en domingo no adoran;

vigilias ni festividades no atienden.

Los pájaros vuelan, los peces nadan,

las abejas recogen miel, los gusanos se arrastran,

todo se afana por obtener su alimento,

salvo los juglares y los ladrones perezosos e inútiles.

⁂

No me burlo del canto ni de la juglaría,

porque Dios los da para aliviar el pensamiento;

sino de quien abusa de ellos

para blasfemar de Jesús y de su servicio».

Taliesin, habiendo liberado a su señor de la prisión, protegido la inocencia de su mujer y hecho callar a los Bardos, de modo que ninguno de ellos se

atrevía a decir una palabra, trajo entonces ante ellos a la mujer de Elphin y mostró que no le faltaba ni un dedo. Muy contento estaba Elphin, muy contento estaba Taliesin.

Entonces pidió a Elphin que apostara con el rey que tenía un caballo mejor y más veloz que los caballos del rey. Y esto hizo Elphin, y se fijaron el día, la hora y el lugar, y el lugar fue el que hoy se llama Morva Rhiannedd; y allá fue el rey con toda su gente y veinticuatro de los caballos más veloces que poseía.

Y tras largo trámite se marcó la carrera, y se colocaron los caballos para correr. Entonces llegó Taliesin con veinticuatro ramitas de acebo que había quemado hasta ennegrecerlas, e hizo que el joven que había de montar el caballo de su señor se las pusiera en el cinto, y le ordenó que dejara pasar delante a todos los caballos del rey, y que, según fuera alcanzando un caballo tras otro, tomara una de las ramitas y golpeara con ella al caballo en la grupa, y luego dejara caer aquella ramita; y después tomara otra ramita e hiciera lo mismo con cada uno de los caballos, según los fuera alcanzando, encargando estrictamente al jinete que observara cuándo tropezaba su propio caballo y que arrojara su gorro en aquel lugar.

Todo esto cumplió el joven, dando un golpe a cada uno de los caballos del rey y arrojando su gorro en el lugar donde tropezó su caballo. Y a este lugar llevó Taliesin a su señor después de que su caballo ganara la carrera.

E hizo que Elphin pusiera obreros a cavar allí un hoyo; y cuando hubieron cavado la tierra a suficiente profundidad, encontraron una gran caldera llena de oro. Y entonces dijo Taliesin: «Elphin, he aquí un pago y una recompensa para ti por haberme sacado de la presa y haberme criado desde

entonces hasta ahora». Y en este lugar hay una charca de agua que hasta hoy se llama Pwllbair.

Después de todo esto, el rey hizo traer a Taliesin ante sí y le pidió que recitara sobre la creación del hombre desde el principio; y entonces compuso el poema que ahora se llama «Uno de los Cuatro Pilares del Canto».

«El Todopoderoso hizo,

en el valle de Hebrón,

con sus manos modeladoras,

la hermosa forma de Adán.

Y quinientos años,

falto de toda ayuda,

allí permaneció y yació

sin alma.

De nuevo formó,

en el sereno paraíso,

de una costilla del lado izquierdo,

a Eva, que late de dicha.

Siete horas estuvieron

guardando el huerto,

hasta que Satanás trajo la discordia

con ardides del infierno.

De allí fueron expulsados,

fríos y temblando,

para ganarse la vida

en este mundo.

Para dar a luz con dolor

a sus hijos y sus hijas,

para tener posesión

de la tierra de Asia.

Dos veces cinco, diez y ocho,

ella se dio a luz a sí misma,

la carga mezclada

de hombre y mujer.

Y una vez, sin ocultarlo,

dio a luz a Abel,

y a Caín el desamparado,

el homicida.

A él y a su compañera

se les dio una pala

para romper la tierra

y así obtener pan.

El trigo puro y blanco,

siembra de verano,

para alimentar a todo hombre

hasta la gran fiesta de Navidad.

Una mano angélica,

del alto Padre,

trajo semilla para que creciera,

para que Eva la sembrara;

pero ella entonces escondió

la décima parte del don,

y no sembró todo

lo que se había cavado.

Se halló entonces centeno negro,

y no grano de trigo puro,

para mostrar así

el daño del robo.

Por este acto de robo

es preciso

que todos los hombres paguen

el diezmo a Dios.

Del vino rojizo,

plantado en días de sol

y en noches de luna nueva;

y del vino blanco.

El trigo rico en grano

y el vino rojo que fluye

hacen el cuerpo puro de Cristo,

Hijo del Alfa.

La hostia es carne,

el vino es sangre derramada,

las palabras de la Trinidad

los santifican.

Los libros ocultos

de la mano de Emanuel

los trajo Rafael

como don para Adán,

cuando, en su vejez,

sumergido hasta la barbilla

en el agua del Jordán,

guardaba ayuno.

Moisés obtuvo

en el agua del Jordán

la ayuda de las tres

varas más especiales.

Salomón obtuvo

en la torre de Babel

todas las ciencias

en la tierra de Asia.

Así obtuve yo,

en mis libros de bardo,

todas las ciencias

de Europa y de África.

Su curso, su rumbo,

su camino permitido,

y su destino conozco

hasta el fin.

¡Oh, qué miseria,

por extremo de aflicción,

mostrará la profecía

sobre la raza de Troya!

Una serpiente que se enrosca,

orgullosa y sin piedad,

sobre sus alas de oro,

de Germania.

Ella invadirá

Inglaterra y Escocia,

desde la orilla del mar de Lychlyn

hasta el Severn.

Entonces los britanos

serán como prisioneros,

gobernados por extranjeros

de Sajonia.

A su Señor alabarán,

su lengua conservarán,

su tierra perderán,

salvo la agreste Walia.

Hasta que llegue algún cambio,

tras larga penitencia,

cuando por igual abunden

los dos crímenes.

Los britanos tendrán entonces

su tierra y su corona,

y el enjambre extranjero

desaparecerá.

Todas las palabras del ángel,

en cuanto a la paz y la guerra,

se cumplirán

para la raza de Britania».

Además, dijo al rey diversas profecías de cosas que habían de suceder en el mundo, en cantos, como sigue.

Notas

6 Taliesin.

7 La mención de Gwyddno Garanhir en lugar de Elphin ab Gwyddno en este lugar es evidentemente un error de algún copista del manuscrito.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0